

La confusión

La confusión siempre
Se presta para lo que no se quiere

¿Cual es tu fuerza?

Tu fuerza es tu mayor debilidad

Karina Zander Repetto
Cuentos cortos y otras cosas II

El viaje de Nadia

Septiembre 2011

El corazón le galopeaba fuertemente, la transpiración le caía a chorros y las piernas casi no se le veían, de lo rápida que corría.

Era de noche y en la calle no se veía a nadie. Ni los gatos, que siempre solían estar rondando a esas horas.

Ella corría sin saber a dónde estaba corriendo, ni se daba vuelta para ver si aquello que la hacía huir había quedado atrás o seguía ahí. Al ver una esquina, después de tremenda huida, dobló y se recostó de espaldas contra el edificio. Pero en el momento en que creyó poder respirar vio a un chico, que le cubría la boca con su mano. Mientras que con la otra le hacía una señal de que mantenga la calma. La chica soltó lágrimas que le llenaban los ojos.

Al controlarse un poco, logró ver que el chico no estaba sólo y supo entonces que el peligro no había pasado. De repente llega corriendo otro individuo y la chica pegó un salto para atrás, pero el chico la sostenía. El individuo recién llegado, dijo entonces - *"Ah... veo que la atraparon..."* - recobrando el aliento - *... ¿Entonces?...* . El chico le contestó con otra pregunta - *¿Entonces qué?* - A lo cual el recién llegado contestó de forma perversa - *¿Nos divertimos todos un poco?*.

Pasaron unos segundos, que le bastaron a la chica para que su corazón volviera a acelerarse, al igual que su respiración.

El hombre que la sostenía miró a sus amigos, después a la chica y contestó - *Porque no...* - En eso los amigos se le fueron arriba al extraño y le bajaron los sumos. La chica estaba como petrificada y el la tomó del brazo diciendo - *¡Vení, vamos de acá!* - pero tus amigos... - dijo ella. - *¡No les va a pasar nada, tranquila! Además te tenés que calmar, ellos se las arreglarán, no te preocupes-* dijo él ante su duda . La chica aun incrédula lo miró con cierto miedo - *¿Qué te creías, que íbamos a actuar como ése degenerado?* - ella bajó la mirada diciendo - *Lo siento...* - Él le sonrió y la invitó a hacer lo mismo.

A las dos cuerdas, él le señaló la rasgadura del vestido, con cierto miedo de hacer que su sonrisa se desvaneciera nuevamente y la miró a los ojos, dando por entendida la pregunta - *¡No, no llegó a hacerlo!* - contestó mientras las lágrimas volvían a llenarle los ojos y una sombra le cubría la mirada.

Se metieron en el restorán, él se sentó en una mesa y ella se fue al baño. Al verse en el espejo se horrorizó de la cara de susto que tenía. Se lavó la cara, pero seguía pálida,

los ojos brillosos y los labios pálidos también. Se peinó y se ató el pelo. Volvió a la mesa y se sentó.

-Perdona que haya tardado tan... - él la interrumpió - *¡No es nada, pero opaaa... qué cambio!* - dijo levantándose. - No sabes cómo te agra... - empezó a decir ella - *¡Nada de eso! Cualquiera lo hubiera hecho, corazón, perdón... es que no sé tu nombre...* - dijo rápidamente. - Cierto, me llamo Nadia - contestó sonriendo - *Un gusto, Nadia, mi nombre es Ro... Rolo, me dicen Rolo* - ella asintió con una sonrisa.

Rolo le acercó un vaso lleno de agua con limón, el cual ella tomó sin pestañear. Si le hubiera dado litros, también se los hubiera bebido. Hablaron durante un buen rato. Pidieron algo para cenar y siguieron hablando. Más tarde él la acompañó a su casa, pero antes de marcharse le pidió su número de teléfono.

A las dos semanas sonó el teléfono y Nadia atendió. Luego se arregló y fue a la estación del ómnibus.

Rolo la vio y fue hacia ella, se bajo de la bici y caminaron juntos, hacia un parque y una vez allí siguieron caminando, hasta que se sentaron junto a un canal. Ella se acomodaba el pelo, tras la oreja, que el viento le despeinaba, mientras que él tiraba piedritas al agua. - *No terminaste de hablar, me puedes seguir con...* - dijo él, pero ella lo interrumpió diciendo - Mejor que no, sino empiezo a llorar otra vez y no quiero que me veas así... Otra vez... - *¿Así, cómo?* - insistió él - *Así... con lágrimas, como el día en que me conociste-* Él la miró a los ojos y le dijo - *No deberías acostumbrar a esos ojos a llorar, son demasiado lindos, como para empañarlos con lágrimas* - ella se puso colorada y contestó - gracias... ahora parezco una idiota - *¿Por?* - Pero Nadia no encontraba respuesta - Cuando alguien me hace un piropo, tiendo a creer cosas que no son, como siempre me pasa, pero solo hasta darme contra la pared lo entiendo. Nunca le gusté a nadie y la culpa de eso me la hecho a mí misma, por volar tanto - y calló al darse cuenta de que habló más de la cuenta, de cosas que nunca mencionaba. - *No digas eso, de que nunca le gustaste a nadie, no es cierto. En estas dos semanas que me permitiste conocerte, pude ver que vales más de lo que decís y el que no ve eso es ciego, sordo e insensible y alguien así no vale la pena-* terminó de contestar él. - Es difícil ver las cosas, como lo decís - - *¡Difícil, sí, pero no imposible! Persona que no te vea el alma, es una persona que no vale la pena conocer.* - dijo él sosteniéndole la mano - ¡Estoy de acuerdo, por eso mi amiga es la soledad! - dijo ella mirando fijo el canal - *¡Por ahora!* - contestó Rolo levantándose y ayudándola a ella a pararse. Agarró la bici y caminaron otro trecho.

Pasaron junto a un auto policial y a él se le ocurrió preguntarle - *¿Y de los milicos*

qué pensas? - ¡Que son los gorilas de la guita! No les importa quien caiga, hombre, mujer o niño. Con lo cual en mí se ganan a una enemiga - contestó Nadia. - *¿Y de la vida qué pensas?* - prosiguió él - Que es demasiado hermosa como para dejar que la estropeemos, como lo hacemos a diario - dijo ella agarrándose el hombro izquierdo - *¿En qué sentido? O sea... entiendo a lo que vas, pero expláteme más por favor* - volvió a insistir él. - El sistema que tiene a todas las personas del mundo sometidas es diabólico. Es un sistema que se basa en mantener las cosas tal cual son, los pobres, pobres y los ricos cada vez más ricos a costillas de los pobres. Éste sistema y la gente que lo sigue, siempre corren detrás de la guita. Y así busca mantener las injusticias, para que el capitalismo siga existiendo tiene que haber gente sufriendo por él. Más guerras para financiar sus economías, porque así es como se desarrolla ésta historia... las guerras le sirven a los “ricos” para reforzar a sus economías. ¡Ellos... los ricos, que en verdad son pobres... pobres de alma! ¿Sabes cuánta gente hambrienta hay en el mundo? No lo quieres saber... ¿Cómo es posible que en un mundo rico, como éste, haya gente muriendo de hambre? La actual producción de alimentos es capaz de cubrir las necesidades de todo habitante, pero hay quienes tienen el “poder” y no lo quieren largar, aun sabiendo que en sus manos está el acabar con el hambre. Así que te podrás hacer una idea de que a lacayos que le cuidan la espalda a éste sistema, solo merecen mi desprecio. - terminó su monólogo con las mejillas encendidas. - *¡Tenes razón! Nunca había hablado antes de tal tema con nadie, bueno... tampoco es que yo haya hablado, pero estoy de acuerdo con todo lo que dijiste* - concluyó Rolo. Al entrar la noche, la volvió a acompañar a su casa.

A los tres días Nadia lo llamó (a Rolo) por teléfono, para invitarlo a pasar una semana de acampada. Él aceptó. La misma noche quedaron en verse, para organizar bien el viaje.

Sonó el timbre de la puerta y ella acudió al llamado, abrió la puerta - Hola, pasa por favor. ¿Te traigo algo para tomar? - dijo sonriendo, el hombre pasó. - *Hola, bueno, gracias, agua está bien...* - y se puso cómodo en el living.

Arreglaron para irse ese mismo viernes de tarde. El destino sería México, en la zona de Sonora. Nadia siempre tuvo el deseo de ir a México y así se lo había dicho varias veces a él, motivo por el cual Rolo accedió.

Eran las ocho de la noche y ambos se encontraban en un ómnibus con rumbo a Sonora. Nadia dormía profundamente, mientras que Rolo iba leyendo un libro sobre la cultura maya.

- ¡Es preciosa ésta vista!... - dijo Nadia suspirando y sentándose sobre una roca - ... La paz que se respira acá es única. No molestan los ruidos de los autos, ni las luces de la ciudad, el aire es puro y limpio - concluyó. - *Sí, es precioso. Pero ya hay que hablar de la vuelta, hace ocho días que estamos por esta hermosa zona, me encantaría quedarme más, pero no me puedo tomar más días libres del laburo. ¿Nos volvemos mañana o pasado?* - Nadia interrumpiéndolo dijo - *¿Por qué no ya mismo? Yo aprendí a cortar algo que sale bien a tiempo. Todo es tan perfecto que no quisiera que algo externo lo estropeará.* ¡Vámonos ahora! - dijo poniéndose de pie. - *¿Ahora? Pero no tenemos nada recogido y...* - contestó casi sin habla - No tranqui, nos vamos mañana - dijo Nadie riendo - *No, si querés nos vamos ahora, solo que tenemos que juntar todo* - contestó Rolo - No, perdoná. ¡Nos vamos mañana, tranquilo!, Planeando bien cada paso, como a vos te gusta - dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja y la mirada limpia, los ojos le brillaban. Rolo aceptó que la marcha sería recién la mañana siguiente, después de que Nadia le haya insistido un rato más. En la noche se acostaron en sus respectivas carpas. La noche estaba fresca y se oían los diferentes voces de los animales, a lo largo de las siguientes horas.

Habían pasado unas cuatro horas, cuando Nadia pegó un grito de queja y se incorporó. Rolo despertó y acudió enseguida preguntándole- *¿Qué pasó, estás bien?* - ella se miraba el vientre, como en busca de un rastro. Rolo la alumbró con la linterna y vio que tenía a panza colorada y ella se rascaba - *Mejor no te toques, Nadia, dejame ver si encuentro el bicho que te picó* - dijo, alumbrando el piso en busca de lo que la pico, se fijó entre la frazada - *No veo otra cosa que no sea esa polilla, que se da contra el farol a gas y unas hormigas que no provocan una reacción como esa ¿Cómo te sentís?* - preguntó inclinándose a su lado. -Me arde mucho... pero ya pasará - dijo la chica al verle la cara de preocupación agregó - Igual mañana estamos en casa, tranquilo. Voy a tratar de dormir. - *¡Dale, cualquier cosa llamame!* - insistió Rolo antes de apartarse de su lado.

A las dos horas Rolo se volvió a despertar y llamó a Nadia, al ver que no respondía, abrió la carpa y se metió. La encontró retorciéndose en el piso, estaba transpirando, los ojos vidriosos y la mirada lejana. - *¡Nadia, hablame!* - la levantó poniendo sus piernas bajo el torso de ella y la volvió a bajar, apoyando su espalda contra ellas - *¡Por favor hablame, corazón! ¿Qué sentís, qué te duele?*- preguntó secándole la transpiración con la manga. Ella movió los labios diciendo muy bajito - Frío... - Él la tapó con una manta, que estaba doblada en una esquina. Al tocarle el vientre para taparla, Nadia se quejó y él le descubrió la panza, viendo que la zona de la picadura estaba más colorada aun e hinchada y también notó que temblaba entre sus brazos. Volaba de fiebre y le preguntó - *¿Mejor con la frazada, Nadia?* - - No, sigo con

frío y me duele el pecho, me cuesta respirar...- dijo ella agitada. Rolo se sacó la campera y le cubrió los hombros, la volvió a recostar sobre sus piernas y la miró deseando con todo su corazón que se le pasara el malestar y le sonriera como antes, pero algo le decía que no lo haría. - *¿Quieres agua?* - preguntó agarrando una botella de agua. La muchacha tomó bastante y se volvió a recostar sobre él, que a pesar de decirle que se fuera a dormir para salir mañana de mañana, no quiso dejarla sola. De repente sintió cómo que Nadia se desvanecía en sus brazos, pero su cuerpo se seguía moviendo. Ahí supo que era más grave de lo que había pensado en un principio y se asustó mucho. A la media hora la chica recobró el sentido - Rolo... - Rolo la miró a los ojos- ... ¿por qué está tan oscuro... Quieres que termine esos documentos? - preguntó mirándolo a los ojos. Él tuvo que tragarse las lágrimas y le sonrió diciendo - *Los haré yo mismo, tranquila* - ya se olía el desenlace de la historia, aun sin quererlo y sin saber la causa. Pero uno se da cuenta cuando “ella” anda cerca. Todo cambia; el olor del ambiente, los colores que se ven, la sensación que se tiene, el sabor que reposa sobre la lengua cambia y el corazón anuncia... .

- Aaa... aahh... aah... - eran los sonidos que emitía la chica - *Tranquila, Nadia ¡estoy acá!* - dijo Rolo agarrándole la mano - ¡No tengo miedo! - contestó sujetándose el vientre. Dejó de temblar y su cuerpo puso fin a las convulsiones, como si ya no peleara más. - *Nadia... por favor ¡no te des por vencida!* - dijo alarmado, sacudiéndola - Veo cosas brillantes... siento el veneno propagándose en mi vientre... moriré, pero no importa - dijo tras la sacudida - *¡No digas eso por favor, quedate conmigo!* - dijo él conteniendo las lágrimas. - ¡Está bien... lo único en que pienso ahora es que me muero sin haber sentido jamás un beso en los labios...! Nunca besé a alguien... ¿lo sabías?.- Él hombre la oía sin pestañear, ella hablaba con una claridad, que dejaba poca credibilidad al hecho de que se estaba enfrentando a la muerte.

Rolo se le acercó a los labios y la besó - ¡Gracias, sos un dulce! - dijo ella sonriendo. Él dejó caer algunas lágrimas - ¡No llores, Rolo... tengo frío... - El hombre la abrazó más fuerte y junto a su boca oyó la debilidad de su respiración - *¡No te des por vencida, Nadia, te necesito...* - La chica volvió a abrir los ojos por un instante - ¡Estoy acá...! - dijo tocándole el pecho - ... y seguiré en tu corazón, si quieres - - ¡Claro que quiero, pero... - respondió callándose al instante, al ver que ella volvía a mover los labios - ¡Gracias por hacer mi muerte hermosa, amigo mío!.

Las últimas fuerzas abandonaron su cuerpo, Nadia caía entre los brazos de su amigo y él rodeado de las paredes del llanto, desahogó su penar y lloró por ese amor, que se le acabó de ir, sin que él se diera cuenta de que ella seguía con él, velando por él, brillando en cada una de sus sonrisas.

Fin.

Àngel ensuciado

Agosto 2008

Ésta historia trata de cómo una jovencita volvió a creer en sí misma, después de haber atravesado la peor experiencia de su existencia. Vivía confiada en la dulce felicidad que creía haber alcanzado, pero la vida por alguna extraña razón que desconozco, se empeña en hacernos vivir constantemente la amargura y la congoja.

Se llama igual a su madre y es hija única. Ella la crió sola y con todas las angustias que supo sufrir por ser madre soltera, en una sociedad en la que si tienes “un defecto” (según dice la gente) te machacan y te hacen imposible la vida dentro de lo posible.

A ésta altura ya se terminó su historia “su gran historia” por decirle de alguna manera. Acá no se termina aún, pero el futuro es incierto y me abstengo a hurgar en él.

Ella era muy joven y muy ingenua. Esto sucedió hace unos años ya, fue un día en el que mantuvo una fuerte discusión con su madre, simplemente por pensar de otra manera y a esa posición le debe su desgracia.

Vivió cosas realmente duras y dolorosas, pero se sobrepuso a ellas. Creía que jamás sería capaz de lograr tal hazaña, pero no fue así.

Tuvo un pasado cómo todo el mundo, pero un pasado que la marcó muy hondo.

El nudo de esta historia se trenzó cuando se fue de su casa (como dije anteriormente), vagaba sin dirección por las calles, se sentía perdida y confundida. Un desgraciado abusó de ella y la tiró aturdida en un callejón oscuro. De ese horrible suceso surgió un embarazo...

- ¡¡No, no lo voy a pensar otra vez!! ¡Quiero que arranquen a esto que llevo dentro! - decía con la mirada fría y distante, con los ojos llenos de un espanto imposible de explicar.

- Como tu médico no puedo aprobar tal deseo, Teresa... ¡Piénsalo otra vez! Ese niño no tiene la culpa de lo que te hizo ese desgraciado, es un ser inocente que te necesita, no le des la espalda! - contestó el hombre mirándola a los ojos.

- No me diga... Nadie se preocupó por mí como ser inocente y ahora le pide a una mujer con la mente perturbada que piense en brindarle una mano al fruto del hijo de puta que me destrozó - respondió ella a las palabras del médico.

- Pero Teresa... - insistió.

- Mire no vine para que me sermonee, sólo buscaba un poco de comprensión y pensé

que usted era de mi confianza, pero veo que me equivoqué...

- ¡Teresa! Estás embarazada de cuatro meses ya y si estuviera de acuerdo con tu decisión no podría operarte de todos modos, porque a esta altura implica un riesgo grande para la madre...

- Y qué me importa a mí si salgo viva, sólo quiero que haga que esto deje de crecer en mí y deje de provocarme asco de mí misma - dijo con una lágrima que le resbalaba por la mejilla.

Teresa despertaba con el rayo del sol iluminándole las lumbares, se encontraba en la cama de un hospital. Se inclinó sobre la cama y se miró las muñecas, las vio vendadas y de repente se le vinieron todos los recuerdos de la noche anterior a la mente, se levantó de la cama y caminó hacia la puerta.

Un oficial la frenó al querer salir de la habitación, sujetándola del brazo la llevó a la cama de nuevo. Una enfermera oyó los gritos de la muchacha y acudió en seguida.

- ¿Qué está pasando acá? - preguntó la mujer. Era una señora de unos treinta años.

- Ésta mujer quiere abandonar el hospital y me dieron órdenes de no permitirle la salida.

- Mire soldadito, aquí nadie va a tratar a una persona como lo está haciendo, asique ¡Suelte a esa muchacha! - dijo firmemente la mujer.

- Pero yo sólo acato órdenes de...

- Ahora las recibe de mí, asique ¡salga ya mismo de ésta habitación!

El hombre bajó la cabeza, soltó el brazo de Teresa y salió del cuarto. La enfermera la ayudó a volver a la cama y trataba de taparla.

- Niña por favor recuéstate, necesitas descanso en tu estado - dijo dulcemente.

- No, usted no entiende... ¡Tengo que irme de acá! - dijo desesperada.

- ¿Es que te vas a ir por ahí sin tener un techo... y cómo protegerás a ese niño?

Aprovecha que el gobierno se hará cargo de todos los gastos, mihjita. Tu hijo tendrá una buena bienvenida, no lo dudes...

- ¡No... no! - se rascaba perturbada la frente.

- Niña... tranquila - la sujeto de los hombros y la apretó contra ella manteniéndose así un rato. La hamacaba en un abrazo y ella sin fuerzas ya se dejaba caer en un sueño.

* Pasó un mes y la muchacha estaba sentada junto a la ventana, mirando sin mirar y sintiendo cómo el viento le movía el pelo sin sentirlo. Se paró y caminó hacia el baño dónde se detuvo para observarse en el espejo, las lágrimas no paraban de emanar. Tenía tanta desilusión pintada en los ojos que era dañino mirarla.

Tiene ese aura que inspira abrazarla y querer protegerla de todo mal, tan frágil y quebrada al mismo tiempo.

Comía porque la obligaban a hacerlo y cuando no lo lograban la sedaban y le daban suero. Hacía ejercicio porque la enfermera se la llevaba cada mañana casi a rastras al

jardín y dormía únicamente bajo sedantes. A pesar de su estado nadie se percató del daño que podrían estar causando al embarazo.

El día estaba nublado y la enfermera estaba agarrando a Teresa por la cintura, obligándola a caminar...

- *Pero niña... Tienes que caminar, no le estás haciendo ningún bien a tu hijo... Por favor, Teresa... Hace un mes ya que estás aquí y nunca haces nada por ti misma.*

- *Igualmente no logré nada...* - contestó con la mirada perdida

- *¿Es que no quieres tener a tu niño?* - preguntó la enfermera al ser la primera vez que la oyó hablar.

- *Hasta que alguien lo entendió...* - dijo sin mirarla.

- *Niña, no digas eso... ¿Cómo vas a pensar si quiera en algo así? Un niño es un regalo que Dios te ha concedido...*

- *¡Qué benevolente que es el hijo de puta!*

- *¡Teresa... !*

- *¿Por qué se escandaliza si estoy diciendo la verdad... no me quería oír hablar, no trataba todo éste tiempo de sacarme algún sonido? Bueno... a quién todos los cristianos le estuvieron predicando y alabando era el Diablo en verdad, Dios sólo es un pobre estúpido que no sabe ni atarse los cordones... Ahora hablo y tampoco le gusta...*

- *¡Ay por Dios, hija!*

- *Por Dios, no! Por el Diablo* - dijo con los ojos rojos.

- *¡Cállate!... Ramón... Ramón ven inmediatamente!*

Un hombre de seguridad, se acercó a la enfermera y tras las órdenes que recibió, se llevó a Teresa que seguía gritándole cosas a la mujer.

El hombre entró a la habitación de Teresa con ella en los brazos, porque la muchacha se había desmayado en el pasillo. La dejó sobre la cama y le retiró el pelo de la cara. Agarró un paño y mojándolo en un tacho con agua tibia, se lo pasó por la frente. Suavemente la chica recobró el sentido y miró a su alrededor...

- *Ramón... ¿Qué pasó?* - preguntó bajito. Era con el único con quién hablaba.

- *Te me desmayaste en el corredor cuando la señora Consuelo me ordenó traerte a tu habitación... No me gusta esa mujer, nena.*

- *Ni a mí... ¿Te puedo pedir un favor, Ramón?*

- *Lo que quieras, sabes que te quiero.*

- *No, Ramón... no por favor...*

- *Perdón, señorita* - dijo bajando la cabeza.

- *No me tenes que pedir perdón, es que... No me siento capaz de algo así.*

¡Entendeme por favor!... - dijo con los ojos llenos de lágrimas.

- *Pero yo no seré como ese cobarde que te abandonó, Teresa. ¡Jamás sería capaz de algo así!*

- *¿Abandonó... por qué dijiste abandonó? - preguntó de repente.*

- *Es lo que dice la señora Consuelo y los médicos...* - la chica se agarró la frente reprimiendo un grito - *... ¿Estás bien, Teresa?*

Entre lágrimas y sollozo la muchacha le contó cómo llegó a quedar embarazada.

A los meses llegó el día en que Teresa diera a luz.

El parto se complicó, pero después salió todo dentro de lo planeado.

El médico puso al niño junto a Teresa en la cama, pero ella se fue bien al lado opuesto de la cama y ni le regalaba una mirada al bebé. La enfermera se acercó.

- *Teresa ¡es tu hijo! ¿Es que no lo vas a mirar?* - quiso decir algo más, pero el médico la agarró del brazo sacándola del cuarto para dejarla a solas con el recién nacido.

El niño lloraba con toda la fuerza de sus pulmones, aunque la chica se resistía a evitarlo, cedió finalmente ante la tentación y echó un vistazo a su lado. El niño continuaba gritando y ella para callarlo le tocó la mejilla suavemente. De repente se oyó un silencio, pero inmediatamente volvió a llorar con todas sus fuerzas. Teresa notaba que algo dentro de ella crecía, se sentía atraída por aquel niño y ya no pudo evitarlo más, era algo más fuerte a su voluntad.

El niño de repente detuvo el llanto y acudieron varios médicos en seguida a ver qué ocurría.

En el parto hubo complicaciones, el cordón umbilical le rodeó el cuello al bebé, lo cual provocó daños mentales y de respiración.

Se lo quitaron de al lado y lo metieron en una incubadora...

- *Consuelo ¿Crees que me dejen ver a mi hijo nuevamente?* - preguntó la mujer afligida.

- *Yo no te entiendo, hija. Primero no lo quieres y ahora de repente cambias de opinión.*

- *Es que...* - se dio la vuelta en la cama para evitar ver a la enfermera. Se sentía sola y abandonada a su suerte y nada podía evitar que pensara en su hijo.

Las horas pasaban y no le decían nada, en un momento no aguantó más y se durmió profundamente. Al despertar nuevamente, tres horas más tarde, preguntó por su hijo y la enfermera Consuelo le dijo que estaba muy delicado y que no tenían ninguna esperanza.

- *¡Quiero verlo, Consuelo!* - dijo llorando.

- *Es mejor que no molestes ahora a los médicos, están haciendo lo que pueden para salvarle la vida* - contestó sin la menor preocupación.
 - *Consuelo por favor...*
 - *Está bien. ¡Ponte la bata!* - la agarró con desgano del brazo y la llevó hasta el cuarto de las incubadoras.
 - *¿No puedo entrar?* - preguntó apoyada en el vidrio.
 - *¡No! ¡Está prohibida la entrada a todo el que no sea médico o enfermera. Míralo por aquí, es aquel de la izquierda... Vuelvo en quince minutos!* - dijo y se dio la vuelta. Ramón la vio junto a las incubadoras y se acercó a ella, sorprendido de verla más delgada, porque no se había enterado de que dio a luz.
 - *¿Qué haces acá, Teresa?*
 - *¿No es hermoso, Ramón?... - preguntó con las lágrimas secas - ... El chiquito que está junto a la ventana... ¡Es mi hijo, Ramón, mi hijo!*
 - *Es muy lindo, ¡sí!... ¿Y... - dijo queriendo preguntarle algo.*
 - *Está grave, no me dejan estar con él ... Dicen que sólo médicos y enfermeras pueden entrar...*
 - *Nada de eso... yo siempre veo como entran padres, cuñados, amigos de la familia del bebé, cualquiera entra acá. Siempre y cuando entres con un enfermero o médico.*
 - *¿Estás seguro?* - preguntó ella ilusionada.
- El hombre desapareció y volvió con una muchacha vestida de enfermera.
- *Teresa, ella es Macarena. Es enfermera como ves y dice que no tiene problemas con que entres a ver a tu hijo, ella te acompaña.*
 - *¿En serio?* - preguntó emocionada.
 - *Claro, vení... Sólo te tenes que poner ésta bata, un gorro y ésta mascarita... Es que está delicado y no lo queremos exponer a ningún peligro* - dijo la chica.
- Al entrar se sentó junto a la incubadora y acercó su rostro al niño.
- *Lo que no entiendo, es cómo Consuelo te dijo que no podías venir a ver a tu hijo... ¿Te sentís mal?* - preguntó la chica confusa.
 - *¡No! Sólo quería venir a verlo, pero me negó hacerlo* - dijo abrazada a la pecera.
 - *No lo entiendo la verdad... Bueno sin darme cuenta ya pasó media hora, mejor volvemos a tu habitación ¿Si? Tenes que descansar, Teresa.*
 - *Sólo un poquito más por favor* - pidió afligida.
 - *Está bien* - se alejó un poco para que se sintiera estar más en intimidad con el niño.

Pasaron veinte minutos y la muchacho volvió a acercarse a Teresa. Le tocó el hombro y le dijo dulcemente que ahora ya tenía que retirarse. La mujer se levantó mirando al niño y cada paso le pesaba más que el anterior.

Al llegar casi a su habitación un hombre casi la tira al piso, venía corriendo y sin querer la empujó a un lado...

- *Perdone... ¡Qué animal! ¿Está bien?* - preguntó atolondrado el joven.

- *¡Benjamín! Por dio... no cambias más y después quieres ser médico... Teresa, él es mi hermano* - dijo Macarena ayudando a la chica a arreglarse tras haber sido "atropellada" por Benjamín.

- *Hola, Teresa, perdóname por lo de recién...*

- *No pasa nada* - dijo bajando la cabeza. El chico quedó fascinado con su mirada.

- *¿Teresa...?* - Macarena le hizo una señal al hermano para que se callara - ... *Nos vemos en otra oportunidad entonces, fue un gusto. Adiós* - dijo viendo como se iba con la hermana.

A la mañana siguiente, Teresa abandonó su habitación para toparse otra vez con Benjamín...

- *Parece que está en nuestro destino chocarnos* - dijo queriendo provocar la risa en sus labios - ... *Teresa, soy Benjamín, nos conocimos ayer ¿Te acordás?*

- *Creo que sí, pero tengo que ir a...*

- *¿A dónde... A tomar un café? ¡Te invito!* - dijo risueño.

- *¡No!... Tengo que ir a ver a mi hijo* - contestó aturdida.

- *Ah... tenes un hijo eh...*

- *Sí y está en la incubadora grave... por eso me tengo que ir...*

- *¡Pará! Tenes que entrar con un médico... voy a buscar a mi hermana, espera un poco.*

A los cinco minutos volvió sólo...

- *Lo siento, no la encontré, pero le preguntamos a cualquier enfermera que te acompañe y ya está ¿Sí?*

- *¡No, por favor, no le avise a nadie!* - suplicó Teresa.

- *Tranquila ¿Por qué no quieres que le pregunte a alguna enfermera que te acompañe?*

- *No me quieren dejar entrar, no quieren por eso...*

- *Ta shshsh, ¡tranquila!... ¡Vení, entrá!* - Benjamín se puso una bata de médico y le puso a ella una bata verde para entrar a las incubadoras.

- *¿Sos médico?* - preguntó ella.

- *No, pero estoy estudiando para ser uno. Si me agarran me cuelgan, pero actuemos normalmente ¿sí?*

Ella se perdió mirando al niño que parecía estar durmiendo.

- *Estoy estudiando para ser pediatra... ¿Qué te dijeron qué tenía el niño?*

- *Problemas mentales y respiratorios, pero no sé más.*

- *Cuando volvamos a tu habitación me gustaría ver tu tabla de evolución, tu tabla médica si no te molesta...*
- *¿Por... piensas que fue mi culpa?*
- *¡No! ¿Quién te quiere meter eso en la cabeza?*
- *Es que como... no lo quería tener...* - su llanto se hizo más duradero y él decidió sacarla del cuarto y regresar a la habitación.

- *¡Descansa un poco!* - dijo Benjamín tras ayudarla a recostarse.
Agarró la tabla y empezó a leer, no pudo evitar sentir espanto. Teresa que no había cerrado los ojos lo vio y le preguntó... - *¿Qué pasa?*
- *Nada ¡tranquila!... Mejor contame... porque dijiste que era tu culpa...*
- *Me violaron y de ahí nació... ¡Ay no! no tiene nombre...* - dijo comiéndose las uñas.
- *Lo siento... no te preocupes... ¿Qué te parece Tomás?* - dijo haciéndola pensar en otra cosa.
- *¿Tomás? Es lindo, me gusta. ¡Sí, Tomás!*
El chico siguió hablando con ella hasta que Teresa se quedó dormida.

Benjamín salió del cuarto en busca de su hermana y al encontrarla le empezó a hacer una serie de preguntas que la descolocaron y juntos buscaron a un médico de total confianza de Macarena y le hizo las mismas preguntas que a su hermana, Benjamín.
- *Usted me está diciendo, que cuando el paciente se encuentra en estado de embarazo, no se le puede ni suministrar calmantes, ni anestésicos bajo ninguna condición ¿verdad?* - dijo el hombre alterado.
- *Ya le dije que no, joven. Está estrictamente prohibido. Mire si a una embarazada le dieron calmantes y más si son tan fuertes como los que me acaba de nombrar... podrían ocasionarle un...*
- *¿Sí... un qué?* - insistió Benjamín.
- *Podrían ocasionarle daños irreversibles a la criatura, desde mentales hasta respiratorios, enfermedades crónicas y un sinfín más de cosas, hasta para la madre mismo es peligroso, pero ¿Por qué tanta pregunta en base a éste tema? Ya le dije... sería como cometer un homicidio...*
- *¡Este hospital acaba de cometerlo entonces!* - dijo sin la menor vacilación.
- *¿A qué se refiere?* - preguntó preocupado el hombre.
- *A que una mujer está llorando, porque su hijo está en la incubadora con problemas mentales y respiratorios...*
- *Pero esos no son síntomas que se deben solamente a calmantes y anestésicos... pero de ser de otro modo tendría que tener pruebas, joven.*

- *No me cree, es eso ¿No?* - dijo Benjamín desafiante.
- *¡Benja por favor!* - dijo Macarena agarrándolo del brazo.
- *No es eso, pero para levantar una demanda contra el hospital se necesitan pruebas...*
- *¡Ahí los tiene!* - dijo tirándole los papeles sobre la mesa, con la lista de todo lo que le habían suministrado a lo largo del embarazo a Teresa.

El médico leía y no podía creer lo que estaba leyendo. Dejó los papeles sobre la mesa y levantó el tubo del teléfono...

- *Hola, llamo para levantar una demanda contra el Hospital Bellas Flores...*

Pasaron tres días desde la denuncia. Teresa se encontraba junto a Tomás mirándolo a través de un vidrio. Una enfermera gordita de rulos se le acercó y le puso una mano sobre el hombro...

- *Lo siento, nena... Tu hijo está peor, te tenes que preparar para cualquier cosa...*
- *¿Cómo hace uno para prepararse para cualquier cosa?... ¿Me permite tocarlo?*
- *Pero...* - El doctor que puso la demanda entró en la incubadora.
- *¡Por supuesto!* - dijo el hombre acercándose y mostrándole a Teresa por dónde podía meter la mano para tocar a su hijo.
- *Perdoname chiquito, por haberte odiado desde que supe de tu existencia en mí. No me juzgues por favor por el miedo que sentí... Ahora al verte así te juro que daría mi vida entera por que vos siguieras viviendo. ¡Tomás... por favor viví!* - lloraba aferrada a la manito del niño.

- *¿No quiere volver a su cuarto mejor?* - preguntó casi susurrando.

- *No... por favor déjeme acá con él* - dijo sollozando.

- *Está bien, mujer, tranquila... Podes quedarte todo el tiempo que desees* - contestó.

Teresa estaba con los brazos metidos en la incubadora sintiendo cómo el pechito de su hijo aumentaba y disminuía. Se quedó dormida en un momento.

Benjamín entró en la sala de incubadoras y se agachó para acariciarle la cabeza a Teresa, ésta despertó en seguida y se giró a mirar.

- *Buenas... ¿Cómo sigue?* - preguntó señalando al niño con la mirada. La muchacha agachó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas - ... *¡Acompañame a tomar un café, te hace mal estar sólo acá!*

- *¡No...! ¿Cuándo se van a dar cuenta, de que lo que me hace mal es que me vivan queriendo alejar de él?* - dijo como defendiéndose.

- *No pretendo alejarte de él, Teresa... Creeme por favor. Acompañame ¿Sí?*

Se resistió al principio, pero cedió ante la mirada de Benjamín.

Estaban sentados tomando café y dos sandwiches...

- *¿No te gusta el sanguiche?* - preguntó el joven.
- *No es eso...* - dijo con dolor en la mirada.

- *¡Toma el café al menos, Teresa por favor!* - ella se tomó hasta la última gota de café y también se comió los dos sándwiches.

- *¿Podemos volver ahora junto a Tomás por favor?* - dijo suplicándole.

- *Perdona mi estupidez, Teresa. No pretendí que estuvieras nerviosa mientras que comieras, pero... me di cuenta de que fui un egoísta y me siento un idiota al querer hacerte pasar acá el rato cuando de lejos se puede ver que tu mente está allá.*

Perdoname una vez más - pagó y la tomó del brazo guiándola al ascensor .

Al llegar fueron hasta la incubadora, vieron a varios médicos dentro de la sala. Benjamín le preguntó a una enfermera que salía de la sala qué había ocurrido y la respuesta hizo sumergir a Teresa en un mar de amargura.

- *Teresa... está vivo, no se murió...* - decía Benjamín.

- *¡Todavía...!* - lloraba sin consuelo.

Uno de los médicos se acercó a ella y le dijo si quería pasar al cuarto. Ella se levantó sin decir ninguna palabra y entró a la habitación. Una enfermera le quería poner la bata para la visita y el hombre la apartó. Teresa seguía sus pasos hasta la cuna de Tomás y al llegar metió una mano para sentir al niño. Una mujer que estaba a cargo de vigilarlo la miró...

- *¿Es usted la madre?* - preguntó.

- *¡Sí!*

- *Tengo que decirle que no hay ninguna esperanza, señora, lo siento profundamente. Siento que es mi deber decirle la verdad...*

Teresa sin pensar actuó intuitivamente y abrió la incubadora. Le arrancó todos los cables del cuerpo al niño y lo agarró llevándoselo al pecho. Oía los lentos latidos de su corazón y se convirtió en la mujer que nunca había conocido. Benjamín la miraba desde afuera y la vio completamente cambiada, parecía que le habían dado una inyección de fuerza.

Media hora más tarde, Teresa sintió que el corazón se le había paralizado al niño y levantó la mano, Benjamín acudió en seguida y llamó al médico.

La muchacha dejó al niño en la cuna y se fue a su cuarto. Benjamín la siguió y vio como en el cuarto juntaba una bolsa con ropa...

- *¿Qué haces, Tere?* - preguntó sujetándole la mano.

- *Me preparo para irme... Tengo que avisarle a...*

- *¡Teresa... se acaba de morir tu hijo!* - dijo queriendo hacerla entrar en razón.

La muchacha cerró los ojos y se dio la vuelta, soltó un par de lágrimas y siguió

empacando.

- *Por amor a Dios, Teresa...*

- *Si quieres que te vuelva a dirigir la palabra, no me vuelvas a mencionar a ese hijo de la grandísima puta... ¿Es que te crees que no sé lo qué pasó... crees que perdí la razón? Gracias a mi desgracia, tengo el recuerdo de cada puta cosa que me pasó en éste último tiempo. Así que no vengas a darme noticias que conozco perfectamente por haberlas vivido ¿ta?*

- *Perdón... ¿No quieres verlo por última vez?* - insistió Benjamín.

- *Ya no es mi hijo lo que está en ese cuerpo... Prefiero quedarme acá.*

- *Está bien... te dejo sola entonces...*

Era de noche ya, cuando Teresa decidió cruzar el umbral de la puerta del hospital.

Llevaba su mochila y se cuidó de que nadie la viera salir.

Macarena entró a la habitación de la muchacha, para ver cómo se encontraba y sólo encontró un papel escrito “Macarena, Benjamín y doctor Gutiérrez: Gracias por haber estado. Perdonen si me voy sin despedirme, pero nunca fui buena para esas cosas, les dejo un abrazo, Chau”.

La chica corrió a la oficina del doctor Gutiérrez y golpeó entrando después.

Los médicos implicados en el embarazo de Teresa, fueron enjuiciados y tuvieron una condena de cuatro años. La enfermera cómo cómplice sólo dos años.

De Teresa no supe nunca más nada, el día que desapareció del hospital desapareció de mi vista también. Pero por algo que no puedo explicar, presiento cómo si se sintiera bien y en paz consigo misma. Sé que está bien y por fin se siente segura y tranquila. No sé si lo soñé o qué, pero sé que está trabajando en un jardín de infantes como aprendiz.

Fin.

TRILOGIA:
NUNCA tuve que bajar la cabeza

Junio 2008

A lo largo de estos años aprendí que es la gente que tanto desprecio, la que me hizo ser quién soy, hoy en día. Dejenme explicarles... Hay tanto ciudadano “perdido” (como me gusta llamarlos) a mi alrededor... Gente que está más interesada en entablar una conversación telefónica, que una directa. Gente que se pierde, si la computadora no le acepta los datos que ingresa y basa su vida en ella. Gente que prefiere decorar la fachada, en vez de hacer renovaciones del interior. Gente que aprende día a día a desaprender. Gente que se cultiva en la ignorancia. Gente que cree que tener una “supuesta estabilidad” significa tener una vida equilibrada. Gente que cree que un beso entre hombres es igual a la homosexualidad y desarrollan lo que se llama homofobia, a pesar de que ellos no lo vean de la misma manera. Gente que cree que el secreto es la frialdad. Gente que juzga sin conocer. Gente que mira de reojo a quién no tiene la misma apariencia. Gente que se preocupa más en tener cada día más y más a su alrededor que almacenar riquezas en su interior. Gente que se olvida de ser gente.

Yo considero para mí misma que no soy así y jamás quiero llegar a serlo.

Para explicarles más o menos mi estado de ánimo, les voy a contar una historia que me sucedió hace unos días atrás.

Fui a la “Consejería de empleo” para que me orientaran y el chabón que me atendió, se pasó media hora ingresando mis datos a la máquina (computadora) y tras ese tiempo de espera me da un papel impreso y me dice que el día 10 tengo una cita para volver y hablar con quién me asesoraría. Agradecí y me fui a casa.

El día 10 llegó y me dispuse a ir de nuevo a aquel lugar en el que había tenía una cita. Al llegar tuve que esperar unos minutos, luego me atendió un hombre muy amable y tras otra media hora de ingresar mis datos a la máquina y responderme una serie de preguntas que le hice, me respondió que me estaba rellenando un papel para darme una cita con quién me podría asesorar.

Así que nuevamente me encontraba ante un papel en el que me daban otra cita, bueno... Respiré hondo y me lo tomé con calma. A todo esto la muchacha que me daría fecha y hora para la cita, no se encontraba en su puesto, por lo cual me volví a casa, a esperar su llamado.

Y bueno... acá estoy desde entonces.

La incompetencia de la gente cada vez es peor. Eso es algo que tengo bien metido en la cabeza y me gusta ir por la vida creyendo firmemente en eso, porque es la única manera de no salir lastimado. Es bárbaro si una persona te demuestra lo contrario, pero uno ya va amortiguado y no salta directamente dentro de un abismo.

A todo esto hay varias cosas que hoy entiendo, pero me hubiera gustado enterarme de ellas como ficción y no como una realidad que se vive día a día. Es tremendamente hiriente (para mí) ver cómo nos destruimos al destruir al único hogar que tenemos, pero para este sistema el egoísmo es su mejor amigo. “¿Qué importa qué pase después? ¡A mí no me va a afectar!” Y cosas similares dice la “gente”.

¿Qué pasa con todos esos niños que se están muriendo de hambre, mientras que un país planea una invasión bélica por cuestiones de dinero? ¿Qué pasa con las miles de especies que exterminamos día a día por el mísero interés de la codicia? Es tan sencillo de explicar, pero tan dañino que nos estruje el corazón.

Hay gente que se derrumbe ante el menor roce. Muchas veces se ignoran las ganas que esa gente tiene de morir, sin sincerarse ante el enorme miedo que sienten de experimentar la vida, simplemente por no conocerla. Hay tanto dolor sobre el planeta, que parece que no nos basta con sentirlo solamente nosotros, NO tenemos que hacer que todo el mundo lo sienta por igual.

¿Cómo es posible que a un buen hombre se de la espalda y a un graduado se le brinde una sonrisa? ¿Cómo es posible que siendo seres “inteligentes” seamos tan calculadores? ¿Cómo es posible que la desgracia ajena nos cause placer? ¿Cómo es que llegamos a perdernos de ésta manera? ¿Tanto es el poder del billete? ... ¡Sí, lo es!.

Éstas son tan sólo algunas de las diferencias, que siento poseer en cuanto a ésta sociedad, que se sumerge cada día más en un consumismo que parece no tener vuelta atrás.

Soy feliz de ser quién soy y me enorgullece haber podido extender mi cuello, cual tortuga para sacar la cabeza de toda la mierda que invade al mundo.

Fin.

Experiencias que te dejan con la boca abierta (de cita en cita)

Junio 2008

A pedido de un buen amigo que tengo, voy a contar un episodio que le sigue a uno de mis últimos cuentos. Si usted no ha leído “NUNCA tuve que bajar la cabeza” es imposible que entienda del todo el relato que le presento a continuación.

Hoy es 23 de Junio, fecha que le dieron a mi hermana (¡Sí, tengo una hermana cuatro años menor que yo!) de la Consejería de empleo para acudir a una cita. A las 13:15hs salimos camino a la Consejería de empleo. Yo iba sólo a acompañarla porque la última vez que había ido quedaron en llamarme ¿Se acuerdan? Finalmente así lo hicieron y me dieron fecha para hoy mismo (junto con la cita de mi hermana). Resulta que más tarde, vuelven a llamarme para hacer un cambio de fecha, porque según la mujer que me hablaba se le hacía “imposible” atenderme ese día. Entonces recurriendo a mi sentido común respiré profundamente y oí la nueva cita que me daban. ¡Tengo fecha para el 3 de Julio!

Bueno... retorno a mi relato... Acompañé a mi hermana al establecimiento y me quedé esperándola, mientras veía que se iba al fondo del lugar, siendo atendida por una mujer cual apariencia no quiero dar por escrito, no sea cosa que después me haga una denuncia por contar verdades.

El día estaba demasiado pesado, el sol rajaba la tierra, al igual que ahora mismo que escribo éstas líneas. La única brisa que había, era la que entraba por la puerta de entrada, por lo tanto decidí permanecer junto a ella y ahí me quedé fácil... unos cuarenta minutos parada.

La transpiración se apodera de mí, aunque sólo diera un paso bajo el sol y ahí estaba yo... con un pañuelo secándome la transpiración de la frente y de abajo de los ojos. También me pasaba el pañuelo por la nuca y sentía cómo una gotita de agua bailaba en mi espalda hasta caer a un lado oscuro del cual jamás retornó.

En un momento veo que se me acerca una muchacha que me agarra del brazo y acercándose a mí rostro me comentó: -“ Me ha bajado la regla ¿se me nota?”, dio dos pasitos hacía adelante sacando cola mirándome con insistencia. Yo tratando disimuladamente de “disimular” miré y le sacudí la cabeza informándole de que no se notaba nada, ella se alejó con una sonrisa agradeciendo.

El tiempo seguía transcurriendo y ya el calor era menor, como estaba relajada con la brisita que me golpeaba la cara esperaba pacientemente.

Cuando de repente veo lo que más detesto en ésta vida... Primero me alejé y cuando

estaba lo suficientemente lejos me paralicé. ¡Sí, señores... era una cucaracha de un tamaño descabellado! Fue horrible ver bajar eso por el marco de la puerta. Igualmente logré calmarme y aproveché para sentarme un rato en una silla que estaba apartada de la puerta.

Imagínense una película de terror ... yo estaba sentada y de repente la vuelvo a ver (a la cucaracha) y la hija de puta apuntaba hacia mí con pánico recogí las piernas, pero la guacha encaro derecho hacia donde estaba yo y al acercarse levanté las patas (de manera que parecía estar en un esquech de Gasalla) y pasó de largo... en ese momento bajé las piernas y salí de ahí como si tuviese un cuete en el tuje y me fui nuevamente a la puerta.

Ya perseguida por aquel suceso miraba de reojo que no estuviera cerca de mí y aprovechando el estar parada nuevamente, me acerqué a la mesa en dónde habían atendido a mi hermana y preguntó por ella. La mujer me contestó que la había atendido otra colega.

Volví hacia adelante y ¿qué creen?... Otra más entraba corriendo carreras de fórmula uno por la puerta, en ese entonces pensé que era el “acabose”. Yo seguía mirando a todos lados cuando veo que de repente los empleados que estaban en “Información” se empiezan a escandalizar y deduje que se habían encontrado con “mi amiga”. Observaba cómo movían los muebles para descubrirla, pero no dieron con ella.

Yo seguía dando vueltas esperando noticias de mi hermana, pero parecía que la mina que la entrevistaba se había echado a dormir la siesta (tan querida en España).

El calor aplastante continuaba hostigando el ambiente y yo veía gente entrar y salir del local. De repente mis ojos vuelven a ver a “la bestia” y se la señalé a uno de los empleados que se levantó y fue hacia ella.

Yo como se podrán imaginar me fui a la otra punta del local y me senté observando desde ahí. El hombre decía -“Que conste que es un animalito de Dios” se agachó un poco y tras un supuesto SPLASCH! La recogió con una revista y la tiró a la basura, se dio la vuelta y volviendo a su asiento dice -“ Tenía cara de buena persona” y yo para mis adentros trataba de encontrar la paz.

Al rato veo que mi hermana me llama con la mano y me acerqué a ella. Salimos por otra puerta (de un costado del edificio) y al dar la vuelta, vemos la cortina bajada de la entrada de la Consejería de empleo... Se ve que no querían que entraran más “bestias” al lugar.

Caminando de vuelta a casa, agarrada del brazo de mi hermana. Ella me empezó a contar qué le dijeron ¿Y saben qué me contó? Les doy tres oportunidades para adivinar... ¡Exacto! Le dieron cita para el 3 de Julio. Mismo día en que me dieron fecha a mí... veremos qué sucede, pero no duden de que cuando ese día llegue, no les tenga otra anécdota cómo esta que acaban de leer.

Fin.

Horrores de la burocracia

Presento aquí la tercer y última parte de ésta trilogía de escritos. Cuyo suceso prometo no volver a cometer, ya que no me causó ninguna satisfacción el escribirlos realmente.

Y aquí me desquité de mi ferviente odio y repulsión en contra de la burocracia.

Hasta el momento no he experimentado nada que se asemeje a lo que despierta ésta mezcla de estupidez, incompetencia y “pelotas” en mí como ésta “ayuda” al cliente.

Lo digo sin pelos en la lengua... ¡¡¡ODIO LOS PUTOS BUROCRATAS QUE TE HACEN PERDER EL TIEMPO PARA JUSTIFICAR SU SUELDO!!!

No puede ser que en pleno siglo veintiuno, sigamos dejando que una manada de ineptos se hagan cargo de cagarnos la corta existencia.

Para cada justificante que solicita la sociedad, nos tenemos que enfrentar al horrendo hecho de encontrarnos frente a un/a tarado/a, que no entiende lo que le decimos (a pesar de repetírselo más de tres veces).

Bueno, después de descargar un poco les cuento...

Hoy llegué a la hora de la cita y COSA INSÓLITA me atendieron a tiempo, cosa que no sucedió la vez anterior que acudí a otra cita. Me hicieron esperar más de una hora.

Al atenderme me cantaron la misma canción de hace dos meses atrás y me querían convencer de darme otra cita, pero dije que si las cosas no salían como yo lo quería, la llamaría yo misma para pedir otra cita. ¡¡¡Obvio que no llamaré!!!

Me fui de ahí sonriendo y agradeciendo para nunca más volver.

Fin.

Cuándo la traición mata

Mayo 2008

Capítulo 1

Hacía tanto calor que ya no aguantaba estar en la cama. Puso los pies sobre el suelo y se levantó dirigiéndose al baño. La ducha no sirvió para refrescarla. Se sirvió un vaso de jugo bien helado con cubitos de hielo y se sentó en el jardín, soñando con una brisa fresca, pero lo único que sucedió fue más calor. Pensó en poner un ventilador y al probarlo, enseguida optó por dejar esa idea porque sólo juntaba el aire caliente echándoselo en la cara. Dejando pasar un par de minutos, recogió sus cosas; toalla, crema de sol, lentes oscuros, un libro y el bolso. Se puso la malla y agarrando el bolso, salió de la casa en dirección a la playa. Cuando sus pies entraron en contacto con la arena, se buscó un lugar para dejar el bolso y en seguida después se metió al agua, sin vacilar. Por fin parecía bajar un poco la temperatura del cuerpo y el malestar que sufría. Salió del mar y caminó hacia su bolso, desdobló la toalla y se echó en ella.

Los gritos de los niños jugueteando en la arena invadían el lugar, el sol seguía imponentemente caluroso y el mar gozaba de un apasionante ir y venir de grandes olas. A medida de que fue pasando el tiempo cedieron los gritos de los niños. siendo reemplazados por chillidos de gaviotas que sobrevolaban el mar. El sol se fue yendo lentamente a dormir, dando paso a que la luna plateada marcara su camino a lo largo del océano. Sus lentos pasos bajo las estrellas, la llevaban de vuelta a la casa, dónde dejó el bolso y volvió a darse una ducha.

Sonó el despertador con un fuerte pitido. La mujer abrió los ojos y vio que eran las siete y media. Tras arreglarse salió a la calle camino al trabajo. Frenó un ómnibus, subió y viajó tres paradas. El resto lo hizo caminando. Estaba parada frente a un enorme edificio (un centro especializado en discapacitados), subió las escaleras y entró.

- ¡Buenos días, Lucrecia! - dijo la mujer al ver la recepcionista.

- ¡Buenos días, Natasha! ¡Qué calor el de ayer eh! Creí que moriría ... - respondió la muchacha.

- ¡Sí! estuvo bravo la verdad - dijo la mujer seriamente -... Con permiso, voy a ver qué

tal marcha todo. Nos vemos más tarde, Lucrecia - y se alejó.

Caminó hasta el fondo, dónde se encontró con ocho o nueve personas sentadas en el jardín, formando un círculo.

Saludó a cada uno con una sonrisa y siguió unos pasos, hasta llegar a una puerta azul (que estaba frente por frente a la puerta de la salida, pero con la distancia de unos ocho metros aproximadamente). Entró a la habitación que era ligeramente ambientada a la antigua y cálida. Dejó su cartera colgada en el perchero y agarró la túnica poniéndosela. La mujer estaba agachaba, junto a una niña de diecisiete años, jugando a las cartas. La niña reía mucho y se notaba que Natasha se esforzaba por sonreír.

De repente se acerca corriendo la recepcionista con el teléfono inalámbrico.

- Natasha te llama un hombre - dijo alcanzándole el tubo.

- *¡Discúlpame un momento, Josefina, en seguida vuelvo!* - se levantó y sostuvo el tubo - *... ¿Quién es?... Sí ... bien... no, no puedo... Lo siento, pero hasta nuevo aviso no tengo libre... bueno, chau* - cortó y le pasó el tubo a la chica - *... Si éste hombre te vuelve a llamar, haceme el favor de decirle que no te permiten pasarme la llamada...*

- Pero...

- *Nada de peros... por favor Lucrecia* - insistió la mujer un poco alterada y calmándose después, la muchacha asintió y volvió a su puesto.

La oscuridad cubrió la ciudad. El reloj marcaba las diez de la noche.

Natasha saludó a Mateo; un hombre de cincuenta y tres años, al que le apasionaba hablar de automóviles y aviones. Al principio la mujer no entendía ni una palabra, pero ahora puede plantarse frente a él y dar su opinión.

Su intención era darle un beso y seguir a su casa, pero el hombre no pensaba lo mismo y le empezó a hablar. Cuando la mujer miró el reloj ya eran las once y cuarto.

- *Discúlpeme Don Mateo, pero estoy muy cansada...* - dijo ella poniéndose de pie.

- Sí, nena, perdóname por haberte entretenido - contestó el hombre avergonzado.

- *No me lo diga así, bien sabe que le presto mucha atención, pero hoy sería incapaz de hacerlo ... ¡Usted me enseñó todo lo que sé de autos y aviones, Don Mateo! Mi cansancio es emocional, tampoco es físico ¿Entiende?* - dijo dulcemente sosteniéndole la mano.

- Claro, nena ¡anda y descansa! Y gracias.

- *Antes le quería decir que ¡se porte bien! Y no vaya a gritar si llega a ver a una nueva muchacha que empieza a trabajar en la noche acá ... Su nombre es Nancy, yo le dije que no se acercara a su cuarto, debido al miedo que siente usted hacia caras desconocidas. Mañana en la tarde estaré yo acá para presentarlos, pero si llegase a ocurrir que la ve, porque ella se equivoca y entra a ésta habitación ¡No grite, no se asuste, Don Mateo! Lucrecia se queda toda la noche de guardia, así que si siente algún*

temor ¡llámela! ¿Sí? - dijo la mujer junto a la puerta, el hombre asintió y ella con una sonrisa cerró la puerta.

Una puerta se abrió hacia un espacio oscuro, Natasha extendió la mano hasta dar con el interruptor y encendió la luz. Dejó las cosas sobre la mesa y se tiró en el sillón, quedando dormida.

A la media hora una chica más joven se acercó a ella sentándose en el sillón individual.

- *¿Qué hora es?* - preguntó Natasha exaltada.

- Las doce y tres minutos, bueno cuatro... *¿Cómo te fue?* Ni te sentí llegar - dijo con voz alegre.

- *Bien... ¡estoy cansada!... Me llamó Fernando...* - dijo enderezándose y agarrándose la frente.

- *¿Y qué le dijiste?* Espero que no le hayas... - dijo intrigada y suspicaz.

- *¡No!... Le dije estar ocupada y colgué* - respondió casi callando la frase de la hermana.

- Entiendo. Él no te merece, Nati,... *¿Vos quieres verlo?* - preguntó.

- *¡No! y menos quiero que me llame al trabajo, pero ... no sé ¡Tengo terrible mambo en la cabeza! ¡Me voy a recostar, hermanita!* - dijo yéndose al cuarto.

Un nuevo día sacudió la vida de las hermanas May.

- Mercedes... *¿Viste mi blusa violeta... la de flores negras? La busque por todas partes, pero nada... a lo mejor la usaste vos y está en tu ropero...* - dijo Natasha vestida con una pollera y el corpiño.

- Ni idea, pero ¡agarra nomás una de las mías! - sugirió la chica.

- *No ... gracias ... quería esa, pero ta ¡da igual! Ya salgo para el laburo* - dijo atándose las sandalias.

- Bueno ... - se paró y corrió hacia ella - ... *¿Sabes que te quiero, verdad?* - preguntó sonriendo.

- *Sí y yo a vos, chiquita ... Perdóname es que ando de mal humor* - respondió la mujer.

- Lo entiendo - dijo dándole un beso.

Natasha se despidió y pasando por su cuarto, agarró una blusa negra, se la abotonó y agarrando sus cosas salió de la casa.

Corrió para alcanzar al ómnibus, pero éste no la vio o no quiso verla y siguió de largo.

A los veinte minutos llegó al centro y estaba empapada de sudor. Saludó como pudo a Lucrecia y se fue al baño.

Frente al espejo, se mojó la cara y se apoyó en el mármol. Tras unos instantes se enderezó y se arregló un poco. Y comenzó a trabajar.

Natasha estaba en su escritorio escribiendo algo en una libreta y de repente contestó a un insistente llamado que golpeaba la puerta.

- *¡Adelante!* - dijo, dejando la lapicera a un lado de la libreta.

- Hola... permiso, soy yo... ¿Qué hacías? - preguntó una mujer de treinta años. Era una de las internas, vestía unos pantalones flojos y una remera ancha y larga.

- *Samanta... estaba pasando algo en limpio ¡Pasa por favor... sentate!* - dijo la mujer pasándose las manos por el rostro, se acomodó el pelo y forzó una sonrisa.

- No me la creo... - dijo la mujer apretando un crucifijo que tenía colgado alrededor del cuello.

- *¿Qué cosa, Samanta... qué no te crees?* - preguntó Natasha acomodándose en la silla.

- ¡Tu sonrisa... no es sincera! - contestó tímidamente retirándose el flequillo de la frente.

- *¡Tenes razón!...* - contestó frotándose los ojos y centrándose en los ojos de Samanta.

- ¿Por qué estás tan triste, Nati... Quién te lastimó? - preguntó la mujer con dulzura.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y de repente le respondió

- *Una persona en quién confíé mucho ... ¡demasiado!*

- Tranquila... - se fue junto a ella y la abrazó acariciándole la espalda.

- ¡Yo estoy contigo, Nati, no te va a volver a lastimar, yo te cuido!

- *Gracias, Samanta* - dijo sollozando -... *perdóname por ésta escena* - dijo tapándose la cara.

- Vos me dijiste que cuando uno quiere llorar, tiene que hacerlo... ¡Está bien, Nati!

La mujer se despidió de Natasha y volvió a su cuarto dejándola con una sonrisa en los labios.

Más tarde Natasha estaba en el patio con tres personas más: Samanta, Lucas y Mauro.

Lucas es un muchacho de veinticinco años con dificultad de mover el cuerpo y dificultad al habla, pero muy inteligente y capaz de expresarse de forma elocuente.

Mauro, un hombre de cuarenta y cinco años, pero mentalmente un niño. Es muy amoroso e ingenuo.

Y Samanta es una muchacha que bajo control resulta bastante tranquila y elocuente, pero sin el control tiende a olvidarse de las cosas y a ponerse agresiva, exponiendo así su propia vida.

Juntos jugaban a recordar cosas y asociarlas con otras. Reían mucho.

- Na - Na - Na ta ... sha ... yo yo yo ... - dijo Lucas.

- *¿Sí, Lucas? ¡Tranquilo! A ver...* - dijo ella sonriéndole.

- Na- Na- ran- ja - dijo mirándola a los ojos.

- *Muy bien, Lucas* - dijo ella y se dio la vuelta hacia Mauro que le había tocado el brazo

- *¿Sí?*

- ¡Quiero jugar con la pelota! - dijo el hombre con la cabeza apoyada en el hombro.

- *El día está un poco nublado, Mauro y a lo mejor llueve... Mejor nos quedamos adentro bajo éste techo ¿Si?* - respondió agarrándole la mano.

El hombre contestó con un puchero y levantándose se fue a su cuarto.

- *¡Ma ... Mauro!* - llamó Natasha poniéndose de pie.

- Se enojó porque no cumpliste su capricho, Nati. Sos la única que lo complace con todo y es la primera vez que le dijiste "no" a algo - dijo la chica cruzada de piernas.

- *¡Voy a verlo!* - dijo retirándose.

Natasha caminó hasta la pieza 231 y al llegar golpeó la puerta.

- *¿Puedo pasar, Mauro?* -espero respuesta, pero no le contestó

- *¡Entro!... hola, Mauro ¿Por qué no me respondías?*- Lo vio sentado en una esquina con las piernas recogidas - *Mauro ¡hablame!* - dijo acercándose más a él, hasta tocarle la mejilla.

- Ya no me quieres más - respondió el hombre retirando la mejilla.

- *¿Por qué pensas eso... porque te dije que no podíamos ir a jugar a la pelota?* - el hombre asintió con la cabeza y se cubrió la cara.

-

El hombre levantara y vio cómo se le iluminaron los ojos sonriendo.

Salieron al jardín y jugaron media hora al fútbol. Natasha ya estaba cansada, pero Mauro seguía como si nada.

Se vino la noche y como todas las noches, Natasha agarraba su cartera dejando la túnica colgada y se marchaba a su casa. Media hora más tarde llegaba a la casa.

La hermana fue la que la recibió y convenció de salir a comer a algún sitio en la rambla.

La hermana, se sentó a una mesa junto a un arbusto que tenía flores violetas, Natasha se sentó frente a ella y pidieron la carta.

- *Mercedes, realmente no me siento con ánimos de comer, ya te lo dije...*

- ¡Chito! - dijo la chica con un dedo frente a los labios - Te estoy invitando, mujer... ¡No podes encerrarte la vida entera porque un tipo te corneó! - dijo tapándose la boca.

- *Está bien, ¡tenes razón! ¿pero qué quieres que haga? Fernando no era para mí sólo un "tipo"... Perdón* - dijo secándose los ojos.

- No, no digas eso, perdóname vos, Nati... no sé porque dije eso. ¡Vamos a pedir! ¿Sí?

- dijo mostrando el menú. La mujer asintió y al rato les trajeron la comida y la bebida.

Estaban caminando por la orilla de la playa y ambas llevaban los zapatos en las manos. Lentamente Natasha volvía a mostrar los dientes.

- Hace tiempo que no te veía sonreír, Nati... ¡Tenes una sonrisa hermosa... Deberías mostrarla más seguido! - le dijo la hermana.

- *Gracias, pero... no tenía motivo para hacerlo...* - y al decirlo volvió a la tristeza.

- No che... ¡Sonreí, Nati... No dejes que él influya tanto en tu estado de ánimo! - dijo la chica agarrándola de la mano y finalmente abrazándola.

- *¡Sos un amor, Mercedes! Sé que lo decís con buena intención y te juro que lo estoy tratando de olvidar... Pero son muchas las cosas que ocurrieron entre nosotros y... me va a costar mucho lograrlo. No te olvides que fueron años de convivencia... en los que nos contábamos todo, hasta que...* - los ojos se le llenaron de lágrimas.

Capítulo 2

El amanecer entró en el cuarto de Natasha descubriéndola con la espalda desnuda. Su cuarto era amplio y estaba decorado de forma sencilla con un par de cuadros, cortinas; violeta oscuro y claro, las sábanas; amarillas y rosas. El despertador sonó y estirándose lo apagó. Se puso un corpiño y arriba una blusa, buscó una pollera larga a juego y pasando por el baño para arreglarse, fue a la cocina a preparar el desayuno.

- Ah... eras vos - dijo Mercedes sentándose a la mesa.

- *Perdona, negrita ¿Te desperté?* - preguntó preocupada.

- No... es que no dormí bien y sentí ruido y para dar vueltas sola no sirvo - dijo con una sonrisa.

- *¿Te sentís mal u otra cosa?* - preguntó mirándola a los ojos.

- No sé... mal no me siento, pero... como que... extraña - dijo agarrándose el vientre.

- *Mmm... mejor anda a recostarte que te llevo un te ¿Sí?* - dijo haciendo que la chica se ponga de pie.

Y así se fue al cuarto y se recostó en su cama, hasta ver que la hermana se asomó a la habitación con una tasa. Entonces se sentó medianamente y bebió un sorbo.

- *¿Estás mejor, Mercedes?* - preguntó arrodillada.

- Sí, el haberme recostado me ayudo un poco, pero vos te tenes que ir a trabajar, Nati.

- *Nada de eso, llamo y aviso. ¡Vos estás primero!* - contestó acariciándole la frente.

- No hace falta, Nati ¡anda por favor! Voy a terminar el té y trataré de dormir un poco.

- *Pero...* - insistió la mujer.

- *No, Nati, gracias, pero prefiero que vayas y quedarme a descansar en serio... Estoy bien.*

- *Bueno... En ese caso salgo ahora mismo para llegar a hora... Cualquier cosa ¡me llamas!*

- Está bien, Nati ¡anda nomás! - insistió la chica.

Tiempo más tarde la mujer se encontraba en la habitación de Lucas, sentada junto a su cama. Tenía una bandeja con un caldo de zapallo y jugo de naranja con el cual lo estaba alimentando.

- Me... me vas a con... con-ta-giar... - dijo el hombre, apoyando la cabeza en la almohada.

- *¿Perdón?* - dijo Natasha volviendo en sí.

- Eso... estás tris-te... Sien-to an-gus-tia... - dijo el muchacho.

- *Es que... Éstos últimos días no me vengo sintiendo muy bien y...* - respondió como quien busca excusas.

- ¡No!... si no que-res, no me res-pon-das, pero por fa-vor no me mien-tasss - dijo el hombre alejando la vista de la ventana, posándola sobre los ojos de la mujer. Transcurrió un instante silencioso y de repente ella dijo...

- *Hace cuestión de dos, tres semanas... mi pareja me engañó con otra mujer* - contestó con los ojos rojos y secándose rápidamente las lágrimas que amenazaban con caer.

- Lo sien-to... lo sien-to, Na na na-ta-sha - dijo el muchacho.

- *Gracias, pero llámame Nati solamente, Lucas* - dijo agarrándole la mano.

- Nati - dijo sonriendo - ¡Gra-cias! - dijo mirándola fijamente. En su mirada lo decía todo. La mujer le sonreía y al terminar de darle la comida se retiró del cuarto.

Se fue al cuarto de César. Un chico de doce años con problemas mentales. Sonriendo de oreja a oreja, pidió permiso para entrar y se sentó en el piso junto a él, que jugaba con plasticina.

- *¿Puedo?* - preguntó agarrando un pedazo de la plasticina mostrándoselo.

- Mmm - se negaba con la cabeza alejándose.

- *César... ¡pará... tranquilo, es tuya... en serio. Nadie te la va a sacar!* - dijo dando un paso hacia atrás y agachada lo observaba.

Al paso de veinte minutos, el chico alzó la cabeza mirándola y con el brazo que sostenía un pedacito de plasticina la señaló.

- *¿Querés jugar?... ¡Tomá!* - dijo finalmente.

- *Gracias* - contestó ella acercándose a él, gateando y empezó a hacer figuritas. César imitaba todo lo que ella hacía, logrando finalmente hacer que el muchacho se riera. Se quedó largo rato con él jugando.

Al salir del cuarto, lo dejó recostado en la cama ya dormido y en el pasillo se encontró con el doctor Rivas.

- Perdón, doctor - dijo ella.
- No es nada, señorita May ... ¿Qué pudo evaluar con el joven Mendez? Su paciente, Señorita May - dijo el hombre al ver la cara de sorpresa de la mujer.
- Ah... César... *A decir verdad hoy no lo "evalué"* - contestó sonriendo.
- ¿Y qué estuvo haciendo hasta ahora en su cuarto? - preguntó escandalizado.
- *Jugaba con él* - respondió calmada.
- Jugando jugando... ¡qué vergüenza! - siguió con su discurso el hombre.
- *¡Me baja el tonito, porque el chico se acaba de dormir! Yo no sé qué mugre tendrá su mente, pero le advierto, que cómo vuelve a tomar el papel de ser mi supervisor, le presentaré el caso al jefe. A ver cuál es su opinión ¿Me oyó?* - dijo firmemente.
El hombre se quedó ofendido, mientras que Natasha le daba la espalda y volvía a su oficina.

Ya eran las siete de la tarde y Mateo se había apoderado una vez más de la atención de Natasha. Apasionado contaba de los automóviles y aviones. Tema que lo llenaba de curiosidad y alegría.
Lentamente la noche se acercaba, pero la pila del hombre no se acababa y siempre era Natasha la que tenía que marcarle un final, para seguir al día siguiente y así fue como sucedió.

Eran las diez y la mujer se dirigía a la parada del ómnibus. Tras un cuarto de hora llegó a destino.
Abrió la puerta de la casa al llegar y se fue a dar una ducha. Poniéndose algo más cómodo se fue a preparar una sopa, con ella se sentó frente a la televisión y así finalizó el día.

El despertador sonó a las siete en punto y así dio comienzo a un nuevo día.
Natasha bostezó, se miró en el espejo (que estaba frente a su cama) y sin darse cuenta se giró mirando hacia el espacio vacío de la cama con una sonrisa tierna que se tornó a efímera, cuando el golpe de la realidad cayó sobre ella.
Se vistió como todas las mañanas y preparó el desayuno. Al terminar de comer y estar preparada para salir de la casa, se levantó la hermana y le deseó un buen día.

La mujer caminó las tres cuadras de siempre, hasta llegar a la parada y allí esperó unos diez minutos.
Llegó a la puerta del centro con las medias can-can rotas y en las escaleras vio a Samanta sentada en uno de escalones.

- ¡La pu...! *Hola, Samanta ¿Qué haces acá afuera?* - preguntó la mujer calmándose.
- *Hola, te estaba esperando... Nadie me vio salir y aproveché para esperarte...* - dijo sonriendo.
- *¿Pero está todo bien?* - preguntó temiendo no sacarle la verdad.
- *¡Vamos a entrar!* - respondió la chica evadiendo del todo la pregunta.
- *¡Vamos!... ¿Lindo día, no?* - dijo poniéndole el brazo por encima del hombro.

Entraron y una de las enfermeras se dirigió a Samanta, reprochándole el haberse escabullido de su vista, pero Natasha cargó con toda la responsabilidad, diciendo que había sido culpa suya, que se le había olvidado avisar que estaría con ella.

La chica le sonrió al quedarse a solas y siguió a Natasha hasta su oficina.

- *¡Adelante, Samanta!* - dijo invitándola.
 - *Gracias... ¿Qué vas a hacer...?* - preguntó la chica señalándole con los ojos la media can-can.
 - *Ah... eso - se agarró la frente - No sé... Estaba sentada lo más campante, cuando me di cuenta de que tenía que bajar, ya estábamos a tres casas de la parada y corrí hasta la puerta bajando, pero en el último escalón me enganché con no sé qué y se me rajó...* - dijo finalizando la historia.
 - Ah... - respondió la muchacha rascándose la cabeza.
 - *Pero mira...* - se sacó las medias y las tiró a la basura - *¡Ya está!* - dijo sonriendo.
 - Pero ¿Cómo? - preguntó asombrada.
 - *Así sin más, Samanta... ¡Vamos al comedor! Es la hora del desayuno y no queremos que se enoje Sonia ¿no?* - dijo Natasha sonriendo.
 - No, no... esa mujer es medio loca.
 - *Che... eso no se dice, Samanta, no es loca la pobre Sonia... Es tristeza, lo que la hace actuar como lo hace... ¿Me guardas el secreto si te lo cuento?...* - preguntó mirándola a los ojos.
- La muchacha asintió y se sentó ansiosa en la mesa, como un niño que espera un dulce.
- *Una tragedia le arrebató la vida de su único hijo y ahora está sola... El hijo iba en el auto de unos amigos suyos, manejaba el mayor de ellos, pero el chico perdió el control del vehículo y volcó. Los otros tres se salvaron, el único que murió fue su hijo. Meses después se empezó a degradar su matrimonio y bueno... esa es su historia* - dijo mirándose las manos.
 - Entiendo... ahora entiendo un poco su carácter, pero... ¿por qué se la agarra con nosotros?
 - *Por lo que te acabo de contar, supongo que traslada sus problemas aquí. Siempre le dije que busque ayuda especializada, pero... no sé si me tome muy en serio... ¡Es malo tragarse las cosas!* - dijo mirándola.

Pasaron un rato en silencio, Samanta agarraba unas fotos que Natasha tenía decorando, sobre la mesa y estudiaba cada rostro.

- Mi madre no me va a venir a ver, ¡me odia! - dijo finalmente.
- *No, Samanta ¿Por qué crees eso?* - preguntó asombrándose de que se haya abierto.
- Usted es tan buena, que se empeña en ver buena gente a dónde va, pero el mundo no es perfecto, Nati... Mi madre me odia porque no soy la hija que soñó tener... Ella quería a alguien capaz de manejarse sin ayuda de nadie. No quería a una dependiente, quería a alguien "normal"... Me lo dijo varias veces a la cara. Entonces me internó acá por último. Renegaba de presentarme como su hija... ¿Le cuento una cosa?... ¡Nunca me dio un beso! No se lo cuento para que le de lástima, lo único que quiero es que ella no logre engañarla a usted que se portó tan bien conmigo... - dijo la chica.
- *Tu madre me hizo creer cada palabra* - respondió anonadada.
- Lo sé, tiene ese don - dijo la chica poniéndose de pie - ¡Me voy a mi cuarto!
- *Adiós, nos vemos más tarde, Samanta* - dijo siguiéndola con la vista.

Capítulo 3

Natasha estaba rellenando unos informes, cuando sintió que golpeaban la puerta alzó la cabeza y dijo que entrara, al ver quién era se puso de pie.

- Hola, Nati - dijo un hombre con voz grave.
- *¿Qué haces vos acá? ¡Andate! Estoy ocupada y... y no nos permiten las visitas... ¡Andate!*
- No me voy a ir, antes de que me escuches. Hace tres semanas que te llamo y no me atendes ninguna llamada - respondió el hombre pretendiendo agarrarle la mano.
- *¡No me toques!* - dijo ella dando un paso hacia atrás - *Si no te atendí las llamadas es porque no quiero saber nada de vos ¡entendelo!* - dijo ya alterada al final.

Un hombre de casi unos dos metros y vestimenta azul acudió a la oficina tras oírla.

- ¿Necesita ayuda, señorita? - dijo.
- *¡Sí!... ¡Acompañe al señor a la puerta!* - dijo apretando con el puño la túnica que llevaba puesta y evitaba mirar al hombre fijando únicamente sus ojos en el guardia.
- ¡Sí, señorita! - dijo señalándole la salida al hombre.
- ¡No, Natasha... me voy a quedar hasta que me escuches! - insistió el hombre.

El guardia lo agarró del brazo y por más que el hombre se resistía a dejar la oficina, el guardia siguió como si nada hasta dejarlo fuera del edificio.

Natasha al sentir que el hombre ya no estaba dentro del centro, salió al pasillo y se encontró con el guardia.

- *Gracias, Claudio... ¿Te podría pedir un favor?* - preguntó temblando.
- ¡Tranquila, señorita! Me halagaría si por fin confiara en mí para pedírmelo, después de conocernos hace diez años... ¡Dígame! ¿Qué puedo hacer por usted? - dijo el hombre humildemente.
- *Si llegase a presentarse nuevamente éste hombre... por favor, por favor no le permitas el paso. Inventale lo que quieras, pero no lo dejes* - ya era sólo una hojita en el invierno, de cómo temblaba.
- ¡Le doy mi palabra de que así será, señorita! - respondió.
- *Gracias... es que...* - dijo queriendo responder.
- No me tiene que decir nada, me basta con leer su mirada. Esté tranquila que éste hombre no se volverá a acercar por aquí - dijo haciendo un gesto de despedida.

Horas más tardes se encontraba en el cuarto de Oliver, un hombre de avanzada edad que sufría de parálisis cerebral y tenía incapacidad de mover el cuerpo salvo un brazo.

- *Hola Oliver ¿Cómo estás?... Me dijeron que ya comiste... Hoy te traje un libro de poemas, no sé si te va a gustar, pero veremos...* - Abrió el libro y tomó asiento junto a él. Empezó a leer en voz alta, hasta llegar a la mitad del libro - ... *La otra mitad la dejamos para mañana ¿Sí? ... Bueno, ahora duerma un poco* - le dio un beso en la frente y se retiró de la habitación..

El reloj marcaba las ocho de la noche y Elena (otra internada) se acercó a Natasha dándole un cuaderno. La mujer agarró el cuaderno y en él vio el nombre de la chica escrito en manuscrita varias veces.

La felicitó y la alentó a seguir escribiendo. Después de media hora le volvió a dar el cuaderno, pero ésta vez no era su nombre el que había escrito, como siempre lo hacía, sino que el nombre de ella: "Natasha".

Al preguntarle el motivo se puso colorada y se tapaba la cara con el brazo y ladeaba la cabeza.

- *¡Tranquila, Elena! No me tenes que responder...* - decía mientras la chica la callaba al decirle.

- ¡Porque sos mi amiga! - dijo calmándose.

- *Y vos la mía* - dijo sonriéndole.

La mujer agarró papel y lápiz y empezó a dibujar con la muchacha.

Eran las diez y media de la noche. Natasha había llegado recién a la casa y se encontró con la hermana agarrándose la frente apoyada contra la pared.

- *¿Qué paso, Mercedes... estás bien?* - dijo corriendo hacia ella.
- *Sí sí, sólo es un mareo... ya está pasando* - dijo apoyándose en el hombro de la hermana.
- *¡Mañana te vas a hacer un chequeo al médico!* - Respondió Natasha.
- *No hace falta, Nati... ya estoy bien* - dijo al oírla.
- *Me alegro, pero igualmente vas a ir y fin de la discusión!* - dijo yéndose a su cuarto.
- *Pero...* - discutió la chica.
- *No, Mercedes, por favor hoy no más... quiero recostarme un rato y dormir... En media hora me levanto y preparo de cenar ¿ta?* - dijo amagando con irse.
- *¿Tuviste algún problema, Nati?* - preguntó enderezándose.
- *Hoy se presentó Fernando en el centro* - dijo sentándose en el sofá.
- *No te puedo creer... ¿Cómo tiene el descaro de presentarse adelante tuyo después de...?*
- *Ya lo sé, no hace falta que me lo recuerdes* - dijo levantándose nuevamente.
- *No te quería molestar* - dijo con cara de lástima.
- *Está bien... no sabes lo contenta que estoy de tenerte a vos, Mercedes...* - dijo abrazándola -... *¡Te quiero mañana en el médico!* - agregó por último al irse al cuarto.

Eran las cuatro de la tarde y Mercedes se encontraba en la oficina de un médico. Tras un par de estudios, se sentó y esperó al médico.

- *Bueno, señorita... Para mañana a ésta misma hora, le tengo los resultados de los estudios que le practicamos hoy* - dijo el hombre acercándose a ella.
- *¿No me puede adelantar nada? Gracias igual, doctor... Entonces estoy acá mañana a las cinco de la tarde, con permiso ¡adiós!* - dijo abriendo y tras salir cerrando la puerta.

Natasha estaba haciendo un trámite en la Municipalidad. Estaba haciendo una cola de veinte personas más o menos y ella era una de las últimas de la cola. Un hombre se dio la vuelta mirándola y le preguntó...

- *¿Se encuentra bien, señorita?* - Era un hombre alto y apuesto.
- *Sí, sí... Es que el calor me marea un poco* - contestó a la pregunta.
- *¿Y no es para menos? Hace mucho calor últimamente... ¿Quiere beber un poco de agua?* - dijo dándole una botella.
- *Muchas gracias* - dijo aceptando la botella con una sonrisa, bebió y le preguntó -... *¿Cuánto le debo?*
- *¡Nada! Por favor ¿por quién me toma para cobrar el agua?* - dijo sonriendo.
- *No, pero algo tengo que darle, me sentiría mal... me incomoda* - dijo agarrándose la nuca.
- *Hay una cosa sí... ¿Tendría usted la bondad de acompañar a éste humilde servidor a*

merendar algo cuando finalicemos nuestros qué haceres aquí? - dijo atentamente.

- *No sé... es que tengo que volver al trabajo... ya me tomé la mañana, pero...* - dijo retirándose el pelo de la cara como nerviosa.

- No me diga que no por favor - rogó el hombre -... No me exponga a una humillación total... - la mujer iba a decir algo y el hombre agregó - ... Al menos déjeme su teléfono para ver si otro día le complace acompañarme a comer o hacer otra cosa de su preferencia... Por favor.

- *Está bien...* - sacó su agenda y anoto su número en él - *¡Tome! Y gracias otra vez por el agua.*

- ¡Quédese con la botella, señorita! Y gracias a usted por permitirme conocerla - dijo con una sonrisa.

Mientras tanto no se dieron cuenta de que se reducía la cola y que ya estaban a punto de ser atendidos. Cuando le tocó al hombre, le hizo un gesto a Natasha para que ocupara su lugar y ella sonriendo con cierta vergüenza le agradeció.

El hombre la sujetó delicadamente del brazo haciendo que frenara junto a él.

- ¿Podría darme la dicha de descubrirme su nombre? - preguntó.

- *¿Por qué me habla tan raro?* - dijo sonriendo - ... *Me llamo Natasha May ¿y usted?*

- Es un bellissimo nombre. Perdone mi falta, no me he presentado... Mi nombre es Facundo, Facundo Balduzzi - dijo regalándole una sonrisa - La llamaré, Natasha .

Ella se sonrojó un poco y lo saludó, antes de irse oyó a la gente acordarse de la madre del hombre “¡Vamos, hombre que no tenemos todo el día!” fue lo más suave.

Natasha llegó al centro y en la recepción se encontró con Lucrecia.

- Buenas ¿Cómo te fue, Nati? - preguntó la muchacha al verla llegar.

- *Bien, pero qué calor que hace che... cada vez está más insoportable el clima... Bueno estoy en la oficina por cualquier cosa, ¿ta?* - dijo la mujer siguiendo hasta el fondo.

Al día siguiente volvió a las ocho de la noche a su casa, porque la doctora Rivas le suplantó el turno y al llegar a la casa saludó a su hermana que estaba dando vueltas y más vueltas.

- *¿Qué te pasa, Mercedes?* - preguntó preocupada.

- No te oí llegar... - dijo mirándola y en la mano sostenía un papel.

- *Recién llego... ¿Qué es ese papel?... a ver...* - tomó el papel que la hermana dejó caer.

- No puedo, no puedo... - dijo llorosa Mercedes..

-*¿De qué hablas, Mercedes?* - dirigió sus ojos al papel y al llegar al final, la miró a la

cara y la abrazó - *Ay amor ¿Por qué no me dijiste nada ...? ¿Quién es el padre?*

- ¡No... no quiero hablar! - dijo y salió corriendo de la casa.

Pasaron siete días más en los que la buscó sin cesar, pero sin dar con su paradero. Una mañana sonó el teléfono y atendió desesperada.

- *¿Mercedes?* - preguntó con un llanto en la voz.

- No, mi bella dama. Lamento decepcionarla, soy Facundo... Balduzzi *¿Se acuerda? La municipalidad... Le di una botella de agua y usted me dio su número de teléfono, veo que no se acuerda de mí, perdóneme por molestarla...*

- *Sí, sí, lo recuerdo... perdón* - se le oyó el llanto manifestado.

- Señorita *¿Se encuentra bien?* - preguntó seriamente.

- *No me encuentro muy bien, no Tengo un problema personal...*

- Permítame ayudarla - sugirió el hombre.

- *Calle María Sosa Linares puerta 1239, cerca de una plaza que se llama "Libertad" con una fuente y tres angelitos en el medio ...*

- Salgo ahora mismo - dijo colgando el tubo.

Quince minutos más tarde sonó el timbre de la casa.

- *<¿Qué hice? No es digno de mí esto de darle la dirección a cualquiera... Bueno le digo que me agarró en un mal momento, pero que ya había pasado todo y que ya estoy bien...>* - se dijo a sí misma-... *¿Quién es?* - preguntó acercándose a la puerta.

- ¡Facundo Balduzzi! - respondió el hombre.

- *Hola... Gracias por venir tan rápido, pero...* - los ojos se le llenaron de lágrimas y se hundió en el pecho del hombre llorisqueando -... *perdón* .

El hombre entró a la casa, cerrando la puerta y la ayudó a sentarse.

- *¿Dónde se encuentra la cocina?* - preguntó.

- *Al fondo a la derecha* - dijo ella con la cara cubierta por sus manos.

Tras unos instantes volvió con un vaso de agua.

- ¡Tome!... *¿Mejor?* - preguntó al ver que se lo tomaba.

- *Sí, gracias...* - se peinó con la mano poniéndose el pelo tras la oreja -... *Mi hermana desapareció hace una semana, la busqué y no ... no hay rastros de ella, siento que se esconde de mí, que no me quiere ver ... Creo que siente que no puede confiar en mí...*

- *¿De qué habla?* - preguntó el hombre arrodillándose frente a ella.

- *¡Tuteame por favor!... Mi hermana está embarazada y no sé nada de ella hace una semana. La encontré acá, en casa. Con un certificado de embarazo* - contestó.

- Pero *¿Por qué piensas que le pasó algo malo? A lo mejor se fué con el padre de la*

criatura - dijo.

- *Porque... porque ella me lo cuenta todo y la manera en que se fué... No sé, estaba muy asustada, tenía terror en la mirada... Me dijo "No puedo" y cuando le pedí más detalles, huyó... Hace una semana que la busco y ya no sé dónde pueda estar* - dijo tapándose la cara nuevamente.

Capítulo 4

Natasha despertaba en su cama y después de lavarse la cara fue a la cocina y preparó el mate. Se fue hasta el comedor y quedó sin habla.

Facundo estaba durmiendo en el sofá, la sábana le cubría medio cuerpo, tenía el torso descubierto y el pelo entreverado.

La mujer se dio vuelta un poco avergonzada y se cerró el salto de cama, tratando de acordarse de lo que había sucedido anoche y al dar un paso hacia atrás, se topó con un adorno que hizo terrible escándalo despertándolo.

- Buenos días - dijo y bostezó.

- *Bue buenas... ¿Pasó algo anoche?* - preguntó bajando la voz y rascándose la cabeza.

- *¿Algo?... ¡Sí! ¿no te acordás más?* - preguntó seriamente. Natasha abrió los ojos de par en par - ... Nada de lo que te estás imaginando.

- *Yo no me imagino nada... ¿Qué debería imaginarme?* - dijo levantando los hombros.

- ¡No dormimos juntos, Natasha, tranquila! - dijo sonriéndole.

- *Yo no pensé eso... No me acuerdo de nada de lo que pasó ayer* - dijo cerrando los ojos.

- En un momento de la noche sacaste una botella de whiskey y al terminarla "sola" (Sí... no me convidaste mucho cuando estabas embalada)... bue... al terminarla seguiste por las dos botellas de cerveza que tenías en el garaje y recién cuando estabas muy tocada pude sacarte el intento de tomarte otra botella más... Por eso estas vestida como anoche, no me quise atrever a siquiera pensar en cambiarte de ropa... Bueno, a decir verdad si lo pensé, pero por simple cuestión de moral me rehusé - rió y se levantó.

- *No me digas...* - tanteó el sillón para sentarse y así lo hizo.

- Sí, te digo. Estabas muy afligida y creo que llegaste a sentir un poco de alivio y bueno... Parece que pudiste descansar - dijo finalmente poniéndose la remera.

- *Sí, creo que me siento mejor... bueno, es un decir, porque con lo que decís que tomé entiendo porque siento que se me revuelve el estómago* - dijo agarrándose.

- Te invito a tomar un café... - sonrió Facundo poniéndose de pie.

- *Eh... acepto, me voy a dar una ducha y vamos...* - dijo ella al verle la cara a Facundo como quién no acepta un No por respuesta.

Natasha pasó por su cuarto y agarró una muda de ropa con lo cual siguió al baño y comenzó a ducharse. Al finalizar cerró la llave del agua caliente y agarró una toalla en la cual se envolvió. Frente al espejo comenzó a vestirse y se maquilló la cara.

Tenía puesto un vestido rojo que le cubría las rodillas, los hombros los llevaba desnudos y sólo un pañuelo del mismo color en el cuello, el pelo negro suelto y unas sandalias en la mano.

Salió del baño topándose en el pasillo con el hombre.

- Perdón... iba a... ¡Te ves hermosa! - dijo finalmente.

- *Gracias, no es nada... Ya terminé, nos podemos ir* - dijo sonriendo.

Salieron de la casa dirigiéndose a un bar, dónde finalmente tomaron dos cafés con media lunas. Rieron mucho y ella pudo relajarse un poco, pero bastó nombrar a su hermana para que la expresión de su rostro, tornase a tristeza y aflicción.

Dos horas más estaba junto a la puerta de la casa y Facundo a su lado.

- Bueno, espero que nos volvamos a ver, Natasha... Y que en ese entonces te sientas mejor.

- *Gracias, Facundo. Gracias por todo y...* - dijo ella metiendo la llave en la cerradura.

- No digas nada, me fue un placer acompañarte ¡Lámame cuando me vuelvas a necesitar sin preguntártelo!... La pase muy bien contigo, adiós - dijo alejándose.

Otra mañana se asomó a la ventana de Natasha y ella despertó con una sonrisa. Hizo a un lado la sábana y se levantó de la cama. Se lavó la cara y se preparó para ir al trabajo.

Al llegar saludó a Lucrecia y sin darse cuenta sintió el abrazo por detrás de Mauro.

- Volviste ¿No me vas a dejar otra vez, no? Por favor quédate - decía mientras la sostenía fuertemente.

- *No me voy a ir, Mauro, por favor soltame... Afloja la presión de tus brazos...* - decía sintiendo que la estaba asfixiando.

En seguida se acercó el guardia y abrazando al hombre, le sujetaba los brazos para que no siguiera apretando a la mujer. Consiguiendo finalmente alejarlo de ella.

- Perdón, Nati... no quería lastimarte - dijo llorando Mauro.

- *No pasa nada* - dijo tras tocar -... *Estoy bien, no me hiciste nada, Mauro ¡tranquilo!*

- Vení, Mauro, te voy a llevar a tu cuarto - dijo el guardia agarrándolo del brazo.

La mujer se sentó al ver que Mauro ya no la veía y tosió un poco más.

- Toma, Nati - dijo Lucrecia dándole agua -... ¿Cómo haces, mujer?

- *Gracias... no hago nada. Sé que no es con mala intención que lo hace, no controla su físico, Lucrecia. Sé que pudo haberme matado de no haber estado ustedes alrededor, pero no le voy a dar la espalda por eso... Ni siquiera es exceso de amor, simplemente es no distinguir la frontera y eso es algo que no debería ser penalizado por falta de control.*

- Si vos lo decís... ¿Estrás mejor? - preguntó la muchacha.

- *Sí, gracias. ¡Voy a estar en la oficina por cualquier cosa!* - dijo alejándose.

El día transcurrió tranquilamente. A la tarde Natasha se acercó al cuarto de Mauro y lo vio recostado en su cama.

- *¿Puedo pasar, Mauro?* - preguntó abriendo la puerta. Él asintió con la cabeza -...

¿Cómo te sentís? - dijo sentándose en una silla junto a él.

- Bien *¿Y vos?*... Estás linda, linda como siempre - contestó sonriéndole.

- *Yo estoy bien y gracias por el elogio ... ¡Estoy bien, Mauro! ¿Te acordás de lo que sucedió esta mañana en la recepción, Mauro?* - preguntó acariciándole la mano. El hombre sacudió la cabeza en señal de negativa y agarró algo del cajón de la mesita de luz, dándoselo - ...*¿Qué es esto, Mauro?* - preguntó abriendo la caja y viendo en ella flores hechas con papel de diferentes colores.

- *¡Son para vos!. Para que no me olvides cuando te vayas.*

- Yo no me voy a ir, Mauro - insistió la mujer.

- *Sé que él te lo dijo y finalmente te irás con él, pero no me importa... Te seguiré queriendo aunque ya no sientas lo mismo que antes* - respondió con los ojos rojos.

- Está bien, Mauro - se levantó dándole un beso en la frente y salió del cuarto.

Mauro llegó a la clínica especializada por haber sido hallado vagando por la calles, pero no se sabe nada de su pasado. Era más que obvio que ocupó el lugar de una mujer a la que mucho quiso con el rostro de Natasha, pero no sabían más de él.

A la noche volvía a la casa y en la puerta se encontró con Facundo que la esperaba sentado. Sorprendida y alegre lo saludó y lo invitó a pasar.

- Llevo media hora acá - rió.

- *Te dije que salgo a las diez del laburo* - dijo ella sonriéndole.

- Sí sí, no lo discuto, sólo que no lo recordaba muy bien *¿Y cómo te fue hoy?*

- *Bien, si dejas de lado que Mauro casi me asfixia, pero es más el teatro que armaron a mi alrededor que la realidad. Está enamorado de mi y se le fue la mano...* - dijo prendiendo las luces.

- ¿Me salió competencia? - preguntó de súbito el hombre.

- ¿Cómo? - dijo asombrada Natasha.

Facundo se le acercó dándole un beso en los labios y al apartarse le dijo ... - Te quiero. Natasha quedó sin voz, pero su lenguaje corporal rechazaba aquella situación, lentamente caminaba hacia atrás hasta toparse con la pared.

- ¿No me decís nada, Natasha? - preguntó acercándose a ella.

- *Que... yo no siento lo mismo, Facundo* - respondió bajando la cabeza.

- Pero podrías sentirlo, dame tiempo y vas a ver cómo...

- *¡No, Facundo!... Viví hace poco una historia muy fea y no estoy preparada para sumergirme en una nueva y ahora con la ausencia de mi hermana no puedo pensar siquiera. Esas dos personas que desaparecieron de mi vida lo fueron todo para mí ¿Entendes?*

- Sí, entiendo que soy un imbécil... - dijo pasándose la mano por la cara.

- *No digas eso. Sé que ni siquiera me quieres oír diciéndolo, pero estuviste a mi lado cuando más lo necesitaba como un verdadero...*

- Si realmente sentís “algo” por mí como eso que ibas a decir, no termines la frase por favor.

La mujer calló y vio como se alejaba de la casa dejando la puerta abierta.

Capítulo 5

Natasha estaba en la clínica.

Ya hacían cinco meses, de aquella noche en la que Facundo le había revelado sus sentimientos y desde entonces no lo volvió a ver, pero no por elección propia sino porque él no le atendía las llamadas.

Después de estar un rato con Mateo y Jesús, se fue a su oficina. Una vez allí agarró el teléfono y volvió a insistir con el número de Facundo. Nadie le respondía y colgó.

La mujer se sacó la túnica y la colgó. Fue hasta la recepción con la cartera.

- *Lucrecia... Hoy salgo antes ¿sí?. Mañana entro por horas extras, pero tengo que ir a hacer algo* - dijo apoyada en el pasamanos.

- Está bien, Nati. Hasta mañana entonces. ¡Cuídate! - respondió la chica.

Bajó los escalones y al llegar a la parada, se subió al ómnibus que estaba llegando en ese momento. Se sentó por la mitad (del ómnibus) y viajó cinco paradas.

Había pasado un cuarto de hora desde que salió del centro.

Estaba frente a la puerta de una casa y la golpeó hasta que le abrieron. Era la casa de Facundo, el mismo que le abrió y al verla se quedó mudo. Natasha se metió al

comedor y al llegar a una mesa, se frenó y giró mirándolo a los ojos.

- *No me tenes que decir mucho, sólo vine porque en éstos meses que pasaron no me contestaste a ninguna llamada y sólo quiero oír un sí o un no y me iré... ¿Realmente no me quieres volver a ver... Tan mal me porté contigo, es que acaso te engañé en algún momento...?*

- No... - contestó bajando la cabeza.

- *Si te dije que no quería empezar algo nuevo fue por mí y únicamente por mí. Viví un historia de varios años... Estuve casi catorce años con ese hombre que... ¡Fueron demasiados años de confianza! yo jamás confié mi vida a nadie como lo hice con él... Creí que... . Hace casi medio año ya de eso y aún no pude reponerme a esa traición. Me volví desconfiada de todo y noto como se me va la vida por no permitirme disfrutar de ella sin pensar en las consecuencias, pero el dolor que siento está agarrado en el fondo de mi ser... Antes me era mucho más fácil estando mi hermana a mi lado, ella me era un gran apoyo y me empujaba a que me olvidara de ese desgraciado, pero ahora que desapareció y no sé donde está, no sé... Me parece de lo más cobarde estar hablando así cuando no sé siquiera cómo la está pasando. Ahora debe estar de cinco o seis meses de embarazo ya y sola por ahí sin saber qué hacer... Se me viene todo encima y la amistad que creí poder tener contigo también desapareció... pero... Créeme que si pudiera sentir lo que quisiera, desearía poder amarte. Todo me sería mucho más fácil, pero no sería justo contigo tampoco...* - decía mientras caminaba hacia la puerta con los ojos llenos de lágrimas. Al pasar junto a Facundo, él estiró el brazo y la sujetó.

- No te vayas... perdóname ¡Fui un egoísta al pensar sólo en mí. Mi amistad no desapareció! - dijo susurrando junto a su oído, abrazándola. Sse quedaron un rato hasta que el sollozo constante cesó.

Al día siguiente, Natasha se encontraba durmiendo en una cama extraña. Se levantó y se cambió de ropa dejando el pijama, que le había prestado Facundo, doblado sobre la cama. Tendió la cama y fue al baño.

Al asomarse al comedor vio a Facundo tendido sobre el sofá y se acercó a él, se sentó en el piso cruzándose de piernas y le pasó los dedos por el cabello, despertándolo.

- Buenas ... ¿Cómo dormiste? - preguntó el hombre y antes de oír la respuesta bostezó.

- *Bien ¡qué sueño che! ¿No quieres dormir un poco más?* - dijo parándose.

- ¡No! - la agarró de la mano obligándola a volver a sentarse - ¡Quédate acá un rato nomás por favor! - pidió dulcemente.

- *Está bien* - contestó mirando nerviosa hacia los costados.

Teniendo la mano de Natasha entre las suyas, apoyó la cara sobre ella y durmió un cuarto de hora. La mujer de mientras lo observaba dormir.

Al mediodía llegaba al centro y con cara de situación, le explicaba a Lucrecia su tardanza.

- ¿Por qué actúas así, Nati? Nunca había sido irresponsable con tu trabajo... - protestaba.

- *Mi irresponsabilidad se debe a que recuperé un amigo y si por ese motivo me van a decir algo que me lo digan* - dijo mientras seguía de largo a su oficina.

El día terminó y ella se fue finalmente a su casa.

Los días siguieron pasando sin tomarse un descanso. Natasha contemplaba las cosas de la hermana, pensando en cómo estaría en aquel momento, en dónde más ayuda necesitaba y seguramente se sentiría desamparada. No pasaba día en el que soñaba con regresar a la casa y encontrarla sentada en el sofá, pero cada día era una desilusión y un constante tobogán que conducía a la desesperación.

Capítulo 6

Una noche regresaba a la casa y al entrar sintió una voz familiar, al darse la vuelta vio a la hermana junto a la puerta del baño. Tenía el pelo suelto y un vestido que marcaba su voluminosa panza. Desesperada y entre lágrimas de felicidad la abrazó y le pedía perdón por todo. La hermana la empujó raramente hacia atrás y entonces vio a Fernando sentado en el sofá.

- *¿Qué pasa...* - dijo conmovida -... *qué está pasando acá? ¿Qué haces vos en mi casa?* - dijo mirando a Fernando.

- ¡Vengo con tu hermana, Nati! - dijo seriamente.

Natasha se rascó la frente confundida y miró a la hermana como escudriñando en su mirada.

- ¡Sí, Natasha. No nos hagamos los tontos... es lo que pensas! - dijo sin vacilar.

- *¿Qué me quieres decir con eso, Mercedes?* - preguntó confusa.

- Lo que estás pensando, hermanita. Tu adorado, inmaculado y siempre sincero novio te dio la espalda para convertirse en el padre del ser que llevo en mí - contestó sin la menor consideración. Mientras que Natasha la oía, se le ponían rojos los ojos, llenándoseles de lágrimas. Su garganta empezaba a temblar al igual que sus labios.

- *¿Qué?... ¿Vos... vos eras la otra... Cómo pudiste? Siempre me hablabas mal de él y me insistías que no lo viera. Hasta me hiciste creer que me querías y lograste hacer que me odiara a mi misma por haberte dejado ir creyendo que estabas desamparada* - dijo tartamudeando.

- Fernando no te lo quería decir, pero como comprenderás, no podía exponer a mi hijo, la remota posibilidad de que lo perdonaras y por eso vine yo misma a decírtelo - contestó viendo a la hermana en el piso, mientras que las lágrimas le corrían por la garganta.

- Mer... - se secó las lágrimas e intentó pararse, pero patinó y se quedó en el piso - *¿Por qué?*

- "¿Por qué?"... ¿Por qué suceden las cosas... por qué la tierra gira...? ¡Porque sí, Natasha! - se giró mirando al hombre y gritó - ¡Vamos Fernando!

- Natsu... yo siempre quise decírtelo. No quería que fuera así. Per... - decía el hombre angustiado.

- ¡Fernando, callate y vení!! - ordenó la chica.

Salieron de la casa dejando la puerta abierta, mientras que Natasha quedó llorando en el suelo sin encontrar consuelo alguno. Sentía que un cuchillo la había atravesado de lado a lado y no encontraba fuerzas para frenar las lágrimas.

Así siguió un buen rato, el teléfono había sonado varias veces ya.

Eran las doce de la noche y de repente bajo el umbral de la puerta, se vio la silueta de un hombre que se adentró a la casa y levantó a Natasha del suelo, ayudándola a subir al sillón. Ella seguía derramando lágrimas y se encontraba en un estado lamentable de sufrimiento.

El hombre fue a cerrar la puerta y después pasó por la cocina, poniendo agua a calentar. Agarró una tasa y un sobrecito de té. Al hervir el agua, lo vertió en la tasa y se la llevó al comedor dejándoselo sobre la mesa. Fue a su cuarto y volvió con una mantita. Le cubrió las piernas y le acercó el té.

- ¡Tranquila, Natasha! - dijo frotándole la espalda. Ella cayó entre sus brazos buscando desesperadamente que la sostengan y así lo hizo él - ¿Qué sucedió? - preguntó preocupado.

Entre la profunda tristeza, que se le había metido en el corazón y el sollozo, que no frenaba le contó toda la historia y el hombre asentía con la cabeza hamacándola en un abrazo.

- *Lo que aún no comprendo... Facundo... es el porqué de tu aparición a esta hora ¿Cómo es posible que coincidiera lo uno con lo otro?* - dijo finalmente más recuperada.

- Te llamé a partir de las diez y media, como me dijiste que salías a las diez, calculé el tiempo que te tomaría llegar hasta acá. Pero seguía y seguía intentando hasta que la hora me hizo pensar otra cosa y por eso mi aparición (como vos decís) - dijo mirándola a los ojos.

- Ah... eras vos, perdóname. No pude, no... no , lo sentía sonar, pero no podía - dijo

mientras que los ojos se le volvían a llenar de lágrimas.

- No pasa nada, Natasha... ¡Olvidalo! - le besó la frente y volvió a abrazarla.

Finalmente ella se quedó dormida entre sus brazos, mientras que él le acariciaba el pelo. La cara de Natasha estaba marcada por el dolor, que le había provocado la hermana y al que creyó su pareja.

También tenía el maquillaje corrido y Facundo, aprovechando que estaba dormida, se levantó para ir a buscar un tachito de crema (que vio en el cuarto de Natasha) y algodón (del baño). Humedeció un poco el algodón y suavemente, sin despertarla, intentó lavarle el maquillaje de la cara.

Capítulo 7

El sol marcaba la silueta de una mujer, que estaba agachada junto a una niña de trece años. La niña la miraba como buscando ver en ella a otra persona, no era con palabras como se entendía con ella, sino más bien en el lenguaje corporal. Estaba vestida con un conjunto deportivo celeste como la blusa que tenía puesta Natasha y tenía el pelo recogido en dos mitades, una sonrisa muy franca y ojos brillantes.

- *Cómo te gusta estar sólo acá sintiendo el calor del sol posarse sobre tu rostro eh ... ¡Clarisa ... te traje esto de regalo!* - dijo alcanzándole algo envuelto en papel plateado.

- ¿Qué es? - preguntó la niña ingenuamente.

- *Para saberlo tenes que abrirlo ¡Rompe el papel, Clarisa!* - dijo sonriéndole.

- ¿No me van a regañar por romperlo, Nati? - preguntó mordiéndose las uñas.

- *No, mi amor... ¡Dale, rompe el papel, cualquier cosa yo me hago cargo, tranquila!*

La niña rompió con alegría el papel y la sonrisa se amplió aún más, si eso fuera posible. En los brazos levantó a un peluche, era un osito marrón con una cinta roja en la oreja. Natasha estaba parada junto a Lucrecia, diciéndole que se iría antes de cumplir las diez. El día ya se estaba acercando a las siete de la tarde, hora en la que la mujer se retiró a su oficina para recoger sus cosas y marcharse del centro.

La mujer se acercaba a su casa y al entrar lo primero que hizo fue sacarse la ropa y meterse bajo el chorro frío de la ducha y finalizó el baño llorando, sentada en el plato de la ducha con las piernas recogidas.

- ¿Está todo bien, Natasha? - preguntó Facundo golpeando la puerta. Ella no respondía y el hombre forzó la puerta. Sintió que el agua corría, pero no la oía a ella. Entonces

corrió la cortina de baño y la vio sentada abrazándose a sus piernas, mientras que las lágrimas se confundían con la lluvia del duchero. Estaba conmovida y no pronunciaba palabras -... ¡Ay Natasha!... A ver ... ¡vení! - La cubrió con una toalla y la sacó del baño llevándola a su cuarto.

Agarró un vestido violeta que era amplio y liviano y la ayudó a ponérselo, después le sacó la toalla y la convenció de que durmiera un poco.

Facundo estaba preparando algo de comer, mientras que Natasha dormía plácidamente en su cuarto.

El hombre oía música, mientras que preparaba una salsa de tomate y una de crema.

Al tener preparada la lasaña de verduras y la mesa servida fue hacia el cuarto y tiernamente le tocó el hombro a Natasha, quién se giró y lo miró con los ojos rojos. Al tenerlo cerca a ella, la mujer se sentó abrazándolo, no lloraba, pero no lo soltaba.

- ¡Tranquila, Natasha!... Me mata verte así - dijo al separarse y verla a los ojos.

- *¿Cómo es que siempre estás junto a mí en éstos momentos?* - Preguntó secándose los ojos.

- Porque ¡soy ave de mal agüero! - dijo humildemente.

- *Sí, claro... ¿Cómo supiste?* - preguntó confusa.

- Íbamos a ir al cine. Me llamaste diciendo que viniese a tu casa a las siete, porque a las ocho empezaría una película en el cine, que era la última función que daban y que te morías por verla y... y... y... Bueno... entré con las llaves que me diste. Seguramente llegué antes que vos a la casa, pero no me di cuenta de tu llegada. Me sorprendió la ducha y entonces ahí vi tu cartera y las llaves sobre la mesa. Entonces me fui al comedor... De repente oí un ruido feo y me acerqué a la puerta a preguntar, pero no me respondiste y entré...

- *Ah... el cine ¡qué estúpida!* - dijo agarrándose la frente.

- Eso es lo que menos importa, Natasha... *¿Qué pasa... por qué te sentís mal... es por ese tal Fernando... o por tú hermana?* - preguntó preocupado.

- *Por los dos, Facundo... Me desgarraron entre ambos, ni sé con qué fuerzas sigo...*

Antes pensaba que todo lo que hacía tenía un sentido ¿sabes?, pero... ya no lo siento...

Me siento muerta, Facundo - decía mirándose las manos.

- No hables así, Nati... Ya hacen dos meses de aquel día y sé que vas a salir adelante, aunque sientas que ahora el mundo se te venga abajo. Hay mucha gente que te necesita, Natasha. Vos misma me contaste muchas veces, de los pacientes a los que tratas y cómo ellos reaccionan contigo ¡no les podes fallar a ellos! ni a mí, Natasha... ¡Sí!, yo te quiero y no puedo, no quiero verte llorar... Sé lo que pensas y sentís. No te pido nada, pero no te des por vencida por gente que no lo merece, Nati - dijo el hombre habiéndose arrodillado frente a ella.

Cenaron la lasaña que había preparado Facundo, a Natasha le gustó tanto, que repitió el plato y soltándose en risas, le empezó a hablar de un libro que estaba leyendo y él la oía atentamente viendo como disfrutaba de la comida.

Al final de la velada, ella lo acompañó a la puerta y se despidieron.

Al día siguiente Natasha salió del trabajo a las cinco, sin darle ninguna explicación a Lucrecia para archivar las horas laborales.

Tenía puesto un pantalón gris ajustado, una blusa amarilla y zapatos de cuero negro con taco cuadrado. Caminó hasta llegar a un puente y allí se sentó con las piernas colgando hacía el río, así se quedó un largo rato mirando el agua fluir rápidamente bajo sus pies.

A las diez y media de la noche, volvía lentamente a su casa y ya de lejos veía la silueta de Facundo esperando junto a la puerta. Se apresuró a llegar y al tenerlo en frente lo saludó con un beso.

- *Hola, ya se te hizo costumbre venir todos los días eh...* - dijo sarcásticamente.

- Sólo me preocupo por vos ... Nos vemos mañana... - dijo bajando los dos escalones que habían en la entrada.

- *¡No, Facundo, perdóname. Perdóname por cómo te hablé, no es contigo la cosa!* - dijo sujetándolo del brazo.

- ¿Me invitas a tomar un café? - preguntó él.

- *¡Claro! Pasa por favor...* - dijo con una sonrisa.

La noche transcurrió tranquilamente y después de tomar café, cenar y volver a tomar café. Él sacó un CD de su bolso y le preguntó si quería oír música, ella sonreía. La música empezó a invadir la habitación. Facundo y Natasha degustaban de unos tragos alcohólicos mientras reían. Hasta que terminaron sentados sobre la alfombra, uno al lado del otro y él apoyaba su cabeza en el hombro de Natasha.

- Nati... ¿Crees que algún día... podamos... - insinuó las palabras con un gesto en su mirada -... estar juntos? - preguntó temeroso de oír un segundo rechazo.

- *¿Quién sabe?... tal vez sí o tal vez no, no lo sé* - respondió sonriéndole.

Pero sus palabras le bastaron para albergar esperanzas en su corazón y así entre sonrisas y más charla, se fue otro día a dormir.

Fin.

La firma de un ídolo (y la desilusión de un niño)

Mayo 2007

César era un muchacho activo, como todos los chicos de su edad. Tenía doce años. Le gustaba jugar a la pelota con sus amigos, trepar a los árboles y saltar dentro de los charcos que la lluvia dejaba. Vivía haciendo el payaso, era muy simpático y nada serio.

De apariencia era bajito y flaco, pelo castaño y color de ojos; azul oscuro.

Su gran debilidad y admiración eran para Ricardo Montelli, el mejor jugador de fútbol del mundo (según lo decían todos los posters de su cuarto).

Vivía con su madre y los fines de semana los pasaba con su padre y segunda mujer, con quién César no mantenía una buena relación.

Su mejor amigo era Nicolás (era más alto, rubio y de ojos marrones), ambos le robaban las revistas porno al primo de Nicolás (que vivía con él porque la madre estaba internada). Se compartían la revista, una semana uno y a la siguiente el otro. Una vez la madre de César lo agarró infraganti en el baño mientras tenía una revista en la mano y (...) El chico respondió con las mejillas coloradas y avergonzado cerró la puerta.

Un día entraron los dos chicos corriendo a la cocina (de la casa de César) donde se encontraba Emilia (su madre), quién saltó del susto. Los muchachos entusiasmados le contaron que Ricardo llegaría mañana por la tarde y se ofendieron cuando ella les preguntó.

- ¿Qué Ricardo y llegar a dónde?

Los chicos le contaron quién era él, pero ella se rehusó a que salieron de la escuela para ir a verlo. Sin embargo los chicos chillando y haciendo pucheros consiguieron el permiso y además su palabra en tratar de convencer a la madre de Nicolás, para que lo deje ir también.

Los chicos con el permiso de ambas madres se fueron en ómnibus al aeropuerto, para ver llegar a Ricardo con la esperanza de que les firmara un autógrafo.

Mientras que esperaban ansiosos la llegada de su gran ídolo, César se dejaba llevar por el recuerdo; Ambos niños sentados frente al televisor mirando un partido de Ricardo Montelli contra su gran enemigo. El partido iba 3-3, unos goles magistrales de Montelli y uno de Lorenz, era la final y necesitaban otro gol a como de lugar. Ya estaban sobre la hora y como siempre sucede en las películas de Hollywood, Ricardo Montelli logró sorprender nuevamente con una jugada mágica, que parecía tener horas de ensayo por lo estupenda que salió. Esquivaba a los contrarios como si fueran sombras, hasta que

entró en el área con la pelota pegada al pie. Tenía los defensas y centro campista encima, pero nadie pudo con él. Desde una esquina del área pateó la pelota y la clavó en el ángulo. El arquero decepcionado quedó tirado en el suelo fulminado y la gente se levantó de sus asientos gritando y aplaudiendo. El suelo temblaba. Sus compañeros lo levantaron sobre los hombros y celebraron la victoria.

- Che César ¡ahí viene! - dijo Nicolás sacudiendo a su amigo.

Con los ojos brillosos y el corazón galopando a lo loco, César se paró junto a Nicolás y veía como pasaban los jugadores junto a ellos. Todos los niños que habían alrededor llevaban lápiz y papel para guardar aquel momento, al igual que lo hicieron César y Nicolás.

Finalmente salió Ricardo Montelli con una sonrisa de fotografía y saludando con la mano. Pasó junto a los niños hasta llegar a César y al tenerlo en frente, el niño le alcanzó el papel con ilusión en la mirada. Éste le cortó el rostro dándose la vuelta marchándose. César se quedó con el papel en la mano y los ojos rojos, un ídolo se le vino abajo y le dio vergüenza ajena la actitud de Ricardo. Llorando no podía terminar de creer que su gran figura lo haya ignorado como lo hizo.

De vuelta en casa fue todo el camino cabizbajo, ni Nicolás lograba hacerlo hablar, él también estaba triste por el golpe de vacío que habían sufrido con su ídolo, pero se le notaba menos.

Al bajar del ómnibus se despidieron los chicos y cada uno se fue a su casa.

Al llegar a su casa César no saludó a su madre y se metió a su cuarto. Arrancó uno a uno todos los posters. Al oír el ruido acudió Emilia y lo vio a su hijo llorando en el piso. Lo abrazó, pero él no quería consuelo, sólo estar solo.

Siete años más tarde César se había convertido en una estrella de fútbol, todos los diarios deportivos hablaban del nacimiento de un nuevo ídolo, con su llegada.

Era delantero, goleador y nadie movía la pelota como él (según la fama que le habían creado). Varias veces le ofrecieron jugar en Europa, pero él se rehusó a vender su juego a otras tierras que no fueran las suyas.

Gracias a él su equipo se hizo con grandes triunfos.

A Nicolás no lo volvió a ver tras firmar un contrato de futbolista, ya casi que ni ve a la madre.

Estaba volando directo a Francia para jugar un partido y finalmente su equipo (por no decir él) ganó, lo cual lo lleva a entrar para pelear por la copa Libertadores.

En su vuelta a casa observó a varios chiquilines esperando por él. Pasó junto a ellos y un chico se paró frente a él con el mismo brillo que tenía él, hace siete años atrás, pidiéndole un autógrafo. César que había perdido el brillo y cuando sonreía era para la cámara, apartó al niño y siguió su camino.

Fin.

El camino más fácil a través de la vida

Mayo 2007

Capítulo 1

¡Buenas tardes! Bueno debería decir buenas noches, ya que si miro por la ventana veo un manto oscuro cubriendo el cielo. No hay ni una nube, aun la luna no salió a alegrar la noche, el aire es fresco y estoy sólo. Bueno... con perdón de “Arturo”, Arturo Di Cello. Su apellido es el mismo que el mío, pensé que era lo más adecuado puesto a que vivimos juntos y como él no tenía identidad reconocida, yo me tomé la libertad de darle una. Por cierto mi nombre es Mauricio Di Cello, mi apellido descende de mis abuelos Italianos, como “obviamente” alguno se habrá imaginado. Yo solamente y “más o menos” encaro el español y cazo algo del inglés, pero sólo poquito cómo; jelou, sorri y oquei. Es una vergüenza que no sepa Italiano, además de que me encanta, me gusta todo en él.

A propósito mi abuela es Siciliana y mi abuelo es de un pueblo de las afueras de la capital de Roma, como se podrán imaginar en aquella época la cosa estaba salada. Lo digo por la familia de mi abuela. El padre jamás permitiría que su hija se casara con un Romano y bueno... conociendo el panorama, mi abuelo huyó un día con ella de aquel lugar, no los voy a engañar... no fue sólo el gran amor apasionado que sentían, la guerra mundial los ayudó a decidirse en abandonar al país. Mis viejos son Uruguayos. Mi madre es la hija que tuvieron mis tatas tanos y mi padre es hijo de un franchute y una alemana. Ya se podrán hacer una idea del choque de culturas que viven en mí desde que tengo uso de razón. Mis abuelos que eran los nativos de aquellos países se encargaron de hacerlos despertar. Claro está que una de las características más fuertes de una cultura no me lo inculcaron; los idiomas. Porque como les dije antes sólo conozco el español, ni francés, ni alemán, ni italiano.

Al final no les conté nada de mis padres...

Mi padre es muy autoritario, tiene sus propias ideas de lo que es una vida correcta, yo para mí suerte, si llegara a mirar por los lentes de mi padre, me inclinaría por el lado incorrecto, claro está. Él siempre trató de manejarme como un títere, quería que alcanzara todo lo que él no había podido, controlando cada detalle de mi vida dísque para cuidarme.

Una día trató de meterme en una Universidad y ese fue el día en que me fui de casa. Mi madre lloraba como una loca porque se le iba el nene, pero yo no estaba dispuesto a

vivir mi vida como la quería otro. Salí de casa con las valijas, dándole un beso a mi madre y mientras me alejaba de la casa, miré hacia atrás y vi a mi padre arrodilla gritando melodramáticamente “¿Por qué a mí?”. El melodrama se lo contagió mi madre. Ella es un pan de Dios, siempre me cubría con mi viejo al mandarme una. Por una razón que no entendía, no quería entender (mejor dicho) seguían casados. Fue como siempre sucede... la costumbre a la rutina se les instaló en los corazones.

Ella es mediana de estatura, tiene el pelo oscuro, ojos del mismo color, nariz típicamente italiana y una sonrisa tan franca que contagia hasta a un condenado a muerte. Siempre está de buen humor y si se da cuenta que estás triste mueve cielo y tierra para sacarte de esa situación. Es la mujer más dulce y sensible que conocí, siempre dispuesta a dar una mano y para la cocina es una diosa. Cocina mejor que el cocinero mejor pagado del mundo. (¿Me pasé un cacho, no?) Sí, mi mamá es especial y en cuanto a mi padre... bue... él es todo lo contrario. Es un gruñón, siempre está de mal humor, es hipócrita, cuando hace bromas son de mal gusto, vive criticando cada paso que des, pero como bien dicen... “los polos opuestos se atraen”.

Bueno... ahora se estarán preguntando cómo soy yo y francamente quiero tratar de ser lo más neutral, transparente y sincero, así pueden hacerse ustedes mismos una idea de mí.

Mido 1.86m, tengo la nariz de mi madre (identica a la de mi vieja, no crean que le arranqué la nariz a ella, sólo es una expresión) y las manos grandes como mi padre, mi pelo es del color castaño oscuro y mis ojos: marrones. Tengo un lunar en la mejilla izquierda, soy más flaco que un esqueleto (diría mi madre) mmm. Soy un tipo muy velludo (Mi primo siempre me decía que tenga cuidado en el zoológico, no vaya a ser cosa que me encierren por mono. Obvio que al ser tan joven y el único en la clase con vello me creó cierto complejo). Siempre ando con pantalones cortos, una camisa abierta y debajo una camisilla blanca. ¿Marcó la identidad tana? Puede ser...

No aguanto estar dos días sin bañarme, me gusta ponerme colonia (pero sin exagerar). Odio tener que afeitarme (pero me jode no sentir mis cachetes). Se podría decir que soy sensible (no es que ande llorando por los rincones, simplemente me afectan ciertas cosas). Soy muy abierto (no suelo callarme nada). Tengo buen humor, creo ser cariñoso, amable, soy tímido (bastante cagón!). Muy reservado. Me gusta dormir de costado, suelo dormir de short. Tengo un tick nervioso de lavarme los dientes a cada cinco horas (automáticamente me levanto del sueño y me voy al baño a lavarme los dientes, no es nada malo). Vivo tomando agua y mástico lo que se me atravesase en el camino. Soy culpable del asesinato continuo de mis uñas. Si me falta el mate a la mañana, seguramente el día va a ser un fracaso. Bueno y varias cosas más que les iré contando a

lo largo de éste “mi” relato.

Ahora tengo veinticinco años y vivo con mi novia. Hace seis meses que nos conocemos y hace dos atrás me dio un ultimátum, desde entonces vive acá. Hace y deshace todo. Si trato de hablar sin pelos en la lengua... tengo que reconocer que me domina, soy lo que se dice un “pollerudo” y no encuentro el valor de decir “¡Basta!” soy otro a su lado. Todo empezó en una biblioteca yo estaba sentado en el piso junto a la pared cuando la vi entrar (se me dio vuelta el mundo), me levanté y fui hacia ella, le dije -“¿Qué haces ésta noche, hermosa?”- Me miró y se me tiró encima apretando sus labios contra los míos y entonces Entonces la oí decir -“Permiso”. Al parecer mis piernas estaban obstruyéndole el camino y tratando de hacerme el gracioso (cosa que se me da pal cuerno cuando estoy nervioso) fui ganando un poco de terreno (cosa que me sorprendió a mí mismo). No seguimos viendo los Lunes y Jueves. Tardé tres Jueves para decidirme a invitarla a salir.

La primera vez que la vi soñé con que me quisiera, ahora me tomo más en serio los sueños, porque aprendí que se pueden volver realidad.

A propósito de todo esto soy escritor y también ahí, es ella la que tiene la última palabra. Mi editor sabe bien, cuáles son los hilos de los que hay que tirar. No había día en que él no llamara y se quedara horas hablando con Andrea (mi pareja), a raíz de eso ella era quién trataba de sacarme las palabras al papel.

Estaba tan harto, hasta me sentía más preso que antes. Ahora era yo mismo quién estaba como mis padres. ¡Pucha! Como cambian las cosas... ahora el continuo agobio me estaba asfixiando. Tal vez lo único que necesite realmente sea distancia de todo y todos y concentrarme únicamente en lo que quiero...

¡Dicho y hecho!... mentira... No podía abrir mi boca, no sé por qué, pero ya no era amor lo que me unía a ella y sin embargo amanecía cada mañana junto a ésa mente que me manipulaba.

Ya ni escribir me llenaba de alegría, cuando siempre fue lo que más me gustaba hacer. Ahora apenas escribo dos líneas por semana. ¡Eso sí! tengo que estar sólo y como nunca es el caso siguen pasando los días y lo sigo posponiendo.

No les hablé de cómo es Andrea; siempre está apurada aunque no tenga ningún lugar al que ir. Es muy inquieta, pero no es nerviosa o tímida. Es muy segura de sí misma. Cuando voy con ella a casa de mis viejos, mi padre jamás olvida decirme “Si sólo fueras como Andreita, no te volarían tantos pájaros en la cabeza”. Bue... . Volviendo a su carácter... Es muy celosa, egoísta, de pocas palabras. No está dispuesta a escuchar otro punto de vista que no sea el suyo. Es muy cabeza dura, responde constantemente lo

contrario a lo que siente. ¡A veces parece estar asustada, pero ¡guambia con querer consolarla... te come vivo! Sabe manejar la dulzura como nadie y sabe cuándo es suficiente para hacerla desaparecer... ¿Cómo decirlo? ¡Es una verdadera víbora! No sé... bueno sí lo sé, pero me da vergüenza reconocerlo...

Empecé a salir con ella porque su exterior me atrajo, como bien dicen “Un par de piernas lo desequilibran todo”. No fueron sólo sus piernas, era la manera en que se movía, tiene un buen culo y sus pechos no son muy grandes, pero era el kit completo el que me hacía babear, cosa que ella aprovechó, haciéndome caer como lo que más tarde me sentí: un gil.

No es verdad que al hombre lo conquistan a través del estómago, porque es una pésima cocinera.

La verdadera primera vez que la vi, fue en un día de lluvia. Yo estaba dentro de mi auto y la observé salir de su casa, abrió el paraguas y yo encendí el motor (del auto, no se vayan a creer ahora que soy un machito encarador) despacio la fui siguiendo. Cuando llegó a destino subió a un edificio y me quedé esperándola. A la media hora la veo en el umbral. Lentamente saco el freno de mano (estábamos en una calle cuesta abajo) Baja a la vereda y empieza a caminar, de repente frenó y giró mirándome fijamente a los ojos. -Ya que me espías saliendo de mí casa y venís hasta acá, al menos ¡llévame devuelta! (Primero me dejo idiota (más de lo que lo soy) porque creí tener la habilidad de un felino al acercarse a su presa, cosa que más tarde me quedo claro no ser el caso).

Me estiré hasta abrirle la puerta (copiloto), ella la abrió más sentándose en el asiento. El mismo segundo en que cerró el paraguas, bastó para humedecerle la blusa blanca y el pelo. Tenía puesto una minifalda roja que al sentarse quedó más corta aún. ¡Pónganse en mi lugar! No podía arrancar el auto, hasta que ella con un toque de gracia (y sólo entonces) dijo: “¡Arranca! La llevé a su casa, pero ese día no pasó nada. Se bajó del auto sin siquiera darme las gracias. Lo cual la hacía aun más atractiva. Esa arrogancia terminó por enredarme.

Bueno... no quiero hablar ahora claramente de esa primera vez con ella. Porque a sé lo idiota que soy, pero si quiero ser sincero con ustedes... Tengo que ponerlos al tanto de todo.

Me acuerdo de haberles dicho que la conocía hace seis meses, bue... no sé porque dije eso, tal vez sea porque realmente recién hace seis meses se sacó las máscara del todo. El encuentro del cual les hablé (el día de lluvia) sucedió hace un año ya. Ya ven soy bastante lerdo.

Vivo en un barrio rodeado de problemas sociales, sentimentales, económicos, etc.

Bueno viniendo al caso el mundo entero es un barrio.

Tengo un vecino que se llama Raúl (le dicen Raulito) es un pibe bárbaro su problema es vivir en un mundo retrógrada que no lo acepta como es, pero él los elude y yo lo aplaudo. La gente lo critica por amar ¡sí, leyeron bien... Por amar! ¿Qué importa a quién? Si está regalando amor y no otra cosa, a eso me refería con que la gente lo critica y no acepta ver al mundo a través de sus ojos.

Podes vertir sangre porque nadie te dirá nada, pero no vayas a cometer el error de enamorarte de alguien que no le gusta a la sociedad, porque pondremos el grito en el cielo.

Muchos de los vecinos se hacen los distraídos, cuando él pasea con su novio por el barrio. A Raulito le encanta escandalizarlos, si puede y cuando nota las miradas horrorizadas mete la mano en el bolsillo trasero del novio y yo me parto de risa con los gestos de espanto de mis vecinos. Raulito siempre me saluda, porque pasa a menudo por casa a tomarse unos mates conmigo. A Andrea no le gusta, pero se debe a su gran amplitud de intolerancia. Es el único que tiene algo en la cabeza del barrio. Puedo discutir con él sobre cualquier cosa.

Después está la familia Schneider. El marido sale con una menor que su mujer, pero mucho mucho menor, la chica tiene dieciséis años (creo) yo la conocí y no se puede decir que sea abuso porque no la note para nada temerosa o nerviosa estando junto a él, por otro lado no puedo creer que alguien quiera estar con ése tipo, pero ta... la chica lo quería.

La esposa ignorando que el marido le metía los cuernos, venía a mi pidiéndome consejo para despertar nuevamente la pasión del marido. Tenían cuatro guríces... ¡unos quilomberos!

Hay otra familia que se la pasa en una clínica de rehabilitación. Gustavo (hijo de Daniel y Raquel) tenía graves problemas que silenciaba con un “jeringazo”. Una vez me contó lo que sentía al inyectarse la droga; lograba separar su mente del cuerpo.

Pero la droga es un buen material para dar de qué hablar a las cotillas y así lo hacían “Que la droga es mala. Que habría que frenar a los camellos. Que habría que encerrar a los chicos que están adictos a ella y sacarles el vicio de una, etc.” Y una sarta más de estupideces. ¡Por favor! Ni que la droga se presentara frente a vos con una pistola y te amenace de muerte si no la consumís.

Este chico estaba re golpeado por la vida, su hermana menor murió de cáncer hace tres años, se llevaban como gemelos y fue un golpe muy duro para él de asimilar. Después

de eso su padre padece tres meses en un hospital tras un ataque al corazón fuertísimo. Su madre se hizo cargo de todo, cuando la cosa parecía encarar bien él conoció a una mujer, la hizo su mujer y tuvieron un nenita hermosa (que conocí) su nombre es Jaquelin, pero la madre (o sea su esposa) cayó enferma a los ocho meses después del parto (una infección en el hígado). Fue ahí donde terminó por perder la brújula con la muerte de su esposa sintió tocar fondo.

El pobre vive en rehabilitación, pero cuando sale vuelve a caer. De la hija se encarga la abuela (su madre).

Otra vecina que tengo se llama Clotilde, es una anciana muy simpática, pero la pobre no tiene a nadie. Yo a veces le hago la gamba y la llevo a pasear. No es justo que alguien como ella viva encerrada. Le brillan los ojos cuando me habla de su difunto marido y de sus hijos que están viviendo en Europa.

Cuando se dan las charlas de los porques y los problemas ella se levanta de su silla y me dice

- Yo... el único que tengo es existencial y la pregunta ¿Volveré a ver a mi marido? - con los ojos llenos de lágrimas. Yo concluyo sus palabras abrazándola.

Otro que se llama Juan Ignacio que vive a tres cuadras de mi casa y a veces se me aparece en el porsch diciendo - ¡Amigo!... (¿quién le dijo a éste que yo era su amigo?)... me volví a pelear con mi novia ¿Qué puedo hacer?

Yo no sé cara de qué me vieron a mí éste perejil. Ni que fuera consejero sentimental yo. Él sólo es un vecino, conocido pero vecino al fin y está en cualquiera.

La lista de mis vecinos sigue, pero me quedaría hasta mañana para mencionar a cada uno. Están los que no me dejan de joder por poner la música alta, están los que se quejan por el olor (según ellos mi casa huele, como el comino que ellos llevan veinticuatro horas encima) y están los que se quejan por cualquier cosa por estar aburridos.

Capítulo 2

Un día ocurrió algo que no esperaba. Que sencillamente pensé haber enterrado por la mala experiencia que adquirí. Una muchacha se me acercó estando en la playa y al mirarla vi como se agachaba para sentarse en la toalla, me quedé mudo observándola y ella me sonrió.

- ¿En qué pensabas? - preguntó con voz cristalina.

- En que sii... ¿nos conocemos? - pregunté estúpidamente rompiendo todo encanto.

- Sh sh... - dijo tapándose la boca con un dedo -... ¡respira hondo el olor del mar! - dijo cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

- Pero... - me sostuvo la mano y cerré los ojos como me dijo.

- Yo siempre cuando vengo a la playa y me enfrento, cara a cara con el mar respiro hondo y me siento más viva que nunca, sólo él lo logra... - antes de que pudiera hacerle alguna pregunta me sorprende diciendo -... ¿Y a vos qué te llena de alegría? - siempre sonriendo.

- ¿El mar te llena? - pregunté eludiendo sus palabras y abarcando su amor por el mar.

- Sí, sé que pensas que estoy loca, pero no se puede explicar...

- No me pareces ninguna loca, sólo me sorprende tu frescura - dije sin darme cuenta de lo que decía. De repente sentí cómo los pelitos de mi espalda se erizaban en el momento en que ella me rozó el brazo diciendo “¿Te parece?”. ¡Ahí supe que la había quedado! Fue como una flecha invisible que me atravesó.

- ¿Venís seguido a la playa? - me preguntó dibujando con el dedo en la arena, dándome la espalda.

- Si si - respondí como hipnotizado.

- Yo prefiero Tata - dijo dándose la vuelta y mirándome de frente.

- ¿Cómo? - dije desorientado.

- Lo decía por la tienda de medias “sisi” y el supermercado “tata”. Era joda... - dijo rascándose la frente.

- Ah... - dije forzando una sonrisa.

- ¡Perdón! No quise molestarte, es que te vi cuando caminaba por la orilla y... - dijo parándose.

- ¿Y qué? - dije poniéndome de pie.

- Quería hablarte y ver cómo eras - respondió sin vacilar.

- ¿Te decepcioné? - pregunté.

- Es que sentí que no tenías ganas de hablar, por eso es mejor que me vaya... - dijo girando.

- Perdón - dije sosteniéndola del brazo -... No fue mi intención, es que me quedé pensando en otra cosa... No, no, ¡pará! Siempre meto la pata. Te estaba oyendo en serio, pero... tengo novia - dije soltándola.

- ¿Te arma quilombo si charlas con alguien? - preguntó tranquilamente.

- No, claro que no... es sólo que yo... - dije sin poder cerrar el pico.

- ¿Vos? - preguntó asombrada.

No sé qué me impulsó a agarrarle el rostro y besarla, sentí cómo sus labios correspondieron a mi beso. La playa era sólo nuestra, era Otoño. Nos acostamos sobre la toalla y entre besos y el olvido hicimos el amor.

No sé cómo explicarlo, pero lo sentí tan verdadero y hermoso como nunca antes me había pasado. Parezco un idiota lo sé, pero a veces es la única manera en que tiene la felicidad de expresarse.

Aun recostados ella se inclinó sobre mí y con el dedo dibujaba sobre mis labios y ojos. Confesó haberme seguido varias veces y yo le confesé nunca haberme dado cuenta (lo cual no es una gran novedad sabiendo lo despistado que soy).

De sus labios no salieron las palabras que supuse oír y fui yo quién las pronunció...

- No quiero perderte, Camila. No sé qué decirle a Andrea, pero no quiero volver con ella.

Me volvió a besar y créanlo o no, pero empecé a llorar y no podía parar. Fue la primera vez en que lloré frente a alguien sin ser mis viejos.

Camila era hermosa, tenía el pelo castaño oscuro y ondeado, lo llevaba por encima de los hombros, su mirada era cristalina de ojos celestes, nariz delgada y chiquita, tenía muchos lunares en la espalda y a la altura del escote. Y sin compararla con Andrea es completamente diferente a ella física y mentalmente.

Pasaron dos o tres semanas y la seguía viendo. Ya no pasaba nada entre Andrea y yo, cosa que no parecía molestarla demasiado, Sólo había “intercambio (tampoco la pavada... hablaba sólo ella) verbal”.

Dejando mi vida a juicio de la gente, dirán que le estoy metiendo los cuernos a Andrea, que mantengo una doble vida y no es así. Yo no considero tener “una doble vida”, porque la única vida que tengo es con Camila y nunca le fui infiel. Si bien la lastimo por no tener los huevos de hablar claro y dejarme de tantas vueltas con Andrea. Quiero dejar claro que nunca la engañé ni sexual ni mentalmente, en mi pensamiento sólo hay lugar y es para ella.

Estaba terminando mi próximo libro (el segundo) al anterior ya olvidado “El deshielo de un corazón”. Le iba a entregar el manuscrito a mi editor, cuando Andrea entró a la habitación pegando un grito que hizo que Arturo Di Cello quedara agarrado de la cortina. Yo lo bajé y lo acaricié hasta que volvió a tranquilizarse. Le pregunté a Andrea qué había sucedido para ese grito, pero ella siguió gritando (con una copia del manuscrito en la mano) que yo no podía publicarlo. Que estaba relacionado con ella y que se excedía en la imaginación (siempre se cuidaba con las palabras, pero aprendí a conocerlas y entre líneas me llamó mentiroso, aún sabiendo bien que todo era verdad). Calmado le dije...

- ¿Qué parte crees que inventé?

- Sólo te estoy diciendo, que hay material que no quiero que se publique en tu “libro” y que si no estoy de acuerdo, no puedes hacerlo - dijo sin perder la arrogancia con una sonrisa de víbora que se siente saciada por haber derramado su veneno.

Primero me vine abajo, pero después recordé una conversación que mantuve con Camila y me sorprendí a mi mismo al oírme decir...

- Legalmente no sos nadie para decirme qué y qué no puedo publicar.

Andrea salió de la habitación como alguien que se lo lleva un huracán, tenía las mejillas encendidas de cólera y se fue dando un portazo.

Yo me senté en el sofá del comedor frente a Eduardo (mi editor) y Arturo Di Cello (que se subió en mi falda). Pasado dos minutos y reanudamos el tema sobre el libro. El gato se estiraba a cada tanto hasta tocar mi mano (porque hablo mucho levantando las manos). Lo acariciaba, entonces volvía a acurrucarse y dormir.

Eduardo me preguntó qué título tiene por nombre mi libro y le respondí que aun no lo había encontrado, tenía algunas ideas, pero no terminaban de convencerme (¡una bosta!) y unos que me gustaban me vinieron a la cabeza cuando no tenía nada para apuntar y se me olvidaron.

Él no era sólo un editor, se transformó en un amigo para mí, él fue quién me ayudo al mudarme de la casa de mis padres. Me permitió vivir un tiempo con él.

Al mudarme a mi propio departamento adquirí a Arturo Di Cello a los dos meses después de vivir sólo (porque no me gustaba la soledad), pero no se crean que fui a comprarlo, no no. Nuestro encuentro fue más elaborado.

Tengo un jardín en el que paso las noches en silencio, la mitad del fondo está techada. Era verano y yo siempre me llevaba algo para picotear. La noche es algo hermoso, tiene una fragancia única y me agradaba pasar las horas bajo las estrellas, pero un día a la doce en punto sentí un ruido en el techo del fondo. Me llevé una silla y la puse junto a una de las columnas. Me subí y con una linterna iluminaba el techo desde arriba, buscando aquello que hacía tal ruido, pero no vi nada y me baje de la silla para irme a la cama. Ahí no termina la cosa porque todos los días a las doce en punto (nunca hubo retraso o adelanto) volvían los ruidos en el techo.

Yo empecé a hacerme la película que compartía la vivienda con “el fantasma del techo trasero” (buen título para un libro, pero da para burlarse del autor y eso es algo que no quiero arriesgar).

A la semana de los ruidos de repente sentí un maullido y cuando me decidí a mirar nuevamente con un poco de recelo, porque temía que el gato se me echara encima. Agarré una silla y me fijé si veía algo. El maullido fue más fuerte y de repente de la oscuridad me sorprendió un gatito atigrado que venía derecho hacia mí. Me asombré de lo confiado que era, después de un par de mimos cada uno se fue a su cama.

Yo pensando que a lo mejor tendría hambre le puse un tachito con pescado bajo el techo del fondo y desde entonces su confianza tocó el cielo y se metió de okupa hasta el día de hoy. Ya es oficialmente un Di Cello y no solamente porque viva conmigo, sino porque observé varias facetas iguales a mí en él.

Cuando me fui de casa tenía diecinueve años. Todos los domingos mi vieja me llevaba comida a dónde me había mudado, bueno... hasta el día de hoy lo sigue haciendo.

Mi viejo orgulloso como era, no me perdonó nunca mandar sus expectativas para mí a la mierda y nunca hablamos. Mi madre siempre insistía en que lo llamara por teléfono y estoy seguro de que también se lo pide a mi padre, ¿qué voy a hacer...? Somos igual de orgullosos.

Estoy sentado en la cocina, son las nueve y media de la noche. Estoy mirando a Arturo tomar leche.

Siempre me impresionó la agilidad que tienen los gatos. Por ej.: cuando caminan entre copas altas y no tiran ni hacen balancear a una sola. O cuando caminan sobre un murito muy angosto y no se caen. Arturo Di Cello era así y gracioso como no hay dos. Tenía terrible personalidad (perdonen que hable siempre en pasado Arturo está vivo y goza de mejor salud que yo y debo pedir perdón nuevamente, por pedir siempre perdón, perdón). Él siempre hace de las suyas, lo cual saca a Andrea y a mí eso me encanta.

Con Eduardo quedamos que en una semana lo llamaba para ver cómo andaba lo del libro. Ya estoy excitado con el asunto, espero que a la gente le guste... lo cual me dejó pensando en otra cosa que me dijo Camila <"Tiene que gustarte a vos primero y después si sentís que vale la pena compartirlo, ya cobrará valor por sí sólo"> A veces consigue convencerme hasta a mí, la guacha.

Me había olvidado de contarles algo, de lo que me enteré la quinta vez (creo) al verme con Camila. Su madre me lo dijo, cuando Camila me vio supo que yo lo sabía, llorando me pidió perdón (imagínense... ella lloraba por ocultarme algo y yo que no me decidía por mandar a cagar a Andrea... era yo él que tenía que pedir perdón).

A veces sufre trastornos mentales, se olvida de ciertas cosas (a mí también me pasa) y entrevera los hechos. A mí no me importó en lo más mínimo y abrazándola se lo dije. Ella creía que la dejaría por aquel motivo, pero por más que me aparezca su doble en perfectas condiciones no la quería porque no sería mi Camila.

A la semana siguiente o sea "hoy" (después de que Eduardo se haya ido), fui hasta el living y la vi sentada (a Andrea) leyendo una revista ("para cultivar su mente"), indiferente a mi presencia siguió mirando la revista. Le dije que tenía que hablar con ella, notó la extrañeza en mi voz y rápida como es quiso escaparse.

- Lo dejamos para después... en media hora me tengo que encontrar con Mirtha. Me voy a cambiar ¿Sí? - dijo excitada.

Me negué rotundamente respondiéndole - No se va a morir porque un día que no cotorreen.

Ya se quería hacer la ofendida cuando de repente agregué - ¡No te alteres, no te voy a joder más, Andrea. Ya no te soporto y me dejás bien claro que sentís lo mismo. Quería terminar ésta historia para siempre! Te pido que juntes tus cosas y te vayas cuanto antes puedas. Podes quedarte el tiempo que haga falta para conseguirme algún lugar al cual ir. ¡No quiero escenas, sólo quiero dejar ésta farsa! - dije sin mucho pensar y después me asombré de lo fácil que me había resultado decir aquello, que por tanto tiempo me había torturado. Yo; Mauricio Di Cello había dicho una vez en la vida lo que quería (bue ... se “podría” considerar que el alejamiento de mis padres también fue voluntario, pero lo sentí más como... no sé, fue diferente). Estaba orgulloso de mí, pero mi alegría quedó suspendida por un momento tras un zapato que me golpeó la cabeza.

- ¡Tenes a otra, hijo de puta! - gritó ella.

No me importaron sus palabras, me fui al baño y me miré la cabeza (porque el zapato era de taco y justo la punta del zapato me dio en la frente). El espejo me devolvió un moretón violeta oscuro, lo tomé como una herida (momentánea) de guerra, la cual había ganado y la alegría retornó de nuevo a mí.

Eran las ocho y medias pasadas. Estaba sentado a la mesa, cuando la veo parada bajo el umbral del living con dos valijas y un bolso de mano, me esquivó la mirada.

- Espero que ardas en el infierno, Mauricio - dijo levantando las valijas.

Ese día comprendí que el infierno sabía a miel y se sentía como entre algodones. No podía creer que se estaba yendo para siempre y menos podía creer que sucedería tan pronto.

A ésta hora del partido, ya son las diez y treintaiséis minutos. Acabo de hablar por teléfono con Camila, sorprendida de que la haya citado en mi casa, quiso saber el motivo y yo obviamente queriendo prolongar mi sorpresa le respondí que eso ya se lo diría en casa. Ella nunca antes había estado acá por motivos obvios.

Sonó el timbre y fui a atender con Arturo Di Cello (que me acompañó hasta la puerta, nunca lo hizo con Andrea ¿será algo instintivo? Yo qué sé...).

- Hola, Cami - dije abriendo la puerta con una sonrisa -... ¡pasa!

- Hola, Mauri ¿Qué pasó... no está? - preguntó temerosa.

- No, no está. Sólo está mi novia - dije sonriendo.

- ¿Cómo? - preguntó dubitativa.

- Que la única novia oficial que tengo sos vos. Andrea se fue hace unas horas, se

terminó todo.

Se quedó de piedra y riendo la abracé, la invité a quedarse y así lo hizo.

Cenamos pasta con tuco hecho por mí. Sí, no se rían... al ser tan perra Andrea en la cocina me deje dar unas clases culinarias por mi vieja y no es por nada, pero se me da bastante bien.

Nos quedamos hablando toda la noche.

A la mañana la acompañé a la casa. El día estaba hermoso y hacía calor. Hablé con sus padres porque quería que Camila se viniera a vivir conmigo y como ella también lo deseaba, pero decía que sus padres no lo iban a permitir, me ofrecí a ser yo quien se los pidiera. Al principio se rehusaron poniendo de excusa la salud de Camila y que tenía que seguir una rutina con los medicamentos, que yo no iba a poder controlar. Pero si algo de bueno tienen los testarudos es que cuando se les mete algo en la cabeza, no paran hasta conseguirlo. Por lo tanto logré convencerlos y ese mismo día Camila empezó a juntar sus cosas.

A la noche mudamos sus cosas a mi casa. Su madre (mi suegra jeje) me confesó que hace tiempo no la veía tan feliz y era verdad, parecía que Camila había resucitado, como que cambió de piel, no sabría explicarlo. Fue una transformación, reconozco tener parte de responsabilidad de aquel cambio, porque lo de Andrea (por más que ella no dijera nada) le afectaba, al igual o peor que a mí.

Ya cuando estaban todas sus cosas en el departamento me pidió cambiar algunos muebles de lugar y le dije que era SU casa y que podría hacer en ella lo que quisiera. La observaba acomodar las cosas y cuando quería cambiar algo pesado la ayudaba. Después empezó a guardar su ropa en el ropero, lo cual me llenó de alegría “como símbolo”.

Arturo Di Cello se le metía constantemente entre los brazos y le despelotaba todo, pero ella reaccionó como menos me lo imaginaba, saltó sobre la cama y se tapo con la sábana jugando con él. Yo los miraba jugar con una sonrisa y un vaso de agua en la mano.

Capítulo 3

Otro día amanecía y yo estaba acostado en la cama con Camila entre los brazos. Arturo Di Cello estaba acurrucadito sobre los pies de Camila.

Cuando ella duerme se podría decir que calma, porque respira suavemente. A lo largo de toda la noche es muy tranquila, apenas se mueve, parece una muñequito. Yo en

cambio soy un rompe bolas... (no sé cómo no la despierto). Me levanto una o dos veces (por lo de los dientes), giro constantemente, me despierta cualquier cosita y soy muy inquieto.

Me levanté moviéndome bien despacio para no despertarla y me fui a lavar los dientes y de ahí a la cocina. Arturo Di Cello se dio cuenta al toque y me siguió, bajando de la cama.

Cuando mis pies entraron en contacto con el piso frío del baño ,me terminé por despertar.

Al llegar a la cocina puse agua a calentar, con la ayuda de una cuchara puse yerba en el mate. Tosté pan y al tener el desayuno preparado fui con todo hacia el jardín. Dejé todo sobre la mesa y entre nuevamente a la casa yendo al cuarto a despertar a Camila.

La sábanas cubría su cadera únicamente, tenía puesto un camisón celeste y el hombro desnudo. Me senté en la cama y pasé mi mano sobre su piel. Me agaché a besarle el hombro y despertó. Salimos al jardín y nos sentamos a la mesa.

Las tostadas estaban dentro de una canastita y había mermelada y margarina. Le cebé un mate y se lo alcancé. Ella me lo aceptó, estaba sentada con las piernas recogidas sobre la silla de plástico, sobre el camisón celeste tenía un salto de cama azul mío (aunque hacía calor, ella decía que estaba bien con él), estaba descalza y el pelo un poco revuelto, sus parpados aun se quejaban de la luz del sol.

Arturo Di Cello maullaba por su platito de leche fresca de todas las mañanas. Camila se levantó y fue a servírsela.

De repente sonó el teléfono y atendí.

- Hola... sí ¿cómo estás? Me alegro... Bien, bien... Sí, ya sé, bueno... El Lunes que viene... No, ya está acá, aha... se fue ayer, sí, jeso mismo!... Sí, está acá conmigo... ta, ¡hasta el Lunes! Chau, hermano, ¡cuídate! - dije colgando el tubo.

- ¿Quién era? - preguntó sin querer terminar de preguntar, me dio la sensación.

- Era Eduardo, llamaba por lo del libro y le conté que te viniste a vivir conmigo. El Lunes nos vemos para seguir hablando y te manda saludos - dije notando que le decía más de lo que me había preguntado. Con Andrea era muy diferente, cuando averiguaba que me había llamado Eduardo trataba de hacerme caer una y otra vez en el tema del libro y escribir, lo cual me vivía presionando y ahora sentía estar como liberado.

- ¿Él sabía lo nuestro? - preguntó colorada -... ¿por qué reís? - preguntó apoyando la cabeza sobre las rodillas.

- Porque cambiaste mi estado de ánimo - respondí de la forma más cursi.

- ¡Anda... cargarme puedo hacerlo sola! - dijo haciendo pucheros.

- Sabes que es la verdad - dije parándome frente a ella y besándola. Nunca aceptó un halago o una frase positiva, era muy tímida y se escondía bastante tras ese velo. A veces

tenía la sensación de que era más tímida que yo. Cosa que no creí que fuera posible. Su compañía, su tranquilidad y buena energía automáticamente obraron en mí. Volví a agarrar la lapicera y estoy escribiendo nuevamente, disfrutando a pleno de cada cosa.

- Mauricio... no sé... ¿El Lunes viene Eduardo? Mejor me voy - dijo secreteando.

- Camila... yo sí sé... No te vas a ir a ningún lado. Él sabía todo porque es como un hermano para mí - dije secreteando también.

- Eso lo sé, pero... ¿cómo hago para verlo a los ojos? - preguntó seriamente.

- Te paras frente a él y levantas un poco la cabeza, porque es alto, viste! - dije sonriendo.

- ¡Mauricio! Te estoy hablando en serio - dijo enojada y se veía tan linda.

- Tranquila, Cami ¿qué te preocupa? - dije dejando de sonreír al notarla nerviosa, le agarré la mano y se la acaricié.

- Recién ayer me dijiste que Andrea era su prima y ahora me decís que viene el Lunes ...

- "Es su prima"... ¿Eso es todo? - pregunté sorprendido.

- ¡Sí! - afirmó.

- No te preocupes que ni él la banca- Es más... él y mi madre siempre me dijeron que era una bruja, pero viste que cuando tu madre está en contra, más cabeza dura se es... por idiota nada más porque ahora sé que hay que hacerle caso a mamá - dije sonriendo para soltar un poco su seriedad.

Su preocupación parecía esfumarse mientras tomaba el mate.

De repente una de las tiritas del camisón se le resbaló por el hombro. Vieron que me olvido de todo... Para ese entonces, ya se había sacado el salto de cama azul dejándolo sobre la mesa. Sus hombros desnudos invitaban al olvido, pero antes de que yo pudiese reaccionar ella se me sentó en la falda y apoyó su cabeza sobre mi pecho. Yo ya me hacía otra película cuando ella sólo buscaba cariño en un abrazo. Mentalmente me puteaba diciendo que era un cerdo, que sólo pensaba en eso (para los que se dan por no enterados, "eso" es SEXO), que en la vida hay más cosas che..

Pero fue ella quién me empezó a besar y después la cosa fue a más.

Pasaron tres semanas. Camila y yo parecíamos estar de luna de miel (ya entienden a lo que me refiero, no hace falta ahora ponerse explícito). ¡Y sí! el tiempo pasó sin darme cuenta. A Eduardo le dije que me diera un par de semanas más para entregárselo (el libro) y me dijo que me tomara el tempo que necesitara.

Estuvo varias veces en casa comiendo asado y otras cosas que preparaba Camila, sí... Me robó la cocina. No sé si era porque no le gustaba como cocinaba yo o es que a ella le gustaba mucho cocinar..

Fui con Camila a la playa y al llegar estiré mi toalla recostándome. Ella se metió al mar ni bien llegamos. Mientras la observaba nadar, escribía algo en mi libreta.

El sol brillaba fuertemente y el cielo estaba despejado, de repente veo a Camila caminar hacia mí y al llegar le doy una toalla, sonriéndome negó mi oferta y se recostó junto a mí.

Al haberme acostumbrado al calor del sol el contacto con su piel me parecía helado. Ella rió con dulzura sin dejarme contemplarle me cerró la boca con un beso que sabía a sal, aprovechó mi debilidad (que era ella) y sacó a la luz algo que no quedaba bien que vieron los niños, se dio cuenta de mi infortunio y se empezó a cagar de risa.

Claro... ella (las mujeres en general) no tenía estos problemitas, bueno aguantan el dolor menstrual y el parto, sólo con eso ya hay que sacarse el sombrero. En verdad no las envidio para nada ahora que lo pienso.

Solucioné el “tema” dándome la vuelta sobre la toalla y a la muy graciosa no le da por bromear... no sé cómo hice para aguantarme.

- Pero, Mauri... vas a hacer un agujero en la arena así y después van a acercarse los chicos para hacer un castillo alrededor del “lago” - dijo riendo.

- No me ayudes, Cami - dije tapándome la cara.

Ella se subió sobre mi espalda y me empezó a hacer un masaje en los hombros (cosa que no ayudaba para nada en moderar la situación).

La playa ya estaba desierta y en ese entonces se dio vuelta el juego y del pasado trajimos la escena de la primera vez en que nos conocimos.

A la media hora veíamos las estrellas (¡las verdaderas!), los corazones de ambos galopaban, aumentando y disminuyendo nuestros pechos. Camila tenía el busto descubierto y “empanado de arena” (por así decirlo), interrumpiendo el silencio posó su cabeza sobre mi pecho.

- ¿Cómo le vas a poner a tu libro, Mauri?

- No sé, tenía dos que me gustaban, pero los olvidé - respondí frustrado.

- ¡Qué raro! - respondió sarcásticamente -... deberías llamarlo “Memorias de un desmemoriado” - dijo riendo.

Ya es Lunes. Ayer fui con Camila a comer a lo de mis padres. Mmi vieja estuvo toda la noche diciendo que era una divina y mi viejo como era obvio siguió su melodrama y no le importó emitir en voz alta cómo y por qué me separé de Andrea... Según él se debía a que no fuí lo suficientemente maduro como para darle a Andrea la estabilidad que ella necesitaba. Cree que fue ella quien me dejó y yo me decidí por dejarlo pensar que fue así. Para Camila aquel momento y el resto de la noche no fue muy grato, a pesar de que se lo haya advertido ella insistió en ir.

Dentro de una hora quedé en verme con Eduardo. Estoy tomando mate en el fondo con Camila. Arturo di Cello hace de las suyas sobre el techo. Estamos oyendo folclore, mientras que Camila está agachada plantando flores y yo leo un libro, relajado con las piernas sobre la mesa.

Escuché el timbre de la puerta y marcando el libro, fui a ver quién era.

- Hola, Eduardo - dije abrazándolo.

- Hola, loco ¿Todo bien?

- Sí, pero entra por favor, Camila está en el fondo... - dije invitándolo. Lo deje en el comedor yéndome al cuarto y volví con el manuscrito.

- A ver, a ver... ¿puedo no? - dijo ansioso agarrándolo.

- ¡Adelante! - contesté sonriendo con la típica duda de ver si le va a gustar o no.

- Me encanta el título... - dijo mientras salíamos al jardín -... ¿Viste el título que le puso al libro, Cami? - dijo al verla con las flores. Se agachó y la saludó.

- Hola, Eduardo... no me lo mostró todavía, a ver... - se sacó los guantes de jardín y agarró el manuscrito -... ¡No! no lo puedo creer, era joda lo de la playa... - dijo mirándome a mí tapándose la boca.

-Memorias de un desmemoriado-

- Lo sé, pero me encantó tu sugerencia y de la manera en que nació el nombre, me pareció adecuado para cerrar el círculo... Te deje una copia del libro sobre tu mesita de luz, por si querías leerlo, Cami - dije.

- ¿Qué si quiero? ¡Claro que sí!, en seguida me voy a empezarlo, así los dejo hablar tranquilos - respondió ya yéndose.

Eduardo se llevó una copia para editarlo. Había leído el primer capítulo y con una confianza ciega, se levantó diciendo que lo publicaría.

Yo volví al fondo a terminar de leer el libro que dejé de lado al atender a Eduardo; trataba de un tipo perseguido por alguna fuerza espiritual muy fuerte. Bueno... estaba bien escrito y había logrado atraparme che (no es que me esté justificando, bue... tal vez de alguna manera sí lo estaba haciendo).

Pasaron cuatro días y me encontraba en la cama junto a Camila, me estaba quedando dormido, mientras que ella tenía la luzcita encendida devorando las páginas del libro que había escrito. De repente siento que me mueve el brazo.

- Amor... ¿dormís? - preguntó susurrando.

- Como que ya no ¿no te parece? - dije girándome hacia ella.

- ¡Perdón! - me dio un beso en la nariz -... pero el final me lo tenes que leer vos mismo, Mauri, por favor - dijo poniendo una carita a la que ni con los parpados pegados podía no verla, ni el tipo más duro del mundo podía resistirse. Me senté y agarré los lentes de leer antes de comenzar, me tapé la boca porque bostecé.

- (...) Llegando hasta éste punto de mi vida, donde viví tantas cosas y vi muchas más de las que sufrí, sólo me llevo una frase de éste aprendizaje y es uno que dice así; “No hay camino fácil a través de la vida, sino atravesarlo con corazón y coraje”. Cerré el libro y la besé. Después me fui al baño a lavarme los dientes (Todo el mundo tiene sus vicios che).

Fin.

Historia de un tachero

Abril - Mayo 2007

Uno

Llovía como podrido sobre el capó del taxi que conducía un hombre de apariencia grande, moreno, ancha nariz, labios gruesos y facciones toscas, pero su mirada era tierna y amable. Lo conocían por Javier.

Se partía el lomo trabajando. En su casa lo esperaban su mujer; María de los Ángeles y sus dos hijos; Juan y José.

Era de familia muy humilde y por eso dedicaba todas sus horas al asiento de un taxi. Por no encontrar otro trabajo tenía la espalda hecha pedazos, pero bastaba ver a su familia a los ojos para callar al dolor y la bronca que sentía por estar detrás de un volante. Los parabrisas danzaban de lado a lado y tras el vidrio se divisaba la cara cansada del tachero.

Eran las tres de la mañana y desde la central lo seguían llamando, mandándolo a diferentes puntos de la capital.

Uno de los viajes, era pasar a buscar un cliente de la rambla para llevarlo a la discoteca de Av. Rosales. Eran tres gurices que intentaban aparentar ser mayores, pero la expresión en sus miradas los delataba. La pilcha que traían encima bastaba para pagar tres meses de alquiler, pensaba Javier.

- Hola - dijo uno.

- Hola, caballeros - respondió el tachero.

- ¡A la disco, flaco! - dijo otro.

- ¿A cuál discoteca, señores? - preguntó.

- La que está en Av. Rosales - respondió el primero que había saludado.

- Bueno - finalizó Javier y emprendió camino.

- Che negro ¿trabajas mucho? - preguntó el tercero de mala gana.

- ¡Sí! - respondió tranquilo.

- ¿A qué viene eso, estúpido? - dijo el primero golpeando al tercero.

- ¡Ay!... Me alegro - dijo agarrándose la cabeza tras el golpe.

- Perdone, señor - dijo disculpándose el primero.

- No pasa nada - respondió el hombre con amargura en los ojos.

- ¿Qué te disculpas por mí, idiota? Es un negro de mierda y hace lo que debe, trabajar para otros - dijo el tercero.

- ¡Callate si querés conservar los dientes, Dario! - dijo el segundo que venía todo el

camino callado.

Javier miró por el espejo retrovisor al muchacho que había amenazado al tercero y vio en él una sonrisa cómplice.

Los llevó hasta la discoteca, porque no tenía corazón para dejar tirados a unos mocosos que no pasaban de los dieciséis años y además los otros dos no tenían culpa alguna.

Los otros dos le pidieron mil veces perdón por el abombado de su amigo. El hombre les decía que no pasaba nada, pero lo cierto era que sí lo hacía, porque tanto odio no se puede evadir y con una señal se alejó cuando los tres bajaron del auto.

- ¡Javier! - decía el aparato del taxi.

- ¿Sí?... Acá Javier - dijo el hombre apretando un botón.

- Cerra por hoy, grone y ¡andate a tu casa! - respondían del otro lado.

- Gracias, Adrián - dijo Javier.

- Saludame a tu señora y a los gurices - dijo.

- ¡Tamos! - respondió el hombre -... Chau.

El hombre encontró un lugar para estacionar a seis cuadras abajo alejado de su casa. Caminó las cuadras cada vez más despacio, los primeros pasos lo llevaron ligero porque era mayor la añoranza de llegar, pero cada paso era más pesado y al llegar respiró hondo. Abrió la puerta y entró viendo a su mujer dormida en la silla-hamaca con un tejido sobre el pecho y los lentes puestos, se agachó hasta rozar con sus labios la frente de su mujer y ella despertó.

- Hola, amor ¿cómo te fue? - preguntó simulando una sonrisa.

- Bien - mintió Javier -... ¿y los chicos? - preguntó de repente.

- Ya están durmiendo, te esperaron hasta la una y después se durmieron - respondió.

- Entiendo, pobrecitos... Hace tiempo que no los veo, María.

- Pero están en el cuarto, puedes ir...

- Hace tiempo que no estoy con ellos, no hablo con ellos...

- Pero sólo porque trabajas todo el día, amor - dijo ella disculpándolo.

- Lo sé, pero no hay de otra - sacudió la cabeza y se sentó en el sillón.

- Ellos saben que los quieres, Javier - respondió levantándose y abrazándolo.

- Por eso... no quiero que sólo lo sepan, sino que lo sientan - dijo reprochándose.

- No te tortures, amor - sonrió María.

Después de aquel abrazo tan apasionado terminaron haciendo el amor en el piso del comedor, sobre una alfombra.

A las nueve de la mañana se despertó María y juntos se fueron al cuarto. Javier se acostó y pareció desmayarse en un sueño al rozar las sábanas. La mujer sonreía orgullosa creyendo que obra suya.

Tras unos minutos María se levantó para ir a la cocina y empezó a lavar. Los chicos se iban a la escuela con la túnica recién planchada y al cerrar la puerta de calle se despertó Javier.

- ¿Qué hora es? - preguntó sonriendo.

- Son las once y media pasadas, amor ¿Estuvo bi... - quedó cortada.

- ¿Qué? ¡Mierda! ¿por qué no me despertaste? Llego tarde... ¿dónde están las llaves del auto? - gritó histérico.

- No sabía que te tenías que despertar temprano... ¿cómo querías que lo supiera? - dijo bajando la cabeza.

- Porque todos los días me voy temprano, María. No es tan difícil de memorizarlo.

- ¡No me grites más, Javier! - dijo angustiada.

- Pero vos no entendés que si pierdo el laburo nos quedamos en la lona - gritó.

- Igual no hace falta que me grites... se me pasó, no me di cuenta - dijo con los ojos rojos.

- Ellos no lo van a ver igual ¿Qué querés que haga... les digo que me perdonen, pero a mi mujer se le pasó el despertarme, pero miren que lo siente? - dijo exaltado.

- ¡Andate a la mierda... no me hables más así! - dijo tapándose la cara tratando de ocultar las lágrimas.

- ...¡Perdón ... perdóname, María!... Son muchas horas, no aguanto más... No me puedo permitir perder el trabajo, la cosa está difícil y sólo pensar en que me puedan echar me desespera... No, no, cariño perdóname - dijo abrazándola.

- No sabía que hoy trabajabas, pensé que por las horas extras te dieron libre y... lo juro, Javier.

- Por dios... - dijo con los ojos abiertos de par en par al ver como sus palabras habían aterrado a su mujer -... Perdoname, María - dijo besándole la frente y las mejillas - Ya pasó, fue mi culpa por no poner el despertador... Amor perdón ¿Estás bien? - ella asintió con la cabeza -... Bueno voy a ver qué pasa ¿sí? ¡Cuidate y a los gurises! - dijo saliendo por la puerta.

Bajó las seis cuadas hasta llegar al auto y se fue a la central. Lo mantuvieron media hora en la oficina, dándole clases de que no podía llegar a la hora que él quisiera, porque había mucha gente interesada en su puesto y que la próxima vez no mantendrían ésta conversación. Javier salió con la cabeza gacha y así se dirigió a su auto.

- ¿Qué te dijeron, grone? - preguntó el mismo compañero de anoche.

- Que si llego otra vez tarde, me echan... - respondió subiéndose al taxi.

- ¡Que hijos de puta!... pensar los años que estás laburando acá y por una vez que te retrasaste... ¡No les des bola! ¿Pasó algo en casa? - preguntó preocupado.

- No, me dormí nada más - respondió con cara de perro apaleado.
- No es para menos, si nos tienen dieciocho horas laburando...
- Bue... pero es lo que hay... ¡Voy a hacer mi ronda, Adrián, después nos vemos!
- Ta bien, yo me voy a hacer la mía. No sea cosa que por vernos hablando no rajen.
Chau...

Los vehículos se fueron en direcciones contrarias.

Tres meses después a las cuatro de la tarde Javier se fue a la casa.
Encontró lugar a una cuadra para aparcar (porque a ésa hora la gente trabajaba).
- Hola, María - llamó al entrar y se sorprendió de ver a un hombre.
- Hola, me llamo Aldo... - dijo viendo a Javier.
- Ah... hola, amor ¿qué haces a ésta hora en casa? - sonrió -... él es Aldo, el chico del super que me ayudó a traer unas bolsas.
- Aha, hola - contestó sentándose en una de las sillas del living.
- Bueno... gracias, Aldo - dijo ella girándose hacia él.
- De nada, señora. Hasta luego, señor - dijo cerrando la puerta.
- ¿Y éste? - preguntó Javier burlándose del muchacho.
- Es el chico del mercado, ya te lo dije - respondió.
- ¿Y por qué tan nerviosa ni que fuera tu amante? - dijo agarrándole los brazos.
- No seas ridículo, mira si lo voy a traer a casa si fuera así - respondió rápidamente.
- Che María... pude haber comido algo por ahí, pero preferí venir a comer algo contigo y volver a pedirte perdón por lo de esta mañana - dijo sentándola sobre sus piernas.
- Ah... ya fue, Javier, fue mi culpa - dijo bajando la mirada.
- No, no lo fue y veo que no me perdonaste ¿qué puedo hacer para que lo hagas? - dijo besándola hasta que terminaron acostados en la cama semidesnudos y agitados.
- ¿No querías comer algo, amor? - preguntó la mujer.
- No, ya estoy como nuevo - respondió sonriendo.
- Y yo... - dijo María ocultando una sonrisa.
- ¿Qué hora es, amor? - preguntó apoyándose sobre su mano.
- Las cuatro y media ¿ya te tenes que ir? - preguntó sentándose.
- Y bueno... me quedan unos quince minutos - dijo desapareciendo bajo la sábana.
Pasados unos minutos se puso los vaqueros y se abotonó la camisa. La besó y se fue a seguir trabajando.
Los hijos ya habían regresado de la escuela, José estaba en su cuarto y Juan se había ocultado en el armario de sus padres.
- ¿Qué haces ahí, chiquito? - preguntó la madre abriendo el ropero.
- ¡Papá te estaba lastimando! - dijo asustado.
- ¿Qué? - dijo nerviosa y un poco avergonzada.

- ¡Sí! yo lo vi y oí cómo gritabas, mamá - dijo llorando.
- No, mi amor... No me lastimaba...
- ¿Y por qué gritabas cuando el saltaba encima de vos? - preguntó el niño.
- Eh ... - dijo sin voz.
- ¡Tranquila, mamá! No te va a volver a hacer gritar, te lo prometo - dijo firmemente.
- Gracias, pero por lo que viste... - dijo avergonzada.
- No importa, mamá, entiendo ¡tranquila!
- Por dios... éste renacuajo me va a volver loca - pensó la mujer.

Dos

José estaba en el jardín, jugando con unas piedras y en eso se le acercó Juan. El chico le empezó a hacer preguntas y al obtener las respuestas abría cada vez más los ojos y de repente se aleja corriendo.

- ¡José! ¿Viste a tu hermano? - preguntó la madre acercándose al hijo.
- ¡Sí! - respondió sonriendo.
- ¿Por qué te reís... dónde está? - dijo intranquila.
- Con que el enano los agarró con las manos en la masa eh...
- Parece que sí - dijo roja de vergüenza -... ¿Qué le dijiste?
- Lo que me preguntó - contestó el muchacho.
- No te hagas el gracioso y decime que fue...
- Me preguntó por qué gritabas y le dije la razón - contestó tranquilamente.
- ¿Y cómo se lo tomó? - preguntó temerosa.
- Bue... primero dijo que no quería otro hermano, después se preocupó por compartir su cuarto y al final salió corriendo a desalojar su habitación.
- Ay ¡pobre hijo mío... Voy a buscarlo!

María de los Ángeles golpeó la puerta del cuarto del niño y entró. Vio al chico metiendo ropa en una valija.

- ¿Qué haces, chiquito? - preguntó arrodillándose.
- Lugar para mi hermanito que está en camino - respondió.
- A ver, a ver... ¡veni acá! - dijo sentándose en la falda -... No estoy esperando un bebé.
- Pero José me dijo que si papá salta sobre vos, es para tener un bebé y que por eso gritabas.
- Pero a veces no pasa - dijo ella tranquila y segura.
- ¿Entonces para qué lo hacen? - a la mujer se le atravesó la pregunta.
- ... porque es lindo... - dijo.
- Ah entonces yo también quiero - afirmó el chico.

- Más adelante lo vivirás, chiquito - sonrió tímidamente.
- ¿Pero cómo no estás esperando un bebé? - preguntó el chico.
- Porque hay maneras de evitarlo... con pastillas para las mujeres y condones para los hombres.
- Pastillas sé, pero ¿Qué son condones? - preguntó el chico moviendo las piernas.
- Bueno... un condón es como un globito que se pone sobre el... pene.
- Ah... mamá dijiste pene - dijo riendo mientras se tapaba la boca.
- Tienes razón, pero ¿entendiste? - preguntó mirándolo.
- Mmm - asintió con la cabeza - ¿entonces no hago la valija?
- No, mi amor - le besó la cabeza y se fue del cuarto.

Eran las tres de la mañana, los chicos ya dormían y María se había ido a leer un libro a la cama. Era de aventuras (se lo había prestado la prima). Noto que se estaba quedando dormida y dejó el libro sobre la mesita de luz y de un momento a otro no pudo cerrar los parpados, así que se quedó mirando el techo, mientras que jugaba con un rulo de su cabeza.

Hacía mucho calor y sólo se dejó la bombacha puesta. Lentamente fue cayendo en un sueño, pero por culpa del calor despertaba a cada cinco minutos. Se giraba, daba vuelta la almohada. Se levantaba para ir al baño a refrescarse, iba al cuarto de los chicos a ver cómo dormían y ellos ni se inmutaban del calor abrazador que hacía esa noche. Dormían con las panzas al aire y ambos con la boca abierta.

María decidió volver a la cama, mientras oía la llegada de Javier. Cuando llegó al cuarto ella se hizo la dormida, Javier se empezó a sacar la ropa hasta quedar en calzoncillos. Lo vio irse al baño y aprovechó para extenderse a lo largo de toda la cama en posición “sexy” (según ella). Al volver del baño la corrió despacio y la dejó en un costado de la cama sentándose y apagando la luz. Ni bien la habitación quedó a oscuras María se hizo nuevamente a la caza pasándole una mano por la espalda y la lengua por el cuello.

- Hola, María, pensé que dormías - dijo sorprendido.
- No, no pude, pero ahora no quiero... ¡Déjanos hacerlo ésta noche! Los chicos duermen y tenía tantas ganas de estar otra vez contigo... dijo obligándolo a acostarse en la cama.
- ¡No! yo no quiero - dijo apartándola y sentándose.
- Pero... - dijo asombrada.
- ¡Estoy cansado, María! - dijo rudo.
- Por eso... déjame llevarte a otros pensamientos - dijo de manera seductora sin dar el brazo a torcer y agarrando el “asunto” sintió que él la empujó hacia atrás.
- ¡Que no, no es no y ahora déjame dormir! - se acostó dándose la vuelta.

María se quedó un poco aturdida por la reacción de su marido y se puso a pensar en que nunca había reaccionado así con ella y menos cuando se trataba de dormir juntos... Éstos últimos meses cambió mucho... Insistió un par de veces en preguntar si había sucedido algo, pero la respuesta era siempre la misma. A la mañana siguiente la mujer estaba tomando el mate en el jardín y Javier se le acercó con los muchachos.

- ¡Buen día, cariño! - dijo sonriendo.

- Buenas, mamá - gritaron los hijos.

- Buen día, mis chiquitos - dijo mirándolos - ... ¿Están listos para la escuela?

- Sí - gritaron.

- ¡Amor... hoy salgo antes al trabajo! - dijo Javier.

Y María evitándolo olímpicamente se levantó y llevó a los chicos a la cocina, sacando de la heladera su almuerzo para llevar. El hombre la siguió.

- María, llego más temprano a casa por hoy - dijo sonriendo.

- ¡Qué bien! Yo igual no voy a estar en todo el día - dijo cortante.

- ¿Por qué? - preguntó sorprendida.

- Porque yo también trabajo, Javier, parece que no te entra que nunca estoy de tarde en la casa - dijo sarcásticamente.

- Entiendo que estés enojada, pero no delante de los chicos, amor - dijo Javier.

- Pero ¿qué me decís si sí o si no hablar delante de mis hijos? No te vas a enterar de que si estoy o no enojada, porque como “vos” no lo voy a decir - dijo cerrando la puerta de calle una vez estaban los chicos y ella fuera.

Los acompañó a la escuela y después se fue a trabajar. María trabajaba de limpiadora, lavaba las oficinas en la noche y casas privadas a distintas horas del día.

Había pasado un mes y la situación seguía tensa en la casa. Marido y mujer ya casi no se hablaban. Solamente y como un deber regular Javier le acariciaba la espalda a la esposa, ésta terminó por aceptarlo y hacían el amor cuando él lo quería (lo cual no era a menudo, era diferente a antes, menos apasionado y agresivo). Todo transcurría muy rápido dejando de lado la sensualidad y la sensibilidad.

Una noche al llegar María del trabajo, Javier la esperaba y la arrinconó cuando entro a la casa. Entre susurros le dijo que la estuvo esperando toda la noche y que ardía por hacerlo ya mismo, ella se rehusó diciendo que estaba muy cansada, pero Javier parecía otro y ella sólo lloraba pidiéndole entre llantos y lágrimas que parara.

Los chicos desayunaban cantando y el padre igual. La mujer los oía estando acostada en la cama.

- ¡Mamá mamá! ¿por qué no te levantás? - preguntó Juan que había ido al cuarto de la madre.

- ¡Callate, animal! No ves que está enferma... ¡pobrecita! - dijo el mayor acariciándole la cabeza a María.

- No - respondió el chico.

- Es una pregunta retórica, nene - protestó José.

- ¿Qué es retórica, José?

- RE-TÓ-RI-CA, bestia, que es una pregunta que no necesita respuesta.

- Ah... ¿y por qué hacés la pregunta entonces? - se giró a la madre y le preguntó- ¿Estás embarazada, mamá?.

- A ver... ¿y eso ahora a qué viene, enano? - preguntó el mayor mirándolo.

- A lo mejor saltaron anoche - respondió.

- Ay nene ¡qué lerdo que sos! - afirmó José.

- ¿Por qué? tengo cinco años, no lerdo, túpido!

- Bueno... no peleen, chicos. Estoy bien, no se preocupen ¡que les vaya bien en la escuela! Y no Juan, no estoy embarazada - dijo sonriéndole.

- Pero... ¿qué pasa si lo estás, si lo estamos, amor? - dijo Javier besándole la frente.

Se habían ido los tres de la habitación y María quedó acostada en la cama con una duda que la había atravesado, tras unos minutos quedó dormida.

Javier estaba otra vez en el taxi. Esta vez llevaba a una joven parejita a un shopping. Los oía ir más allá de los besos y cuando ella soltó un fuerte gemido empujó al muchacho hacia atrás.

- ¡Pará... que está el tipo mirándonos! - le dijo.

- No, flaca. No le des bola ¡Vení! - dijo siguiendo besándola.

- ¡Pará, Rafael, en serio! - dijo enojada.

- ¿Recién enamorados? - preguntó tras un silencio el tachero.

- ¡Sí! - contestó el chico con amplia sonrisa.

- Bueno ya estamos hace una semana y media - corrigió la chica.

- Ya veo, está bien disfrutar de la vida ¡Cuidala bien, muchacho! - dijo Javier.

- No necesito de nadie para que me cuide - dijo la chica.

- ¡Tranquila, flaca! - dijo el muchacho agarrándole la mano.

- Es lo más lindo estar enamorado - prosiguió Javier.

- ¡Sí, señor! - dijo el joven. Llegaron a destino. - ...¿Cuánto le debo, señor?

- Dieciocho con cincuenta por favor - dijo Javier.

- ¡Tome y muchas gracias!... Chau - dijo abriendo la puerta y ayudando a su novia a bajar.

El taxi iba a arrancar nuevamente, pero de repente un brazo delgado y blanco le hizo señas.

Era una chica, tenía un busto difícil de no ver, lo cubrió poco y nada, una minifalda de la que no se veía mucho, el pelo rojo fuego y enrulado, labios finos pero pintarrajeados de rojo, el maquillaje muy exagerado. Su apariencia era muy grotesca.

- Hola, que suerte que me haya visto, don - dijo con voz chillona.
 - Hola, señorita ¿A dónde la llevo? - preguntó observando el escote por el retrovisor.
 - ¿A dónde va a ser? Le aseguro que no a la Iglesia - contestó irónicamente.
 - Disculpe - dijo mirando a otra parte.
 - A dónde van los hombres que buscan diversión, bombón... Calle Olivares nº 7.
 - Bueno, señorita - dijo un tanto nervioso.
 - Nunca me habían llamado señorita - dijo morbosa.
 - Disculpe, señora - dijo dubitativo.
 - Así, menos - sonrió. Entonces se relajó Javier y empezó a conducir -... ¿Está casado?... ya veo ... respuesta que demora significa una negativa o simplemente que todo anda pal culo.
 - No..., digo sí, estoy casado, pero todo está bien - contestó nervioso sintiendo tener que defenderse.
 - Está bien, bombón, a todos les pasa - dijo sonriendo morbosamente.
 - ¿El qué? - preguntó sorprendido.
 - Pasar una crisis amorosa, pero bueno ... no sé si llamarlo crisis amorosa, porque los casados se divorcian al casarse y el contrato que tienen firmado no les sirve de nada. No se le puede llamar amor a eso ¿verdad? - dijo provocándolo.
 - Usted disculpe, pero no entiendo a qué se refiere - dijo enojado.
- El viaje siguió en silencio y al llegar vio a dónde la había llevado y se dio la vuelta mirándola...
- Y usted me habla de amor.
 - Le hablo de pasión, bombón, algo que usted no conoce porque no consta en el contrato.
 - ¿De qué pasión puede profesar una...? - dijo arrogantemente.
 - Puta, ¡dígalo que no lo voy a comer! Déjeme decirle que “muchacha” porque si no existe un atractivo sexual me niego. Tengo mis clientes fijos y pagan muy bien, como para que me preste a malos ratos - salió del auto y cerró la puerta. Fue hasta la ventanilla de adelante y se agachó frente a Javier hasta que éste tuvo un primer plano de sus pechos.
 - No llevo efectivo encima, bombón.
- La mujer le abrió la puerta a Javier y él queriendo salir del auto sintió que ella lo empujó contra el asiento y le desabrochó la bragueta agachándose. Desde afuera sólo se veía la puerta abierta de un auto y la cola de una mujer, subiendo la vista se apreciaba la cara feliz de un tacherito.
- Eso basta por el viaje, bombón - dijo dejándolo en medio del vuelo.

- No, pero ¿ya te vas... no quieres...? ¡Bajo el asiento! - dijo ansioso.
- Ves, bombón... ¡eso es pasión! Querer apagar un fuego que parece propagarse... pero no soy un extintor y me acuesto por guita, no por cara bonita. Toma la mamada como un regalo, porque sale mucho más de lo que puedas pagar - cerró la puerta y se fue moviendo la cola.

El hombre llegó sonriendo y cantando a la casa. Fue al cuarto, pero no vio a María, se acostó en la cama y tras una media hora sintió la puerta de la calle abrirse.

- Hola - dijo a espaldas de María.
- ¡Ay qué susto! Pensé que todavía estabas trabajando... ¿qué hora es? - preguntó ella.
- Las dos de la mañana ¿había mucho qué hacer hoy? - preguntó irónico.
- ¿Qué?... ¡Sí!, lo de todas las noches, Javier - dijo dejando el bolso sobre la mesa.
- Entiendo... Quería decirte que a partir de ahora voy a llegar pasada las tres ...
- Siempre lo hiciste, Javier, no es nada nuevo - afirmó traspasándolo con la mirada.
- Bueno sí... ¡tenes razón!, pero quería que lo supieras...
- Entonces gracias... ya lo sé - dijo dándose la vuelta.
- ¿Seguís enojada conmigo eh? - dijo queriendo hacerla sonreír.
- ¡Sí! -dijo mientras que él le besó el cuello soltándole una sonrisa.
- Perdóname, sabes que a veces soy un animal, pero es tu culpa porque me volves loco, amor.

Y así siguieron las cosas hasta que nuevamente la cama fue su refugio.

Las dos semanas siguientes transcurrieron con pocas palabras entre ellos. Javier siempre llegaba después de las tres de la madrugada, tal cual lo había dicho y los niños se dormían esperándolo cada noche.

María seguía trabajando en las oficinas y casas privadas.

Javier continuaba manejando el taxi, pero la plata se le iba cada vez más fácil de las manos por los pequeños placeres que le proporcionaba Gladis. La pelirroja culona. Ella se convirtió en un vicio del cual no sabe escapar, es con ella con quién termina su turno cada noche.

- Hola, Gladis, traje cien pesos ¿está bien? - preguntó ansioso.
- Javier... ¡tranquilo, bombón! ¿Cien? Bue... por ser vos y sólo ésta vez obtenes el paquete completo - dijo haciéndolo esperar la respuesta al saludo.
- ¡Sos una diosa, Gladis! - dijo anonadado.
- Lo sé, bombón - respondió ella agarrándose la cintura.
- ¿Quieres que me quede esta noche? - preguntó como suplicando.
- ¡Tu mujer te espera! - dijo la mujer sentándose en la cama.

- Le digo que en el laburo no me dejan ir - contestó.
- Ay ay, negro ¿qué tendrás para convencerme?... bue ¡dame cien más y te puedes quedar!
- Pero no tengo lo que me queda es lo último - dijo mirando sus bolsillos.
- Entonces fuera, bombón, lo siento - al ver que la mujer no daba el brazo a torcer sacó los últimos cien que le quedaban y se los puso en la mano.
- ¡Acá tenes, acá tenes! ¿está bien? - dijo desesperado.
- Bueno ahora sí - dijo ella triunfal.
- ¿Puedo llamar por teléfono? - preguntó tímidamente.
- ¡Sí, bombón, ahora puedes hacer lo que quieras! - dijo sonriendo.

María atendió y oyó al marido decirle que estaba trabajando a full y que volvería a la mañana siguiente recién, mientras que Gladis le hacía imposible hablar.

Eran las seis de la mañana y la espalda morena de María en posición vertical danzaba sobre la cama haciendo el amor, pasaron varios segundos, hasta que cambiaron de posición quedando él a la vista, era Aldo (el chico del mercado). La puerta de entrada se abría y la pareja nerviosa se vestía atropelladamente, pero demasiado tarde para cuando entro Javier al cuarto.

- Hola, amor ¿todo bien? - dijo encontrándola parada con una bata (que se había puesto al sentir su llegada).
 - Sí... ¿qué haces acá, no era que ibas a llegar más tarde?
 - Sí, pero al final bue... . Perdóname pero no tengo ganas - dijo sentándose en la cama.
 - ¿De qué? - preguntó María desconcertada.
 - De hacerlo, ¡estoy muerto, cariño! - dijo recostándose.
 - Ah... ta bien - contestó al ver que la bata era transparente y debajo no tenía ropa interior - ¿ya te vas a dormir? - preguntó nerviosa.
 - Sí... no doy más - dijo cerrando los ojos.
 - Pero ... - dijo pensando en Aldo que estaba bajo la cama.
- Tuvieron que pasar más de dos horas, para estar seguros de que se había dormido y así poder huir sin que se diera cuenta.
- ¿Cuándo nos volvemos a ver, María? - preguntó el muchacho agarrándole la mano.
 - Yo te llamo, ¡ahora andate por favor! Si nos agarra es capaz de matarnos - dijo ansiosa.
 - Está bien - dijo arrancándole un beso de los labios y así se fue.

Tres

Javier estaba conduciendo nuevamente en una tarde de Febrero.

- Toda la mañana al re pedo encima de éste auto de porquería... Ni un puto cliente - puteaba.

De repente oyó un chiflido y detrás de un camión saltó un hombre trajeado con una nenita de la mano. La muchacha tenía puesto un vestido de flores y llevaba el pelo atado al estilo "La Chilindrina", se subieron apresuradamente y el hombre aun agitado por la corrida sonriendo le decía...

- ¡Buenas! ¿Puede llevarnos al Banco Central del Centro por favor?

- Sí, señor ¡Buenos días! Hola, señorita - dijo Javier mirando a la nena. Ella se abrazó al padre.

- Me va a matar la madre si no la recibe a la hora acordada - dijo acomodándose la chaqueta.

- Voy a intentar de no demorarme, señor - respondió el tachero.

- No, hombre, si no lo digo por usted. Es que con esto del divorcio y los contratos de cuánto tiempo puedo estar con mi hija, ¡me sacan! Y el sólo hecho de pensar que por no entregársela a la hora acordada me pueda causar trabas para no verla, me aterra - dijo calmándose.

- Entiendo, señor, no se inquiete. Usted es su padre - dijo Javier sonriendo.

- Sí y ella su madre. Basta con que tenga un buen abogado y le aseguro de que puede conseguir al mejor abogado que exista, ya lo tiene... es, era un amigo mío.

- Uhh que mal ¿Dejo de serlo por convertirse en el abogado de su mujer? - preguntó.

- ¡No, no fue así! Sino que por convertirse en el amante de ella - sentenció el hombre de corbata.

- Ah - dijo el hombre mirando la calle.

A los cinco minutos habían llegado y pagó por el viaje, bajaron del vehículo saludándose mutuamente y deseándose suerte.

A las dos horas recibió a otro cliente en el asiento trasero del taxi. Éste era un flaco de pelo castaño por encima de las orejas, ojos marrones y nariz delgada. Tenía unos treinta y pico de edad y hablaba como a los saltitos.

- Hola... A San Ruis 8, esquina Correa po favo... - dijo el chico.

- Sí, señor - contestó Javier arrancando el motor.

- ¿Puede esperarme unos minutos cuando lleguemos? - preguntó pasándose la mano por la ceja.

- Sí, pero tengo que advertirle que el contador seguirá corriendo - dijo señalando el aparato.

- Eso no es problema, amigo, voy a visitar a una amiga ¿entiende? - dijo guiñándole el ojo.

- Ah... bien, bien ¿la novia? - preguntó sonriendo.

- Bueno... digámoslo así, la novia oficial está laburando y bue... ¿vio cómo es, no?

- Sí, señor. Perdone que me meta ¿pero por qué está con la otra muchacha si tiene novia oficial? - preguntó.

- Ay amigo mío, es que todas quieren a Cacho y lo de novia oficial sólo es porque me voy a casar “yo diría cazar” - dijo riendo -... Su padre está forrado ¿comprende?

- ¿Pero no la quiere? - preguntó sorprendiéndose a sí mismo.

- Sí, no es difícil para un hombre querer a esa muñeca. Tiene un cuerpo que ni los dioses Griegos pudieron habérselo dado. No es ni histérica, ni vive encima de uno - dijo riendo.

- ¿Pero no siente que la lastima evadiéndola con otras muchachas? - no salía del asombro al oírse hacer esas preguntas.

- “Corazón, digo ... “Ojos que no ven, corazón que no siente” Ando con pies de plomo en asuntos de pollera, amigo mío - decía con una sonrisa torva en los labios.

- ¿Y... - de repente se sintió emprendiendo una batalla mental consigo mismo <¿Y vos... qué te haces el moralista queriendo dar consejos, cuando sos la misma mierda que el flaco que está sentado a tu espalda? ¡No te vengas a hacer el inmaculado ahora! Porque ni vos mismo te lo crees. Eludís a tu mujer ocupando su lugar con el cuerpo de otra mujer, te gastas la guita loca en pagarle, para que te deje saciado y cuando volves le mentís a ella y a tus hijos >

- ¿Amigo... se encuentra bien? - preguntó el muchacho poniéndole la mano en el hombro a Javier.

- ¿Qué...? Sí, sí, me quede colgado, disculpe - dijo mirando por el retrovisor.

- No pasa nada, amigo, a todos nos pasa. ¡Déjeme acá! No quiero dar lugar a sospechas, no sea cosa que me agarre el marido, en media hora vuelvo - dijo bajando del auto.

- Cuando quiera volver me puede llamar por teléfono, señor - dijo Javier incómodo.

- No, mi amigo, no me deje en banda . Ya ve que estamos en el culo del mundo, sólo media hora lo prometo - dijo colgado de la ventana de Javier.

- Está bien... ¡aquí lo espero! - dijo apagando el motor.

Después de veinte minutos el tachero observó a otro vehículo acercarse a la casa y aparcando justo en la entrada en dónde había desaparecido el muchacho, se inquietó y prendió el motor.

- <Éste es el marido, seguro> - pensó Javier.

Y efectivamente el chico saltó por encima del muro aun poniéndose los pantalones y corría como una liebre. Se subió al auto dándole la orden de arrancar.

- Uy casi casi eh... - dijo cerrándose el pantalón -... No hay nada más peligroso que encontrarte con el cornudo en pleno acto y éste, amigo mío, nos agarró en la mitad de la película. Es el rey de los alces. La mujercita no deja títere con cabeza, tiene apariencia de tímida, pero es una actriz de primera... ¿y vos qué onda... soltero o caZado? - dijo sonriendo.

- Casado, señor - respondió mirando el camino.

- Y por tu charla de moral deduzco que nunca le fuiste fiel a tu jermu - dijo relajado.

- ¿Cómo? - preguntó abriendo los ojos de par en par.

- Alguien que habla tanto, para querer tapar el sol con un dedo no está libre de pecado, amigo mío. Usted sólo trata de convencerse a sí mismo cuando “me rezongaba” por mis escapes furtivos, pero no es otra cosa que terror lo que siente al verse reflejado en alguien como yo - respondió con la ceja en alto y los brazos apoyados en el respaldo.

- Pero hágame el favor... - dijo enojado.

- Dígame que no tengo razón... El que calla otorga, amigo mío! ... Déjeme acá mismo, aquí tiene cien dólares... así está bien. Yo no le voy a decir nada a su mujer de la otra y usted manténgame el secreto de mi dirección con el marido enfurecido que no seguía hace un rato - dijo el chico bajando del auto y pagándole en la ventanilla le guiño el ojo.

- Pero si ni sé dónde vive... - para ese entonces ya se había ido.

Esa noche sentía la terrible necesidad de ver a Gladis y se fue derecho al burdel. Bajo del taxi y entró al local. Golpeó la puerta en dónde se encontraba la mujer.

- Ah... Javier sos vos - dijo ebria.

- Sí y traigo cien dólares “fresquitos” (los que le había dado Don Juan) - dijo mostrándoselos.

- ¡Qué poca clase, bombón! Igual ahora no puedo estoy con un cliente - dijo agarrándose del marco de la puerta.

- ¿Ah no? - dijo reprochando. Se dirigió al cliente y le gritó - ¡Tómesela de acá, viejo! Hoy no trabaja.

- ¿Qué haces? ¡Es el que mejor paga, idiota! - le dijo ella entre dientes.

- ¿Ese... ese viejo? - dijo burlándose.

- ¡Callate!... perdone señor Mendez, se trata de un problema familiar - dijo ella mirándolo.

- No se preocupe, mihijita. Vuelvo otro día - dijo sonriendo.

El hombre abandonó la habitación y la mujer cerró la puerta.

- ¿Estarás contento ahora? - dijo a los gritos, dándole una cachetada.

- ¡Sí! - dijo besándola.

- ¡Pará... primero la guita! Porque bombón, te equivocaste al decir que hoy no trabajaba... ¿Qué te crees que es esto... AMOR? ¡Dale, no pongas caras largas y dame la mosca!

- ¡Toma! - dijo alcanzándole el billete.

Ya acostados en la cama tras consumir los cien dólares, él se quedó mirándola. Ella se sentó en la cama frotándose los ojos.

- Bueno... ¡ya está, me voy a dar una ducha!

- ¡No! quédate acá un poco más sólo para mirarte - dijo él atontado.

- Ah no, estás cometiendo un error, bombón -dijo parándose.

- ¿Y qué? Quiero cometerlo contigo a mi lado - respondió.

- Pero ¿vos sos o te haces? Es tu problema el haberte enamorado...

- No me digas eso, podemos irnos de acá y empezar de nuevo - dijo él ilusionado.

- ¿Y tu mujer y tus hijos, no pensaste en ellos? - preguntó vistiéndose.

- No hay nada que decidir. Me divorcio y al carajo el resto.

- ¡Claudio! - gritó la mujer.

- ¿Sí, señorita? - dijo un patovica acercándose a la puerta.

- ¡Acompañe al señor a la salida y no lo vuelva a dejar pasar! - dijo ella sin mirarlo.

- Lo que mande, señorita - dijo el hombre entrando en la habitación.

- No me podes hacer esto, Gladis, yo te amo - dijo Javier mientras el hombre lo sacaba del cuarto.

- Yo no, ya te dije que es mi trabajo. Para cursiladas está tu esposa, bombón.

Tirado de bruces en el barro por rehusarse a dejar la casa, terminó mirándose las manos y levantó la mirada hacia la ventana de Gladis, la cual había bajado la persiana. Se levantó sacudiéndose el barro y se subió al auto.

Dejando calles detrás y de repente sintió la llamada de la central. -"Calle Clavel 4, esq. Rosa". Y para allá fue.

Eran las once de la mañana cuando llegó a la dirección, dos viejitas se subieron al taxi.

- Al hospital por favor, joven - dijo una de ellas.

Eran bajitas, pelo blanco como la nieve y ambas rellenitas.

- Buenas, señoras... - arrancó -... ¿Por malestar o control, si puedo preguntar?

- Ay... sí mihijito, es por la cadera. ¡La pobre! la tiene operada, pero siempre le duele - dijo.

- Entiendo... Lo siento - dijo volteando la cabeza.

- Usted no tiene culpa de nada, mihijito... - le respondió la anciana.

- <¿De nada? ... yo creo que sí> - pensaba Javier.

- Es ésta cadera mía que me mata ¿sabe? - dijo la mujer quejándose.
- Sí, señora - contestó.
- ¿Tiene hijos, joven? - preguntó la primera.
- Sí, dos... Juan y José - respondió orgulloso.
- ¿Qué edades tienen? - volvió a preguntar.
- Uy acá me matan, soy un perro para las edades, pero a ver... Juan tiene cinco años y José nueve si no me equivoco.
- ¡Hombres!... no pierden la cabeza porque la llevan pegada - dijo la anciana agarrándose la cadera.
- No le preste atención, a mí también se me olvidan las cosas - dijo la otra.
- Vos porque sos una vieja senil - le dijo la anciana con dolor en la cadera.
- ¿Cómo me vas a decir eso delante del señor, Josefina? - dijo tapándose la boca.
- Yo sólo digo la verdad, éste joven debe tener treinta y largos y vos tenés setenta y tres, Celia ¿No ves una diferencia? - dijo riendo entre dientes.
- Ay Josefina, siempre sos un bicho conmigo - dijo ofendida.
- Señoras... no peleen por favor - dijo mirando por el espejo retrovisor.
- ¿Pero qué dice, joven, no sabe que las peleas son las que mantienen joven a una? - dijo Josefina.
- Se ve que no peleó mucho en la vida, hijo - agregó Celia.
- ¿Señoras?... ¡Llegamos! - dijo frenando el auto.
- Ay gracias, joven ¿Cuánto es?... ¡Paga, Celia! - dijo la mujer con una mano en la cadera.

Cuatro

Pasaron dos semanas en las cuales Javier quería suplantar a Gladis con el cuerpo de María y aunque ella no sentía deseos de corresponderlo lo hacía, porque el hombre usaba la fuerza.

Esos últimos días bastaron para bajarle la moral del todo a la mujer, ya no se encontraba con fuerzas de nada. Pudo haber terminado como muchas mujeres lo hacen en su situación, pero ella tenía a Aldo al lado que la amaba sinceramente.

Una noche al volver Javier a la casa, tras cumplir su turno. Se encontró con un vacío que se tragaba el silencio. Corrió al cuarto de los chicos y vio que los roperos estaban vacíos. Fue a su habitación y las cosas de María tampoco estaban, solamente un papel pegado al espejo con su letra...

“Negro: No sé por dónde empezar... fueron tantas las cosas por las que empecé a odiarte con todo mi ser. Me hiciste creer ser culpable de cosas que ni siquiera tenía

bajo control y me hiciste sentir insignificante ¿sabes?... Ahora te tengo una noticia ¿Te acordás de Aldo (el chico del mercado)? Bueno... nunca me ayudó con la compra. El día que “mis” hijos me pregunten por vos, les diré la verdad... “Que padre es quién está junto a ellos” No te preocupes, les voy a contar paso a paso de vos, como te portaste con nosotros y si entonces aun tienen deseos de verte lo harán, de no ser así ¡date por enterado que para ellos moriste!”

- ¡Yegua...! Se llevó a mis hijos, la muy puta me corneó... - dijo pateando y golpeando el ropero-... ¡La puta madre que la re mil parió! - gritó arrodillado entre lágrimas.

Fin.

Gabriela y Alicia

Abril 2007

- Hola - dijo una voz grave y femenina.

Cuando me di la vuelta no podía creer que ese minón me estaba hablando a mí. Era alta, seductora, enormes ojos, una sonrisa que invitaba a sonreír, cinturita que lastimaba de lo delgada, pero unas curvas más perfectas que la de una guitarra. Tenía el pelo oscuro como el carbón y labios carnosos. Yo... era todo lo contrario. Soy bajita, nada elegante, re torpe. Tengo menos seducción que un pato, ojos chicos, una sonrisa que invita a escapar por la puerta de emergencia. Mi cintura no es definida. Tengo el pelo crespado y re teñido.

- ¿Te comieron la lengua los ratones, linda? - preguntó la mujer.

Y yo de hecho lo creí porque no podía emitir palabra alguna.

- Disculpame, no te quería joder. Te vi acá sola y me dieron ganas de conocerte - su brazo se retiraba de la barra de mármol y yo en un impulso se la sostuve, evitando así su partida -... Ah... ¿sos tímida? - asentí con la cabeza -... No pasa nada, linda ¿quieres tomar algo? - y yo asentí otra vez.

Nos levantamos, bue... yo sola, porque ella estaba parada... ¡es el nerviosismo! Bueno, me levanté del banco y la acompañé a una mesa con dos sillas. Le retiré la silla y la ayude a sentarse (al menos me salió ese gesto). Ella me miro asombrada y sonreía por el gesto, como quien no estaba acostumbrada a experimentarlos con frecuencia.

- ¿Cómo te llamas? - Mirándome las manos le contesté "Gabriela" - ¡Qué lindo nombre!, yo me llamo Alicia y tengo treintaidos años - dijo sonriendo, pero su mirada me preguntaba "¿Y vos?".

- ¡Veintiséis! Tengo veintiséis años - contesté nerviosa.

- Aha ¿es la primera vez que venís a éste bar? - preguntó mirándome los labios. Asentí y no sé porqué mis manos empezaron a temblar - Yo vengo todos los fines de semana, cuando no tengo trabajo, ¡vistel! ... No, no es lo que te estás imaginando, trabajo en una agencia de fotografía ¿Y vos?.

Su pregunta me sentó mal, porque después de haber peleado toda la vida conmigo misma y con todo el que me hacía la misma pregunta, por fin llegué al punto dónde no me importaba lo que pensarán los demás, yo era la persona afectada por las decisiones que iba a tomar respecto a mi vida y no quería que nadie influenciara en mi futuro, pero muy pocos lo entendieron.

Pero ¡claro! Ahora no sabía qué responderle, porque si soy franca a la gente le gusta oír que estás haciendo carrera, diversos cursos, deporte, yoga, dieta, que trabajas y si te queda tiempo respiras y no sabía si ella esperaba lo mismo, por lo tanto opté por el

recurso más usado; “el invento”.

- Estoy buscando unos cursos para hacer.

- ¡Qué bien! ¿puedo preguntar por qué te inclinas? - preguntó-

- Mierda, ¡cagué! - pensé -... No estoy segura - dije finalmente.

- ¿Te gusta la música? - me sorprendió el cambio de tema, pero pensé ¡Pucha! Ésta sí que sabe hablar sin asfixiar y le contesté “me encanta” -... A mí me gusta el rock, blues, jazz, pero también el pop... oigo de todo un poco en definitiva - dijo sonriendo.

- A mí me gusta el folclore, también el rock, música latina, muchos estilos... - dije de repente.

- Bueno... ¡qué sorpresa! Te volvió el habla... y recién ahora me entero de que tenes una sonrisa preciosa - me puse colorada -... y tus ojos... son hermosos y... - se me acercaba cada vez más.

- ¡Tengo que ir al baño! - dije parándome nerviosa.

- ¿Te acompaño? - ofreció amablemente y yo negué con la cabeza.

En la puerta del baño me tope con una rubia de minifalda, muy “sospechosa” y exageradamente maquillada.

- Hola, morocha ¿vamos? - dijo tocándome la cola

Asustada y completamente fuera de lugar dije - ¿A dónde?

- Atrás del bar y te hago lo que quieras, bueno y si pagas bien te dejo hacerme - empecé a sudar nerviosa, le dije que no y ella me contestó groseramente.

- Pero ¡anda! Patito feo ¿Qué te crees que sos? Si estás acá es para buscar eso ¿o es que te pensas topar con una princesa de cuento? Yo te ofrecía porque se ve que estás necesitada, pero sin pagar nadie se va a molestar por pasar unos momentos contigo... - en eso entró Alicia al baño y vio que la rubia me tenía contra la pared.

- ¿Qué pasa acá? - preguntó.

- Con que... - se dio la vuelta y la vio -... ¿vos estás con ésta? - dijo señalándome.

Llegué a ver cómo Alicia le cerró la boca de un piñazo, derribándola contra el piso. Me quedé con los ojos como huevo duro, yo me apretaba contra la pared.

- Como la vuelvas a molestar, yegua, te bajo todos los dientes ¿Estamos? - amenazó Alicia.

La otra lloraba en el piso, el labio le sangraba y otra mujer se le había acercado cuando Alicia tomó distancia. Alicia caminó hacia mí y me agarró del brazo.

- ¿Nos vamos, chiquita? - preguntó junto a mi oído y sentí.

Al salir del bar empezamos a caminar, porque ninguna de las dos tenía plata para el ómnibus. Ella me preguntó si escribía y me dejó fría su pregunta ¿cómo era posible

que lo supiera cuando nunca se lo había dicho a nadie? Me quedé con mi intriga y le respondí afirmativamente.

De repente la veo parar un ómnibus, no había ningún vehículo más en la calle, ni gente. Eran las cuatro de la mañana. Me llamó y la seguí, subimos y la oí hablar con el chofer.

- Dale, Pancho, déjame ésta vuelta. No tengo un mango y estoy re lejos de casa - dijo haciendo pucheros.

- Siempre con el mismo cuento vos. Decir que las polleras siempre pudieron más que yo... ¡jepa! ¿Y ella? - ella era yo.

- Es una amiga, déjala a ella también por fa, Pancho - dijo coqueteando.

- Bueno... pero sólo porque es una zona peligrosa - respondió el gordo.

Nos sentamos en la tercer fila y una señora mayor nos quedó mirando de costado. Alicia la vio y me agarró de la cintura y al oído me dijo que siguiera el juego. Me besó el cuello lanzándole miradas atrevidas a la vieja y yo no sé cómo aguante para no reírme. De repente la vieja empezó a pegar gritos.

- ¡Qué desfachatez! Guarda... guarda... - gritó - ... éstas dos no pagaron y las deja viajar.

- Mire señora, no tengo que darle explicaciones, pero son mis sobrinas y yo pago por ellas ¿Tamos? - la vieja ofendida se calmó y miraba por la ventana.

Yo miré hacia atrás y sólo vi a un anciano sentado al final del ómnibus. Tenía una botella de alcohol en las manos, la cara parecía un mapa y la mirada triste como sumergida en viejos recuerdos.

- ¿Tenes mascotas? - me preguntó de repente.

- Un gato gris ¿y vos? - pregunté mirándola.

- Es la primer pregunta que me haces... bue, algún interés sentís por mí - sonrió -... un pez, tiene una pecera para él solito, pero está triste - afirmó segura.

- ¿Por qué no compras otro para hacerle compañía? - dije rascándome la rodilla.

- Compré varios, pero no hay remedio, él siempre está apartado del resto y decidí regalar a los que había comprado y dejarlo nuevamente sólo en su entorno... Cuando lo compré, lo compré junto a una pececita que se llamaba Luz, él es Gerardo. Un día al volver del trabajo la encontré flotando en la superficie y desde entonces Gerardo no volvió a ser el mismo, no te voy a decir que ya no sonríe porque terminarías por tomarme por loca... pero estoy segura de que está triste - dijo mientras miraba las casas pasar.

- ¡Ay qué historia más triste! - dije.

- ¿Tenes alguna historia triste vos? - me preguntó mirándome a los ojos.

- Muchas, pero ninguna que quisiera recordar...

- ¡Entiendo! - y por primera vez sentí que estaba frustrada.

- Cuando tenía doce años mi padre nos abandonó, a mi madre y a mí. Dejo una carta,

que mi madre siempre me negó ver, con la excusa que sólo decía cosas entre ellos. No le importó que sintiera bronca hacia ella por no querer mostrarme la carta. Creo que prefería cubrirlo porque aun lo quería... Cometió el error de no ocultar bien la carta y un día en que se fue a trabajar aproveché y busqué “la famosa carta” ¿Sabes qué decía?... Que los últimos años habían sido insoportables para él y que no se podía hacer más cargo de mí y por eso se iba, que de no haber existido “yo” todo sería como antes... Leí esa carta a los doce años, desequilibra un montón enterarte de algo así. Ahora sólo me quedó el trauma. Bueno, esa es mi triste historia.

- Aha... yo también me crié con mi madre, no sé quién es mi padre, ni ella lo sabe. Mi vieja labura en la calle ¿entendes? Y nunca quiso tenerme, simplemente me educaba a palos y gritos. Varias veces sus clientes me violaban... yo tendría unos ocho años. Al cumplir los quince años me fui de casa y desde entonces trato de seguir.

No sabía qué decir y me quedé mirándola sin pronunciar palabras, hasta que logré decir...

- ¡Qué horrible!

- Sí, pero para mí la historia triste es la de mi Gerardo... ¡Pancho... Pancho, acá! - gritó parándose y tomándome de la mano.

Estábamos caminando por una zona que no conocía. Ella me seguía hablando con una confianza que me sorprendía. Yo contestaba sus preguntas, hasta que llegamos frente a un edificio y ella frenó.

Abrió el portón y me invitó a pasar. Cuando entramos a su piso me condujo al living y ella desapareció yéndose a la cocina.

Segundos después se asomó con dos tasas de té.

- ¿Con qué quieres el té, Gabriela? - preguntó sacándome del silencio.

- Azúcar y un poco de limón por favor - contesté girándome hacia ella.

- Acá tenes el azúcar y el limón - dijo alcanzándome la fuente.

- Gracias - contesté mirando alrededor.

- ¿No hay nadie además de tu gato que te esté esperando? - preguntó tapándose la cara con la tasa.

- No - dije notando cómo volvía la timidez.

Tomamos los té en silencio, al terminar Alicia se levantó y puso música. Yo sentía que me había clavado a la silla, entonces ella se plantó frente a mí ofreciéndome la mano.

- ¿Me concede éste baile, señorita? - me levanté y me rodeó con sus brazos empezando a bailar - ...¿Te gusta la música? - volví a asentir y me abrazó más fuerte.

Sentí cómo se me aceleraba el corazón y cuando empecé a tranquilizarme al notar que

le canción terminaba. Me dijo que se le había metido algo en el ojo, me acerque y me besó.

Todavía puedo sentir sus labios fundiéndose con los míos, una cosa llevaba a la otra. Yo le desabotonaba la blusa y ella me bajaba las tiritas del vestido (etc). Esa noche no la olvidaré jamás.

- Ya es de mañana, chiquita - dijo con su voz grave.

- ¿Puedo quedarme un poco más? - preguntó tímidamente.

Su respuesta fue física y me hizo revivir todo lo de anoche, cada beso, cada caricia...

Parecía nuestro primer encuentro cubierto por miles de detalles. Lo único que cambió fue el factor de la timidez, que pasó a ser sólo un recuerdo y no una presencia física como ayer. Cada vez era diferente.

- ¡Sos la primera mujer en mi vida! - le dije.

- ¿Nunca antes...? - preguntó insinuando el resto de la frase.

- No, nunca - contesté con dolor en la mirada y la voz.

- ¿Quieres decir que...? - insistió.

- ¡Eso mismo! - respondí con los ojos rojos.

- Yo te devolveré el tiempo perdido, chiquita - me dijo con dulzura besándome la frente.

- ¡Ya lo hiciste, Alicia... ya lo hiciste! - dije sonriendo.

Fin.

Conociéndome a mi misma

Abril 2007

Parte uno

Los primeros rayos de la mañana, se metieron por la ventana de una casa de ladrillos. Siendo testigo de descubrir dos cuerpos semi desnudos entrelazados. Mientras que afuera, las cotorritas cantaban de la alegría, porque la mañana había acarreado una corta lluvia que bastó para saciar toda la vegetación. El calor ya haciéndose notar, movió a un par de mariposas que descansaban sobre el polen de una flor.

Una leve brisa que entraba por la ventana abierta movía apenas las cortinas, pero los dos cuerpos siguieron durmiendo.

La habitación era bastante rústica. Juego de cama; madera de roble, las sábanas verdes, en el piso había una alfombra humana (como las hay de osos) y las paredes estaban cubiertas por caracoles, por toda la casa colgaban pareos multicolores y por último desordenado en el suelo se veía la ropa, que se fueron desprendiendo los habitantes de la cama.

Ella tenía el pelo corto y rojizo. Su cuerpo cubierto por la sábana era blanco como la leche, el vello de la espalda y brazos era rubio al igual que sus pestañas que eran una mezcla entre rojo y rubio. Parecía tener ojos grandes, su nariz parecía un botoncito llena de pecas que se expandían por su rostro y hombros. Tenía los labios finos y las manos en las que apoyaba la cabeza eran chicas.

Él tenía el pelo castaño oscuro y ondeado, que le llegaba a los hombros. Era más grande que ella. Tenía la piel más oscura y era muy velludo. Parecía tener ojos chicos, de nariz aguileña y labios gruesos. Tenía un lunar en el cuello y manos grandes.

De repente todo encanto se quebró al ser interrumpido por unos espantosos gritos provenientes de un petizo pelado vestido de traje, nariz regordeta, tupido por mucha ceja, labios finitos y resquebrajados que golpeaba fuertemente la puerta de calle.

- ¡Marisol... Marisol!.

Ambos se despertaron y apresuradamente se vistieron. Vicharon por la ventana y vieron que estaba sólo. Entonces el hombre decidió huir, por la puerta de la cocina (que se encontraba del otro lado de la casa).

- Ay Mari... todavía no puedo entender, como alguien como vos está con un tipo como él.

- No te vayas entonces - respondió la mujer acariciándole el pelo.
- ¿Cómo? - preguntó abriendo los ojos -... pero, pero me va a ...
- No te pongas nervioso, Ale, anda no más que yo me hago cargo - dijo ella.
- No me lo digas así, si yo siempre quise decírselo, pero nunca me dejaste, pero no creo que éste sea el momento apropiado, Mari - dijo el hombre abrochándose los pantalones.
- Claro, lo sé, perdóname... es que... - se cayó oyendo los gritos.
- ¡Marisol! Sé que estás ahí adentro ¡abrime! - seguía golpeando.
La mujer se puso un camisón y fue a abrir la puerta. El pelado entró furioso vichando en todas partes.

Era un hombre panzón, tenía lentes culo botella y se le notaba ser una persona antipática, parca, ruda y bruta.

- ¿Dónde se metió eh? - gritó.
- No sé de quién hablas, Alfredo - respondió mirando de reojo al reloj.
- De ese que se encama con mi esposa - siguió gritando.
- ¿Y qué te hace pensar que tendría que ocultarlo si tu historia fuera verídica? - dijo ella sentándose.
- ¿Qué haces acá sola entonces? - contestó no muy seguro.
- Hace mucho que perdiste el derecho de conocer mis pasos, Alfredo y no creas que una escena de celos borrará el pasado. Ahora andate, no quiero verte - respondió atándose el pelo.
- Pero Marisol... - dijo sorprendido.

La mujer le abrió la puerta y cuando él salió se la cerró en la cara.

El hombre se subió al auto y sin poder terminar de creer lo que la esposa le acaba de decir arrancó el motor y se fue.

Ella agarró una toalla y se fue al baño. Se duchó y cuando terminó llenó la bañera con agua caliente y se recostó en ella una vez estaba llena. Sólo oía algún que otro auto pasando por la puerta de la casa y al viento hablando con los árboles.

Pasaron varios minutos y se estaba quedando dormida, pero el agua fría la impulsó a salir. Se envolvió en una toalla y se dirigió a la cama. Sin vestirse se metió bajo las sábanas dónde tras tres minutos quedó rendida.

A las ocho de la noche recibió una llamada y se despertó.

- Si... ¿quién habla? - preguntó dormida.
- Soledad, che... Alfredo está como loco. Sabía que te encontraría ahí ¿qué haces?

- Dormía hasta ahora - dijo marcando el sarcasmo.
- Che Marisol... ¡llama a Alfredo por favor y tranquilízalo! - agregó.
- Primero ni pienso, segundo es tú hermano y si tanto te importa ¡hacelo vos! Y tercero... ya me olvidé... no importa, no me jodas más ¿Estamos? Chau - dijo colgando.
Soledad era de las típicas minas, que se hacen las simpáticas y después que tengan tu confianza, te empiezan a planificar la vida, creyéndose con derechos de algo.

La mujer se levantó de la cama y agarró una bombacha de la cajonera y un vestido floreado; blanco con florcitas amarillas y después se arregló el pelo con una vincha marrón, se puso las sandalias y salió de la casa.

Sus pasos la llevaron al río y mientras pasaba junto a las casitas del vecindario la iban acompañando los saludos de las vecinas

- ¡Que grande que estás, mihijta, te convertiste en toda una mujer! Todavía recuerdo cuando te ibas con Germán a jugar futbol y volvían enchastrados los dos - decía Rosa al verla. La vio crecer desde niña. Era una mujer muy alegre y simpática, morena de ojos grandes y oscuros. La pobre había perdido a su hijo (Germán) en un espantoso accidente de trabajo. Desde entonces ya no es la que solía ser y Marisol la visitaba más seguido, porque para ella era como una segunda madre.

Aunque esa tarde sólo alcanzó a saludarla con una sonrisa y seguir camino al río.

Se sentó a la orilla del río y tiraba las piedritas, que encontraba cerca, al agua.

- Che... ¿me querés espantar a todos los peces... es que sos de Green Peace? - dijo un niño.

- Eh... perdón, no... no te ví - respondió secándose las lágrimas.

- ¿También te entró una basurita en el ojo, verdad? - dijo.

- ¿Qué? - preguntó tratando de no tartamudear.

- ¿Te pegó tu marido? - preguntó el nene sin darle chance de esquivar la pregunta.

- No - respondió mirándolo.

El muchacho quedó en silencio; tenía entre diez y doce años, pelo castaño claro y ojos color miel, tenía puestos unos vaqueros y una remera anaranjada.

- ¿Por qué me preguntaste eso? - dijo la mujer.

- Porque no estamos en época de alergias y sin embargo tus ojos están colorados - respondió.

- Ah... es porque...

- Ay señito, no me tiene que explicar na, sólo procure que esos hermosos ojos no vuelvan a llorar - corrió junto a ella le dio un beso y agarrando su caña de pescar, salió

corriendo entre los matorrales.

Ya eran las diez de la noche y ella volvía a casa, caminando lento por las calles de tierra, respiraba profundamente el olor de los eucaliptos, mientras que el viento jugaba con su vestido. La luna en lo alto estaba llena, no habían nubes, la noche llegó sin la presencia de las estrellas.

Al entrar a la casa recogió un par de cosas y se subió al auto azul. Arrancó y minutos después llegó a un departamento, estacionó y entró. Esperó el ascensor y cuando llegó entró y apretó el tercer piso. Iba sola y al salir del ascensor caminó a lo largo de un pasillo oscuro. Prendió la luz y frenó ante una puerta, metió las llaves y giró. La puerta se abrió y un perro asomó la cabeza.

- Hola Testa, si si... tranquila, a ver... - dijo cerrando la puerta.

Se fue a la cocina y le dio un tacho con comida. Se sacó la campera y la dejó sobre una silla. Después se dirigió al baño y se lavó los dientes, cuando se agachó para enjuagarse la boca y volverse a enderezar, vio una figura en el espejo que la hizo soltar un grito.

- Tranquila mujer que soy yo - dijo Alfredo.

- Casi me matas del susto, Alfredo - contestó lavándose la cara.

- Lo siento... perdón... che tranquila, mujer - dijo él.

Marisol había quedado nerviosa y temblaba un poco.

- ¿Querés comer algo, Marisol? - preguntó.

- No, no tengo hambre. Sólo quiero acostarme - dijo secándose la cara con una toalla.

- Bueno te acompaño - propuso Alfredo.

- ¡No! Gracias, pero quiero estar sola - afirmó la mujer.

- Creí que podríamos hablar por lo que pasó hoy.

- Creíste mal... ¡buenas noches! - dijo yéndose del baño.

A la media hora, Alfredo se acercó al cuarto y se recostó junto a Marisol. La noche transcurrió silenciosa y sin sobresaltos.

El hombre despertó y al darse la vuelta abrazó la nada. Abrió los ojos y no había rastro de la mujer, ni su almohada estaba en su lugar. Se levantó y caminó hacia el living y allí la vio dormida sobre el sofá. La tapó con una frazada y se sentó junto a ella leyendo un diario.

Cuando Marisol abrió los ojos se encontró frente a él con una sonrisa que le parecía más falsa que la de una foto.

- Buen día, Marisol ¿preparas el desayuno? - preguntó mirándola.

- ¡No! - dijo ella sentándose.
- Dale ¿o es que quieres que te mime? - dijo rozándole el brazo.
- ¡No me vuelvas a tocar! - dijo ella retrocediendo.
- Pero si ya te expliqué lo que pasó, mi amo...
- Ni termines de decir eso y si quieres actuar ¡andate al teatro! - respondió poniéndose de pie.
- No hubo nada entre la secretaria y yo, sólo son chismes - dijo defendiéndose.
- Me importa un pito si hubo o no, sólo lo lamentaría por ella - contestó.
- ¿Y si no es por eso, por qué me tratas así? - preguntó el hombre.
- “Yo yo yo... ¿por qué yo?”... es que acaso es lo único que sabes decir? - recriminó.
- Marisol... no entiendo nada - dijo al borde de las lágrimas.
- Y a mí me importa un pito que lo hagas o no, ya no me importa, Alfredo. Demasiado tiempo traté de entender algo que hasta el día de hoy no comprendo y acaso ¿yo alguna vez te pedí cuentas?... ¡No! Entonces no trates de comprender algo que es completamente incomprensible para vos, sencillamente déjame en paz - dijo.
- Pero Marisol, no me digas eso, sabes que te quiero...
- No me vengas con esas, vos lo que quieres es que te siga trayendo la comida y todo el resto de comodidades. Así que no trates de mostrarte como no sos - contestó.
- ¿Y ahora qué va a pasar? -preguntó de forma ingenua tras un silencio.
- ¿Qué te parece?... me voy a mudar a la casa que era de mis padres un temporada lejos de acá me ayudará a ver las cosas mejor - dijo rascándose la nuca.
- ¿Y qué pasa con los nenes? - preguntó llorando el hombre.
- Aún tienen clases, pero en dos semanas acaban y quiero que elijan que quieren hacer, hasta entonces los fines de semana se vienen afuera conmigo - dijo ella calmada.
- Ah... tenías todo calculado - respondió de repente.
- No ves que hasta ahora sos un pendejo... Perdóname pero yo no planeo que te conviertas en el puerco que sos hoy. Yo no planeo que te desinteresaras tanto de tu familia como si te fuera ajena. Yo no planeo que te convirtieras en el ser despreciable que sos... - dijo con alivio.

Parte dos

Eran las ocho de la noche, Marisol tenía dos bolsos hechos, junto a la puerta y esperaba a los hijos sentada en el comedor. Los mellizos entraron y los vieron.

- ¿A dónde nos vamos? - preguntó uno.
- No va a alcanzar esto - dijo el otro.
- Es sólo para su madre que nos abandona - reveló Alfredo.

- ¡Alfredo! - dijo Marisol llamándole la atención.
- ¿Es verdad, mamá? - preguntaron al mismo tiempo.
- Cuando terminen las clases me vienen a visitar por un tiempo más amplio, pero por ahora serán sólo los fines de semana ¿sí? - dijo agarrando la cartera.
- ¿Por qué te vas, mamá? - preguntó uno.
- Estoy un poco cansada y quería ir a pasar unos días al campo - respondió sonriendo.
- ¡Claro!... cansada ... - dijo Alfredo de manera burlona.
- Me hacen el favor de cuidarse, chicos ¿sí? - dijo mirándolos.
- Sí, mamá - respondieron.
- Bueno, me voy entonces. ¡Hasta el viernes de noche, chau mis amores!

Se subió al auto y saludando arrancó el motor y se puso en marcha.

Cuando llegó a la casa del campo, entró con el auto hasta el porsch y con las luces aun encendidas iluminaba a un muchacho que la esperaba sentado en uno de los escalones. Apagó el motor y bajo del auto caminando hacia él.

- Hola, Alessandro - dijo soltando la cartera, dejándose caer entre los brazos de él.
- Volviste, Mari - dijo abrazándola.
- Como siempre y después de todo... no como siempre - dijo finalizando el abrazo.
- ¿Qué quieres decir, Mari? - preguntó intrigado.
- Que me voy a quedar acá y el resto de las noches a tu lado - dijo sorprendida por un beso y porque el hombre la levantó en el aire dando vueltas.

La luna parecía haber llenado sus ojos y su sonrisa era más amplia.

- ¿Entramos? - le propuso.
- Sí - contestó ella recogiendo la cartera del piso.

El muchacho preparó cuatro sanguches y se sentaron a la mesa de la cocina. Prendieron el informativo de la radio y ella le pidió que ponga música.

Al rato de contemplar como movía la mano con la música y comía le dijo...

- Mari... ¿puedo saber por qué hoy si te quedas toda la noche y como dijiste el resto de las noches... qué fue lo que pasó?
- ¡Claro! Podes saber esto y mucho más. Ya no soportaba su presencia y le dije que me venía una temporada a la cabaña. Los chicos vienen el Viernes y ta, tampoco es mucho - concluyó.
- ¿Cómo que no es mucho? Trazaste una línea, Mari - reprochó Alessandro.
- Puede ser - contestó mirando el suelo.
- ¿Qué pasa, Mari? - preguntó agachándose.
- Que te falta sólo vitorearme para que realmente me sienta pal cuerno.
- ¿Por qué? - preguntó.

- Porque me porté re mal contigo, dejándote esperar tanto tiempo y si la situación fuese al revés te hubiera mandado a la mierda, creo.

- Por suerte no es al revés. Yo no tengo la costumbre de mandar a la mierda a la mujer que amo - dijo sonriendo.

- ¡Qué suerte!

El se levantó hasta llegar a sus labios y la besó.

Dejaron las luces encendidas, medio sanguche sobre el plato y un paquete de pañuelos.

Él la llevó en brazos al cuarto y entre interminables caricias se entregaron el uno al otro de una manera diferente a las veces anteriores. Olas de pasión reprimidas fueron liberadas, era un amor conocido, pero por fin aceptado.

A la mañana del día siguiente despertó Marisol y apartó el brazo del hombre que la sostenía. Se levantó poniéndose un vestido violeta y azul. Caminó hacia la cocina y agarró la caldera y puso agua para hacer un mate.

Mientras que Alessandro la sorprendió guardando silencio agarrándola desde la cintura, mientras que le besaba la nuca.

- Buen día - dijo ella sonriendo.

- Buenísimo ¿te sentís bien? - le preguntó.

- Sí y más contigo - respondió alegre.

- Me alegro que para alguien al menos sirva - contestó.

- ¿Por qué decís eso? - dijo ella dándose la vuelta, mirándolo de frente.

- Porque nunca lo sentí.

- ¿Sabes que yo tampoco? Pero desde el momento que tuve a los mellizos sentí tener la obligación y el querer más profundo de estar con ellos, gracias a ellos siento tener "valor" (si se puede decir). No sé si ellos sentirán lo mismo, pero al menos espero que del amor saquen la fuerza... ¿Fue muy cursi lo que dije?

- No... ¿No te enojas si te pregunto algo? - dijo bailando con ella.

- No... -dijo sonriendo.

- No quiero resultar pesado... voy a parecer un blandito...

- Dale, Ale ¿qué me quieres decir?

- ¿Me quieres, pero de verdad digo yo? Porque yo lo hago con todo el alma y no está mal si no sentís lo mismo, pero sólo quería saberlo. No hace falta que me lo digas. Viste es difícil saberlo sin palabras, porque no tenemos rayos X para ver lo que la gente realmente siente y aunque hay muchos gestos que dicen mucho, nunca lo sabremos al cien por ciento y quería que me dijeras sin miedo a ninguna consecuencia, porque yo igual me quedaré junto a vos, aunque no sientas que... - Lo besó haciendo que callara.

- Ale - dijo tras alejarse un poco.

- ¿Sí? - dijo temiendo la respuesta.

- Esta vez no me equivoqué... - dijo ella sonriendo.
- ¿Qué quiere decir eso? - preguntó desorientado.
- Que te ame desde el día en que se rompió el ómnibus (allá en El Cerro) y te quedaste junto a mí esperando a que pasara otro, mientras nos quedamos hablando y cuando llegó el tuyo lo dejaste pasar acompañándome a casa y te volviste caminando con ésa vieja campera de cuero.
- Wow... - dijo abrazándola otra vez.

A la tarde Alessandro había vuelto a la panadería dónde trabajaba y Marisol había empezado a leer un libro que hace tiempo quería leer.

A las nueve ya estaba de vuelta el hombre y al verla le preguntó...

- Mari... ¿me quedo ésta noche o mejor no?
- ¡Claro! ¿por qué no? - dijo sorprendida.
- Porque mañana vienen tus hijos... - contestó.
- Vienen de tarde o de noche, pero igual tengo pensado contarles todo. Aunque tarden en comprenderlo, prefiero decírselos yo, antes de que Alfredo les llene la cabeza con mentiras.
- Por lo que me contaste de él, lo entiendo - dijo.
- Estoy segura de que te llevaras bien con ellos, quizás con Leonardo tarde un poco más, pero con Ricardo creo que menos... ¡no te pongas nervioso, amor! - dijo sujetándole la cara.
- ¿Qué edad me dijiste que tenían? - preguntó.
- Quince - respondió apartándole el pelo de la frente.
- ¡Cierto! Hace catorce que estás con él (Alfredo) .
- Sí, se enteró de que tenía a los nenes que tenían un año y sacó cuentas, me enredó y estúpidamente caí... y como te dije, cuando trate de dejarlo me amenazó con sacarme a los mellizos. No eran amenazas sin fundamento, porque se las arregló bien para tenerme controlada, sabía que sin mis hijos no me iba a ir... pero ahora ellos pueden elegir, a pesar de ser menores de edad, se les toma en cuenta ante un juicio y fui dejando la ingenuidad de lado para informarme bien y en las condiciones en las que estoy hoy puedo ganarle cualquier juicio.
- Me alegro... ¿pero tu familia no hizo nada para ayudarte a alejarte de él?
- Buen chiste... mi familia es católica mal y entre ambos me lanzaron al matrimonio. Cuando quise reaccionar ya me vi envuelta entre la rutina y la costumbre...
- ¿Es verdad que nunca te levantó la mano, Mari? - preguntó seriamente.
- Su maltrato fue verbal, Ale... Una vez casi me golpeó y hasta el día de hoy hubiese deseado que lo hubiera hecho...
- ¿Cómo? - preguntó buscando sus ojos.
- Porque use su excusa como un perdón y callé, hoy sé que eso hubiese terminado

hace mucho tiempo ya, si su mano me hubiese tocado aquel día - respondió calmándolo.

- ¿Cómo estás tan segura de eso? Yo conozco a mucha gente que cree poder, pero después les es más difícil - dijo Alessandro.

- Porque lo sé, me estoy conociendo sin ninguna represión verbal o corporal y sé cómo hubiera actuado, Ale.

- No te conocía así de segura de ti misma - dijo viendo un raro fulgor en sus ojos.

-Gracias a vos, no puedo negarlo - dijo sonriéndole.

Alessandro despertó y se giró en la cama mirándola. Le acarició el brazo y ella abrió los ojos, al verlo le sonrió. Se levantaron y se dieron una ducha.

Marisol tostó unos panes, mientras que él calentó agua para hacer el mate.

Desayunaron oyendo folklore por la radio y bailaron un poco. Después él se fue a trabajar y ella a hacer unos mandados.

- Buenos días, señora Marisol - dijo una anciana del otro lado del mostrador. La mujer parecía medir un metro cincuenta, de ojos grandes y boca chiquita.

- Buenos días, Dolores - contestó la mujer al entrar al almacén.

- ¿En qué puedo servirle? - preguntó la viejita como queriendo apurar el despacho.

- Una docena de huevos, leche, margarina, dos alfajores, aceite y ta, nada más.

La anciana agarró el pedido y lo metió en una bolsa...

- ¡Tome... aquí tiene!

- ¡Esperel - dijo la mujer al ver la bolsa con los huevos... - son demasiados huevos.

- Son una docena, señora Marisol - contestó ofendida la anciana.

- No... sí ya sé, me equivoqué al decírselo, sólo quiero media docena por favor.

- Bueno - contestó sacando seis huevos de la bolsa.

- No se me enoje, Dolores, es que estoy un poco despistada - dijo sonriendo.

- No es para menos... -dijo

- Disculpe... ¿qué dijo? - preguntó Marisol afinando el oído.

- En el barrio se habla, vio y usted la verdad, mihijita... - respondió aireada.

- Perdón... ¿de qué se habla? - preguntó seria.

- Lo sabe bien. Cómo puede tener la desfachatez de meter a un extraño todas las noches a su casa, estando casada y fingir que todo está bien. Los ojos del señor lo ven todo, mihijita - respondió sin pelos en la lengua.

- Gracias por su opinión ¡métase el pedido dónde le quepa! Y dígame a ese dios suyo que no se meta dónde no le incumbe - se dio vuelta y salió del local.

- ¡Blasfemia, blasfemia! Sos una endemoniada, a vos te mandó Satanás - gritó la anciana.

- En ese caso "señora" tenga más cuidado como me habla - respondió con ironía.

El reloj marcaba las nueve. Alessandro llegaba a la casa y al encontrarse se dieron un beso, ella se subió al auto para ir a recoger a los mellizos.

No había mucho tránsito y llegó sin dificultad.

Bajó del vehículo y subió al edificio. Al golpear la puerta fue Ricardo el que le abrió y la abrazó.

- Hola, mamá - dijo estando abrazado.
- Hola, mi amor ¿cómo estás? - preguntó dándole un beso en la frente.
- Bien, salvé el examen de matemática - dijo sonriendo.
- ¡Qué bueno! Y ¿tu hermano? - dijo pasando al living.
- Ah... él no, es un burro - afirmó el chico.
- Que ¿cómo está? - dijo ella.
- ¿Qué decís si saqué más nota que vos, boludo? - dijo Leonardo acercándose.
- Hola, mi amor - dijo la mujer sonriendo.
- Hola... ¿nos vamos? - preguntó Leonardo.
- Si ya tienen todo lo que necesitan... - contestó Marisol.
- ¡Sí! - respondieron a la vez.
- ¿Y su padre dónde está? - preguntó la mujer.
- No sabemos - dijeron.
- Bueno ¡déjenle una nota y nos vamos! - señalo Marisol.
- Ta - respondió Leonardo.
- Bueno - agregó Ricardo.

Era de noche y el auto seguía en marcha.

- ¿Mamá...? - llamó Leonardo.
- ¿Sí... qué pasa, Leo? - respondió volteando la cabeza un segundo.
- Papá no estuvo casi nunca, durante la semana...
- Sí, hasta cenamos varias veces los dos solos... - interrumpió Ricardo.
- ¿Solos solos o con Claudia (la vecina)? - preguntó preocupada.
- No, no, solos ¡solos!. Él se la pasaba borracho en el bar "La ruleta"
- ¿Vos sabes qué le pasa, mamá? - preguntó Leonardo.
- No tengo ni idea - respondió- *Se la juega de la víctima*- pensó la mujer.
- ¿Por qué te callaste, mamá? - preguntó Ricardo.
- Por nada, amor, estamos llegando... - concretó Marisol.

Aparcó el auto frente a la casa y bajaron los chicos agarrando los bolsos de la valija, corrieron hacia la puerta, mientras que Marisol los seguía.

- ¡Despacio che! Que se van a matar - gritó desde atrás.

Cuando llegó a la puerta, metió la llave en la cerradura y abrió, los mellizos entraron a

las corridas. Marisol dejó la cartera sobre la mesita del recibidor y no había rastros de Alessandro. Los muchachos dejaron las mochilas tiradas en el living, Leonardo entró como un rayo al baño y Ricardo se sentó frente a la ventana, observando la calle vacía. Marisol se fue a la cocina a preparar una sopa de fideos y verduras. Mientras cocinaba se puso música para que le hiciera compañía.

- ¡Chicos, a comer! - dijo llamándolos.

Los mellizos se sentaron a la mesa y Marisol se acercó con una olla.

- Háganme el favor de traer el pan y los vasos por favor - dijo sentándose.

Salieron los dos disparados a la cocina. Leonardo traía el pan y Ricardo los tres vasos de vidrio.

Comenzaron a tomar la sopa y tras unos minutos Marisol le dijo que quería contarles algo, mientras se terminaba la última gota del plato.

- ¿Qué cosa, mamá? - preguntó Leonardo.

- El haberme mudado no fue sólo una cuestión de estar agotada...

- ¿Qué quieres decir? - interrumpió Leonardo.

- ¡Deja que termine de hablar, impaciente! - protestó Ricardo.

- Vos no me des órdenes, idiota - contestó enojado Leonardo.

- Che... Leonardo ¡sentate... y basta con éstas discusiones! Lo que quiero contarles es que... estoy con otra persona - seguía diciendo Marisol.

- ¿Y papá? - preguntó Leonardo sin comprender.

- Nos vamos a separar, por eso me mudé - contestó.

- ¿Y por qué lo decís ahora... por qué esperaste tanto? - protestó Leonardo.

- No seas bestia, nene - dijo Ricardo levantándose.

- Está bien, amor, tiene razón. Lo siento, Leo, no tuve valor - respondió mirándolo.

- Entonces papá tenía razón... ¿nos vas a abandonar? - preguntó desconcertado.

- ¡Nunca! Papá no tenía razón, yo jamás los voy a dejar a ustedes dos... No puedo vivir más con su padre, chiquitos. Cuando terminen las clases pueden venir de nuevo para acá y pasan acá el verano y más adelante vemos como seguir... - concluyó Marisol.

- ¿Y quién es él? - preguntó Leonardo.

- Se llama Alessandro, pensé que estaría acá para que lo conocieran, pero...

- Te dejo, viste mamá, mejor volvemos a casa... - respondió Leonardo.

- No me dejes, Leo ¿Qué pasa? Ya te expliqué que no voy a volver a casa, chiquito

- ¡No me llames chiquito! - gritó yéndose a un cuarto y cerrando la puerta de un portazo.

- Leo... - dijo ella.

- ¡No te preocupes, mamá! Ya lo conoces, le encanta dramatizar, es un poco lerdo Leo, pero se le pasará... - dijo el otro acariciándole la espalda a la madre.

- ¡Ojala tengas razón, Ricardo! - dijo la mujer cruzándose de brazos y apoyando la

cabeza.

-¡Sí!, ya vas a ver cómo mañana actuará como si nada. ¡Es un melodramático!

La madre le sonrió con una sonrisa triste y él se levanto de la silla para abrazarla. Se acostaron todos, pero Leonardo desde que se levantó enojado de la mesa, no volvió a cruzar palabra con la madre.

Los mellizos dormían en la misma habitación.

Tenían una cama marinera, escritorio de cajones, ropero bajito y una mesita de luz. La decoración era azul. Leonardo estaba acostado boca abajo con la luz apagada cuando entró Ricardo prendió la luz del escritorio.

- Dale, boludo, ¡levántate! así saco la cama... - dijo Ricardo. El chico se levantó de mala gana, haciendo pucheros - .. Ya estas grande para hacer teatro eh... - Leonardo le echó una mirada de comérselo crudo -... ¿Qué te haces el malo? Si ambos sabemos que es el miedo el que te controla... - Leonardo ya se le iba a ir encima, pero Ricardo sabía manejar el dialogo -... A ver, contame ¿qué es lo que te llevo a decirle eso a mamá?.

- ¿Y a vos qué te importa? - dijo el chico levantándose.

- Fuiste un idiota al hablarle así a mamá, bien sabes cada detalle de la relación que tuvo con papá, además ni siquiera sabes respetar a la persona que más te quiere en éste mundo, Leonardo. Lo que elija sólo ella puede decidirlo y vos ahí no pintas nada. Me parece bastante inmaduro de tu parte comportarte como recién, dormirte ahora así como si nada sabiendo que lastimaste a mamá con tu reacción. No es que seas malo, sólo sos un poco boludo, pero sé que estás arrepentido - concluyó Ricardo.

- ¿Terminaste con el sermón, padre Ricardo?- preguntó parado.

- ¡Sí, necio! - contestó riendo el muchacho.

El muchacho se recostó, se tapó y con la almohada se cubrió la cabeza. Ricardo sacó de la mesita de luz un libro y apagó la luz del escritorio para prender la de la mesita de luz.

- ¿Ahora vas a leer? - protestó Leonardo.

- ¿Vos no estabas durmiendo? - le respondió haciendo señas con la mano.

- Te estaba preguntando algo - dijo haciendo oídos sordos a sus palabras.

- ¡Y bastante tonta! - reafirmó Ricardo.

- Pero anda a cagar... - respondió Leonardo dándose la vuelta y tapándose la cabeza nuevamente.

- Pero no tengo ganas sólo quiero leer, pero gracias igual - dijo sonriendo.

Leyó un par de capítulos y luego se recostó boca arriba quedándose dormido.

Parte tres

Una pluma rozaba el brazo de Marisol. Ella abrió los ojos y darse cuenta de quién era dejó bailar a una sonrisa en sus labios.

El sol se ocultaba tras la cara de su visitante, haciéndolo parecer el rey león.

Una bandeja de madera estaba sobre sus piernas y en ella un par de tostadas, café, jugo de manzana porque no había de naranja), margarina, mermelada y una flor silvestre.

- ¿Me perdonas, mamá? - preguntó haciendo pucheros.

- Claro, mi amor - dijo abrazándolo.

- Una cosa... - dijo el muchacho.

- ¿Qué? - preguntó.

- ¡Quiero conocer a... Alessandro! ... quiero saber si te merece - respondió sorprendiéndola.

- ¡Claro que lo van a conocer, Leo! - dijo ella sonriendo.

La tarde se llevó a los mellizos al río, Marisol se propuso a seguirlos, pero Leonardo se rehusó a aceptar alegando que a lo mejor pasaba Julieta y no quería que lo viera con su mamá. Ricardo le levantó los hombros a la madre como diciendo “bue...!” y agarró dos cañas de pescar y un balde.

- ¿Vendrá Julieta? - preguntó el chico nervioso.

- ¿Qué?... y yo que sé ¿por qué no la vas a buscar vos? - dijo finalmente.

- Tas loco, hermano. A ver si se da cuenta de que ando detrás de ella.

- ¿No convendría que se diera cuenta para poder salir? - dijo Ricardo irónico.

- No me vengas de vuelta con tus palabras que sólo me enredan - respondió mirando el río.

- Ta bien, hagamos una cosa... el primero que pesqué un “pez” no un zapato, tiene el derecho de hacer con el otro lo que quiere - dijo Ricardo.

- ¿Y eso? - preguntó el otro mirándolo.

- Por ejemplo... pesco yo tenés que hablar con Julieta - respondió.

- ¿Y si pesco yo? - preguntó dudando.

- ¿Es tan difícil de entender? - dijo agarrándose la cara -... Si es así te inventas algo para que haga yo - respondió finalmente.

- ¡Tal! - dijo estrechándole la mano, es señal de pacto.

Volvían a la casa y Leonardo iba con cabeza gacha.

- Bueno che que no es la muerte - dijo sonriendo.

- Ja Ja Ja - dijo sarcásticamente.

Mientras que los mellizos estaban en el río, un hombre se acercó a la puerta de la casa y golpeó.

- ¿Quién es? - preguntó Marisol.

- Yo, Mari - contestó una voz gruesa.

- Ale... ¿dónde estabas cuando llegué anoche con los chicos? - preguntó mirándole las manos.
 - Me entró el cagaso - dijo bajando los ojos.
 - ¿De qué... de mis hijos que tienen quince años? - preguntó sonriendo.
 - Nunca subestimes a los chicos y sí, empecé a comerme el coco, no son sólo chicos ¡son tus hijos! Y si no me aceptan...
 - Gracias por la información, pero tranquilízate, amor - lo abrazó -... te quieren conocer. Se los conté ayer y al principio como me lo temía Leonardo no lo tomó a bien, pero ahora quiere conocerte... - dijo sonriéndole.
 - ¿Estás seguro, Mari?
 - Sí, Ale, no seas tan inseguro... ¿te quedas? - preguntó ella rodeándolo con los brazos.
 - Es que tengo que volver a la panadería...
 - Entonces veni a comer después ¿sí?
- El hombre se despidió y al rato aparecieron los muchachos, con tres pescados y el orgulloso pescador los traía en el balde.
- ¿Qué te pasa, Leo? - preguntó Marisol al verle la cara larga.
 - Que voy a tener que encarar a Julieta... - contestó.
 - ¿Cómo... y por eso esa cara? - preguntó confusa.
 - No entiendes de esas cosas mamá - dijo yéndose al cuarto.
 - Pero... - trato de decir la madre.
 - No te gastes, mamá, perdió una apuesta conmigo por eso está así - dijo Ricardo.
 - Ah bue... si es así... Les quería avisar que esta noche viene Alessandro a comer.
 - Bueno, ¡tranquila!... trataremos de causarle una buena impresión - dijo riendo.
 - ¿Le avisas a tu hermano cuando se calme por favor? - dijo la mujer.
 - Sí, sí, no te preocupes ¿qué hago con los pescados? - preguntó levantándolos.
 - ¡Dámelos! y hago un caldo - contestó ella.
 - Ah... - dijo suspirando.
 - ¿Cómo los querías preparar? - preguntó agarrándose con una mano la cintura.
 - ¡A la parrilla! - manifestó en un grito.
 - Bueno... ¡anda a prender un fuego afuera!
 - Ta... - dijo saliendo disparado.

Cuando el fuego ya había agarrado, le pidió a la madre que lo supervisara un momento para irse al baño urgentemente.

Golpeó la puerta y Leonardo le contestó.

- ¡Apurate por favor! - dijo el chico con cara de situación.
- Me estoy duchando... - gritó el otro.
- Bue... algo que te sale bien, porque a la noche viene Alessandro - dijo Ricardo.

- ¿Cómo?... - preguntó con un tono elevado.

- Eso, nene, ¡apúrate che! O déjame pasar al menos.

- ¡No!... ni se te ocurra abrir la puerta - amenazó Leonardo.

- Por dios... ni que te fuera a ver algo... ¡hace lo que quieras! - dijo yéndose al patio.

La madre cuidaba del fuego mirando fijo dentro de él.

- Perdón, mamá, no aguanto más - dijo con la cara roja.

El chico se fue contra un árbol y Marisol al notar lo que quería hacer se dio la vuelta.

- No pasa nada, amor, ni que fuera la primera vez - dijo sonriendo.

- ¡Reite no más!... gracias al pudoroso de tu nene que no me dejó entrar al baño... ni que fuera “que se yo”, por dios... a veces me saca ese pibe... gracias por cuidar del fuego.

- De nada, Ricardo. Voy adentro a preparar las ensaladas ¿ta? - el chico asintió.

- Ta, en diez minutos ya se podrán poner los pecados - dijo el chico.

A los quince minutos el chico esperaba en su cuarto, a que Leonardo saliera del baño para poder ducharse. Y de repente entra al cuarto el chico con una toalla alrededor de la cintura, se sentó en la cama y se empezó a peinar.

- Al fin saliste, mijo, ni que te hayas metido en un pozo de estiércol... - protestó Ricardo.

- ¡Que asqueroso!... Soy limpio ¿y...? - dijo prepotente.

- ¡SOS LENTO! - dijo pasando junto a él -... Mamá, salgo en cinco minutos - gritó.

- Está bien, amor - dijo Marisol.

A los cinco minutos Ricardo ya se estaba vistiendo. Secándose el pelo con una toalla, mientras se dirigía al cuarto.

- ¿Habrá salido toda la grela que traías en el pelo? - preguntó riendo Leonardo.

- Pero déjate de joder, Rapunzel - contestó sin ánimos de chistes.

- ¿A quién le decís Rapunzel vos? - patoteó el chico.

- ¡Chicos por favor, se los oye hasta afuera! - interrumpió Marisol.

- A la rubia que se peina los rulos - gritó Ricardo mientras la madre lo sostenía.

- ¡Ricardo! No se peleen... bueno... ¿le contaste a tu hermano?

- Contarme ¿el qué? - preguntó el chico sonriéndole.

- Que viene Alessandro a cenar a las nueve y media - contestó.

- Ah sí, menos mal que me duche eh... ¿dejarías terminarme de vestir, mamá?

- Ay sí - dijo bajo el umbral cerrando la puerta.

- ¡Pará!... yo con éste no me quedo en la misma habitación - dijo Ricardo saliendo del cuarto.

La puerta del fondo (de la cocina) estaba abierta, la mujer se arrimó y vio a Ricardo sentado con la espalda apoyada contra la casa. Se sentó a su lado y lo peino con la mano, le secó un par de lágrimas que humedecían sus mejillas. Sus ojos estaban

clavados en la luna y no decía nada.

- Hace diez años, en este mismo lugar se encontraba mi vieja con un bebé en los brazos, le hizo prometer a la luna de que cuidara bien de él, mi vieja decía poder ver la ternura que guardaban los ojitos de ese bebé, decía que una simple mirada a los ojos bastaba para saber la verdad y tenía razón.

- ¿Por qué me contás eso? Si pretendes que lo perdone por contarme una historia de cuando no era un sorete... - respondió con la voz apagada.

- No pretendo nada, ni siquiera te estaba hablando de él, sólo vos hablaste de él - dijo.

- ¿Entonces era yo el que estaba con la abuela? - preguntó sorprendido.

- Sí, no conozco otra persona que diga tanto con la mirada como vos, Ricardo - respondió mirándolo a los ojos y acariciándole la mejilla. Ricardo le sonrió y ella lo abrazó hamacándolo.

El muchacho agarró los pescados y una vez estaban limpios los puso en la parrilla, les dio la vuelta y vuelta y en diez minutos ya estaban listos.

Golpearon tres veces la puerta y Marisol se levantó para atender. Ricardo aprovechó para ir al baño. Al abrir la puerta vio a Alessandro con un tarro de helado en la mano.

- No sabía qué traer y no quería venir con las manos vacías - dijo al verla.

- Está bien, ¡pasa, pasa! Los mellizos ya vienen.

El hombre se quedó parado junto a la puerta y ella se fue a meter el helado al friser. Al volver frenó en el pasillo y llamó a Leonardo, quién se acercó inmediatamente.

- Hola, buenas noches - saludó el hombre.

- Hola, encantado - dijo Leonardo devolviendo la cordialidad.

- Él es Leonardo, Ricardo ya viene, Leo él es Alessandro - dijo ella.

Se sonrieron como quien se ve envuelto en una situación comprometida y pasaron al comedor a sentarse.

- Ricardo preparó pescado a la parrilla y hice unas ensaladas, espero que les gusten - dijo ella sirviendo los platos. Respondieron con sonrisas los dos -... ¡ya vuelvo!... - golpeó la puerta del baño -... Ricardo ¿estás bien? - preguntó bajito.

- Sí, ya voy - contestó.

Marisol volvió a la mesa y se sentó. No volaba ni una mosca, Leonardo ojeaba de vez en cuando a Alessandro y éste hacía lo mismo. La mujer nerviosa, casi dice algo cuando de repente se oyó la cisterna y Ricardo se acercó a la mesa.

- ¡Buenas noches! Disculpen la demora - dijo el muchacho saludando a Alessandro.

- Hola, encantado, soy Alessandro - dijo el hombre parándose.

- Ricardo... Lo supuse al no ver a otro hombre acá. ¡Relájate, flaco! - dijo sonriendo.

- ¡Acá traigo la morfi, gente! - dijo Marisol con una fuente que depositó en la mesa.

Empezaron a comer y nadie decía nada.

- Me gusta mucho tu remera - dijo Alessandro mirando a Ricardo.

- Gracias - respondió.

Terminaron la comida. Leonardo no habló en toda la cena porque los celos se lo estaban comiendo a él. Ricardo no hablaba porque estaba caliente con Leonardo.

Alessandro no hablaba porque no sabía qué decir y Marisol desesperada por la situación reaccionó diciendo...

- La hizo él...- dejando desconcertado al hombre -... él hizo la remera.

- ¿No me digas? Está buenísima (era un atardecer) - contestó Alessandro.

Y de nuevo aquel silencio comprometedor invadió la habitación.

Cuando Marisol había llenado unos tachitos con helado y Alessandro iba a elogiar a los cocineros, Leonardo lo frenó en seco bombardeándolo a preguntas.

- Así que vos sos Alessandro eh.

- Sí - respondió tranquilo.

- ¿Qué edad tenes? - preguntó mirándolo a los ojos.

- Veintiocho.

- ¿Con que te ganas la vida? - preguntó sin hacer pausas.

- Trabajo en una panadería - contestó ya más inquieto.

- ¿Cuáles son tus intenciones con mi madre? - prosiguió.

- ¡Leonardo! - dijo Marisol llamándole la atención.

- Está bien, Mari. Tiene razón en cuidarte... Son las mejores, no quiero reemplazar a nadie, sólo quiero estar con tu... con su madre para quererla y cuidarla - contestó volviendo a calmarse.

- Aha ¿y sos Tano? - preguntó.

- No, mis padres lo son... bueno por un lado sí, pero nací acá.

- Aha - respondió apoyándose en el respaldo de la silla.

- ¿Qué pasa, Ricardo? - preguntó la mujer.

- No tengo hambre, disculpen, me voy a recostar. Me duele un poco la cabeza - dijo.

- Amor ¿quieres una aspirina? . preguntó la madre.

- No, gracias. Buenas noches, Alessandro y perdón otra vez.

- No pasa nada, muchacho, no te preocupes - contestó el hombre.

- Gracias, ta luego - dijo levantándose.

- ¡No te vayas che! - protestó Leonardo.

- Deja a tu hermano, Leo - interrumpió la madre.

- Pero se va porque está caliente conmigo - respondió.

- Bueno, entonces lo arreglas o lo dejas - dijo Marisol.

Ricardo ya había desaparecido, estaba en su cuarto sacándose los pantalones cuando de repente se abrió la puerta y el hermano asomó la cabeza.

- ¿Podemos charlar, Ric? - pregunté el chico.

- ¿Qué quieres? - contestó.

- Pedirte perdón si dije algo que no te gustó - respondió.

- Ta bien - dijo sacándose la remera.

- Lo decís para que te deje de joder - protestó Leonardo.

- ¿Qué quieres de mí, Leonardo, que te perdone con la mano en el corazón? Bueno... lo hago! Te perdono y todo está como antes - dijo al fin.

- No, no lo está - dijo mirándolo a los ojos -... buenas noches - dijo cerrando la puerta.

El chico se sentó junto a la madre y no abrió la boca. Los tachitos estaban apilados, salvo uno el de Ricardo. Marisol se levantó para recoger la mesa con ayuda de Alessandro y al dejar la vajilla volvieron junto a Leonardo.

- ¿Está todo bien con tu hermano ahora? - le preguntó la madre.

- No, él dice que sí, pero sé que no lo está - contestó sin levantar la mirada del piso.

- Bueno ya se van a reconciliar de nuevo... si ya ves que no pueden estar el uno sin el otro... Bueno ¿quién quiere más helado? - preguntó la mujer.

Ambos hombres aceptaron una segunda ronda y sin darse cuenta, junto al helado se soltaron las lenguas y hablaban como si se conocieran desde hacía mucho. Al paso de media hora se despedían y la mujer lo acompañó hasta la puerta y decide salir un rato con él.

- En seguida vuelvo, Leo - gritó avisándole al chico. Mientras tanto el muchacho prendió la tele -¿y... qué te parecieron? - preguntó finalmente al cerrar la puerta.

- Bien, no sé... no sabía qué decir...

- Pero cuando empezamos con el helado todo fue bárbaro - recalcó ella.

- No, eso sí, pero me dio pena el otro - dijo Alessandro.

- ¿Ricardo?

- Sí, se fue antes de empezar si quiera la cena y...

- No se fue por vos, está peleado con el hermano y no lo quería ver, es eso nada más.

- Puede ser.... ¿te parece que me “aceptaron”?

- Al menos la primer impresión fue positiva - dijo ella sonriendo -... ¿nos vemos mañana?

- No puedo, tengo que llevar al médico a mi sobrina.

- ¿Es serio?

- No, no, sólo va por una vacuna - respondió él.

- Bue... entonces ya veremos, te quiero - dijo dándole un beso.

Se despidieron y la mujer volvió a la casa.

- ¡Leo!... hola, ¿y... qué te pareció Alessandro? - preguntó sentándose junto al chico.

- Qué sé yo... se puede hablar con él... -dijo levantando los hombros.

- ¡Qué elogio de tu partel! - dijo ella sonriendo.

- Aunque... - continuó diciendo.

- ¿Aunque qué... por qué callaste? - preguntó frunciendo el ceño.
 - Parecía un poco asustado - contestó.
 - Bueno era porque recién los conocía y tenía miedo de que no lo aceptaban...
 - Era más exagerado el miedo, pero no sé... deben ser cosas mías.
 - Bueno janda a lavarte los dientes y a acostarse que mañana hay clases!
- Le dio un beso en el cachete y se metió en el baño, al salir al pasillo gritó...
- Buenas noches, mamá.
 - Qué descanses, amor - dijo Marisol.

Al pasar media hora, Marisol entró en el cuarto de los mellizos con un plato de comida (que Ricardo ni empezó).

- Ricardo, sé que no estás durmiendo - dijo ella moviéndolo con dulzura.
- El chico se dio la vuelta y la miró.

-¿No quieres comer algo? Te calenté la comida - dijo bajito.

- No, gracias - Marisol se inclinó sobre él y le besó la frente.

La mujer se levantó con el plato de comida y se dirigió a la puerta, de repente el muchacho la mira y le dice...

- Parece un buen tipo, pero tiene terror en los ojos -Marisol se dio la vuelta mirándolo y le regaló una sonrisa.

Eran las seis de la mañana y Ricardo estaba sentado a la orilla del río con la caña de pescar.

Llevaba el pelo suelto, le llegaba hasta la cintura. A pesar de su edad no tenía cara delicada, tenía la piel blanca como la de la madre, los ojos verde oscuro, el color del pelo castaño claro. Tenía puesto un short y una musculosa.

Ya había pasado media hora y el muchacho no había pescado nada, pero seguía insistiendo. En eso se le acerca un hombre con el termo bajo el brazo y un mate.

Tenía puesto un short de baño, nada arriba, pelo castaño oscuro, nariz aguileña, su cara le pareció conocida y de repente le habló.

- ¿Tan temprano levantado? - preguntó sonriendo.
- Perdón ¿nos conocemos? - preguntó devolviéndole la sonrisa.
- Soy Alessandro, ayer estuvimos hablando toda la noche - dijo asombrado.
- Ah... no, no, fue con mi hermano con quién estuviste anoche. Mira si ese concheto va a estar con ésta facha - dijo el muchacho señalándose.
- Creí que eran mellizos, no me había fijado... ahora que te miro ¡sos igual!
- Desgraciadamente sí - dijo el chico con sonrisa sarcástica.
- ¿Siguen peleados? - preguntó Alessandro.
- Sí.
- ¿Y qué haces acá a ésta hora? - preguntó él cambiándole de tema.

- ¡Pescando! - ambos miraron el balde y se cagaron de risa.
- Parece como que ni se enteraron de tu llegada eh...
- Me parece más bien que saben que estoy acá y por eso rajaron. Estoy haciendo el ridículo.
- No hace el ridículo quién intenta che... - dijo apoyando su mano en el hombro del chico.
- Ricardo sacó la caña de pescar del agua y se recostó en el pasto. Alessandro estaba sentado al lado con las piernas estiradas.
- ¡Qué lindo día! - dijo de repente el hombre.
- ¿Cómo es que apareciste justo cuando estaba acá? - preguntó el chico sin alejar la vista del cielo.
- Es que te estaba espiando... noo... Me estaba muriendo de calor en casa y por eso me acerqué al río, con quién menos me esperaba encontrar era contigo.
- A mí me pasó algo parecido - dijo el chico.
- ¿Estás mejor del dolor de cabeza? - preguntó sorprendiéndolo.
- ¿Cuál?... Ay, ¡tarde! ¿no? - dijo dándose cuenta en seguida.
- Así que yo te incomodé eh, perdón - dijo Alessandro.
- Para nada, me incomodó mi hermano, todo bien conmigo.
- Ah ta, me alegro. Lo de tu hermano lo entiendo, a mí me pasaba lo mismo con el mío, pero bue el tiempo lo amansó - dijo sonriendo.
- Con éste no va a poder ni el tiempo - dijo haciéndolo reír más.
- Qué lástima que no pasamos más tiempo charlando - dijo el hombre.
- Lo estamos haciendo ahora - dijo Ricardo sentándose.
- Tenes razón - dijo Alessandro sonriendo -... ¿Puedo hacerte una pregunta? - dijo sorprendiéndolo.
- Bueno - respondió.
- Mmm... ¿sos mentiroso? No no no me podrías decir que no, pero como sos mentiroso sólo te estarías camuflando. A ver otra...
- No sabía que esto iba a hacer tan emocionante - dijo riendo el muchacho.
- ¡Ya está!... ¿qué es lo más importante para vos? - dijo rascándose la pera.
- Buena pregunta y en cuanto a la otra ¿le creerías a un mentiroso si te dijera que no miente? - se rieron -... ¿qué es lo que más me importa? ¡Mi madre y mi hermano (aunque sea un idiota)!
- ¿Y tu padre? - preguntó Alessandro.
- Boo déjame a mí hacerte una pregunta ahora... - dijo Ricardo.
- Está bien ¿qué quieres saber? - preguntó el hombre inclinándose.
- ¿Cuál fue el trauma de tu niñez? - dijo dejándolo sin palabras.
- ¿Por qué crees que lo tengo? - respondió.

- Pan con pan... todo el mundo lo tiene ¡desembucha! - dijo agarrándose las piernas.
- Mi padre me cascaba durante toda mi niñez ... - el hombre miraba mucho el suelo -... hace ya diez años que está muerto, pero...
- Me alegro que hayas venido a hablar conmigo, me caíste bien y mamá se va a alegrar de que llegue a casa con vos de invitado para desayunar los pescados que no pesqué - dijo sonriendo.
Alessandro le sonrió agradeciendo no tener que seguir respondiéndole y el cambio de tema lo hizo respirar profundo. El muchacho se levantó y le preguntó la hora.
- ¿Las siete? Mi madre me va a matar ¡Vamos! - dijo agarrando la caña y el balde vacío.

Cuando llegaron a la casa se encontraron con Marisol y Leonardo sentados a la mesa.
- ¿Dónde te habías metido, Ricardo? - preguntó la madre al verlo entrar.
- Perdón, fui a pescar y pesqué a Alessandro - dijo haciéndolo pasar.
- Hola - dijo la madre cambiando de expresión.
- Hola... buenos días, Leonardo - dijo el hombre al ver al otro chico.
- Bue, Ricardo ¡anda a cambiarte que en media hora salimos!
El muchacho volvió con unos jeans y una remera. Se sentó a la mesa y desayunó; un vaso de leche con dos panes de jamón y queso.

A las siete y treintaicinco subieron los tres al auto despidiéndose de Alessandro, fueron rumbo a la escuela. Al llegar a destino Leonardo saltó del auto (para que sus amigos no lo vieran en compañía de su madre). El otro relajado se recostó en el asiento y le comentó ...
- Es piola Ale - dijo sonriendo.
- Me alegro que lo veas así - contestó ella.
- Sí, lo traté cuando pescaba y entiendo que estés con él.
- Bueno... ¡anda que va a empezar, amor! - el chico le dio un beso y bajo del auto.

Parte cuatro

Había pasado una semana y Leonardo se fue con la clase a pasar unos días de campamento. El otro no quiso ir y decidió quedarse en casa con la madre.
Alessandro compró carne, chorizos, mollejas, morcillas y pollo para hacer a las brasas. El chico preparó el parrillero para hacer el fuego, poniendo leña, piñas y diario.
El humito se prendía en todas partes, la carne ya se estaba haciendo y Marisol dentro de la casa preparaba las ensaladas; rusa y de tomate y lechuga.
- ¡A comer , ya está listo! -gritó Alessandro.
Se sentaron en una mesa que Marisol había armado y colocado fuera en el jardín junto

al parrillero. Tenía un mantel azul y rojo, tres tablitas de madera para la carne, tres tachitos para la ensalada y una fuente en donde iba el asado.

Comieron hasta llenarse viendo cómo el fuego se apagaba lentamente. De la carne no quedó nada, pero sus estómagos quedaron satisfechos.

A Ricardo y a Alessandro le bastaron esos días para hacerse grandes amigos.

Arrancaban el día yendo a pescar, volvían a almorzar en las tardes jugaban a las cartas (dónde de vez en cuando se prendía Marisol), miraban películas los tres juntos y hablaban de cualquier cosa.

Una tarde Mariana se acostó dejándolos jugando a las cartas. Estaban jugando al truco, se oían los típicos desafíos. Entre risas subían las apuestas: Truco, Re Truco, Vale Cuatro... .

Marisol abrió los ojos tras haberle parecido sentir algo y se vio desnuda, la sábana sólo le cubría la pierna derecha, Alessandro dormía boca abajo con la cola al aire y su brazo apoyado sobre la panza de la mujer. Ella se levantó y se puso la bata, le tocó el hombro a Alessandro y lo despertó...

- ¿Qué pasa? - preguntó dormido.

- Que creo que vino Ricardo - dijo en pánico.

- ¿Y qué? - insistió él.

- Que nos vio en bolas, Alessandro - dijo enojada.

- Bueno, no será para tanto ... oho - dijo abriendo los ojos.

- ¡Sí! oho ¿Qué le voy a decir ahora?

- Nada, los hechos hablan por sí solos - dijo sonriendo.

- ¡Ale!... ¿qué estará pensando? - dijo preocupada.

- No seas dramática, Mari, no es la primera vez que un hijo ve a su madre en ésta condición ... Che si quieres hablo con él, pero tranquilízate.

- Es que no sé qué decir, Ale y... y... - dijo al borde de la histeria.

- ¡Ta, Marisol, mírame... tranquila! Voy a buscarlo - dijo saliendo de la cama.

- ¡Ale! - dijo entre un llanto y el control.

- ¿Qué? - preguntó sorprendido.

- ¡Ponete un short por favor! - dijo alcanzándole uno.

- Oops... gracias - le dio un beso en la frente y salió del cuarto.

Ricardo estaba en el patio (salió por la ventana del baño, para no molestar) barriendo. El hombre se le acercó llamándolo y Ricardo caminó hacia él.

- Che... por lo de recién... - dijo Alessandro sin saber qué decir.

- No hace falta que digas nada. Los agarré infraganti, pero juro que fue sin querer, flaco, perdona - dijo sonriendo.

- Ah... - respondió.

- ¿Por qué mamá estaba desnuda? - preguntó tomándole el pelo, pero se lo preguntó

seriamente.

El hombre no sabía que responder y ni se había percatado de la broma. La cara de Alessandro quedó blanca, los colores habían abandonado hasta el pelo.

- Te estaba jodiendo, nene ¡Tranquilo! Ya sé cómo funca la cosa, ni te me pongas a hablar ahora sobre la reproducción por favor - dijo riéndose.

Los cachetes colorados del hombre volvían a la normalidad y se soltó en una risa. En eso se acercó Marisol silenciosa y preguntó... - ¿De qué ríen?

- Cosas nuestras - contestó Ricardo.

- Ah bueno - dijo ella.

- Voy a buscar mi cocoa... - dijo el chico yéndose.

- ¿Qué pasó... cómo se lo tomo? - preguntó intrigada.

- Bien, sólo películas nuestras, el pibe reaccionó como si nada - respondió.

- Ay... menos mal - dijo Marisol aliviada.

Era Lunes y con él llegó Leonardo de sus mini-vacaciones.

Marisol fue a la escuela a pasar a buscarlo y él como siempre se puso colorado cuando la vio caminando hacia él y el muchacho estaba hablando con dos chicas.

- Hola, Leo... Hola, chicas - dijo Marisol sonriendo.

- Hola - contestó secamente.

- ¿Qué tal, señora? - respondieron todos juntos.

- Nos vemos, chicas - dijo Ricardo yéndose al auto.

- Bueno... chau chiquilines - saludó Marisol y lo siguió. Estando en el auto... - ¿Cómo lo pasaste, mi amor?

- Bien, pero no me digas así acá - contestó enojado.

- Perdón ¿no me quieres contar de cómo te fue? - insistió.

- Ahora no. No hacía falta que vengas a buscarme, estoy en el liceo y no en la escuela, mamá.

- Pero, Leo... - empezó a decir.

- Pero nada, soy un hombre y puedo volver sólo - dijo arrogante.

Ella volvió a cerrar la puerta del auto, dejándolo parado frente a ella.

- Bueno, tenés razón... entonces volves sólo, chau - arrancó el motor y se fue.

Leonardo quedó parado en el barro sin poder creer lo que había pasado, hasta entonces nunca había vivido que la madre reaccionara como él no quería frente a un capricho. Pateó las calles de vuelta a casa cabizbajo.

El día estaba horrible, no había ni un rayo de sol.

Leonardo se fue caminando hasta el departamento, como no tenía ni un vintén en el bolsillo y estaba caliente con la madre, se fue con Alfredo.

Golpeó y esperó a que el padre le abriera la puerta. Éste cuando atendió, lo vio y le dijo...

- ¿Y vos qué buscas acá? - contesto rudo y borracho.
- Soy Leonardo, papá, quise venir a verte - dijo el muchacho.
- A mí no me mientas, no tenes dónde caerte muerto y por eso volviste a mí como siempre, puta ... - protestó.
- ¿De quién hablas, papá? Soy Leonardo - dijo tratando de hacerlo reaccionar.
- Eh... - dijo el hombre frotándose los ojos.
- ¡Vení! Que preparo café a ver si te despejas - dijo pasando el chico.

Mientras tanto Marisol estaba en el comedor con Alessandro y caminaba por las paredes

.

- Me fui, Ale, como si nada lo deje ahí parado sólo.
- Bueno, pero contame ¿qué sucedió? - preguntó el hombre tratando de entender.
- Me pelié con Leonardo y lo dejó en la escuela, cerré la puerta del auto y me fui.
- Bueno, bueno... pero sólo querías darle su espacio - respondió Alessandro.
- ¡No! Estaba enojada y harta de cómo me trata, cuando sólo me preocupo por él.
- No está mal - dijo calmándola.
- ¡Claro que lo está! Anda a saber dónde esté - dijo agarrándose la cabeza.
- ¿Y con el padre no podrá estar? - preguntó.
- Claro, ahora mismo lo llamo - dijo ella corriendo hacia el teléfono.

Sonó el teléfono en casa de Alfredo y el hombre atendió.

- ¿Quién? - dijo borracho y toscamente.
- ¿Leonardo está contigo? - preguntó Marisol nerviosa.
- No grites que se me parte la cabeza... - dijo bruto.
- No será la primera vez, pero contestame ¿está contigo Leonardo? - preguntó la mujer.
- ¡Sí, lo está! - Leonardo le hacía señas de que no dijera que estaba - ... pero salió a hacerme un mandado... ¿por qué? - preguntó después.
- Porque no sabía dónde estaba... cuando vuelva ¿le podes decir que venga a casa?
- Bueno, yo le digo - contestó seco.
- Gracias... Bueno, chau, Alfredo - dijo colgando.

Alfredo colgó y miró a Leonardo.

- ¿Qué pasó entre tu madre y vos? - preguntó cruzándose de brazos.
- Me dejo en ridículo frente a dos chicas de mi clase - contestó pasándose la mano por la ceja.
- Mi madre hacía lo mismo, pero no se lo tomes a mal. Ella quiere que vuelvas - dijo Alfredo.
- Pero yo no quiero, papá - respondió el chico levantando el tono.
- ¡Leo! Parte de hacerse hombre es enfrentar los hechos. Así que volve y decile lo que

no te gusta que haga si estás con chicas y ta.

- Pero... - reprochó el mellizo.

- Pero nada che... ¡los hombres no lloran ... No me salgas maricón como tu hermano!

- Pero papá - protestó Leonardo.

- Da... - levantó el teléfono -... ¡Quiero un taxi para Av. Italia, esq. César... Bueno, en cinco minutos está acá. Me voy a recostar ¡no hagas ruido! - dijo camino al cuarto.

- No tengo plata para pagarlo... - dijo desafiándolo.

-Yo tampoco, que lo pague tu madre o su amante cuando llegues allá - dijo yéndose.

Leonardo que contenía las lágrimas las derramó cuando el padre abandonó la habitación. Se escuchó un bocinazo y el muchacho agarro la mochila, se secó las lágrimas y bajo a la calle. Se subió al taxi y el auto se dirigió a la cabaña.

Al llegar el auto, Marisol salió corriendo y Alessandro detrás.

- A... - se cortó de decir "amor" -... Leo ¿estás bien? - preguntó.

- Sí - dijo bajando la cabeza.

- ¿Qué pasa, Leo? - volvió a preguntar.

- Hay que pagar el taxi - dijo bajito.

- No te preocupes - dijo Alessandro sacando la billetera del bolsillo.

- Veni, Leo. Entremos a la casa - contestó dulcemente.

El taxi giraba y se alejaba. El hombre entró y los vio sentados en la mesa, se disculpo y se fue.

- Perdóname, Leo, por dejarte plantado e irme - dijo con los ojos rojos.

- Ta bien, me puse cómo un pelotudo porque no me gustó que me dijeras amor frente a las chicas - respondió Leonardo bajando la cabeza.

- Y lo sé, me equivoqué, Leo. Vos sabes que los adoro a vos y a tu hermano y lo menos que quiero es lastimarlos.

- Ya sé, perdón por no venir acá directamente - dijo por último.

- No importa, está todo bien - dijo ella sonriendo.

Paso una semana y los chicos se quedaron en la cabaña.

Leonardo no había respondido las llamadas del padre, ni respondió porque no quería verlo ni hablar con él. Ya sabían que él mantenía lejanía con su padre.

Ricardo estaba tirado en la hamaca paraguaya y de vez en cuando se hamacaba empujándose con la ayuda del pie. De repente sintió que alguien lo frenaba y abrió los ojos.

- ¿Vos? - dijo sorprendido -... ¿qué quieres?

- Ver si ya se te había pasado la calentura - respondió el hermano.

- Sí, hace tiempo... Sos el que menos me hace comer la cabeza - contestó Ricardo.

- Entiendo, ¡seguís caliente!... Che "Rapunzel" - señalándose - ... te pide perdón.

Sabiendo cómo le costaba decir esa frase a Leonardo, Ricardo se empezó reír.

- Haceme un lugar ahí - dijo el muchacho sentándose en la hamaca, de manera en que ambos quedaron con las piernas colgando.

En ese momento salió Marisol al patio al verlos se dirigió a ellos con el mate bajo el brazo.

- Por fin se reconciliaron che ... ¿Alguno quiere? - preguntó ofreciendo el mate.

- ¡Yo sí! - afirmó Ricardo.

- ¿Es dulce? - preguntó Leonardo.

- No, pero puedo preparar si quieres - contestó Marisol.

- No, gracias, no te molestes - dijo rechazando su oferta.

Siguieron tomando mate entre Ricardo y Marisol charlando sobre fútbol, Leonardo cerraba los ojos y se hamacaba diciendo que a él no le interesaba el fútbol y alegaba que los jugadores son todos unos pelotudos que no metían ni una. Curiosamente se sentía identificado con Nacional. Él siempre protestaba diciendo que no era hincha, pero era de esas personas que tienen el escudo grabado en la cara.

Ricardo y Marisol eran manyas a muerte y comentaban los partidos todos los domingos.

A las nueve y media de la noche llegó Alessandro riendo a la casa.

- ¿Cuál fue el chiste? - preguntó Marisol.

- No, sólo fue... malísimo, un chiste malo de esos que de tan malos que son no te dejan parar después - contestó agarrándose el pecho.

- Me alegro entonces... ¿tenes hambre? - sonrió.

- La verdad que sí ¿qué hay? - preguntó sacándose la campera.

- Milanesas con puré... ¿ponen la mesa, chicos? - dijo mirando a los mellizos.

Los muchachos se fueron a la cocina y desde ahí gritaron...

- ¿Dónde comemos, adentro o afuera?.

- Como quieran ustedes - respondió Marisol. Alessandro se le acercó y la besó.

Terminaron comiendo en el comedor. La cena no fue muy silenciosa que digamos, se estuvieron riendo y hablando toda la noche hasta que al terminar se fueron los cuatro derecho a dormir.

Parte cinco

Era de madrugada cuando sintieron unos fuertes golpes y gritos roncacos en la puerta. Los mellizos se despertaron alarmados y vieron pasar a su madre corriendo en el pasillo, se levantaron y fueron tras ella.

- ¡Devolveme a mis hijos, puta! ¡Déjame entrar, carajo!... ¡Leonardo... Ricardo!...

Marisol corrió al teléfono y discó el número de la policía.

- ¿No puede entrar... verdad mamá... Mamá? Por más que le pegue a la puerta, no va a

poder abrirla, ¿no? - dijo Leonardo.

- ¡Tranquilo, no va a pasar nada, Leo! - dijo ella acariciándole la cara.

- ¡Abrime, puta de mierda! Ya me sacaste a Ricardo y lo convertiste en un marica, ahora pretendes hacer lo mismo con Leonardo eh... - seguía gritando el hombre.

- Puta madre y justo hoy se tuvo que ir Alessandro - pensaba Marisol -... ¡Andate a tu casa, Alfredo! - gritó la mujer al tratar de comunicarse con la policía.

- ¿No te atiende nadie, mamá? - preguntó Ricardo inquieto.

- No, éstos débiles mentales deben estar apolillando como siempre... ¿Sí? Hola, necesito un patrullero. Hay un hombre agresivo en la puerta de mi casa, golpeando y gritando... ¡No, quiero que venga ya! ¡nada! Tengo a dos menores a mi cargo, así que mueven ya mismo el culo. Ta... (...) - la mujer le dio la dirección y colgó el tubo. Las agresiones de Alfredo seguían. Los chicos se abrazaban a la cintura de la madre (que era del mismo tamaño que ellos).

De repente cesaron los golpes y los gritos, pero la policía no había llegado aún. De repente una piedra entra rompiendo la ventana del living, Marisol se dio la vuelta al sentir el estruendo y en el mismo momento vio a Alfredo parado (bueno... medio parado) delante de ella. Tenía una mirada psicótica, había bebido demasiado y gritaba...

- ¡Quiero ver a mis hijos! Como no me querías abrir, entre... - se dirigió a los chicos - Hola, chicos ¡vengan a abrazar a papá!.

Los chicos, le clavaban la mirada a esa calamidad de ser humano y las lágrimas les corrían a ambos. El hombre caminó hacia ellos...

- ¿No van a saludar a papá?

La mujer se le plantó de por medio dándole un sopapo. Cuando el hombre reaccionó, se quedó mirándola con tal odio, que ella volvió a golpearlo, pero ésta vez fue un piñazo lo que sonó.

Pasaron unos minutos en los cuales Alfredo estaba derribado en el piso y finalmente llegó la policía. Alfredo estaba volviendo en sí. Se paro con mucha violencia yéndose encima de Marisol, pero dos oficiales lo agarraron justo y lo metieron en el auto. En eso uno de los oficiales vuelve a la casa y sonriendo le dijo...

- Vio, señora. Llegamos a tiempo.

- Mire que tanto "a tiempo" que a éste, le dio tiempo de romperme la ventana, meterse en la casa y fui yo, quien tuvo que frenarlo - contestó furiosa.

El oficial se le cambió la sonrisa por una cara de idiota.

- ¿Quiere poner una denuncia, señora? - dijo uno de los policías.

- ¡Sí! - respondió firmemente.

- Tendría que acompañarnos a jefatura - le dijo el oficial.

- Bueno... Llevo a mis hijos a la casa de la vecina y los sigo en mi auto - dijo Marisol.
- Sí, señora. Si lo prefiere la puedo llevar en el auto... - dijo el policía yéndose al auto.
- No, gracias. ¡Voy en mi auto!.

Y así fue... Marisol llevó a Ricardo y a Leonardo a casa de Ester y le pidió hacerse cargo de los mellizos, mientras ella iba a la policía a poner una denuncia contra su marido. Le explicó un poco como había ocurrido todo y después se fue en el auto tras los oficiales.

Mientras que la mujer estaba en la comisaria. Alessandro se acercaba a la casa, al estar en frente de la ventana del living, se le hizo un nudo en la garganta y desesperado empezó a llamar a cada uno de ellos.

- ¡Marisol! ¡Leonardo! ¡Ricardo!

Dejó caer la mochila y corrió dentro de la casa. Encontró dos sillas tiradas, los vidrios de la ventana alrededor. Las lágrimas le corrían por las mejillas y en ese momento sintió unas voces llamándolo. Se giró y vio correr hacia él a los mellizos. Arrodillado (quedando casi a la misma altura que ellos) los abrazó y les miró la cara a los dos, tanteándolos con las manos.

- ¿Están bien, chiquilines? - preguntó sin aire.

- Sí - contestaron juntos.

- ¿Y su madre... dónde está? - preguntó costándole hacerlo.

- En la policía... - contestó Leonardo.

- ¿Qué... pero qué pasó? - preguntó volviendo a la desesperación.

- ¡Qué bestia, Leo! Ella está bien, Ale. Fue a poner una denuncia contra mi padre, porque él fue el causante de todo - aclaró Ricardo.

- Bueno... pero ¿qué fue lo que pasó? - insistió el hombre.

- Fue así. Estábamos acostados, cuando de repente sentimos golpes y gritos en la puerta de calle. Vimos pasar a mamá por nuestra puerta y la seguimos. Alfredo gritaba que le abriéramos y yo sentía algo... no quería que entrara. A mamá creo que le pasó lo mismo, porque no se acercó a la puerta y en seguida llamó a la policía. De repente hubo un momento de silencio y entonces sentimos un ruido impresionante. Mamá se dio la vuelta y la imitamos... Alfredo había rotó la ventana del living con una piedra y estaba metido en la casa. Estábamos re asustados y él nos decía que no lloráramos...

- ¡Yo no lloraba! - protestó Leonardo.

- Bueno... Leonardo no lloraba..., pero en ese momento se nos vino encima. Mamá se puso delante de nosotros y lo sopapeó. Él se dio vuelta de nuevo y yo creía que la iba a lastimar, pero entonces ella...

- Parecía "Wonder woman" - interrumpió Leonardo.

- Tus frases son de originales, Leo - dijo irónicamente Ricardo.
- Da da da - dijo ofendido el hermano.
- Bueno a lo que iba... Entonces ella lo acostó de un piñazo - Alessandro abrió los ojos de par en par -... y recién ahí llegó la cana.
- Wow... veo que me perdí de mucho, por esa maldita changa de cuidar a los chiquilines de Jardinera.
- ¡Sí! ... mamá está por volver - afirmó Ricardo.
- Che... Alessandro ¿ya nos podemos quedar acá contigo? - preguntó Leonardo.
- Claro que sí, vamos a avisarle a Ester que ya estoy acá y que se quedan conmigo...

Los chicos volvieron de la casa de Ester, con dos frazadas que habían llevado a lo de la vecina y al estar en la casa, se sentaron frente a la ventana rota. No querían irse a dormir, sin ver llegar a la madre.

A la media hora, se oyó el motor de un auto frenar y unos pasos en el frente. Alessandro se asomó a la ventana y salió a recibirla con un abrazo.

- Hola - dijo levantándola y besándola, como comprobando de que esté entera.
 - Ay Ale - suspiró ella.
 - Ya me contaron todo. Leo dice que te transformaste en Wonder Woman...
- Rieron y entraron a la casa. Los mellizos no quisieron irse a dormir, con la ventana abierta de par en par y se quedaron junto a Alessandro y Marisol en vela.
- A las seis y media de la mañana cayeron en las manos de Morfeo. Marisol se levantó del sofá y los tapó con las frazadas, que quedaron junto a la puerta.

- No sabes el miedo que pasé cuando lo vi adentro... - dijo bajito para no despertar a los chicos que dormían.
- Pero te sacaste la máscara y las uñas cuando te viste amenazada - dijo él abrazándola.
- Sólo porque se le fue encima a los chicos - dijo tirándose abajo.
- ¿Sólo? Es una razón bastante poderosa para reaccionar, muchos ni siquiera reaccionan - le reprochó el hombre.
- Te podes creer que el boludo del milico cuando lo agarraron me dice "vivo, señora, llegamos a tiempo". Sentí ganas de meterle otra piña a él - dijo embalada.
- Me lo puedo imaginar bien - dijo él sonriendo.
- Además vos no estabas y yo estaba sola con ellos - dijo cayendo en el pasado.
- Demostraste poder protegerlos mejor que nadie, Mari. Además no te creas que por ser hombre se es invencible, probablemente hubiera reaccionado como vos, pero eso nunca se sabe, lo que sí sabemos... es que fue la madre quién puso el pecho - concluyó con una sonrisa.

Ella sonrió con cierta vergüenza. Alessandro la tenía entre sus brazos, recostada y la peinaba con la mano, hasta que ella fue quedándose dormida.

El hombre prendió la tele y se enganchó con una película Francesa.

Parte seis

Pasó una semana. En la cabaña estaban todos dormidos.

Eran las siete de la mañana. La ventana del living estaba cerrada ya. A la mañana siguiente del accidente fue arreglada .

Marisol dormía abrazada a una almohada y Alessandro descansaba a su lado. Los muchachos dormían en su cuarto.

Alfredo tenía una orden de alejamiento y los trámites del divorcio estaban en pie. Alfredo se rehusaba a firmar, pero queriéndolo o no, las denuncias contra él bastaban para disolver el matrimonio.

Era una mañana cálida, la primavera ya se estaba acercando.

La mujer abrió los ojos y bostezó. Se sentó en la cama y se frotó los ojos. Miró a Alessandro y le apartó el pelo de la frente. Se sacó el pijama y se puso un vestido. En el baño se aseó. Preparó el desayuno y despertó a los tres hombres de la casa.

Los cuatro estaban sentados alrededor de la mesa, con los ojos aun pegados.

Oían a Jaime Ross, que cantaba a través de la radio para ella. Comieron y tomaron.

- ¿Tienen ganas de ir a pescar, chicos? - preguntó el hombre.

- ¡Sí! - afirmó Ricardo.

- Yo no, gracias - contestó Leonardo.

Leonardo mantenía cierta distancia con Alessandro, la influencia del padre fue más fuerte en él que en Ricardo. No tenía una opinión tan rotunda y violenta como Alfredo, pero no terminaba de ver con buenos ojos la relación de su madre con Alessandro. Se levantó de la mesa y se fue al cuarto. El hermano lo siguió.

- ¿Qué te pasa ahora? - preguntó una vez cerró la puerta.

- Nada - respondió tirado en la cama.

- Lo disimulas de puta madre la verdad - dijo irónicamente.

- ¿Qué quieres, Ricardo? - dijo irritado.

- Saber porque te fuiste así y no quieres venir a pescar (que por lo que tengo entendido te encanta, a menos que ahora de repente lo odies) - contestó pateando una pelota.

- No, no lo odio ¿y con eso qué? - dijo prepotente.

- Bueno, ahora sabemos que te gusta y ¿por qué no quieres venir?... Y no me digas que es porque no tenes ganas - contestó pateando más fuerte la pelota.

- Por la apuesta que hicimos, cuando pescamos hace un tiempo atrás y no cumplí mi parte... Ese lugar me recuerda eso todo el tiempo ¿Estás contento ahora? - dijo

levantando los brazos.

- Tendré cara de boludo, pero... (es la misma que tenes vos... antes de que mandes alguna avivada), pero no lo soy. No me chupo el dedo, Leonardo ¿qué tenes en contra de Alessandro? - preguntó cruzándose de brazos.

- Y vos ¿cómo sabes que tengo algo contra él? - dijo inocentemente.

- Lo acabas de afirmar, hermanito - contestó.

- Arg... la puta madre con tus jueguitos psíquicos - dijo agarrándose la cabeza.

- Sí sí... ahora ¡responde! - dijo Ricardo desafiante.

- No me termina de caer, no sé hay algo en él que... - respondió dando vueltas.

- ¿Y por qué, en vez de alejarte por tu estúpido prejuicio, no te acercas a él para conocerlo antes de crearle una máscara de “qué sé yo”?

- No le creo nada, sólo digo lo que veo... - respondió.

- ¿Y eso es...? - insistió Ricardo.

- Que mamá está casada, Ricardo - gritó el hermano.

- Primero ¡bajá la voz! Y segundo se está separando - respondió.

- Pero sigue casada y vive con éste - dijo Leonardo enojado.

- Alessandro no vive del todo acá y además si así fuera tiene todo el derecho... Se está separando del pedazo de bestia, que te hizo llorar hace unos días. ¡Déjala ser feliz, Leonardo, no te interpongas! - dijo en un tono más fuerte.

El muchacho salió de la habitación, dejando a Leonardo con la palabra en la boca y se fue a buscar a Alessandro, para irse a pescar.

Al mediodía se les vieron las siluetas en el horizonte, traían unos pescados no muy grandes.

Marisol los hizo a la plancha y los almorzaron con ensaladas. Mientras que Alessandro y Ricardo charlaban y reían, Leonardo comía con cara larga.

Ya eran las seis de la tarde. Leonardo veía televisión en su cuarto, la madre le golpeó la puerta y él la hizo pasar.

- ¿Sabes a cuantos chicos vas a invitar mañana, Leo? - preguntó sonriendo.

- Van a ser seis, no ¡pará!... son cinco, seis, siete, son siete - dijo contando con los dedos.

- Bueno ¿tenes idea de dónde está metido tu hermano? - preguntó acomodándose el zapato.

- Creo que salió a dar una vuelta - dijo pensativo Leonardo.

- Bueno, no te molesto más y voy adelante a esperar que vuelva - dijo cerrando la puerta.

A las dos horas giraba el pestillo de la puerta, era Ricardo. La madre fue corriendo y sonriendo le preguntó...

- Hola, tesoro ¿Cuántos chicos vienen mañana?

- ¡Ninguno! - dijo el muchacho cerrando la puerta.

- ¿Por qué? - preguntó asombrada.

- Porque no invité a nadie - respondió de mal humor.

Marisol lo agarró dulcemente del brazo, llevándolo a la mesa y ahí lo hizo sentar. Sirvió dos vasos con jugo de naranja, recién exprimido.

- ¿Por qué no invitaste a un amiguito o amiguita, tesoro? - insistió la madre.

- Porque no tengo a nadie, mamá - contestó desilusionado.

- ¿Y qué pasa con Marcos, el chico que vino a casa la semana pasada para estudiar o Nicolás, aquel flaquito con el que hiciste el proyecto para Ciencias o Lucía, la muchachita de los ojos enormes, con la que trabajaste en las notas musicales? - insistió Marisol.

- No son amigos, mamá. Lo acabas de dejar clarito... Sólo son compañeros de clase - respondió levantándose de la mesa.

- Pe... - intentó insistir.

- Pero nada, no insistas. No tengo y lamento cagarte los planes - dijo yéndose.

- Pero si no es por mí, es por vos que insisto, Ricardo - dijo agarrándolo del brazo.

- Ya sé que lo decís en una buena, pero no vale la pena, mamá - dijo soltándose.

La mujer lo siguió al cuarto y cuando la puerta se estaba cerrando se metió.

- ¿Qué no vale la pena? - preguntó Alessandro que se freno en el pasillo tras oír la charla.

- Ricardo dice que no tiene a nadie que invitar mañana...

- ¡Mamá! - protesto Ricardo.

- ¿Cómo que ninguno? - preguntó el hombre mirando a Ricardo sentado en el escritorio.

El muchacho apoyó su cabeza entre los brazos (que estaban cruzados sobre la mesa).

- Por dios... - dejó escapar bajito.

- Dale... alguno o "alguna" tiene que haber... - insinuó el hombre.

- No, no la hay... ¡Permiso! - dijo saliendo de la habitación.

Ricardo salió caliente como una chiva al patio y se sentó en el pasto, apoyándose contra el muro. Leonardo estaba jugando con un aparatito técnico. Lo vio y le preguntó...

- ¿Y a vos qué bicho te picó?

- Nada - dijo cerrando los ojos.

- No tenes cara de nada - contestó Leonardo dejando el juego sobre la mesa y mirándolo.

- Ni que a vos te preocupara - dijo el chico abriéndolos.
- Claro que lo hace, no seas pelotudo y contame que te pintó así la cara - esa era su manera de decir ¿por qué estás enojado?
- Ricardo le empezó a contar toda la historia al hermano.
- A vos no te joden porque siempre estás afuera, pero como yo me la paso acá adentro...
- Y salí conmigo entonces - propuso Leonardo.
- ¿Qué? - dijo Ricardo apoyando las manos en el pasto.
- ¡Eso! Venite esta noche conmigo y no te van a decir nada de mañana.
- Pero mamá quiere que le diga cuantos invitados van a venir mañana...
- Bueno, en ese caso... decile que... mmm tres ¿ta? - dijo agarrándose el mentón.
- ¿Cómo... y de dónde los saco, hermano? - preguntó nervioso.
- ¡Déjame a mí! - dijo Leonardo orgulloso.
- Pero... - insistió.
- Nada, ahora ¡anda y decile que ya invitaste a tres bla bla bla - dijo haciendo señas con las manos.
- Bueno - dijo levantando los hombros.
- Al rato Ricardo se levantó y entro en la casa, encontrándose con Marisol en el pasillo.
- La miro y la llamó... -¡Mamá!
- ¿Sí, amor?
- Perdóname lo de recién - dijo rascándose la frente.
- No es nada, tesoro. Es que me entristece que no tengas amigos, por eso te rompí las pelotas, pero sos vos quién tiene que perdonarme a mí - dijo ella.
- Ta todo bien. Vienen tres mañana - afirmó el muchacho.
- ¿Tres qué? - preguntó Marisol asombrada.
- Tres personas - recalcó Ricardo.
- No era que no...
- Ta, pero me di cuenta de que éstos tres son con los que más me doy y a lo mejor el ambiente de mañana ayuda para hacernos... amigos - respondió a sus dudas.
- Bueno - dijo dudosa.

Otro día amanecía y Marisol entraba en la habitación de los mellizos con Alessandro, dijeron fuerte...

- ¡FELIZ CUMPLEAÑOS!

Los muchachos empezaron a abrir los ojos y se sentaron. La madre se les acercó dándole un paquete (envuelto en papel plateado con cubos rojos dibujados) a cada uno.

Ricardo durmiendo en la cama de abajo se vio arrollado por los besos de la madre.

Abrió el regalo y levantó una remera de Peñarol firmada por todos los jugadores. Leonardo abrió el suyo y vio que era una agenda de cuero. Ambos le agradecieron y cuando Marisol dejó la habitación. Los chicos se vistieron y fueron a desayunar.

- Bueno, chicos hoy cuando vuelvan del Liceo ya pueden traer a sus amigos, digo directamente si quieren o si prefieren pueden venir después cada uno por su lado.

- Sí, podría ser - dijo Leonardo.

- Les preguntamos y vemos que nos dicen, mamá - dijo Ricardo.

- ¡Ta! Me parece bien - contestó ella sonriendo.

Las clases terminaban, Ricardo esperaba a su hermano junto al portón. La mochila tirada a sus pies. Él estaba recostado contra un árbol con un libro entre las manos y su mente estaba sumergido en la lectura. El día era caluroso.

- ¡Ahí estás! - dijo Ricardo levantando la mirada.

- Ay... nene ¡me asustaste! - respondió Leonardo.

- ¿Qué yo te asuste...? Hace media hora que terminó la clase - dijo Ricardo guardando el libro.

- Bueno... me retrase un poquito, pero eso no te da derecho en asustar a la gente...

- No quise hacerlo... - dijo bajando la voz.

- Ay nene, no pidas tanto perdón. Te estaba jodiendo, pero ta ¡vamos! - dijo levantándolo.

- ¡Pará! - dijo alarmado.

- ¿Qué pasa ahora? - preguntó Leonardo.

- Que en casa esperan que lleve a tres personas - respondió tenso.

- Nene... ¿Podes tomarte una soda con valium por favor? - dijo canchero.

- Claro para vos es una joda... ¿para qué me haces decir boludeces?... Mejor no vuelvo a casa... ¿por qué le dije eso de los tres tipos? ¡Eso... me voy a ir por ahí hasta que todo termine y después veo que les digo... - decía Ricardo pensando en voz alta.

- ¿Ya está? - preguntó más canchero que antes.

Ricardo agarró la mochila y empezó a caminar hacia el lado contrario, de donde estaba su hermano. Cada vez aceleraba más el paso y el otro empezó a seguirlo.

- Che... Ricardo ¡frena! - dijo agarrándolo del brazo.

- ¿Qué quieres? - preguntó de mala gana.

- Es que yo te invite a tres amigos y a la vieja le decimos que son tus conocidos ¿entendes? Mira... se llaman Damián, Jorge y... Andrea? Asunción? No... ¡Ana, Ana! ¿ta?

- ¿A vos te siguen cualquiera, no, sin importarle que no recuerdes sus nombres, verdad?

- ¿Los quieres o no? - dijo frenándose.

- ¿Estás seguro de que eso va a funcionar? - preguntó dubitativo.

- ¡Sí, claro! Ya vas a ver que todo va a salir bien. Andrea...

- ¡Ana! - aclaró Ricardo.
- Eso, Ana es un poco histérica, pero te va a encantar. Los chabones son bastante pirados, pero a vos te van a ir bien, porque estás como ellos.
- ¡Anda! ¿Y van a saber quién soy cuando lleguen a casa? - preguntó nervioso.
- A veces, pero sólo a veces cuando te haces el tonto no hay quién te gane... - dijo riendo Leonardo.
- ¿Qué... por qué lo decís? - preguntó desorientado, mientras que pensaba - <¿Por qué me habré enredado en esto?>.
- Como no te van a reconocer si tenes mi cara. Les dije que sos el despeinado, de la remera de colores. Con tu facha no se van a confundir - respondió.

Llegaron a la casa. Un par de globos decoraban el comedor, la mesa estaba cubierta por fuentes de pascualina, torta de pescado, panchitos, pizza, galletitas, dos tortas; una de chocolate y otra de manzana y sobre cada torta estaban las velitas correspondientes a cada mellizo. La torta de manzana tenía escrito con caramelo el nombre de Leonardo y la de chocolate con vainilla el nombre de Ricardo.

Marisol y Alessandro se había puesto esos gorritos ridículos de cumpleaños y cuando le abrieron la puerta cantaron el tradicional Feliz Cumpleaños tirando serpentina.

Al paso de diez minutos, empezaron a caer los invitados; Claudia, Ticho, Germán, Luisa, Clara, Ana, Damián y Jorge.

Ya todos estaban bailando con la música que había escogido Leonardo.

La madre observaba a los chicos charlando y divirtiéndose, pero en realidad el único que lo hacía era Leonardo. Ricardo estaba en un sofá mientras que sus “tres amigos” estaban alrededor de su hermano. Minutos más tarde, el chico se disculpa del círculo que lo rodeaba y se acercó a Leonardo.

- ¡Qué humor de puta madre, hermano mío! - dijo riendo.
- No me cargues ¿quieres? Sabía que esto sería una estupidez, pero no, tuve que seguir la payasada...
- Bue... la verdad que no funcó muy bien... no era mi intención - aclaró.
- Ta todo bien. Invéntale algo a mamá, necesito aire - dijo Ricardo alejándose.
- ¡Tal! - contestó pensativo Leonardo.

El muchacho abandonó la fiesta y se encaminó al río.

- ¡Leo!... ¿a dónde fue tu hermano? - preguntó la madre.
- La vecina acaba de llamar... para preguntar si la podíamos ayudar... subir unas valijas y... viste cómo es Ricardo, en seguida se ofreció a ayudar - respondió.
- Ah... ¡voy a ayudarlos!
- ¡No! Es que... yo le dije que lo acompañaba y me dijo que no, por eso no vale la pena...

- Bueno... siendo así, ¡volví a la fiesta nomás! Que yo me voy a la cocina ¿ta?
- Sí, sí... cualquier cosa te aviso, tranquila - dijo suspirando.
Marisol se alejó y Leonardo volvió con sus amigos.

Ricardo llegó a las orillas del río y se sentó con las piernas dentro del agua, observando el agua. Dejo los zapatos junto a un junco y se echó hacia adelante, apoyándose con sus brazos sobre sus piernas con la cabeza colgando entre ellas. Una muchacha se acercaba y cuando pasó junto al junco con los zapatos de Ricardo, se le acabó el sigilo tropezándose. El chico se dio vuelta y la vio tirada en el suelo, frotándose la rodilla.

- No te quería molestar... pensé que eras Leonardo. Me imagino que quieras estar sólo.
- Hola y no, no me molestas ni tenes que irte. Lamento que te hayas decepcionado...
- Ay no por favor, no quise decir eso... - dijo lagrimeando.
- ¿Te lastimaste mucho? - preguntó el chico sacando las piernas del agua.
- No sé, arde un poco, pero no es grave, creo - dijo ella.
- Bueno... no, no parece ser grave, pero más vale desinfectarlo por las dudas... ¿Qué te trajo al río? - preguntó cambiando de tema.
- Pensé que eras Leonardo y quería hablarte o sea a él - respondió.
- Ya sé, Julieta, no me recuerdes que todos lo quieren a él - dijo mirando el agua.
- No era mi intención, Ricardo, perdona - dijo Julieta mirándolo a los ojos.
- No pasa nada, te estaba jodiendo - dijo limpiándole la rodilla con un pañuelo (mojándolo en el río) -... Esto ya está - dijo terminando.
- Gracias... ¿y a vos que te trae acá? - preguntó sonriendo.
- Huir de una fiesta - contestó.
- ¿Cómo? - preguntó ella metiendo las piernas en el río.
- En casa hay cumpleaños... Leo y yo cumplimos dieciséis años - respondió.
- Ah... Feliz Cumpleaños - dijo avergonzada.
- Gracias... a vos te hubiera invitado, eso sí sería de verdad - comentó.
- Perdón, no entiendo... - Entonces Ricardo le contó todo.
- Ya es tarde, pero me harías el favor de acompañarme a mi casa - dijo parándose.
- No sé - respondió dudando.
- ¡Dale!... verías a Leonardo si venís conmigo - dijo trampeando.

La muchacha se puso colorada, Ricardo se puso los zapatos y agarrándola de la mano se puso camino a casa.

Al entrar a la casa los vio Marisol y se dispuso a ir hacia ellos, Leonardo se metió en medio gritando...

- Miren quién volvió a la fiesta después de haber ayudado a la vecina y trae a más gente, ¡denle la bienvenida! - el hermano lo miró sin comprender, pero en seguida siguió el juego.

Marisol saludó a Julieta y ésta se ofreció a ayudarla en la cocina.

- No, mihijita. ¡Quédate con los chicos!, yo me encargo, muchas gracias - comentó la mujer.

Tras algunos minutos Julieta se le acercó a Ricardo.

- Ahora entiendo porque te fuiste - dijo ella mirándolo con complicidad.

- Sí, completamente huecos, pero ta... son amigos de Leonardo y es lo que uno espera.

- ¡Qué malo! Si él es un divino - dijo mirando a Leonardo payasear con sus amigos.

- No los entiendo, se derriten el uno por el otro, pero ambos son cagones para reconocerlo.

- Es que... - calló y miró el suelo con ganas de llorar.

- Che perdóname no quise avergonzarte. Sos la única que está junto a mí y lo mejor que puedo hacer es darte ganas de huir. Me podes creer si te digo que es lo mejor que hago, ya ves...

- ¿El qué? - preguntó mirando a Ricardo a los ojos.

- Hay nueve personas en la fiesta y todas están con él.

- ¿Y yo qué? - protestó Julieta.

- Creo que cómo siga abriendo la boca, van a ser diez los que estén con él...

- ¡Gracias! - dijo ella ofendida.

- ¡Viste! No... es verdad, vos estás conmigo y te agradezco el ayudarme a sobrevivir esta noche.

- ¿Por qué no serás vos Leonardo? Él ni me habla, pero es a quien quiero... - dijo sin darse cuenta y de repente se puso colorada.

- Eso tiene solución... me peino y me pongo camisas celestes - dijo riendo.

Ambos reían y se quedaron horas charlando. Los demás chicos ya se habían ido.

Leonardo pasó junto a ellos, le sonrió a Julieta y le tocó el hombro.

- ¡Buenas noches! ¿No te cansa éste pesado, linda? - dijo sonriendo y yéndose.

- Ya podes largar el suspiro, Julieta, ya se fue - dijo Ricardo.

- Soy una tarada por no atreverme a hablarle - protestó la muchacha.

- Él no es menos - respondió el chico.

- No digas eso - dijo con cara de lamento.

- Está bien, no te lo toco más - respondió sonriendo.

- Es que no sé cómo decírselo - dijo moviendo las manos.

- ¿Por qué no intentas con palabras? - preguntó riendo.

- ¡Anda a cagar! - contestó ella.

Estuvieron charlando y bromeando hasta que los primeros rayos del sol cayeron sobre ellos. La luz bañaba a Julieta de forma que parecía un ángel.

- Uy ya tengo que volver a casa, antes de que se levante - dijo poniéndose de pie.

- Está bien, te acompaño - dijo él.

Ricardo la acompañó y volvió rápidamente.

Ayudó a su madre a ordenar la casa y al terminar se fue a dar una ducha.

- ¿Ya te vas a dormir? - preguntó Marisol.

- Sí. Vos te acabas de levantar, pero yo no dormí nada - dijo frotándose los ojos.

- Está bien, sólo fue una pregunta... Linda chica, Julieta - agregó.

Siempre comentando por de más los padres. El chico no tenía fuerzas para contestarle y se fue.

Parte siete

Llegó la Primavera y con ella un grito...

- ¡¡La puta madre que me parió!!

Una abeja había picado el hombro de Leonardo que se levantó de una.

- ¿Qué paso, Leo? - preguntó Marisol que entró corriendo.

- Un puto bicho me pico el hombro - dijo mariconeando el chico agarrándose.

- Fue una abeja - afirmó Ricardo desde su cama.

- ¿Quieres que te traiga hielo, Leo? - preguntó la madre.

- Bueno - contestó el chico.

- Para mí con agua por favor - sonrió Ricardo.

- ¡Ricardo... No te burles de tu hermano!

- ¿Qué? si no hago nada sólo quiero un vaso con agua.

- Ya vuelvo - dijo ella abandonando la habitación.

Ya era de tarde, Leonardo seguía con dolor en el hombro y Ricardo para "calmarlo" le decía que era obvio que le doliera, porque además de dejar su veneno la abeja dejaba todos sus órganos dentro, por lo cual moría al instante.

Estaban solos en el cuarto. Las vacaciones habían comenzado.

- Che, Ricardo... ¿tenes onda con Julieta? - preguntó.

- Mira vos... para encararme a mí tenes fuerza, pero no para ella.

- Te hice una pregunta - protestó Leonardo.

- Y yo puse en palabras lo que veo - respondió Ricardo.

- ¿Eso es un “sí” o un “no”? - dijo desconcertado.
- Un “lo que quieras”, si no sabes oír es cosa tuya, texto claro; no tengo onda con ella. Julieta está tan loca por vos cómo vos por ella. No esperes a cumplir ochenta años y juntar los huevos para decir “si sólo se lo hubiera dicho” - dijo finalizando el discurso.
- ¿Entonces no tenes onda? - preguntó ingenuamente.
Ricardo lo miró queriendo mandarlo a la mierda, pero se calmó y dijo...
- No, Leo, no la tengo... Chau - dijo yéndose del cuarto.

Ricardo estaba sentado bajo un sauce llorón en el jardín, leía un libro de poemas. Leonardo se asomó por el ventanal del living y salió acercándose al hermano, mirándolo fijamente.

- ¡La voy a encarar! - dijo decidido.
- ¿Qué? - preguntó Ricardo, dejando el libro a un lado.
- ¡Voy a encarar a Julieta! Tenés razón fui un idiota. Ando con cualquier mina, no me cuesta nada encararlas, pero con ella... no sé. Será cierto eso que decís y me guste en serio...
- Aha - contestó poco interesado.
- Además ya me escabullí demasiado de nuestra apuesta - prosiguió.
- Lo de la apuesta lo hice para que te animaras de una vez, porque te faltaban los huevos para asumirlo - dijo sonriendo sarcásticamente.
- Bueno... no empecemos a ofender... ¿cómo se lo digo? - preguntó desconcertando a Ricardo.
- Mira a quién le vas a pedir consejos - contestó el chico mordiéndose el labio inferior.
- Dame una mano en serio boo... - insistió -... Vos sabes cómo hablarle, Ric, los vi anoche cagándose de risa - dijo dándole un codazo en el brazo.
- Yo que sé. Anda sin dar vueltas, decile...
- ¿Sí? - dijo interrumpiéndolo.
- ¿Me vas a dejar terminar...? Gracias... Decile que hace tiempo que te gusta, pero tenías miedo de decírselo y que ella te rebotara, pero que recién después de seguir el buen y sabio consejo de tu adorado hermano...
- ¡Anda! - dijo empujándolo -... pero me gusta el principio.
- A mí me gusta más el final - dijo cargándolo -... ¡ta! Grabate el final, más no sé decirte!.
- Me basta, gracias - dijo yéndose de la casa.

Sonó el timbre en casa de los Rodriguez. Un hombre atendió la puerta; era grande, bigote estilo cepillo, pelo oscuro de ojos negro y mirada penetrante.

- Ah... sos vos, me desconcertaste estando tan pituco arreglado ¿querés ver a la nena, no?

- Sí, señor... por favor, es que... - dijo el muchacho.
 - Nena... acá te busca Ricardo - gritó el hombre alejándose de la puerta.
- La chica bajó por las escaleras sonriendo. Tenía puesto unos vaqueros, musculosa verde y el pelo suelto. Con cada escalón que bajaba el pelo le caía hacía adelante.
- Hola... ¿Leonardo? - dijo sorprendida al verlo.
 - Sí ¿a quién esperabas? - contestó sonriendo.
 - Es que... nunca hablamos - dijo la chica nerviosa.
 - ¿Te decepcioné mucho? - preguntó poniendo cara de lástima.
 - No, no. Mi viejo dijo Ricardo por eso... ¡papá, salgo a dar una vuelta y vuelvo! - gritó la chica agarrando la campera.
 - Bueno... dentro de poco está lista la comida, así que...
 - Sí, papá, una vuelta nada más - salieron y ella cerró la puerta.
- Estaban caminando y él la frenó en un banco.
- Sentate por favor - dijo el chico.
 - Bueno... ¿qué pasa, Leonardo? - preguntó una vez que se sentó.
 - Hace un tiempo que me gustas, pero tenía miedo de decírtelo y que me rebotaras - la chica quedó muda -... ¿Julieta... qué decís?
 - Que... a mí también me gustas. - dijo poniéndose colorada. Leonardo se le acercó y la besó -... ¡Pará! Nos va a ver mi padre - dijo asustada.
 - No nos va a ver, estamos lejos... sólo dame uno más - suplicó él.
 - Ta, ya está - dijo ella haciéndose de rogar.
 - Bueno... ¿nos vemos mañana? - preguntó agarrándola de la mano.
 - Sí, ahora vuelvo sola, así no nos ve... - antes de irse Leonardo le dio otro beso.

Marisol estaba en el patio con Ricardo tomando mate, escuchaban a Sabina. Leonardo se sentó junto a ellos.

- ¿Y esa cara de idiota? - preguntó delicadamente Ricardo.
- Me encantan las flores con las que se tiran che. Bueno yo me voy adentro, igual ya se terminó el mate. Así que voy a lavar los platos. Nos vemos - dijo alejándose.
- Dale ¡contá! - insistió Ricardo de repente interesado.
- La besé - comentó el otro.
- No me digas ¿de una? - preguntó sin creerlo.
- Sí, le dije lo que me dijiste y me dijo que sentía lo mismo. Mañana nos vamos a ver - dijo ansioso.
- Qué bien - respondió frotándose un ojo.
- ¡Gracias! - dijo sonriendo.
- ¿Por? - preguntó Ricardo mirándolo de repente.
- Por la patada en el culo de ésta mañana - contestó Leonardo yéndose.

- Ah... - dijo Ricardo retornando a su lectura (el libro de poemas que había dejado de leer).

Parte ocho

Pasaron ocho meses de aquella fiesta de cumpleaños. Marisol ya estaba oficialmente divorciada. Los mellizos quedaron bajo su tutela, podían ver al padre en los fines de semana, pero pocas veces lo hicieron. Ni él los fue a buscar los fines de semana.

Era cómo que el día en que firmó el divorcio, no sólo se divorciara de su mujer, sino también de los mellizos.

Alessandro se mudó oficialmente a la cabaña (antes sólo había llevado un cepillo de dientes, ahora también había ropa suya en el ropero de Marisol).

Leonardo seguía saliendo con Julieta. Al padre le costó aceptarlo al principio, pero después no tuvo problemas, aunque siempre lo miraba de reojo. Y Ricardo...

Ricardo, estaba tirado sobre la hamaca Paraguaya con un grueso libro entre las manos. El otro mellizo estaba junto a Julieta en el comedor mirando la televisión.

Una morocha flaquita con minifalda y pezones en punta, pasó junto a la hamaca saludando a Ricardo y él respondió con un "Hola" y volvió dentro de su lectura. La chica golpeó la puerta y Leonardo atendió, cuando la vio se quedó mudo y se puso nervioso...

- ¿Qué haces acá?

- No me llamaste desde que volvimos del camping y tengo que contarte algo, Leo.

- ¿Quién es, Leo? - preguntó alegre Julieta desde el sofá.

- Una compañera del Liceo, Juli, ya vuelvo - dijo sacándola y cerrando la puerta.

Al rato Julieta se acercó al cuñado.

- ¿Conoces a esa chica, Ricardo? - preguntó ella agarrándose de la hamaca Paraguaya.

- ¿Qué... a quién? - miró alrededor y la vio -... Ni idea, estaba en otra - dijo sonriendo.

- Sí, en tu lectura habitual... Es linda la muchacha - dijo de repente.

- Vos también no... ¡no me busques novias por favor! - rogó el chico.

- Perdón... cambiando de tema ¿nunca la habías visto antes?

- La verdad que no, hay tantas iguales que también puedo confundirme, pero creo no haberla visto nunca... ¿Celos? - preguntó apuntando a lo que la intranquilizaba.

- ¡Ay no! Nada que ver, sólo preguntaba - contestó aireada.

- Si vos lo decís... entonces si no te molesta sigo leyendo...

- Seguí nomás, me voy adentro - dijo dándose la vuelta.

La muchacha que hablaba con Leonardo se fue furiosa y él pasó con cara de amargura junto al hermano.

Ricardo ni se había percatado del panorama que lo rodeaba, porque estaba siendo absorbido por la historia del libro, pero vio a Julieta irse al saludarlo con la mano.

Entonces se enderezó, cerró el libro marcando la página y entró a la casa.

- Qué temprano que se fue Julieta - señalo dejando el libro sobre la cómoda.

- Le dije que me dolía la cabeza y me quería acostar - respondió Leonardo.

- ¿Y es verdad? - preguntó mirándolo.

- No, pero no podía verla...

- ¿Por qué decís eso? - dijo enojado.

- No tiene nada que ver con ella, es por algo mío que... no te puedo decir ¿mamá está en casa? - preguntó preocupado.

- No, pero no te entiendo, Leonardo, ¡explícate! - dijo tratando de calmarse.

- Ella no se puede enterar ¿entendes, Ric?

- ¿De qué mierda estás hablando, hermano? No te entiendo... ¿Es que acaso te casaste? Por Dios... - dijo agarrándose la cara al no obtener una respuesta inmediata.

- Soy menor de edad y ella tendría que firmar - respondió.

- Qué alivio - dijo suspirando.

- Ni tanto... hubiera preferido haberme casado, porque me puedo divorciar, pero ahora... ahora... Es diferente - sentenció destapando el misterio.

- No me digas que vas a ser padre y esa minita que vino es...

- ¿Por qué no piensas que es Julieta? - preguntó confundido.

- Porque no es idiota. No podes ser tan hijo de puta... ¿qué vas a hacer ahora? - preguntó acorralándolo.

- No sé - respondió con voz ronca.

- ¿Cuándo fue?... ¡No, deja! Mira que sos... Julieta te adora y vos te acostas con la primera que ves - gritó enfurecido.

- No fue así, yo también la quiero - dijo llorando.

- Te hubieras acordado antes - dijo sin piedad el hermano.

- Es que estaba mamado y no sabía qué hacía - sollozó.

- A ver si ella te cree ese cuento porque yo no lo hago, Leonardo - dijo frío.

- Pero no se lo puedo decir, me va a odiar... ¡ayúdame, Ric!

- Serías una mierda mayor si no se lo dijeras, no cuentes conmigo en nada, si quieres tapar algo.

A la noche Marisol volvía del trabajo y como siempre Alessandro la recibía con un beso, juntos servían la cena. Hoy había cocinado él, preparó calamares con verduras. Todos se reunieron alrededor de la mesa.

- ¿Cómo fue su día, chicos? - preguntó Marisol.

Dijeron “bien” y callaron. Ricardo ni lo miraba a Leonardo.

- ¿Se pelearon, chicos? - preguntó ella.

- No sé ¿lo hicimos, Leo? - dijo irónicamente Ricardo.

- Éste Ricardo chistoso como siempre. Todo bien ¿no, Ric? - dijo Leonardo.

- Como vos digas, hermanito - dijo con tensión en la voz.

Terminaron la cena y Leonardo salió a sentarse bajo el sauce y la madre lo siguió.

- ¿Qué paso, Ricardo? - preguntó Alessandro.

- Es Leonardo... - dijo suspirando el chico.

- ¿Se pelearon entonces? - dijo apoyando la cabeza en sus brazos.

- Es más sarpado... no me mires así, ¡no soy un buchón! Es su vida y no me meto, pero me revienta como todo le parece un juego que puede manejar a su antojo, sin percatarse de los deseos de los demás... Ni que pudiera tapar al sol con un solo dedo.

- Sé que no sos buchón y no pretendía sacarte nada. ¿Al menos te sentís un poco mejor al haber largado parte de la historia? - preguntó mirándolo.

- Sabes que sí...

- ¿Quieres que me quede un rato acá? - preguntó el hombre bostezando.

- No, gracias, janda a acostarte nomás! - contestó Ricardo.

La noche era estrellada y corría una fresca brisa. Ricardo había cerrado los ojos, mientras se hamacaba. De repente sintió unas manos finas y frías sobre los ojos.

- ¿Y... quién soy? - preguntó con voz gruesa.

- ¡Julieta! - respondió sin vacilar.

- Sí ¿cómo estás... Leo está mejor del dolor de cabeza? - preguntó sonriendo.

-<Él está bárbaro, tiene dieciséis años y va a ser padre>- pensaba el chico.

-¡Ricardo!... - llamó la chica -... vine a hacerle compañía. ¿Ricardo estás bien? - preguntó arrodillándose (quedando a la misma altura).

- ¿Qué? Sí, estoy bien - dijo mirándola.

- ¿Y... está o no mejor tu hermano? - insistió.

- Creo que sí, pasa nomás - dijo él.

Parte nueve

Pasaron dos meses más, la situación seguía igual. Leonardo convenció a la chica de no decirle a nadie acerca de su embarazo. A Julieta la seguía manteniendo en el engaño. Ricardo tuvo una fuerte discusión con su hermano y se fue a Argentina, a pasar un tiempo allá con la tía (hermana de su madre).

- ¡Ale! ¿me acompañas al puerto a buscar a Ricardo?... llega en hora y media.

- Sí, Mari ¿te venís, Leo? - preguntó el hombre poniéndose de pie, mirándolo.

- No, no, lo espero acá mejor.

El muchacho ya había llegado del viaje y se estaba tomando un café, mientras pensaba...

<¿Se los habrá contado? ... no lo creo, porque mamá no me contó nada, aunque ...

¿qué me tendría que decir?... A lo mejor fue un shock y se lo tragó... por dios, me estoy haciendo sólo la película ¿por qué será todo tan complicado... por qué me preocupo tanto? Ni que fuera mío el problema... Pero Julieta... me va a odiar cuando lo sepa todo, cuando sepa que me fui sabiéndolo todo.> - de repente se vio sorprendido por Marisol y Alessandro.

- Hola, mi amor ¿cómo te fue... cómo está la tía y los sobrinos... te gustó Buenos Aires?

- Hola, mamá. Bien bien. La tía, los primos y todo bien. Mandan saludos - contestó parándose y siendo acosado a besos y abrazos.

- Hola, Ricardo. Perdónala fue demasiado tiempo para ella... ¿tuviste un buen viaje?

- No pasa nada y sí, estoy un poco cansado nada más... - respondió el chico.

- Bueno, vamos al auto, que Leo en casa empezó a armar un fueguito para preparar un asadito de bienvenida - dijo sonriendo la madre.

Ya estaban camino a la cabaña. Marisol se dio la vuelta y lo miró...

- ¡Estás re flaco, mi amor! ¿Te gustó la ciudad... qué hiciste... te divertiste, me extrañaste?

- ¡Mujer! Deja de aturdirlo con tus preguntas, recién llegó y ya le das ganas de irse otra vez.

- Noo... es que lo extrañé mucho - dijo emocionada.

- Está todo bien, mamá - dijo poniéndole los brazos sobre los hombros -... cuando lleguemos y me de una ducha, te cuento todo lo que quieras - dijo sonriéndole.

- Bueno - contestó secándose las lágrimas.

Al verse liberado del acoso de preguntas, le dio por interrogar a él.

- ¿Acá hubo alguna novedad? - preguntó.

- No, nada nuevo... bueno sí... - dijo sonriendo.

- ¿Te parece decirlo ahora, Mari? - intervino Alessandro.

- Sí, Ale - afirmó la mujer.

- ¿Qué pasa? - preguntó inquieto.

- Hay un bebé en camino...- el chico abrió los ojos de par en par -... Sí, mi amor, estoy embarazada de tres meses, te lo quería decir en persona - dijo sonriendo y llorando -... ¿no decís nada, no te alegra tener otro hermanito? - preguntó sollozando.

- Es flor de noticia, cómo no me voy a alegrar. Me agarraron de sorpresa - dijo Ricardo.

- Ya tenemos los nombres, si es nena será Jesica y si es nene Carlos - dijo Alessandro.
 - Se los ve felices - dijo al fin el muchacho.
 - Sí, lo estamos, al principio yo tenía miedo, pero Ale me calmó diciéndome que todo saldría bien... Bueno la primer experiencia que tuve fueron tu hermano y vos y mira lo bien que me salieron - dijo sonriendo.
 -<Entonces Leo aun no dijo nada de su hijo o hija...>- pensaba Ricardo mientras le sonreía.

El auto frenó en la entrada de la casa. Leonardo se adelantó y levantó el brazo saludando y detrás de él, salió Julieta que sonreía dulcemente, enredada en la ignorancia y a Ricardo se le hizo un nudo en la garganta. Hizo de cuenta que se le había caído algo, para esquivar la mirada de la chica.

Salieron del vehículo y Leonardo abrazó a su hermano, cuando puso un pie en el piso. Alessandro bajó las valijas del auto y las metió dentro de la casa. Marisol lo siguió. El chico saludó con un beso a Julieta y cuando Leonardo le quiso darle un beso, esquivo la cara diciendo que quería darse una ducha.

Sirvieron la mesa con diferentes ensaladas y Leonardo trajo el asado del fuego.

- ¡Permiso! Vamos a comer che - dijo Leonardo entrando en el baño.
 - Me estoy duchando, nene - contestó.
 - Ya sé ¿cómo te fue? -preguntó.
 - ¿Es lo único que sabes preguntar?
 - Ya sé que seguís caliente, pero se solucionó ese tema.
 - “¿Qué sigo caliente?” ¡Dame una toalla! No voy a hablar contigo en bolas... Pensé que no tenía que enfrentarme a esto otra vez...
 - Y no hace falta... Lucía...
 - ¿Quién es Lucía? - preguntó irritado.
 - La chica embarazada - contestó bajito.
 - Ah... ahora la muchacha tiene nombre. No la trates como un personaje, es la chica que VOS dejaste embarazada, se necesitan dos para el resultado y no creo que te haya obligado a hacerlo.
 - Claro que no me obligo, pero no va a decir nada ¿entendes?
 - ¿Qué? pero vos estás loco, Leonardo.
 - No, vas a ver que todo va a salir bien. Julieta no se va a enterar nunca y todo seguirá como hasta ahora - dijo sonriendo.
 - ¡Estás enfermo! - afirmó Ricardo.
 - ¿Qué decís? - dijo sorprendido.
 - ¡Eso! Y ahora déjame sólo - dijo y al sentir el portazo se sacó la toalla dejándola sobre la tapa del wáter y siguió duchándose.

Ya había caído la noche, las estrellas brillaban a lo lejos. Ricardo se estaba hamacando en la hamaca Paraguaya tarareando una melodía.

- Ya me imaginaba que te encontraría acá - dijo la madre sonriendo.

- Hola, mamá - dijo él.

- ¿Te jodo ahora si te pregunto cómo te fue? - preguntó con los ojos rojos.

- Vos nunca me jodes y perdóname si alguna vez te lo hice sentir.

- Está bien ¿por qué tan sentimental? - preguntó acariciándole el pelo.

- ¡Sentate junto a mí por favor!... por nada, sólo perdóname - dijo abrazada a ella.

- Claro que lo hago, mi amor - dijo dándole besos en la cabeza.

- A pesar de lo que suceda tenes que saber que te adoro y que siempre lo haré y perdóname si alguna vez callé...

- Me estás asustando, Ricardo - dijo dubitativa.

- No importa, prefiero que lo sepas... - hizo un silencio -... Me fue bárbaro en Buenos Aires, conocí a tantos locos como yo. La tía es divina y el marido también, los hijos son flor de avivados, ni te imaginas. La ciudad es un despelote. Me hace bien ese caos, me sentí en las nubes... - Ricardo contaba embaldado sobre cada detalle -... y hace una semana o semana y media conocí a... -calló de repente.

- ¿A quién, mi amor? - preguntó con una sonrisa.

- A Sebastián - contestó mirando nervioso. Ella le levantó con dulzura el mentón.

- ¿Es Argentino? - preguntó -... ¿Y... lo quieres, mi amor? No hace falta que digas nada, tus ojos brillan como hace tiempo no lo hacían. Me alegro, mi amor.

El muchacho parecía haberse tranquilizado y se quedó hablando con la madre de cada detalle.

Se sentaron a la mesa y comieron el asado, al finalizar Ricardo se incorporó.

- ¡Un aplauso para el asador! - Alessandro agradeció - y con ésta maravillosa comida doy a conocer, siempre y cuando mi madre - dijo mirándola -... esté de acuerdo, me voy a vivir a Argentina con la tía Rocío - dijo finalizando el brindis.

Todos se quedaron mudos. Marisol que ya había notado algo antes de la cena, empezó a soltar las lágrimas. Alessandro se levantó y la abrazó.

- Pero si recién llegaste, mi amor - dijo llorando.

- Me quedo dos meses y termino acá el año... Ya lo estuve hablando con la tía y ella no tiene problema en recibirme por un tiempo allá, pero me dijo que tenía que hablarlo contigo, lo cual quería hacer antes que nada - dijo mirándola.

Julieta que había recibido a su amigo con una sonrisa, ahora se le había borrado y tenía tristeza en la mirada. Leonardo no podía creer lo que estaba oyendo.

Ricardo se levantó del todo de la silla y se alejó de todos llamando a la chica.

- ¿Por qué quieres irte? - preguntó con lágrimas en los ojos.

- Por muchas cosas que ahora no te puedo explicar, Julieta.
 - Es porque conociste a una chica, ¿no? - preguntó.
 - No, la única chica en mi vida sos vos.
 - Pero tenes que tener alguna razón - insistió.
 - EL día que te enteres de esa razón me odiarás - dijo Ricardo.
 - No, nunca podría... ¿por qué estás tan seguro de que te odiaría?
 - Porque yo lo haría, como ya lo hago - contestó.
 - No te entiendo, Ricardo - dijo ella confundida.
 - Olvidalo... Perdóname la cobardía. En dos meses me voy, aprovechemos el tiempo ¿no?
 - Bueno... contame cómo te fue ¿y qué te atrapo del otro lado? - preguntó sonriendo.
 - Me sentía bárbaro en la ciudad. Hay un montón de gente que piensa como yo. Mi familia allá es genial, ah... y hace un tiempo conocí a un chico que me gusta mucho... Ves que no hay ninguna mina más que vos - dijo riendo.
 - ¡Ay qué guacho! Qué bien guardadito te lo tenías... ¿Cómo es?
 - Alto, castaño oscuro, tiene ojos verdes, se llama Sebastián... Sabe un toco de música y puedo hablar con él sobre todo.
 - Ay qué lindo, pero viste que tenía razón - dijo ella guiñando un ojo.
 - ¿En qué? - preguntó sorprendido.
 - En que conociste a alguien.
 - Sí, podría decirse que sí - contestó sonriendo.
- El chico se despidió de Julieta y entró en la casa. Al pasar por el cuarto de la madre, la vio sentada en la cama llorando y pidiendo permiso entró a la habitación y se agachó frente a ella.
- ¡No llores, mamá! - dijo dulcemente.
 - ¿Cómo quieres que no lo haga si te me vas, mi amor? - dijo sollozando.
 - Podes negármelo sencillamente - dijo mirándola a los ojos.
 - Vos déjame llorar si no, no voy a tener el coraje para dejarte ir - dijo negándose a oír lo que le dijo Ricardo.
 - Gracias, mamá... - dijo abrazándola.
 - ¿Me prometes que te vas a portar bien y que te vas a pensar las macanas dos veces y que le vas a hacer caso a Rocío y que te vas a lavar los dientes y te vas a cuidar y me vas a llamar cuando quieras y... y... y llámame por favor, llámame, mi amor?
 - Sí, mamá, te lo prometo. Y vos perdóname algo que no puedo contarte, cuando te enteres... perdóname.
 - ¿Otra vez con eso... de qué se trata? - preguntó mirándolo.
 - No puedo, mamá, ya te lo dije - contestó el chico.

Parte diez

Eran las siete de la mañana y Alessandro se arrodilló frente a Ricardo.

- Che... ¿te venía a pescar al río?
- Sí, dame un segundo - dijo incorporándose en la cama.
- Ta, te espero adelante - dijo saliendo del cuarto.

El río estaba tranquilo, las cañas de pescar inmóviles y el hombre no paraba de hablar. De vez en cuando el chico decía algo.

- ¿Hace cuanto que llegué, Ale? - preguntó frenándolo.
- Mmm dos o tres semanas... Como pasa el tiempo che - protestó.
- Ah sí - dijo suspirando.
- ¿Cómo se llama? - preguntó después de haber dejado pasar un tiempo.
- ¿Quién? - preguntó nervioso -... ¿mamá te lo contó, verdad?
- No me contó nada, ¿tenía que haberlo hecho?
- No, pensé que lo hizo, pero veo que no... - contestó Ricardo.
- Che Ricardo, ¡Tranquilo! No quería ponerte nervioso. Sé que sos homosexual y me parece bárbaro que lo reconozcas, no sabes la cantidad de gente que conozco que por miedo al qué dirán, callan y viven traumatados.
- Pero ¿cómo lo sabías? - preguntó.
- Tu manera de pensar y actuar de estos días lo dijeron todo - dijo sacando la caña de pescar del río.
- ¡Ay no! - dijo abriendo los ojos de par en par.
- Tranquilo que estoy seguro de que nadie lo sabe - dijo Alessandro.
- Sí. Mamá lo sabe ya, se lo conté ayer y se lo tomó a bien.
- ¿Y por qué no lo iba a hacer? - preguntó mirándolo atentamente.
- No sé - dijo levantando los hombros.
- Bueno, pero todavía no me dijiste su nombre - insistió el hombre.
- Se llama Sebastián - dijo con una sonrisa que no pudo ocultar.
- Aha. Con que Argentina eh...
- ¡Sí! - afirmó.
- ¿Está bueno allá? - preguntó poniéndose de pie.
- Sí, a mí me encantó más allá de Sebastián - dijo sonriendo.
- Me alegre, Ricardo - dijo dándole la mano para levantarlo.

No pescaron nada, más que intercambios de palabras. Tras dejar pasar un par de minutos, se pusieron en marcha para volver a la cabaña.

Estaban almorzando oyendo el noticiero. Leonardo de repente se puso de pie

mirando a su hermano.

- ¡No te vas a ir! - dijo gritando.

- ¡Leonardo! - dijo Marisol llamándole la atención al hijo.

- No, él se quiere ir porque yo no abrí antes la boca - continuó Leonardo.

- ¿De qué estás hablando? - preguntó Marisol - ¿Ricardo? - preguntó girándose hacia el otro hijo.- Él no hablaba y sólo miraba a su hermano.

- Se quiere ir, porque yo no dije que voy a ser padre. Que Lucía es la madre y está embarazada de cuatro meses y él no aceptaba que yo callara - el sopapo de Marisol le voló la cara.

- ¡Cuatro meses! ¿y cuanto tiempo más tenías planeado ocultármelo? - gritó.

Leonardo no dijo nada, sólo se agarraba la mejilla, mirando hacia el piso.

- ¿Cómo pudiste hacerle eso a Julieta y a esa pobre chica?... Mañana vas a la casa de ésta chica y te haces cargo de todo y basta de mentiras, Leonardo - dijo Marisol exaltada.

- Pero Julieta... - dijo Leonardo.

- Julieta un cuerno. Si tanto te importa te hubieras puesto los pantalones. Mira que yo te habría apoyado con una sonrisa, pero lo que hiciste no tiene nombre, Leonardo - dijo ella enojada.

De repente sonó el timbre y Alessandro se levantó para atender. Era Julieta que traía una sonrisa de oreja a oreja.

- ¿Por qué esas caras? - preguntó al ver a toda la familia a la mesa.

- Vamos Ale, dejémoslos solos - dijo Marisol. Ricardo se había ido ni bien ella llegó.

- ¿Qué pasa, Leo... por qué se fueron todos... Leo, ¿por qué no me contestas?

- Ho... hola - dijo dándole un beso que duró un segundo.

Ricardo que estaba acostado en la hamaca Paraguaya, oía que se acercaban unos gritos y abrió los ojos, sin animarse a mirar.

- ¿Cómo fuiste capaz de mentirme? ¡Sos un cerdo, Leonardo! No te quiero volver a ver... te odio - gritaba la chica mientras lo dejaba atrás. Estaba cubierta por lágrimas, se detuvo mirando a Ricardo y después se fue. Leonardo corrió tras ella y se detuvo ante Ricardo.

- ¿Estarás contento ahora? - dijo enojado.

- ¿Qué decís? Si fuiste vos el que no habló antes y mamá te tuvo que obligar a enfrentar la realidad, cuando habías perdido la cordura - respondió.

- Digas lo que digas ahora me quedé sin Julieta.

- Qué suerte que tuvo. Aunque ahora sufra, después se va a dar cuenta de lo afortunada que es.

Leonardo no supo qué responder y entró corriendo a la casa.

Pasó una semana más. Marisol estaba trabajando en la escuela (es maestra) y Alessandro en la panadería.

Leonardo se fue a vivir con Lucía, a pesar de que la madre le dijo que no tenía que casarse por tener un hijo en común, pero no quiso oír. Que sí se hiciera cargo del bebé, pero que no se condene a una vida opaca. La chica quería casarse y Leonardo aceptó.

Ricardo ya tenía las valijas preparadas y algunos bolsos; cosas personales y algunos recuerdos. Le quedaban unas semanas aun junto a la madre que aprovechó y exprimó esos momentos como si fueron los últimos.

- ¿Ya me perdonaste por lo de Leonardo, mamá? - preguntó dubitativo.

- No hay nada que te tenga que perdonar a vos, mi amor. Es él el debería pedir perdón, pero dudo que lo pida de corazón, no sé... Puedo entender que se haya asustado, pero no que haya calculado fríamente algo así - contestó.

- Fue lo que me espantó y sabiéndolo todo, decidí irme...

- Entonces ya podes quedarte, mi amor - dijo con los ojos brillando.

- No es sólo por él que quiero irme, mamá... Te juro que te vengo a visitar y nos hablamos por teléfono - su mirada lo decía todo.

- Entiendo, perdóname, así lo haremos. Te deseo lo mejor, mi amor - dijo besándole la mejilla y abrazándolo.

Parte once

Los días volaban en la casa de los mellizos y la partida de Ricardo se acercaba. Una noche golpearon la puerta y Ricardo fue a ver quién era. Se acercó silbando y al abrir la puerta calló. Era Julieta que lo miraba fijamente a los ojos, el muchacho avergonzado bajó la mirada y la saludó.

- Hola, Ricardo... - dijo dulcemente -... ¿No está tu hermano, no? - preguntó bajito.

- No, está en lo de... ¡perdón! - dijo agarrándose la cabeza.

- Está todo bien, Ricardo... ¿se mudó con ella, no? - preguntó con los ojos colorados. El chico asintió... -¡Julieta!

- No importa, no vine por él sino por vos - dijo finalmente.

- Me imaginé y lo único que puedo... - la muchacha le dio un beso en los labios.

- No digas nada, fue mi manera de desearte lo mejor, para pedirte perdón por no saber escuchar más allá de las palabras y para que no te olvides de ésta Uruguay que aprendió a quererte desde las palabras - dijo sonriendo.

La abrazó mientras que las lágrimas le acariciaban el cuello, al igual que a ella.

- Hoy cumpla años y tu regalo no lo voy a olvidar nunca ¡Gracias! - dijo Ricardo.
- ¡Qué tarada! Otra vez me olvidé ¡Fe... - decía Julieta.
- Me lo acabas de desear... ¿Te venís? - preguntó.
- No, no... No quiero verlo, Ricardo - dijo ella dando un paso hacia atrás.
- ¿Te dije que él estaba invitado? - preguntó él mirando de costado.
- Pero... ¿no lo festejan juntos?
- Antes sí, hoy no. Mi madre me invitó al cine con Alessandro y te estoy invitando - dijo sonriendo.
- Bueno... entonces ¡sí!

Terminaron el cumpleaños separados. Leonardo junto a su pareja satisfaciendo ataques de antojos y listas para el bebé y Ricardo rodeado de papas chips en el cine con Marisol a un lado (Alessandro junto a ella) y Julieta al otro.

Parte doce

El muchacho despertaba, por la luz que entraba por la ventana. Ahora dormía en la cama de arriba, porque el hermano ya no vivía en casa. Se levantó pisando el frío del suelo, lo cual lo despertó como un shock. Caminó hacia la ventana y vio a su madre sentada en la mesa de jardín.

- Buenas, mamá - dijo medio dormido.
- Buenos días, mi amor ¿preparo el mate? - preguntó caminando hacia él.
- Bueno... pero ¿no tenes que ir a la escuela? - preguntó frotándose los ojos.
- ¿Y perderme el último día con mi nene? ¡Ni loca! - él le sonrió y Marisol le dio un beso.

Estaban tomando el mate, cuando apareció Alessandro saliendo al jardín con un short y musculosa. Se paró tras la silla de Marisol y le besó el cuello.

- Cinco meses ya ¿no? - dijo Ricardo.
 - ¡Sí, mi amor!... ¿Quieres que te prepare un café, Ale?
 - No, gracias... Tomo mate con ustedes - dijo sonriéndole.
- Reinó el silencio unos segundos entre mate va mate viene.

El día estaba precioso, parecía que lo quería despedir brindándole lo mejor para que volviese pronto. Los pájaros cantaban en lo alto de los árboles. Un par de nubes pintaban el cielo sin oscurecerlo. El sol brillaba radiante y no había más que tranquilidad alrededor.

- Es irónico ¿no? - dijo Marisol de pronto.
- ¿Qué cosa? - preguntó el chico bajando la mirada hasta ver a la madre a los ojos.

- Que mis hijos se van y voy a tener a otra... - dijo tapándose la boca.

- ¿Otra... no era Carlitos? - preguntó sonriendo.

- Se te fue la sorpresa al carajo, Mari - dijo Alessandro haciéndole un masaje.

- ¡Mierda!... ¡sí! el doctor me dijo que es una nena - confesó.

- ¡¡Felicitaciones!! Con que Jesica eh... - se levantó y le acercó a la panza de la madre - ... ¡Bienvenida, chiquita! Entrás en una familia completamente loca, pero ¿cuál no lo está? ... Te tocan unos padres de puta madre. Tu mamá... es el sol que si un día te hace falta sentirás morir - los ojos de Marisol se habían llenado de lágrimas -... y tu papá es el mejor amigo que tuve, te va a caer bien éste - el hombre también aflojo y entre ambos lo abrazaron.

- ¿Cómo voy a hacer sin tenerte alrededor? - preguntó emocionada.

- Las preocupaciones por Jesica y tus futuros antojos - dijo guiñando un ojo -... te ayudaran a no pensar tanto en mí, además éste - dijo palmeando la espalda de Alessandro -... es de fierro y no te va a dejar en banda - el hombre ya no aguantaba más y lo abrazó.

- ¿No tienen ganas de ir a pescar? - preguntó el muchacho, secándose la cara de un par de lágrimas que habían caído involuntariamente.

- Pero... dentro de unas horas, te tenes que ir por el cambio de ómnibus - dijo la madre preocupada.

- Yo lo llevo, Mari, mira si lo voy a dejar ir sólo. No pensaba ir a la panadería justamente para llevarlo al puerto. Dale ¿vamos? - insistió.

- Bueno - dijo ella levantándose.

Y allá fueron “La última salida de pesca”. Pescaron mucho.

Al volver a la casa se encontraron con Leonardo y Lucía, esperándolos sentados en el muro.

- Hola, chicos - saludó Marisol.

- Hola, señora - dijo la muchacha retirándose el pelo de la cara.

- Marisol que señora ni señora - dijo sonriendo agarrándose la cintura.

- Marisol... ¿cómo estás? - preguntó Lucía.

- Muy bien, gracias ¿y vos... cómo anda tu embarazo? - preguntó mirándole la panza.

- Con mareos, pero la voy llevando - dijo agarrándose el vientre.

- Bueno... ¡pasen y siéntanse por favor - dijo el hombre abriendo la puerta.

- Hola, Ricardo ¿cómo estás? - preguntó Leonardo humildemente.

- Bien, gracias... ¿por qué viniste? - preguntó sin olvidarse de lo sucedido.

- La vieja me lo pidió, pero yo quería verte antes de que te fueras - respondió y fue la primera vez que Ricardo sintió que decía la verdad -... ¿Podemos volver a ser amigos, Ric? - preguntó estrechándole la mano. Ricardo dejó el balde con los pescados en el

piso y agarrándole la mano lo tiró contra su pecho, abrazándolo.

- ¡Cuida bien de nuestra hermana y de mi sobrina! Sino vuelvo y te dejo el culo rojo de tanta patada que te voy a dar - dijo sonriendo.

- Está bien... ¿pero qué quieres decir con hermana... Es que va a ser una nena, como la nuestra?

- No hay caso... vos seguirás siendo el mismo lerdo de siempre - dijo Ricardo riendo.

- ¡Sí, Leo! - respondió la madre sonriendo.

Se hizo la hora de la partida. Alessandro y Leonardo ayudaban al muchacho con las valijas y bolsos, mientras que Marisol abrazaba al hijo sin parar de llorar. Lucía parada junto a ellos le acariciaba el pelo a la suegra. Julieta había pasado inadvertida y se echó dentro de la hamaca Paraguaya. Ya estaba todo dentro del vehículo.

Leonardo se acercó al hermano y lo despidió, le siguieron Lucía, Alessandro, Julieta que había saltado de la hamaca y por último la madre que no parecía querer dejarlo ir.

- ¡Mari... dale! que nos tenemos que ir... ¡Amor, veni con nosotros! - propuso al final.

- Prefiero que no, mamá. No me gustan las despedidas, nos despedimos acá ¿sí?

- Está bien, ni bien llegues me llamas ¿oíste? - dijo pasándole las manos por la cara.

- Sí, no te preocupes - dijo sonriendo.

- Pueden comunicarse con e-mails - dijo Leonardo.

- No, no me gustan las computadoras... yo te llamo por teléfono o te mando cartas, lo juro - Ricardo se separó finalmente de la madre y se subió al auto.

El motor arrancó y se puso en marcha, dejando atrás a una joven delgadita con lágrimas en los ojos. Un muchacho que era su espejo roto, junto a una panza de seis meses y una colorada pecosa con una panza de cinco meses abrazada a la jovencita delgada.

Fin.

Noviembre 2006

Uno

Las puertas que dan al balcón, quedaron abiertas. El invierno entraba con todo su frío a la habitación. No había ningún pájaro dispuesto a arriesgar su garganta bajo la nieve. Los árboles estaban desnudos y cubiertos a la vez, de nieve. Y la dueña del dormitorio, estaba parada y apoyada sobre la baranda del balcón.

Hace un rato sonó el teléfono (era una llamada del Dr. Lombardi, de la clínica San Gervasio) el doctor me decía con emoción en la voz que había esperanzas. Cito textualmente aquí sus palabras -“Hay buenas noticias señorita Rieto... He analizado los últimos estudios que se hizo y existe, más bien estoy convencido de que puedo ayudarla...”.

He pasado por tantas ayudas en estos últimos tres meses, que ya no quiero exponerme más. Reconozco que bien en el fondo, uno no deja de encender una llamita de esperanza, cuando la vida se le escapa entre las manos y le ofrecen una mentira. Porque yo me voy a morir y no hay nada que se pueda hacer. A propósito tengo tuberculosis, cuando me enteré de mi enfermedad reaccioné positivamente, estaba llena de fuerza y convencida de que todo iría bien. Porque es curable, pero por mi condición física, no lo fue.

Porque cuatro tratamientos, completamente diferentes, me han destrozado por dentro y me demostraron que mi fuerza se agotó y que mi convencimiento sólo fue efecto del deseo de que las cosas terminaran bien.

No dejé que el Dr. Lombardi terminara de hablar, le dije “gracias” ya con la voz quebrada y le colgué. Desde esa llamada estoy acá parada, sintiendo como el viento se cuela entre mi pelo. Siento los copos de nieve, caer sobre mis labios y mi piel. Oigo el silencio de alrededor, no se oye ningún vehículo en la calle y tampoco cantan los pájaros.

Ahora Max me lame la mano (un golden retriever que me regaló mi hermana hace tres años. Es un divino. A la mañana me alcanza las pantuflas, cuando se me cae algo en seguida siento su hocico rozando mi pierna y sostiene lo que se me cayó. Es un faldero, no me deja ni a sol ni a sombra.).

A propósito mi hermana...

-

-¿Qué haces ahí afuera con éste frío, Caro... estás loca? - gritó acercándose a mí.

Esa es mi hermana (se me adelantó a la presentación). Vivo con ella desde que mi madre muriera en el parto de Antonio. Toni vive en Europa. Pero volviendo a Laura (mi hermana) ella es la mayor de los ocho y yo soy la menor de las mujeres. Mis otras hermanas se llaman; Mariana, Violeta, María Antonieta, Cecilia y Ana Clara, Antonio es el único varón y el más chico de todos. Mi padre nos abandonó al morir mi madre.

Como antes decía Laura es la mayor y para mí fue una madre. Es un sol, siempre está de buen humor y si llega a suceder que el buen humor la abandona, es reemplazado por la tristeza, nunca le note mal humor o agresividad y eso que es la que me banca día y noche.

Oye cada uno de mis ataques, me cuida como si fuera un bebé. La oigo llorar con el alma cuando empapo con sangre los pañuelos al toser. Ella siempre me los quita rápidamente, pero huelo la sangre, no se lo digo para que no se sienta peor.

- Caro ¿por qué no me hablas? Tienes que volver a la cama, mi amor. Hace un frío tremendo y estás congelada ¡toma!... Ponete esto sobre los hombros... ay nena - dijo tapándome.

- Estoy bien, Lau - le respondí sonriendo.

- Me alegro, pero ahora vuelves a la cama - dijo llevándome.

- Quiero darme una ducha primero - contesté al darme la vuelta.

Mi hermana me busco la ropa y me preparó el baño; puso toallas en el piso, para que no pisara el frío suelo. También prendió la calefacción y llenó la bañera. ¿No les digo que me trata como a un bebé?...

Media hora más tarde ya estaba vestida y arreglada (nuevamente por mi hermana; me puse un vaquero, una polera violeta y arriba el buzo de lana marrón (que me regaló mi hermano Toni al venir de visita)). Laura insistió en maquillarme y me peinó.

- ¿En serio estás bien, Caro? - me preguntó preocupada.

- Sí ¿por qué me lo preguntas? - dije agarrándole la mano y pasándola por mi cara.

- Es que estabas tan desabrigada chupando toda esa helada de la mañana y... - se le ahogaron las palabras y me di cuenta de que reprimía lágrimas.

- Che flaca, estoy bien... te lo digo en serio. Perdóname por asustarte, no fue mi intención. Es que me bloqueé después de la llamada y no pensé en el frío...

- ¿Qué llamada? No oí sonar al teléfono - preguntó con la voz tensa.

- Era del hospital... - continué.

- ¿Qué paso? - preguntó ansiosa.

- Nada, ¡tranquila! Era el Dr. Lombardi nada más - respondí.

- Pero ¿por qué llamó? - insistió ella sacudiendo delicadamente mi mano.

- No importa... - dije yo pasando mi mano por mi cuello.

- ¿Cómo que no importa ...? A mí sí me importa ¿qué te dijo, Caro?
- Que hay esperanzas con un nuevo tratamiento... no, no hagas eso, Lau - dije dándome la vuelta.
- ¿Qué no haga el qué? - me preguntó haciéndose la distraída.
- Sé que te estás haciendo ilusiones, Lau, pero no me someteré nuevamente a un intento de mejoría... - respondí tocando el borde de mi cama.
- ¡Caro! - dijo sorprendida y sin voz.
- Estoy cansada, Laura - contesté sentándome en la cama.
- Entonces te dejo descansar... - respondió esquivando mis palabras.
- No te auto engañes, Lau, no puedo más... vos no sabes lo que es vivir con esto...
- Pero Caro... - insistió.
- Sé todo lo que haces por mí, como abandonas lo que te gusta sólo para...
- Si no lo hago por vos, no me podría mirar al espejo... ¡Caro! Sos la persona a quien más quiero en este mundo... No se lo digas a los demás, que se van a poner celosos eh... No llores, chiquita, me parte el alma verte así - dijo abrazándome.
- No me pidas que vuelva a intentar un tratamiento... - dije apoyada en su pecho.
- Pero... - dijo acariciándome el pelo.
- Seguí pidiéndomelo, pero mi respuesta seguirá siendo la misma - dijo apartándome.
- El Dr. Lombardi te dijo que hay esperanzas...
- Igual que con los otros tres tratamientos anteriores y mira como estoy - dije interrumpiéndola.
- ¡Viva!... estás viva, Caro - dijo tratando de convencerme.
- No por mucho tiempo más y lo sabes, no habrá tratamiento capaz de devolverme la salud. No creas que no soñé salir de esta pesadilla, pero finalmente desperté, Lau y ya no quiero pasar lo que me queda de vida postrada en una cama, para que anden experimentando en mí - contesté seria.

Así concluyó mi conversación con mi hermana, bueno... claro que ella no dio el brazo a torcer (esa testarudez la saque de ella, sin ninguna duda), mientras que ella me mencionaba su lista de motivos, yo me quedé dormida.

Al paso de dos horas, siento mi mano húmeda porque Max me lamía para despertarme y sacarlo a pasear. Me levantó y sin siquiera abrir del todo los ojos, siento la frazada celeste sobre las piernas (seguro que Laura me tapó al quedarme dormida). Agarre la correa y mi mochila y fui al comedor. Cuando iba a agarrar mi campera siento a Laura dármele. Le sonreí y llamé a Max.

- No vuelvas tarde por favor, pero si lo haces llámame. No voy a salir, así que puedes llamar a cualquier hora... Cuídate, negrita - dijo dándome un beso.

Caminé durante una hora por el parque con Max. Él siempre va delante marcando el camino, yo digo que es quién dirige la batuta en ésta relación. Lo llevo de la correa, porque me dijeron que era mejor, pero a él no le hace falta. Siempre está junto a mí y nunca se me escapó.

A veces voy con él a la playa en invierno, porque no hay tanta gente y lo suelto, pero hasta el día de hoy, jamás se alejó de mí, más que para buscar un palo o pelota que yo le haya tirado.

Como estaba un poco agotada de tanto caminar fui a un bar, perdón: “fuimos”, que acá mi amigo me corrigió con un par de ladridos. El caso es que me tomé un café y le pedí un tacho con agua al camarero. Me acuerdo de la primera vez que fui al bar y se lo pedí, pensó que lo estaba cargando. El bar y el hombre que siempre nos atiende se llama “Pietro”. Ahora nos toma en serio a Max y a mí. Siempre le quise pagar por el tacho que le da a Max, pero él insiste que no hace falta.

Claro que ahora deben pensar que estoy loca, pero che... primero tengo que decirles que Max es más humano ¿qué digo humano?... se trata de elogiarlo y no tirarlo abajo. Empiezo de nuevo; Max tiene más conciencia que mucha gente, segundo es mi amigo y tercero que me puedo dar el lujo y lo digo con mayúscula de estar LOCA y viéndolo desde mi perspectiva... es una lástima que el mundo no esté loco, se dice estarlo cuando calcula cada paso fríamente sin importarle las consecuencias de sus actos, matando, prostituyendo, robando, mintiendo... si eso es lo que significa LOCURA para vos, manteneme bien lejos de toda esa mierda.

Bueno... Max se alejó del tacho, acercándose a mis pies y según los gritos de soslayo de Pietro no se bebió toda el agua...

- Ay cane, no te tomaste toda el agua y eso que es la mejor agua de la zona.

- ¿Cuánto le debo, Pietro? - pregunté levantándome.

- A una ragazza tan bella como es usted, señorita, la invito yo ésta tarde - dijo dulcemente.

lba a objetar algo, pero él en seguida me ayudó a llegar a la salida y me ordenó de enviarle saludos a Laura.

Al llegar a casa, metí las llaves en la cerradura y “vualá”... la puerta que se abría sin yo si quiera girarla y una voz que decía...

- Ay qué suerte que volviste temprano, negrita. Estoy preparando la cena, espero que vengas con hambre - Era mi hermana, que me sacó la campera ni bien entrar y le sacó la correa a Max.

Asentí con la cabeza y me marché al baño, me puse algo más cómodo y me uní a Laura que mientras cocinaba oía música por la radio.

Pasaron varios días en los que me sentía horrible, ninguna de las drogas que tenía me ayudaban a aliviar el dolor. Tanto es así que en uno de mis ataques Laura me llevó a la clínica de San Gervasio y acá estoy desde entonces.

Esto fue hace dos días, supuestamente a la tarde el Dr. Lombardi iba a firmar mi alta. Ahora me siento mejor en serio, no lo digo así no más. Claro que no me siento con ánimos de correr un maratón, pero quien en mi estado lo estaría. Sólo quiero irme de éste lugar que me aterra. Es horrible caminar por éstos pasillos, que están colmados de dolor y esperanzas que dejaron de serlas en el momento de tenerlas.

Laura no se despegó de mi lado, pero a quien extraño en éste momento es a Max. Pobrecito! Todo solito en casa. Lau me dice que la vecina lo está cuidando, pero no creo que lo saque a pasear tanto como él lo necesita. Estoy segura de que lo saca menos de tres minutos al día. Mi hermana dice que lo saca más seguido, pero sólo me lo dice para tranquilizarme.

Eran las nueve de la noche, Lau me leía uno de los cuentos que había escrito. (No les conté... Laura es escritora de cuentos infantiles. Tiene cosas muy lindas y siempre antes de publicarlos me los lee a mí). Estando por la mitad del cuento golpearon la puerta.

- Buenas noches, señoritas... disculpe mi interrupción, señorita Laura - dijo el Dr. Lombardi.

- Ay doctor, no pasa nada y dígame sólo Laura, Dr. Lombardi - dijo mi hermana.

- Y usted llámeme Gastón por favor... y usted señorita Carolina ¿cómo se encuentra? - preguntó acordándose de mí.

Yo obviamente no le di esa libertad, él siguió diciéndome señorita y yo le decía Dr. Lombardi. No hay que ser un genio, para darse cuenta de que él estaba loco por mi hermana y viceversa, a pesar de lo puritana que era, no podía ocultar de mí sus deseos guardaditos.

No existía el día, en el que ella no me hablara de todo lo que él hacía por mí. Al verlo en seguida pulía el buen hombre que había en él, subrayaba que era una persona con la que podías hablar de todo y siempre que lo hacía se reía nerviosa. Pero bue... me fui de tema, volvamos...

- Estoy bien, Dr. Lombardi, ardo en deseos de irme a mi casa ¿me puede dar el alta? - pregunté

- Es un buen síntoma el que se quiera ir, señorita y justamente vine para llevarla a casa... Lo lamento porque no nos vamos a ver tan seguido... Laura.

- Si quieren me provoco otro ataque y así podrían seguir viéndose... - dijo respondiéndole.

- Ay no, negrita... ¿cómo decís eso? - dijo angustiada mi hermana.

- Perdón, no lo quise decir de esa manera, no era lo que pretendía... - dijo él disculpándose.

- No pasa nada... estaba bromeando - dije para calmarlos.

Esa manera “canchera” en que tienen a veces las personas para demostrarse afecto...

“no nos vamos a ver tan seguido” ¿Qué tan seguido ni ocho cuartos? Si estuve sólo internada dos, tres días. La gente delira cuando anda con pájaros en la cabeza.

El Doctor me trajo una silla de ruedas, en la que me sentaron. Mi hermana me empujaba hasta la salida y al sentir el viento en mi cara, oí a Laura llamar un taxi y el Dr. Lombardi le dijo que siguiera nomás.

- Le dije que yo las llevaría, Laura - dijo galante.

- Ay doctor... - dijo con pudor.

- ¡Gastón! - corrigió.

- Gastón... seguramente lo van a necesitar acá - respondió.

- Me gusta que sea directa, si no quieren que las acompañe llamo a otro taxi...

- Ay no, doc... digo Gastón, como va a pensar que... - dijo riendo nerviosa.

Y así siguieron cinco minutos, confieso que fueron un poco melosos. Parecía que no se daban cuenta de que estaba presente, pero guardé silencio porque nunca le había oído una risa tan franca y alegre a Lau. En silencio me reía de esos dos, ser cómplice no es lo mismo que vivirlo uno mismo. No sé explicarlo, ella me crió como a una hija y me alegraba de oírla reír.

Conclusión del día... el Dr. Lombardi nos llevó en su auto y al llegar, mi hermana lo invito a tomar un café que él aceptó y yo “viendo” que era la quinta rueda del carro dije que preferiría recostarme. Laura en seguida me siguió al cuarto, dejándolo sólo en el living. “Pobre” no se había enterado de que le estaba haciendo “la pierna” para dejarlos solos.

- ¿Te duele algo, negrita? - me preguntó cerrando la puerta.

- No, sólo me quería recostar un poco... ¡Volvé con el doctor que se quedó sólo! - dije.

- No puedo - me confesó nerviosa.

- ¿Por qué no? - pregunté conociéndola.

- Porque está sólo - dijo susurrando.

- ¿Me estás jodiendo, no? - dije.
- No, en serio está sólo - me dijo tomándome por idiota.
- ¡Laura!... me vine para dejarlos solos. Sentí que había onda, así que desaparecí...
- Ay negrita ¿cómo vas a decir eso? - dijo tapándose la boca.
- ¿No te gusta, Lau? - pregunté pensando que había interpretado mal.
- Mmm... un poquito - dijo casi inaudible.
- ¿Entonces...? - insistí.
- Es que hace mucho, que no estaba sola con un hombre... - dijo agarrándome del brazo.
- Bueno, va siendo hora de que salgas al comedor entonces... - dije.
- ¡Caro! - dijo en un grito de escándalo.
- Sabes lo que quiero decir, Lau, así que salí y charla. Nadie te pide que hagas algo que no quieras. Pasalo bien, mujer, no dejes más colgado a ese pobre tipo en el comedor.
- Bueno, pero la hago cortita - respondió.
- Como quieras. Bueno y ahora afuera que quiero dormir... y otra cosa...

Laura ya había abierto la puerta y sus pasos se alejaban cuando frenó en seco y dijo...

- ¿Qué cosa, negrita?
- Ponele aceite a la cama así no chilla y puedo dormir - dije sonriendo.

Sentí un ahogó en su voz y mientras que yo llamaba a Max, ella se fue.
El perro me lamió la cara y me dormí con él a mi lado.

A la mañana siguiente me desperté y a mi menor movimiento, siento que el enorme felpudo que dormía sobre mi pierna derecha, se despierta y empieza a ladrar. Me quedé un rato con él, acariciándolo.

Al levantarme tenía las pantuflas casi puestas, gracias a él. Salí de mi cuarto y entre al cuarto de Laura prácticamente gritando...

- ¡Buenos días! - oí un golpe en seco y después una voz dormida que decía...
- Oh... señorita Carolina... - era la voz de Lombardi. Parece que Lau me tomó al pie de la letra lo de "pasala bien".
- Disculpen, no sabía que aún dormían - dije disimuladamente, sabiendo que mi hermana se moría de la vergüenza. Salí y cerré la puerta.

Me fui con Max a la cocina y me serví un poco de jugo. Encendí la radio y salí al balcón sentándome en una silla de jardín. Cerré los ojos y sentí la fresca brisa en el rostro.

- ¿Caro? - dijo desde atrás mi hermana, estaba nerviosa.
- Estoy acá en el balcón, Lau - grité desde afuera.

- Hola, negrita... por lo de recién... - dijo tartamudeando.
- No tenés que explicarme nada, Lau - le aclaré.
- Pero... - insistió.
- Che tonta, si te dio vergüenza el que los haya agarrado juntos en tu cuarto, no te hagas la cabeza, *no vi nada...* Me alegro por vos - dije sonriendo -... ¿cómo fue?
- Creo que bien - contestó.
- ¿No lo sabes? - le pregunté.
- Ay Caro sabes que no me gusta hablar de esas cosas - dijo bajito.
- ¿Lo quieres? - insistí.
- Creo que si - respondió.
- Me encanta tu seguridad de las cosas - dije bromeando.
- Sí, lo quiero... - confesó finalmente.
- ¿Tanto cómo él a vos? - dije girándome hacía ella.
- ¿Cómo sabes que me quiere? - dijo sorprendida y asombrada.
- Soy menor que vos, no idiota. Oigo cómo te habla, eso se siente, Lau.
- Entonces ¿te parece bien que salgamos él y yo? - me preguntó.
- Primero que sí, segundo que si estaría en desacuerdo no soy nadie para decidir sobre tu vida y otra cosa... mientras no me pidan un triángulo amoroso está todo bien - respondí.
- Ay Caro, las cosas que decís.
- Bueno... ya que insistís, llegada la ocasión me lo pensaré otra vez - dije riendo.

En eso oí los pasos de un hombre, era el Dr. Lombardi.

- Buenas ¿de qué ríen? - preguntó.
- De tonterías - dije levantándome de la silla.
- Perdóname por lo de recién... - dijo él.
- Tranquilo... no vi nada - contesté riendo.
- Bueno... entonces me retiro. Tengo que ir a la clínica - dijo avergonzado.
- ¿Le parece bien que le diga Lombardi, doctor? - pregunté.
- Sí, sí... también me puede llamar Gastón - dijo nervioso.
- Prefiero Lombardi - dije sonriendo.
- Bueno - respondió entrecortado.
- Me puede llamar Caro, ahora que es mi cuñado.
- Tranquilo, Gastón, ella siempre es así. Veni que te acompaño a la puerta - dijo Laura.
- Chau... Caro - dijo él.
- Adiós, Lombardi - contesté.

Me quedé sola por un momento y de repente siento la voz de Laura que me

recriminaba haberlo puesto colorado al doctor. Tengo que decir que soy inocente porque no “vi” su estado, de haber sido diferente me hubiera llamado inmediatamente. Bue... quizás un poquito.

A la tarde salí a dar un paseo con Max (a la mañana lo había sacado Laura, porque no me sentía bien, pero como ya estoy con “fuerzas”) le puse la correa, agarré mi campera y me despedí de mi hermana.

Estábamos caminando hasta que de repente Max frenó de golpe, lo sentí aullar y no sabía qué hacer. Me agaché junto a él y lo acariciaba. Sentí la voz de un muchacho acercarse.

- ¿Puedo ayudarlo, señorita? - dijo con voz grave.

- Sí, mi perro se queja demasiado. Creo que se lastimó... ¿ve algo? - pregunté desesperada.

- Tranquila... estoy viendo que se pinchó la pata con algo y le sangra bastante... ¡hay que llevarlo a un veterinario! - dijo sereno, pero recalcó como algo preocupante lo de ir al veterinario.

- ¿Puede andar? - pregunté asustada al darme cuenta de que no podía ayudarlo.

- Creo que no - contestó con piedad.

- ¿Puede...? - pregunté y me corté.

- ¡Quédese junto a él!, voy a parar un taxi - dijo alejándose.

- Gracias - contesté temblando -... sh... tranquilo, mi amor, ahora vamos a curarte.

Oía cómo Max se lamentaba con chillidos de cachorro y me corrían las lágrimas por la cara.

La desesperación me llevó a pensar que el chico se había ido. Empecé a llamar alrededor a la gente, pero nadie me hacía caso.

- Señorita, soy el muchacho de recién. Encontré un taxi vacío - dijo el hombre de la voz grave.

- Ay gracias, pensé que se había ido - dije temblando.

- Permítame ayudarla - dijo ayudándome a pararme -... ¿no muerde, no, si lo levanto?

- Gracias... no, no muerde - dije sin saber que estaba pasando.

Tras unos segundos, sentí que me agarraban del brazo.

-Soy yo, señorita - dijo la voz grave.

- ¿Dónde está mi perro? - dije llorando.

- Tranquila, acompáñeme al taxi... él ya está dentro, venga por acá... - dijo llevándome.

- Gracias - dije secándome las lágrimas caídas.

- No hay porque... - me ayudó a subir al auto y sentí que le dijo al chofer

- ¡Llévelos a un veterinario cerca de acá!

- Señor le dije que no transporto animales - protestó.
- Por favor, señor mi perro está lastimado - dije dándome cuenta de que me iba a echar.
- Lo lamento, pero no permito perros en mi taxi - contestó.

De repente sentí que se abría una puerta y tras moverse el auto, como que alguien se hubiera subido, oí que la puerta volvía a cerrarse. El auto se puso en marcha, tras unos minutos eternos para mí oí decir...

-Llegamos... señorita puede bajar no viene nada de su lado - dijo el hombre asustado.

Le agradecí por haberme llevado y bajé del auto. Sentí la voz del muchacho que me dijo que subiera a la vereda (me indicó el camino) y me dijo que él se ocuparía de Max. De repente sentí al muchacho junto a mí, que me decía que lo agarrara del brazo, porque él estaba llevando al perro en brazos y si no, no me podía ayudar.

Al entrar a la consulta, nos atiende una chica que nos hizo pasar a otro ambiente y le dijo al muchacho que dejara a Max sobre la mesa. Yo solté el brazo del muchacho y me quedé parada, pero sentí nervioso e inquieto a Max y pregunté dónde estaba la mesa donde lo habían depositado. Me acercaron a él y ni bien sentí su pelo, le agarré la cabeza y oí como se tranquilizaba.

El veterinario me decía, cada paso que le estaban haciendo. La herida se había infectado un poco y me dio un frasquito con desinfectante, que debía ponerle durante tres o cuatro días. Dijo que lo mejor sería vendarle la pata, para que no se le volviera a infectar. Cuando terminó de tratarlo le pregunté cuanto era y saqué de mi mochila un billete de cien pesos. Me dio el cambio exacto y agradecí infinitamente por lo que había hecho.

- ¿Le llamo un taxi, señorita? - preguntó la misma chica que nos atendió. Creo que tiene menos de veinticinco años a deducir por su voz.
- ¿No sabe si sigue afuera el que me trajo? - pregunté.
- No, señorita, se fue en seguida.
- Llame uno por favor - dijo la voz grave.
- En seguida - contestó la chica.
- No sabía que seguía acá... Quería agradecerle, señor - dije girándome hacia él.
- No hay de qué, no quería molestar... ¿cómo sigue el cachorro? - preguntó.
- Él está bien ahora, gracias... gracias, no sé qué hubiera hecho... - dije tragándome las palabras.
- Me alegro de que esté mejor y de que todo haya salido bien - dijo amablemente.
- ¿Puedo preguntarle algo? - dije.
- Claro, pero ¿puedo empezar? - dijo él.
- ¿Cómo? - pregunté sorprendida.
- Si puedo hacerle una pregunta...

- Sí, claro - dije sonriendo.
- ¿Cómo se llama? - preguntó.
- Carolina - dije tapándome la boca -... me había olvidado de presentarme con todo lo que pasó.
- No pasa nada, es un nombre hermoso... yo me llamo Oliver ¿Qué me quería preguntar?
- Es lindo también su nombre... Me olvidé de lo que le... ¿podemos dejar el formalismo?
- Si, por favor - dijo riendo.
- No sé qué te iba a preguntar - dije sonriendo.
- Señorita, el taxi ya está en la puerta - dijo la muchacha.
- Gracias - dije levantándome y junto a mí, sentí a Oliver diciendo...
- Yo lo llevé, no puede caminar muy bien aun. Agárrate de mi brazo.
- Gracias - dije sonriendo.

El veterinario dijo que ya podía caminar, pero si lo hacía por voluntad propia. No sé si Max tuvo la iniciativa de caminar, pero dejé que Oliver lo llevara en brazos, por lo bien que se había portado con nosotros y también por no querer reconocer que no reconocía el camino.

- Carolina, tu perro ya está dentro del auto - me dijo tomándome de la mano.
- ¡Che usted! Acá no entran bichos - gritaba un hombre, desde dentro de un auto.
- Sentate junto al perro, Caro - dijo abriéndome la puerta y ayudándome a sentarme.
- Señorita le voy a pedir que... - otra vez sentí la puerta de adelante (acompañante) abrirse y el auto moverse, tras volver a cerrarse y en ese momento se me ocurrió lo que le iba a preguntar antes estando dentro a la consulta.
- Y yo le voy a pedir que arranque el motor! - dijo Oliver.

De repente el auto arrancó y oí a Oliver preguntarme por la dirección.

Al llegar bajamos del taxi, Oliver llevaba a Max y al decirme que estábamos frente a la Farmacia Palacios me ubiqué en seguida y lo conduje yo.

Mientras caminábamos le formulé la pregunta que había recordado en el auto y me respondió que no había hecho nada.

Ya estábamos dentro del edificio y esperábamos el ascensor. Estando frente a la puerta de casa, toqué el timbre y sentí una voz histérica que parecía desmayarse al verme. De repente su llanto cesó, era Laura.

- Estoy bien, Lau... ¡Oliver... pasa por favor!... Lau, él es Oliver, me ayudó a llevar a Max al veterinario... ella es mi hermana, Oliver - dije presentándolos.
- Aha, muchas gracias - dijo cortante.
- ¿Qué te pasa, Lau? No me crees que estoy bien eh... perdona por la demora, pero se

me fue la hora por preocuparme de Max.

- No pasa nada... ¿qué le pasó a Max? - preguntó.

- Ahora está mejor, se clavó algo en la pata y justo pasaba Oliver...

- Bueno... para no faltar a la verdad, yo estaba del otro lado de la calle, yendo en otra dirección cuando te vi, Carolina - dijo él.

- Ah ¿sí?... bueno, pero te acercaste y nos llevaste en un taxi a un veterinario y una vez allá nos atendió un tipo que lo desinfectó y me dio esto... - dije sacando el frasco de la mochila, que me dio el veterinario -... Hay que vendarlo y ponerle esto durante tres o cuatro días.

- Está bien, negrita - me dijo.

- Mejor me voy y las dejo solas - me dijo bajito Oliver al oído.

- Por favor Oliver quédate un poquito más - le dije agarrándole del brazo.

- Caro ¿te puedo hablar en la cocina?

Me dijo Laura de una manera que me cayó mal, porque no hay nada más despectivo que estar frente a otros y pedir hablar con uno solo, poniendo en evidencia un hecho. Pensé que me iba a decir que Lombardi pasaría en cualquier momento y yo que sé... que iba a enredar algo por ahí, pero nada que ver.

- Discúlpame, Oliver. Quédate un segundito con Max que ya volvemos - dije tratando de parecer cordial, a pesar de mi nerviosismo por la situación que había creado Laura.

- No se preocupen... - respondió amablemente.

Laura me tomo del brazo y me llevo a la cocina, y para los decibelios que usó, no hacía ni falta habernos alejado del comedor (donde quedó Oliver).

-¿Cómo vas a traer a un tipejo que ni conoces a tu casa, Carolina? Además de las horas en que te apareciste... Estaba nerviosa, muerta de miedo al no saber dónde te habías metido y encima cuando apareces venís con un negro de dos metros... ¡anda a saber quién es!

- Ya te pedí perdón por la hora y te expliqué cómo lo había conocido y no quiero oírte más - respondí volviendo al comedor -... ¡Oliver! - llamé.

- ¡Carolina! - gritó mi hermana desde atrás y al ver a Oliver (seguramente) calló.

- Perdona si la molesté, señora. Le juro que ni toqué a su hija... Chau Carolina - dijo besándome la mano. Laura no le contestó e intuí que se había marchado.

- ¿Estás contenta ahora? Ya se fue y vas a poder descansar en paz - dije enojada yéndome .

Me fui a mi cuarto y al sentir a Max adentro, me encerré. Caminé hacia la ventana y sentí las lágrimas rodar por mis mejillas. De repente Max empezó a ladrar y sin pensarlo grité...

- ¡Oliver... Oliver! - esperando alguna respuesta.
 - ¡Sí! soy yo, Carolina - contestó la voz grave.
 - Perdona a mi hermana, no es siempre así, no sé qué bicho la pico - dije sin saber por qué.
 - No pasa nada, reina, la gente se acostumbra. Cuídate y cuida al cachorro...
 - Pará!... mañana voy a la plaza, que está frente al bar de Pietro. A unas cinco cuadras de acá ¿lo conoces?... Anda por favor. Yo voy a las tres de la tarde y te voy a estar esperando ¿sí?... ¿sí?
 - Está bien, sé dónde queda... Mañana nos vemos, Carolina. Chau - dijo finalmente.
- Cerré la ventana y con una sonrisa me fui a duchar, después me acosté. Sentí que golpeaban la puerta y sentí la voz de Laura acercándose a mí. Se sentó en la cama.
- Te oí hablar con ése...
 - ¡Oliver!..., Laura. Se llama Oliver - recalqué aunque ella lo sabía.
 - Siento haber dicho lo de antes. No tengo nada en contra de ese muchacho, pero entre en pánico al ver que no volvías y cuando te apareciste, te acompañaba e... Oliver y me imaginé cualquier cosa - dijo arrepentida.
 - Puedo entender tu preocupación, pero no tu prejuicio - contesté tan fría como ella me habló.
 - ¿No me vas a perdonar? - me preguntó haciéndose la víctima.
 - ¿Qué... así de fácil... quieres que olvide el hecho de que trataste mal a quien me ayudó cuando todos TODOS pasaban a mi lado y ni siquiera se fijaron en que pedía ayuda? ¡fue el único que se ofreció a ayudarme, Laura! No sabes cómo me sentía al oír llorar a Max y no poder hacer nada... y ahora vos con un perdón, tratás de arreglarlo todo - respondí.
 - Sé que hice mal, negrita... Déjame acompañarte mañana y pedirle perdón en persona.
 - Si vas para eso sí - dije sin querer contestarle.
 - Bueno... ¿no quieres comer algo? - negué con la cabeza -... bueno, trata de dormir, buenas noches, negrita. Hasta mañana - dijo alejándose.

Dos

Eran las dos y media, y ya había salido camino a la plaza. Me acompañaban Max y Laura. Al llegar me senté en un banco verde que había en la plaza.

Laura se fue a tomar un café en el bar de Pietro, desde donde me veía y antes de irse me había dicho <-Tomo un café y vuelvo->.

A las tres en punto tras tantear mi reloj, siento la mano de alguien sobre mi hombro y en seguida reconocí su voz.

- Parece que a ninguno le gusta el retraso... ¿puedo sentarme? - dijo con voz grave.

- ¡Oliver... viniste! - dije sonriendo.
- La palabra la doy para cumplirla, reina - dijo sentándose junto a mí.
- Me alegro de que estés acá... mi hermana está en el bar de Pietro...
- ¿Cómo? - dijo levantándose. Lo noté porque su voz se alejaba.
- Tranquilo, vino para pedirte perdón - contesté agarrándolo de la mano.
- Hola, Oliver - dijo Laura agitada.
- Hola, señora - contestó desganado.
- Quería pedirte perdón por la estupidez que dije ayer. Es que me volví loca al no saber de Caro y sé que no tengo excusas... perdón - dijo mi hermana.
- No hace falta que me de explicaciones, señora - contestó él.
- Sí que lo hace y te pido perdón, Oliver - dijo en tono amigable.
- No pasa nada - contestó Oliver.
- Sólo fueron estupideces lo que dije y nada lo justifica - dio ella arrepentida.
- Bue... tanta estupidez tampoco... soy un negro de casi dos metros - contestó riendo.
- Ay perdón en serio... Tenes el humor de Caro eh - dijo tapándose la boca.
- ¿Ah sí... y cuál es ese? - pregunté.
- Bueno mejor los dejo. Me voy a hacer mis cosas, así pueden charlar tranquilos, chau...

Dimos un par de vueltas por la plaza. Oliver me contaba todas las cosas que veía, como empezaban a haber brotes en los árboles y yo le contaba de las cosas que oía y a las que él, no prestaba atención por tener el don de la vista. Me habló de lo profundamente azul que se veía el cielo.

- ¿Qué edad tenes, Oliver? - pregunté frenándome junto a un árbol.
- ¿Cuántos crees que tengo? - me dijo desafiante.
- ¿Te puedo tocar la cara? - volví a preguntar.
- ¡Adelante! - dijo, sentándonos en un banco (porque no llegaba antes, mido 1.60cm y él 1.94cm) me agarró las manos y las posó sobre su cara. Yo deslice mis dedos rozándole la piel.
- ¿Veinticinco años? - respondí preguntando.
- Co... co... Sí, exactamente, veinticinco. Me dejaste de piedra che - contestó.
- No es nada sensacional, después de haber vivido toda la vida así, le sacas la vuelta. Para mi es normal no ver, lo mismo que para vos es ver.
- Claro... ¿y vos que edad tenes? Pará... a ver si me sale a mí... diría dieciocho ¿correcto?
- Bueno los dieciocho los tengo más otros tres - dije sonriendo.
- Mira vos - dijo sorprendido.
- Así que tengo cara de dieciocho eh - dije sonriendo.
- Tu nariz es diminuta. Tus ojos grandes le dan un aspecto de muñeca de porcelana a tu

cara. Tu piel parece no haber sufrido nunca una erupción...

- Aha, nunca me habían dado esa descripción... ¡me gusta el helado de limón! - afirmé.

- ¿Supiste que estábamos frente a la heladería sólo por el olor?

- Por eso y porque conozco éste barrio como la palma de mi mano - contesté.

- Bueno... quería ser "caballero" y preguntarte qué gusto querías, pero me ganaste de mano... Esperame un segundo que ya vuelvo.

- Ta - dije oyendo cómo sus pasos se alejaban.

Me quedé esperando con Max, parados junto a la sombra de un sauce. De repente sentí que me agarraban la mano y me daban un cucurucho.

Empezamos a caminar y le pedí probar su helado; era de frutilla y chocolate.

Charlamos durante horas, hasta que uno de mis benditos ataques se presentó.

Como llevaba un pañuelo en el bolsillo, me lo lleve en seguida a la boca y él ¡pobre! Al no saber nada de mi tuberculosis, se puso re nervioso y trataba de calmarme con palabras, hasta quiso llamar a una ambulancia. Me decía que tratara de respirar profundo. Si supiera que no era la primera vez y que aunque tratara de respirar, me costaba mucho, pero bueno... vuelvo a la historia. Al lograr controlarme, él de repente se calló y yo olí la sangre cayendo en la cuenta. Apreté el pañuelo.

- Oliver... Oliver - dije llamándolo.

- Acá estoy... tu pañuelo tiene sangre, reina, te acompaño a casa - dijo agarrándose de la cintura.

- ¡No! - dije negándome.

- Pero tenes que ver un médico - insistió.

- No hace falta, Oliver, ya sé lo que tengo y quiero quedarme...

- Pero... ¿qué es lo que tenés? Carolina... ¡contame! - dijo con voz dulce.

- ¡Tuberculosis! - contesté con voz apagada, queriendo ocultar las lágrimas.

- ¿No es...? - empezó a formular él.

- ¿Contagioso? ¡Sí, puede serlo! - contesté mirando a otra parte.

- En verdad quería preguntar si esa enfermedad es mortal - dijo acercándose más.

- Ah ... eso, sí también lo es. Pero a veces hay cura. Además de morir, me condena a pasar mis últimos días sola, linda justicia para alguien que ni siquiera vivió lo suficiente como para cagarle la vida a alguien y tener que pagarlo tan caro, ¿no? - dije recelosa.

- Gracias por lo que me toca a mí, pensé que te gustaba charlar conmigo - me dijo.

- Claro que me gusta, lo pasé bárbaro contigo, pero...

- ¿No me quieres ver más ahora? - me preguntó.

- Pensé que vos no querías verme más ahora que sabes que tengo...

- Si bien es cierto, que la gente se aleja de lo que desconoce por miedo u otra cosa, yo no quiero hacerlo y quiero seguir viéndote, si me lo permitís - dijo sosteniéndome las

manos.

- Me encantaría - dije sintiendo que me abrazó.

Cuando volví a “ver” mi reloj eran las siete y media. Me despedí de él, pero él insistió en acompañarme a casa. Max ladró todo el camino y en un momento sentí a Oliver decirle

-¿No te gusta compartir a tu amiga eh?

A partir de ahí Max se me pegó más y me dio gracia. Es lindo que te quieran tanto como para que no quieran que te acerques a otras personas, pero “ojo” CELOS CON MEDIDA (que no existen, pero bue...), entre humanos no existe, pero Max por suerte no lo es.

Abrí la puerta de casa e invité a Oliver entrar, pero recién al rato aceptó. Creo que por lo de ayer, porque aceptó cuando Laura lo hizo pasar.

Se quedó a comer y estuvimos charlando de deporte, un poco de política y yo mencioné un par de escritores y nos pusimos a hablar de lo que había leído cada uno. Que libro nos había gustado más, nos había transmitido más. Hasta que terminamos de comer y Laura ofreció te, yo acepté, pero Oliver dijo no poder más.

Cuando mi hermana se terminó la tasa de té, se despidió yéndose a dormir y nos quedamos en el living oyendo un poco de jazz, mientras que Oliver me daba objetos de colores y yo le decía que color tenía cada uno. Se divertía tanto de esa manera, para mí era algo de lo más normal, pero me gustaba oír sus risas al decirle un color.

Le ofrecí ver una película y por tras deducir sus palabras, que eran “ninguna” le dije que obviamente no podía verla, pero que la oía y él me podía guiar visualmente si había una escena que lo amerite. Fue entonces cuando aceptó. Le dije que siempre lo hacía así con Laura.

Tenían que haberlo oído cuando me hablaba de las escenas de cama (que no faltan en ninguna película) no hacían el amor por eso fue más divertido oírlo tartamudear, decía...

- Se... se... están... acariciando - no reí porque sentí tensa su voz y me imaginé que estaba colorado. Cuando terminó la película, me levanté del sillón y le ofrecí algo de tomar.

- No, gracias. Ya tendría que irme, reina - dijo levantándose también.

- Cierto... te entretuve demasiado - dijo tanteando el reloj.

- Pero si me quedé por gusto che... Hasta la película que al principio no me gustaba, me terminó gustando, pero mañana me despierto temprano.

- Cierto, bueno... ¿tenes todo lo que trajiste? - pregunté queriendo demorar su partida.

- Sí - contestó él.

- Bueno... cuídate y llámame cuando quieras - dije ilusionada.

- Así lo haré, saludos a tu hermana, chau - dijo dándome un beso en la frente.

Al cerrar la puerta apagué la luz del comedor (que la deje encendida por él, obvio) y me fui a mi cuarto. Me puse el pijama y antes de irme a la cama pasé por el baño.

Me despertó un tango que mencionaba una toalla mojada. Fui a la cocina al ponerme mis pantuflas y me tropecé con una silla.

- Uy perdona, Caro - dijo una voz muy familiar.

- ¿Lombardi? - dije cerrándome la bata -... no pasa nada, estoy bien.

- Sí, vine a invitar a tu hermana a desayunar por ahí, pero no quiere aflojar. A ver si te oye a vos... - me dijo tratando de que yo la convenciera.

- Dale Lau, anda con Lombardi a pasarlo bien - dije sentándome a la mesa.

- ¿Te parece y vos qué haces? No te puedo dejar sola - dijo con su tono peculiar.

- Pero te venís con nosotros, Caro - dijo Lombardi.

- No, no, gracias, me quedo mejor. ¡Haceme sólo un té por favor que yo agarro las galletas y ya está! - dije ante la invitación.

- Bueno... en cinco minutos estará listo - dijo dando vueltas a mi alrededor.

El tiempo pasó y Laura cumpliendo su función de “madre-hermana” me acomodó en el sillón, me tapó con una frazada de lana. El te y las galletas las dejó sobre la mesita ratona del living (frente al sillón, donde yo me encontraba) y además me dio un libro. Finalmente dándome un beso en la frente, me dijo que en seguida volverían y yo le repetía que no importaba si tardaban, cualquier cosa la llamaría por teléfono.

Eran las diez de la mañana. Hace unos quince minutos que Lombardi y Lau se fueron a desayunar afuera. Ya me terminé el te y leyendo, comía las galletas.

A la media hora, dejé el libro sobre la mesa y me dirigí a la cocina con la tasa vacía. La deje en la pileta y volví al living. Caminé hacia el aparato de música, tengo que reconocer que me desesperé como nunca antes (los CD's se me cayeron y ya no los distinguía, pero ese no fue el motivo) y otra cosa que tengo que reconocer, es que fue la primera vez que lloré desde que me enteré de mi enfermedad. Puede ser que la soledad, me sirvió de amparo para desahogarme de todas las lágrimas que había estado ocultando.

Cuando logré calmarme me levanté del piso, tocaron la puerta y fui a atender. Era un chico del correo que me pidió una firme para dejarme una carta. Su voz sonaba agradable y alegre, pero al darme los buenos días calló y cambió de tono. Me dio la lapicera y me tomó la mano para señalarme dónde debía firmar. Después se despidió muy amablemente.

Antes de marcharse le pregunté quién la enviaba y me dijo que era del Consulado

Italiano y en seguida asocié que era algo para que Laura se sacara el pasaporte, porque yo lo tengo hace años, pero lo que es ella...

A los segundos de cerrar la puerta volví a sentir el timbre y pregunté quién era.

- Soy yo, reina - dijo un voz grave familiar. Lo hice pasar y sentí un beso en la frente -...

¿por qué estuviste llorando? - me preguntó tocándome las mejillas.

- Es alergia nada más, no te preocupes, Oliver... me sorprende que hayas venido tan temprano - dije rápidamente para esquivar más preguntas.

- Es que no me sentía muy bien, para ir a la facultad y como más tarde sí me sentí mejor, ya me había perdido el día de clases. Decidí darme una vuelta por acá, cómo me dijiste que te levantabas temprano...

- Me alegro de que estés mejor - contesté.

- Reina ¿tus ojos están colorados por alergia, sueño o lágrimas? - volvió a preguntarme.

- ¿Sueño? - pregunté extrañada y en parte tratando de distraerlo.

- Lo digo porque llevas puesto el pijama ¿te desperté?.

- ¿Qué? uy cierto! - dije cerrándome la bata -... no, no, hace rato que estoy levantada, se me pasó lo del pijama - dije un poco nerviosa sin saber por qué.

- No pasa nada - dijo dulcemente.

- Lo sé y ni yo me entiendo... ya vuelvo, me voy a cambiar ¿sí? - dije yéndome a mi cuarto.

- ¿Quieres que te ayude en algo? - ofreció amablemente.

- ¿En qué? - dije un poco a la defensiva.

- No, no me hagas caso, lo decía nada más.

- Perdona, pero gracias igual - dije desde el cuarto.

Agarré una pollera violeta oscuro y un buzo bordo (que me había regalado María Antonieta) y me cambié. Ya lista me fui al living sujetándome el pelo, intentando atármelo. Max ladraba junto a mí.

Oliver me preguntó si lo dejaba a él intentar arreglarme el pelo. Acepté y me senté en una silla de la cocina. Me preguntó donde había un peine y al encontrarlo me empezó a cepillar el pelo, mientras lo hacía me contaba que siempre peinaba a sus hermanitas. En menos de cinco minutos ya había terminado.

- ¡Quedaste divina!... queda mal que te lo diga yo que te peiné, pero es la verdad...

¿Quieres salir por ahí? - me preguntó de sopetón.

Le pregunté a dónde, pero me convenció sin responder.

Max se alteró al oír el sonido de la correa, haciendo fiesta a mí alrededor.

- ¡Esperá! ¿me dejarías maquillarte? - me dijo agarrándome del brazo con dulzura.
- No suelo maquillarme, Laura a veces me jode tanto que la dejo, pero... ¡dale! - dije notando su impaciencia -... voy a buscar la cartera de Laura con todas esas cosas ¿sí? - dije.

Al darle el bolsito de maquillajes, Oliver me hizo sentar nuevamente y sentí los cepillitos rozando mis ojos y después un lápiz sobre los labios. Antes de empezar, le dije que me pintara bien clarito y él aireado respondió "Sí, sí".

-¡Listo, reinal! ... ¿te gusta? Perdóname, se me escapó - dijo con remordimiento.

- No es nada, Oliver... ¿te gusta a vos? - pregunté sonriendo.

- Sí, ¡estás preciosa! - contestó alegre.

- Gracias... si te fijas bien, después de todo soy como cualquier mujer... ¿o qué mujer u hombre vidente viste, que se ven a sí mismos maquillados, sin mirar en un espejo, claro? El maquillaje está para la impresión que genera en la otra persona y no en una propia. Llamé a Max y él se me acercó, agarré la mochila y antes de salir le pedí a Oliver que le escribiera a Laura una nota, avisándole de que salíamos a dar una vuelta. Al cerrar la puerta guardé las llaves y salimos a la calle.

- ¿Y... a dónde vamos, Oliver? - pregunté esperando a que me contestara.

- Es una sorpresa, reina - dijo misterioso.

- ¿Ni una pista? - insistí.

- Ni eso - contestó firmemente.

Me sujetó cariñosamente la mano e hizo que lo agarrara del brazo. Caminamos en dirección a la plaza, pero después nos desviamos y nos subimos a un ómnibus. Donde perdí todo sentido de orientación. Al bajar caminamos otro trecho y nos frenamos de pronto. Me dijo que habíamos llegado. Abrió una puerta y me hizo entrar con Max. Nos recibió un hombre mayor, Max no se puso nervioso ni alerta. Sólo movía la cola golpeándome la pierna para que lo acariciaran.

- ¡Carolina!... él es mi hermano... César - dijo Oliver.

- Ah, mucho gusto - dije como corresponde y él me saludo con un beso.

- César... ¿dónde está Adrian? - preguntó Oliver.

- Me pidió cuidar de Lucero mientras salía a comprar remedios - contestó su hermano.

- ¿Perdón... está muy mal la tal Lucero? - dije atraída por la curiosidad.

- No, no. Mariconadas de éste y Adrian nada más ¿aun no le explicaste a ésta criatura de tus paranoias? - dijo César riendo.

- Es que anoche se la pasó tosiendo y devolviendo - dijo protestando.

- Tal vez le caiga bien un te con miel y limón - sugerí sin saber de quién se trataba.

- ¿Te parece que a una gata le gusta el té? - dijo César.

- Ah... es una gata - contesté un poco colorada.

- Sí y es divina... ¡vení, reina, está en mi cuarto en su cuchita! - dijo Oliver excitado.

Me condujo tras un corredor, Max se había quedado en la entrada con César (con el que al parecer se había hecho muy amigo). Cuando abrió una puerta en seguida sentí unos maullidos, me senté en la cama y la gata re cariñosa se me subió a la falda. Él me la describía y me dijo que era muy cachorrita y después volvimos al comedor. Al querer sentarme en el sillón noté a Max despatarrado sobre él y opté por quedarme parada.

- ¡Caro!... ¿qué te parece si dejamos a Max un rato con César y después lo pasamos a buscar? - me preguntó.

Lo dudé mucho, porque desde que está conmigo nunca nos separamos y a decir verdad me dio miedo. No sé si lo habrán notado, pero siento a Max como parte de mí. El hecho de separarnos nunca me lo planteé. Aunque no se trate de una separación condicional, para mí era como sacarme la vista por segunda vez y sé que suena estúpido y hasta infantil, pero era lo que sentía en ese momento.

-¡Caro! Si no quieres dejarlo, no pasa nada. Ahora si temes por él YO te aseguro que está en buenas manos, pero no te estoy obligando a dejarlo - dijo.

- ¿No tardamos mucho, no? - pregunté tratando de hacerme la fuerte.

- Cuando quieras volver lo hacemos - contestó.

- ¡Bueno!... en seguida vuelvo, mi amor... quédate con César y pórtate bien - dije abrazándolo.

Claro que no me contestó hablando, pero me lamió la cara y ladraba. Entonces agarré mi mochila y la campera. Cuando estábamos junto a la puerta sentí a Max a mi lado y me agaché diciéndole que volvería por él, pero que ahora lo cuidaría César un rato.

Estábamos en un ómnibus con destino a "ni idea" porque Oliver nuevamente lo mantenía en sorpresa, diciéndome que no faltaba mucho para llegar.

- Una pregunta... - me dijo al oído.

- ¡Dos! - le dije sonriendo.

- Bueno ¿tenes novio? Y la otra ¿tuviste alguna vez?.

No dije nada, pero sentí cómo se me enrojecían los ojos. Él me puso un brazo sobre los hombros y me dejó llevar hacía su otro brazo sumergiéndome en un abrazo.

-Perdóname si me pregunta fue muy íntima - como no pude responderle, callé.

Cuando quise hacerlo me di cuenta de lo estúpida que había sido mi reacción, pero la reacción es algo espontáneo y ya no puedo cambiarlo. Así que preferí seguir el papel

de guardar silencio.

- ¡Che... en ésta bajamos! - dijo ayudándome a ir hasta la puerta y bajar.

Una vez abajo empezamos a caminar y yo trataba de oír atentamente cada ruido alrededor, hasta que en un momento me frené y buscando la cara de Oliver le pregunté...

- ¿Esto es un parque de diversión?.

- Sí, Carolina - dijo afirmativamente y a mí me azotó el miedo y quise volver - .. perdóname lo de recién en el ómnibus. No quise que te pusieras mal... - yo me preguntaba ¿qué tenía que perdonarle? Si fui yo la estúpida, exagerada como siempre. Para escapar de mi respuesta pensativa le dije tal vez algo más estúpido; le dije la verdad.

- No te tengo que perdonar nada, porque no hay nada qué perdonar - y después callé.

- Entonces si está todo bien, déjanos ir por favor - insistió.

- Es que tengo miedo de perderme, no lo conozco... - atiné a decir.

- Te juro que no te suelto la mano - dijo agarrándome.

Nunca oí a nadie insistir tanto y finalmente acepté, bajo una única condición... de que cumpliera su palabra y no me perdiera de vista, entonces fue el quién aceptó.

A la primera atracción que subimos fue a uno que subía y empezaba a girar y en un momento se inclinaba hacia uno de los lados. Oliver me describió el juego como que el centro era un tronco grande del cual salían varias extensiones y en cada extremo había una cápsula donde subían dos personas y sobre las personas había como un paraguas. Estoy segura de que su descripción fue más graciosa que el juego en sí. También nos subimos a la montaña rusa, porque yo se lo pedí (solía subirme de chica con mi hermano, pero hacía tiempo ya). Cuando arrancó el cajón (como siempre me lo describía Toni) oí a Oliver decirme <-Apretame la mano, si te asustas->.

Espero que lo que les cuento a continuación no se lo digan a Oliver, porque me suplicó no decírselo a nadie, pero sé que me va a perdonar... ¿Quién le apretó la mano a quién? Tienen dos segundos para contestar...

Al bajar, me llevó hasta otro juego, sin decirme qué era y al subir sentí un movimiento muy suave. La fresca brisa rozaba mi cara, pero no me daba cuenta de que atracción era. Tenía la punta de la nariz congelada y también las orejas. Era un silencio enorme el que reinaba dentro del relajó absoluto. Sé que es un poco complicado de entender lo que digo, pero tiene su cierta lógica.

- Nunca - dije de pronto buscando su mano.

- ¿Cómo? No te entiendo, Caro, estamos en una rueda gigante - dijo.

- Ah... nunca tuve novio... Hace un tiempo atrás me enamoré tontamente en una

escuela...

- ¿Por qué lo decís así? - preguntó.

- Porque el amor no tiene mucha gracia cuando sólo uno lo siente - contesté.

- ¿A caso te dijo que no sentía lo mismo?

- Él lo describió ¿cómo lo diría?... dijo "Carolina sos una chica fantástica y todo lo que lograste hasta acá, te llevará a abrirte paso a un camino grandioso, pero yo no puedo darte lo que esperas... Vas a encontrar a un millón de chicos que se volverán locos a tu paso".

- ¡Qué versero! ¿eso te dijo? ¡Cagón! Eras demasiado para él y lo reconoció - dijo él.

- Esas fueron sus palabras sí... nunca lo pensé de ese modo - dije haciendo una mueca de sonrisa y rascándome el cuello al sentir una picadura.

- ¿Cuándo fue tu primer beso? - preguntó.

- Nunca, nunca besé a nadie - contesté curada de toda lágrima.

La noria justo frenó y bajamos, pero me soltó la mano y me paralicé.

- Está todo bien, reina, sólo baje del carro para poder ayudarte mejor a bajar.

Fue el único segundo en que me soltó la mano, bueno también para ir al baño. En verdad él entró al baño cerciorándose de que no hubiera nadie adentro y me esperó junto a él.

Pasamos por su casa, para ir a buscar a Max y cuando Oliver abrió la puerta del apartamento Max se me echó encima y me lamía la cara. Le agradecí a César por haberlo cuidado y de repente oí una tercera voz (supuse que era el tal Adrian, aunque no sabía quien era).

- ¡Caro... vení! él es Adrian - y sentí un beso en la mejilla.

- Hola, perdón, no sé qué decir - dije tras oír el silencio.

- Perdóname a mí que me quedo callado como un idiota... ¡hola, preciosura! Oliver no tiene otro tema que no seas vos en la cabeza - dijo poniéndome en evidencia.

- Cuando hablamos me habla de vos, lo traes de cabeza... - dije ocultando la vergüenza que se siente cuando lo elogian a uno -... ¿usted también es su hermano?... - pregunté de metida.

Él me respondió cagándose de risa y de ahí deduje que no lo era, le oí decirle a Oliver.

- Ah... con que eso soy para vos eh... - pude sentir tono de broma, pero no estaba segura.

- Perdón, no quería... - dije nerviosa levantándome dispuesta a irme.

- No, reina ¡tranquila!. Adrian está jodiendo, es que no te conté que él es mi pareja y por eso dijo lo que dijo ¿entendés? ¡no te vayas! - dijo suplicando.

- Ah... bueno, pensé que había ocasionado un quilombo - dije dejando la mochila en el piso.

- No, nada de eso - dijo Adrian sentándose junto a mí.

- Che... chicos! No quiero joderlos, pero ya me las tengo que tomar, Oli, si no la jermu me va a matar - dijo César despidiéndose de cada uno.

Pasó media hora y yo tanteé la hora, me levanté agarrando mis cosas y dije tener que volver a mi casa.

- Ay claro, que boludo! No sé por qué pensaba que te quedabas a comer - dijo Oliver.

- Está todo bien, Oliver, sólo llámame un taxi por favor ¿sí? - pregunté.

- Yo también tendría que irme, ¿llamas a dos por favor? - dije yo.

- Nada de eso, reina. Le robo el auto a Adrian y te llevo a tu casa, qué taxi ni ocho cuatros.

- Pero... - dije yo.

- Ahhh... a mí, como no soy linda, no me lo ofrecés eh - replicó el hermano.

- ¡Agarra tu mochila y la campera, eso es ... agárrate de mí! Y vos ¡no hinchas, llamate un taxi! - dijo dándome su brazo.

- ¡Max! - llame yo -... chau Adrian, un gusto - dije dándome la vuelta.

- Lo mismo digo, Carolina - dijo con una voz aterciopelada.

Cuando llegué a casa, me recibió Laura (tan contenta que parecía no haber visto la hora), pero sumé uno y uno y la respuesta estaba servida; oí a Lombardi que me saludaba- Recién cuando se acercó pude oler la rareza, ambos estaban bastante tocados por el alcohol.

Me fui a mi cuarto con Oliver (que se quedo unos minutos), y yo no pude quedar más fuera de lugar que en ese momento. Me pregunto ¿por qué no pude aguantar cinco minutos más? y nuevamente despierta en mí el buen sentido juzgando mi estúpida reacción. Porque volví a atacarme. Sentía que me faltaba el aire, tosía fuertemente y me llevé la manga del buzo a la boca (el que me había regalado mi hermana).

De repente sentí que Oliver me agarraba desde atrás (poniendo mi espalda contra su pecho y con su hombro izquierdo me sostenía la cabeza) y me decía al oído...

- ¡Respira hondo... hace como yo, reina... sh sh... ¡Inhala y solta suavemente el aire, dale tranquila, como yo, reina, ya pasa... sh sh... ! - dijo sin ponerse nervioso en lo más mínimo.

¿Y qué creen?... ¡Su técnica funcionó!.

Me fui al baño, me cambié de ropa poniéndome el pijama. Me lavé la cara y los dientes. Al volver a mi cuarto sentí a Oliver agarrarme de la mano. Me fui a la cama y él me tapó.

- Ahora me voy, reina... - me dijo.

- Te acompaño a la puerta... - dije interrumpiéndolo.

- No, tranquila, vos trata de dormir y relájate ¿sí? - dijo acariciándome la cara.

Asentí con la cabeza y llamé a Max, que subió en seguida a la cama, antes de que terminara de pronunciar su nombre (y eso que es corto) y se acostó a mis pies.

Oliver me dio un beso en la frente y se fue. A los minutos más tarde me quedé dormida y recién a la una y media del mediodía me volví a despertar.

Entré a la cocina y no había ningún sonido que señalara que Laura estaba presente. Di un par de vueltas y me serví un vaso de agua. Caminé hacia el cuarto de Lau y golpee la puerta que se abrió, no porque la hayan abierto, si no porque estaba semiabierta. Me adelante unos pasos hasta llegar a su cama y susurré...

- ¡Lau... Lau! ¿estás despierta?

- ¿Sí? - contestó con voz dormida.

- Perdona, seguí durmiendo no más. Sólo quería saber si estabas - dije alejándome.

- ¡Pará! Negrita ¿por qué lo decís... qué hora es? - dijo más despabilada.

- La una y media del mediodía - contesté.

- ¡¡Ay Dios!!! - dijo de repente escandalizada.

- ¿Qué pasó, Lau? - pregunté sorprendida.

- Que se me hizo re tarde, ayer me quedé toda la noche con Gas... y bueno, vos todavía no desayunaste seguramente - dijo caminando a mi alrededor.

- Por mí no te preocupes, Lau. Me acabo de despertar - dije calmándola.

- Como sea, ahora voy a preparar algo para el desayuno - agregé.

Y yo asentí acompañándola y ayudando dónde podía.

Estábamos en la cocina y yo llené la jarra de café con agua, para verterla en la cafetera, le agregué café a un sobrecito y la puse en marcha. Saqué la margarina y las mermeladas (yo como de durazno y Lau de frutilla) de la heladera y ella tostó el pan. Prendí la radio, para oír algún noticiero, pero Lau quería oír Tangos y accedí. ¡lual!... Para las noticias que hay en el mundo, no van a cambiar por no oírlas un día, pero me equivoqué porque dijeron que habían salido mis números en la quiniela "JODA" ¿De dónde quieren que lo sepa si no juego?

Mientras comíamos, ella saltó con las preguntas previsibles hacía Oliver. Lo mismo que se pensaron seguramente varias personas que se enteraron de lo que estoy contando.

- Y decime, negrita... - más cursi no podía haber empezado -... ¿Qué onda con Oliver?

- dijo con ese tonito peculiar de "chusma cree sabe lo todo"-... los veo casi siempre juntitos, incluso ayer te fuiste con él a tu cuarto...

- ¿Y te diste cuenta de eso con el pedo que tenías encima? - dije frenando su interrogatorio.

- Lo que quiero decir, es que parece que se gustan, negrita - dijo finalmente desembuchando.

- ¿Te parece mal? Al menos no es como vos crees - respondí.

- ¿Lo quieres? - volvió a preguntarme.

- Con el poco tiempo que tengo de conocerlo, puedo decirte que sí lo quiero.

Fue darle dinamita ese comentario. Ahora no sé acuerda más, de los mil pudores que sentía antes. ¡Ojo! Es algo que me parece bien, pero ¿tenía que descargarse justo conmigo? Si lo tiene a Lombardi... Fue inútil querer desviar el tema. Hasta me propuso invitarlo a casa y dejarme sola con él y mil locuras más, pero sus divagues cada vez eran mayores.

- ¡Pará Lau, sé que lo decís con buena onda, pero hay otra persona y yo no quiero a Oliver de la manera, en que lo piensan los pájaros de tu cabeza. - se quedó callada -... No me lo tomes a mal... ¿Lau... fui muy ruda? Che... es que no hay onda como pensas. No te enojés conmigo, estoy cansada...

- Caro... perdóname, negrita. ¡Olvidate de lo que dije! ¿quieres que te traiga un vaso de agua?

- No, gracias... - me levanté y llamé a Max -... Me voy un rato a la plaza - dije.

Y así lo hice. Salí a la calle y empecé a caminar con Max a mi lado.

Sentí a mi hermana llamarme desde la ventana, para decirme si quería que me acompañara, pero le dije que no hacía falta.

Estuvimos caminando como una hora, ni Max ni yo mostraba cansancio alguno. En un momento nos sentamos en lo de Pietro y pedimos lo de siempre.

Al terminar de beber me levante y saludé a Pietro, que me dijo que estaba arreglando el toldo y me fui a caminar un rato más con Max, bajo el dulce olor de eucalipto. Max frenó y oí que estaba haciendo pis y desde atrás de mí, oigo...

- Sabía que te encontraría acá, reina - me giré buscando su rostro y lo abracé.

Después se agachó a saludar al perro o eso se cayó al piso, porque su voz se oía desde abajo.

- ¿Qué quieres hacer hoy, Caro? - me preguntó incorporándose.

- ¡Ir a la playa! - dije decidida.

- Pero hace un frío de morirse - protestó.

- Por eso - afirmé la decisión.

Nos subimos a un ómnibus y fuimos a la rambla. Max tironeaba al oler el olor del agua salada. Empecé a caminar hacia el mar y de no haber sido por Oliver, a ésta altura ya estaría dentro del mar.

- Eu reina ¿quieres resfriarte? Porque si tu respuesta es NO, más vale alejarse del mar ¡toma! - dijo poniéndome una campera por encima de los hombros.

No respondí y volviendo atrás, nos sentamos sobre unas rocas. Yo estaba como petrificada y Max se oía agitado y excitado.

- ¿Hay gente cerca, Oliver? - pregunté mirando a la dirección donde lo oía respirar.
- No, sólo veo a un tipo, pero está a dos kilómetros más o menos ¿Por... - solté a Max que salió carpiendo boletines (según Oliver) y a los cinco minutos volvió.
- ¿No tenías miedo de que no volviese? - preguntó Oliver.
- Tanto como temo que se me pare el corazón, pero para mí el amor es libertad y el día que quiera volar, volará... Sé que suena cursi, pero para mí es así. Nadie inventó aún palabras sentimentales que no parezcan una mala canción... No temo en especial por el abandono de Max, porque confío tanto en él como él en mí misma... - respondí.
- Cerré los ojos y volví a murmurar algo. Empecé a mover los labios diciendo...
- Muchos creen que la vida va de la mano con el éxito laboral y cuando se dan contra un muro te sueltan esas sandeces de “ahora sé de verdad lo que importa en la vida”. Yo no tuve ningún éxito laboral, ni sentimental, ni familiar, social, ni nada y no me hizo falta darme contra un muro para entender lo que siempre supe... ¡Cerrá los ojos, Oliver! Sentí el viento, que proviene del mar meterse en cada poro de tu piel. Olé la fragancia que trae la brisa. Sentí el calor del sol acariciando tus parpados. Cree que es posible descargar tus bolsillos de todo problema y duda... Sólo por un segundo y sólo por ese segundo déjate ir con el mar. Sentí que bailas con la marea. Que su olor se trepa a tu nariz. Que sólo sos una gota en el mar y como él es parte tuya, vos lo sos de él.
- Wow ¡qué trance alucinante! ¿estás bien, reina? - preguntó de repente.
- No sé - contesté haciendo el típico gesto de levantar los hombros.
- ¿Quieres volver? - propuso.
- No... es que me acordé de Lau. Que durante el desayuno me empezó a preguntar sobre vos. No, no es lo que imaginás... Se le metió en la cabeza que entre nosotros había onda o algo así... Hasta me propuso invitarte a casa.
- Wow pero ¿no le dijiste que yo...? No... ¿vos te enamo ...?
- No... no sabía qué decirle, nada más.
- Pero le hubieras hablado de Adrian - dijo.
- ¿Y decirle qué... que sos homosexual?
- ¡Claro! - contestó él.
- No... no hablo de la sexualidad de mis amigos. Sean heterosexuales u homosexuales. Yo le dije lo que sentía y si no me cree quién me oye, es su problema.
- ¿Y qué es lo que sentís exactamente? - preguntó intrigado.
- Que te quiero, pero no como amante, si no que como amigo, como hermano.

Una mañana me llamó la atención el sonido del timbre y me levanté, apartándome de mi lectura. Al atender la puerta oí la voz de Oliver, que al entrar me dio un beso y levantándose en brazos dijo...

- ¡Esto hay que celebrarlo... tres meses!

Yo le correspondí sonriendo, pero no entendía realmente el motivo de su alegría.

Cuando iba a cerrar la puerta sintiendo que había entrado de pronto oí...

- Pará pará, linda!... también vengo yo - era la voz de Adrian.

- Perdóname... buenos días! - dije disculpándome, él entró dándome un beso en la frente.

- No te disculpes. Fue culpa del soquete de tu amigo, que no te dijo nada de que venía. Lo que pasa es que me olvidé de algo en el auto y llegué un poco con retraso - explicó Adrian.

- Hola Laura... - dijo saludando Oliver -... ¿Tenés algo para brindar hoy?

- Creo que sí, a ver... ya vuelvo - contestó mi hermana.

- ¿Qué celebramos, Oliver? - pregunté, cómo sapo de otro pozo.

- ¿Cómo que qué celebramos... eso significa para vos? Ah... ni te acordás... - dijo reprochando.

- ¿Es tu cumpleaños? No... es en Otoño, lo recuerdo bien - dije segura.

- No no... hoy se cumplen tres meses, desde el día en que me crucé con una hermosa chica que lloraba por su pe...

- ¡Anda!... ¿hace tres meses ya? Como pasa el tiempo che... - contesté.

- Jaja yo ya lo sabía... acá traigo Sidra pa celebrar ¿les parece bien? - dijo Laura.

- Sí, sí. Es para festejar una situación que lo amerita - agregó Oliver.

Bebimos la Sidra, Laura trajo unos chips, que compró anoche (para comérselos ella sola "seguro jeje" como a mí no me gusta, pero se le cagó la idea). Pusimos música. Hasta bailamos y charlamos hasta tarde.

A las siete de la tarde, se había sumado Lombardi y jugamos al truco (yo jugaba con Oliver y Lombardi). Éramos nosotros tres contra Adrian y Laura. A lo mejor alguien quiere saber quién ganó, acá desvelo el secreto; ganamos Oliver, Lombardi y yo.

Tres

Ah... no lo había contado, finalmente entre los cuatro, lograron convencerme en comenzar el nuevo tratamiento y hace dos meses y dos semanas que empecé.

Mañana tengo que ir a la clínica a encontrarme con Lombardi, para que me entregue los últimos análisis que me hice.

Estaba recostada en la cama, ya todos se habían ido salvo Lombardi, que recibió asilo en la cama de mi hermana. A propósito... tienen planeado casarse, no sé a qué esperan. Ella una ex puritana y él, médico.

No creo en los papeles, me parece algo re frío. Es mucho más lindo vivir unida a una persona que atada, pero ta... no soy nadie para destruir sus ilusiones rosas.

A lo que iba... estaba acostada con Max durmiendo junto a mí y de repente sonó el ring ring del teléfono y obviamente me levanté a contestar.

- ¿Sí? - dije con la voz un poco tomada.

- Hola, Caro. Perdona la hora ¿estás bien? - dijo Oliver.

- Sí, bien y ¿vos cómo estás? - pregunté desorientada.

- También estoy bien, gracias por disimular mi silencio - reía -...Te llamaba porque anoche no pudimos hablar demasiado con Gastón y Laura presentes - dijo finalmente.

- ¿No? Pero si fue lo que hicimos todo el tiempo - repliqué, haciéndome la idiota.

- Me refiero a hablar en serio - lo noté serio.

- ¿Y cómo se habla de mentira? - yo disparé a cualquier lado con tal de no tocar el tema por el que había llamado. Sin embargo tanta estupidez por mi parte me delató (creo).

- ¿Estás nerviosa eh... quieres que te acompañe mañana? - dijo con paciencia.

-... No... prefiero ir sola, gracias. Mi hermana también quiso venir conmigo, pero pude persuadirla a no hacerlo. Sólo estaría más nerviosa si me acompaña alguien, gracias igual.

- Te entiendo... Vas a ver que todo saldrá bien, reina - dijo tiernamente ingenuo.

- Sé que me voy a morir, esta enfermedad sólo me limita y lo único que voy a descubrir mañana es si se prolonga mi tiempo o no. No quiero ir creyendo en un milagro, cómo me pasó con los anteriores y salir destruida, al ver que todo se desvanecía. Así que decidí que mañana iré con la cabeza en alto y no me importa lo que me diga... ¡no saldré llorando de la clínica!

En mi cabeza siempre ronda la famosa frase “ Del dicho al hecho hay un gran trecho”, pero quién sabe por qué...

- Vas a ver que no llorarás, reina. Tengo un buen presentimiento... algo bueno te dará el mañana - dijo seguro de sí mismo.

- Espero que tu presentimiento no se equivoque - contesté esforzando una risa.

- Mucha suerte, reina. Te adoro, ahora descansa un poco... ¡buenas noches!

- Yo también... que duermas bien, Oliver, chau - dije colgando.

Max se me pegó a la espalda y me giré para abrazarlo y así me dormí.

A la mañana siguiente me despiertan unos lambetazos y al reaccionar me fui a dar una ducha. Me arreglé poniéndome unos vaqueros y un jersey turquesa.

Decidí ir sola (ya sé que ya lo dije, pero me refiero a ir completamente sola).

Estando junto a la puerta, me agaché a besarle la cabeza a Max y al incorporarme otra vez saludé a Laura. Agarré mi mochila y el palo para ciegos. Mi hermana me acompañó

hasta el taxi, le dije que dejara a Max en el departamento, porque quería venir conmigo.
- ¿Por qué no te lo llevas, negrita? Me quedo más tranquila si te acompaña él - insistió Laura.

- Y yo me quedo tranquila, si sé que lo estás cuidando - dije firme.

- No te preocupes, yo lo cuido. Anda con mucho cuidado y mucha suerte, negrita - dijo besándome la mejilla.

El taxi arrancó y en la radio pasaban una canción de los setenta. Mis manos temblaban y traté de controlarlas, agarrando a la una con la otra. Al rato tras frenarse el vehículo, el tachero me dijo que habíamos llegado, me dijo el precio del viaje, le pagué quince y me devolvió tres monedas.

- ¿Acá mismo, señor? - pregunté abriendo la puerta y abriendo el palo.

- Sí, señorita... al salir del auto siga derecho y se encontrará con la puerta de la clínica San Gervasio - respondió muy amable el hombre.

- Gracias - dije saliendo.

Al estar al aire libre caminé derecho, pero se ve que no era el derecho que decía el tachero porque en un momento oí su voz en mi oído izquierdo. Me sostuvo el brazo y me giró acompañándome hasta la puerta.

- No no, señorita... ¡por acá! Ahora derecho y vuala ¡acá, ya están las puertas!

- ¡Que tonta que soy!... Gracias.

- Señorita, si viera las veces que yo me equivoco aún pudiendo ver. Así que usted tiene más puntos ¿Era su perro el que chillaba desde el balcón... un Golden?

- Sí, era mi Max - dije sonriendo.

- Se ve que ése animalito la adora... bueno ya llegamos ¿Le puedo ayudar en algo más? - dijo cordialmente.

- No, gracias, muchas gracias, señor - dije.

- De nada, hija. Mucha suerte , adiós - dijo alejándose.

Entré a la clínica y tras avisar de que había llegado, me fui a la sala de espera y ahí pensé otra vez sobre todo; Me decidí a sonreír, más allá de la respuesta, así si era una buena novedad ya iba preparada y si era mala, se lo hacía más fácil a él para decírmela. Sentí calor y me saqué la campera. De la mochila saqué el diskman y me puse a oír música. Empecé a recordar los días en la plaza. Aquella vez en que fui al parque Rodo con Oliver. Los días en que estábamos todos (mis hermanos) juntos comiendo asado y después bailar con la radio nueva de Violeta. En verano siempre nos íbamos al parque, a hacer un asadito, tras la comilona y reír de todo, nos poníamos a mover las caderas bajo

el sol. No sé por qué lo recordé todo, quizás fuera culpa del calor.

Eran las diez y cinco ya cuando me llamaron. Pasé a la consulta y él me invitó a sentarme.

- Buenos días, doctor ¿No es una mañana hermosa?... ¡Describámela por favor! - dije simulando la sonrisa más amplia que jamás tuve. Buscando la manera de alargar el momento.

- Eehh... buenos días, Carolina, antes quería... - contestó un poco sorprendido.

- ¡Describámela por favor! - insistí.

- El cielo está celeste oscuro. El sol brilla imponentemente. Hay algunas nubes, pero parecen bollitos de algodón... Está hermoso, sí - concluyó.

Al notar que se había perdido en su descripción, volví al tema aun sonriendo le pregunté...

- ¿Qué noticias me tenes sobre el tratamiento?

- El tratamiento... no funcionó, Caro. Creí que... lo siento - había dolor en su voz.

- Lo sabía - dije sin derramar una lágrima -... No te culpes, vos hiciste lo que pudiste - me dispuse a ir de la consulta y tomándome del brazo me preguntó...

- ¡Pará!... ¿a dónde vas... no quieres que llame a tu hermana?

- No, estoy bien... Sólo quiero estar un rato sola. Chau, Lombardi - dije firmemente.

- Pero...

- Gracias, Lombardi. Nos vemos, adiós - dije cerrando la puerta.

Al salir de la clínica empecé a caminar sin rumbo. No conocía la zona y tampoco tenía una meta. Me tropecé con una mujer, que me gritó de todo, pero se calló segundos después. Supongo que al ver que era ciega, porque una de sus frases fue "¡Bestia! No ve por donde...". Le pedí perdón y seguí adelante.

Debí haber caminado cómo dos kilómetros, como mínimo. Finalmente me frené ante un bar o algo parecido, según lo deduje por el oído y el olor. Entré y al primero que sentí pasar junto a mí, le pregunté si se podía tomar algo acá. El hombre me indicó el camino hacia la barra y cuando me senté, pedí un vaso de vodka sin hielo.

Cuando salí de casa eran las nueve de la mañana y ya llevaba horas estando fuera. Eran las diez de la noche y cada vez que tomaba, volvía a ser vodka.

Seguro que Laura caminaba por las paredes, pero me importó y no, era cómo que estaba petrificada ante la reacción. Sabía que estaba en aquel bar y no. Me sentí muerta y viva a la vez. Se acabaron las esperanzas y las dudas (aunque las había negado las había albergado), pero por fin todo era agua pasada y por desgracia ya estaba

enterada. Un millón de contradicciones se reunieron en mi mente y peleaban a los gritos. Las sentía, sentía cada palabra clavarse en mi estómago, hasta llegar hasta el fondo. Hasta empecé a llorar, cuando todo desbordó a mi capacidad de aguantar. El pelo se me pegaba a las mejillas por las lágrimas. Estaba con todo el cuerpo sobre el vaso de vodka, protegiéndolo. Las lágrimas se secaron y pedí otro vodka.

- ¿No te parece que tomaste suficiente, nena? -dijo un hombre tras la barra (creo).
- ¿Es que acaso temes que no te pague? ¡Toma, acá tenes cada puto vaso que tomé y más... dame otro! - dije poniendo la guita sobre la mesa.
- ¡Tranquila! Acá tenes otro ¿quieres que llame a alguien, para que te venga a buscar? - insistió.
- No, quiero que me deje sola - respondí bebiendo de una el vodka.
- ¡Muñeca!... tengo un auto - dijo una voz ajena, vulgar y áspera.
- ¡Y yo tuberculosis! - respondí y no volví a oír de él.

Eran las doce de la noche y seguía bebiendo, cómo si en vez de vodka fuera jugo de manzana. Ya no puedo alardear de que nunca me emborraché. Puede que al principio te sienta bien, olvidas las cosas por las que empezaste a tomar, pero es engañoso porque ahora lo recuerdo otra vez y está más vivo en la memoria. Entonces tomas más, pero no sirve. Me duele la cabeza, pero igual pedí otro. Estiré el brazo para agarrar el vaso y sólo pude sentir acariciarlo.

- ¡Che... dámelo! Ya te dije que te los pago... toma todo lo que tengo - dije sacando mi billetera.
- Fui yo quien te lo sacó - dijo una voz a mi derecha.
- ¡Dámelo entonces y pedite uno...! - no me dejó terminar de hablar.
- No necesito olvidar nada, gracias y para vos ya es suficiente - dijo agarrándome del brazo para levantarme, pero me solté.
- ¡Soltame! ¿Quién te crees ser para darme órdenes? - grité sin poder controlarme.
- No me creo nada, sólo intento ayudarte al ver que...
- No necesito la ayuda de nadie - dije levantándome, tropecé y al caer él me sostuvo.
- Ya lo veo... ¡Sos capaz de volver solita a casa! - me dijo tras sentarme otra vez.
- ¡Sí! - me fui a una mesa y me apoyé en el respaldo de la silla. Cerré los ojos.

De repente sentí que se me movía más el piso, traté de resistirme, pero el efecto del vodka pudo más. Pasé la noche devolviendo y tenía un dolor de cabeza que me partía en dos. Cuando logré despertarme y controlar el mal estar. Me inquiete al no saber donde estaba y de repente sentí a alguien decirme...

- ¡Tranquila, estás en mi casa! - oí decir a alguien.

Oír eso fue peor. Empecé a sentirme ahogada, las manos me temblaban, el corazón galopaba y me sorprendió otro ataque,

- No te voy a hacer nada, ¡tranquilízate por favor! ¿quieres agua? ¡pará que te traigo!

Volvió y me quiso dar un vaso, pero no lo agarré. Me dio un pañuelo celeste y al calmarme olí la sangre, intenté esconderlo, pero él ya lo había visto.

- El pañuelo tiene... ¿estás enferma, verdad? - dijo acercándose a mí.

- Sí... ¿dónde estoy y quién es usted? - respondí asustada.

- Primero quiero asegurarte que puedes estar tranquila. Estás en la calle Galeiro Real, cerca de Acuario. Yo me llamo Ignacio, soy el que te dijo que necesitabas ayuda anoche ¿no te acordás?

- No... ¿cómo que anoche... qué hora es? - pregunté inquieta.

- Son las tres de la tarde - contestó.

- ¿Qué?... mi hermana... - dije recordando a Laura.

- ¿Quieres llamarla? - me preguntó amablemente.

- No sé qué decirle, no sé ni que pasó anoche... ni dónde estaba antes de llegar acá...

- Primero llamala para avisarle que estás bien. Te encontré en un bar, ebria y decidí traerte a casa, porque el bar cerró y el dueño me dijo que te dejaría en la calle... Cómo no sabía dónde vivías te traje acá - dijo calmado y no note mentira en su voz.

- Bueno... - dije no muy convencida de enfrentar a Lau.

Disqué el número de casa y al comunicarme oí a Laura desesperada, era un llanto vivo y me cagué, le pasé el tubo al hombre y lo agarró.

- Hola... buenas tardes, señora. La llamaba para avisarle que su hermana se encuentra bien...¡tranquilícese!... ¡sí, está acá!... La encontré anoche... muy triste y decidí traerla a mi casa para que cuando se encontrara mejor... Sí, señora, está bien ¿tiene algo para anotar mi dirección? (...) ta - le dio la dirección y cortó.

- ¿Qué te dijo... está muy caliente? - pregunté nerviosa.

- No, estaba preocupada nada más, ahora mismo viene a buscarte - me respondió -... ¿en serio no te acuerdas de mí? Soy el que te sacó el vaso de vodka...

- Lo siento, no me acuerdo - contesté a su pregunta.

- ¿Cómo te llamas? - preguntó y de repente me sonó familiar su voz.

- Caro... Carolina - respondí.

- Aha y decime, Caro ¿por qué tomaste tanto? - preguntó alejándose.

- Porque... - en ese momento volví a recordar todo -... porque quería olvidar.

- ¿Un novio? - preguntó sonriendo.

- Ojala fuera eso... ¡pará! ¿dónde está mi buzo... por qué tengo puesto ésta camisa? - dije tanteando lo que tenía puesto.

- ¡Tranquila!... el buzo estaba sucio con vómito y estabas empapada en sudor, por eso

puse el buzo y el jersey a lavar y te puse una de mis camisas nada más ¡creeme! - contestó.

- Gracias... - dije buscando una ventana. Él me condujo a una y abrió la ventana, para que entrara el aire -...¡recuerdo todo!!.

- Me vas a decir ¿por qué llorabas entonces? - insistió.

- El último tratamiento que me hice para combatir mi enfermedad falló - respondí.

- ¿Y por eso tan triste? - me preguntó y me dejó de piedra.

- ¿Por eso? Te estoy diciendo que me voy a morir...

- Sí ¿y...? Todos vamos a morir, se trata de hacer algo con el tiempo que tenemos ¿Sabes la cantidad de gente que vive hasta los ochentainueve años como zombis?... A mí me pronosticaron tener un corazón muy sensible y me dijeron que en cualquier momento se podía acabar la vida que llevaba. Tengo treinta años y se lo dijeron a mi madre, al yo cumplir los tres años y ya ves... ¡Acá estoy!. Sólo uno decide cuando no da más el bobo y es entonces cuando aprendes a dejarlo ir. No vivas presa de las cosas que no vas a vivir, Carolina... Me expongo a sonar cursi o versero tal vez, pero ¿alguna vez te dijeron que tenes unos ojos hermosos?

- ¿Qué? - dije sorprendida al haberme sumergido en su monólogo, pero ese elogio me asombró inesperadamente. Por suerte justo tocaron el timbre y se fue a atender, liberándome de haber visto el repentino rubor que seguramente bañó mi rostro. Sentí la voz de Laura acercarse y al oírla más cerca, me abrazó de repente. Me besó de arriba abajo, yo trataba de disculparme y ella me callaba, diciendo que lo único que le importaba era que esté bien.

- Hola, señor...? - dijo Laura.

- Basta con Ignacio - dijo él.

- Bueno, yo me llamo Laura Rieto y le agradezco enormemente el haber cuidado de mi hermana...

- Lo hice con gusto. A propósito éste buzo y éste jersey son de ella. Están limpios ya, los lavé porque estaban vomitados, perdón! - dijo disculpándose.

- No pasa nada, muchas gracias, ¿qué puedo hacer para pagarle?

- No, señora, nada por favor... ¿les llamo un taxi? - dijo él con voz dulce.

- No va a hacer falta, tengo mi auto aparcado acá abajo frente al edificio - contestó Lau.

- Bueno, entonces ¡mucho suerte! - dijo él.

- Venís Caro - me dijo Laura.

- Un segundo... - le pedí.

- Está bien, te espero en el pasillo... Hasta luego, Ignacio y mil gracias - dijo despidiéndose.

- Gracias - dije buscando su voz. Él me agarró la mano que tanteaba en el aire -... gracias por todo y gracias por tus palabras.

- De nada... cuídate mucho, Carolina - me dijo desde arriba, supongo que es alto.
- Lo haré, bueno... adiós! - sentí sus labios sobre mi mejilla y después me acompañó al ascensor, donde ya me esperaba Laura y en seguida me agarró del brazo.

Cuando ya estábamos dentro del auto, Laura me soltó un sermón que me esperaba... Me dijo lo mal que se sentía al no saber dónde estaba, que no pudo dormir, que estaba histérica de la preocupación. También me dijo que después de buscarme en todos los lados, fue a ver a Lombardi para que la ayudara a buscarme y él le dijo que la última vez que me vio, fue cuando me dio la noticia. Entonces se calló y se la oía sollozar. El auto estaba detenido y de repente sentí su abrazo, hasta que el auto que venía detrás tocó la bocina.

Al llegar a casa me di una ducha; porque mi pelo olía a cigarro y encierro. Al terminar e ir a la cocina, Laura me recibió con una tasa de té con miel.

- ¡Sentate, negrita! ¿cómo te sentís?
- Bien sólo me duele un poco la cabeza - dije resignada.
- Pará que te traigo una aspirina - dijo alejándose en dirección al baño.
- Bueno - dije esperándola con los brazos cruzados.

Max ya estaba sobre mí, ni bien puse un pie en el departamento. No dejaba de hacerme fiesta, sólo hizo una pausa cuando me fui al baño, después siguió sin problemas. Ahora tiene la cabeza apoyada sobre mis piernas, emitiendo sonidos agudos, como un pitidos constantes.

Laura me dijo que empezara a comer; me había preparado dos panes integrales con queso y jamón. Un pedacito de jamón se lo di a Max.

Al terminar el desayuno me levanté y me fui a la cama. Max me acompañó. Me recosté abrazándolo y no sé por qué el pensamiento me hizo recordar a Ignacio. Recuerdo a alguien sacándome el último vaso de vodka y me parece que era su voz, pero el resto de los recuerdos son turbios, sólo sé que me sentía mal. Lo que me dijo antes de que llegara Lau...

< ¿Ya estás construyendo castillos en el aire otra vez eh, Caro?... ya sé lo que estás pensando y deja de hacerlo!! ¿Me oíste? ¡Termínala! Sé que es difícil, pero no hay de otra...> ups... pensé en voz alta. Disculpen éste pire, es que tenía que aclarar algo conmigo misma.

Pasó una semana de que Laura me fue a buscar a lo de Ignacio. Me siento más inútil que nunca. Laura está más encima de mí que de costumbre. Teme que me desaparezca otra vez. También Lombardi me tomó por hija. Ambos se preocupan más

por mí, de lo que lo hago yo.

Ahh... me olvidé de contar algo... El Miércoles se mudó Lombardi acá al lado, al cuarto de Lau. Me imagino que el día que ya no esté, éste (mi cuarto) será el dormitorio de su hijo/a. Mi hermana quiere tener cuatro.

No puedo evitar pensar, lo siento Ignacio, pero mi mente se rehúsa a no pensar. Sé que lo dijiste con fundamento, pero el problema es que mi mente es re terca... ¿Por qué habré empezado a hablar de vos? Ahora no podré pensar en otra cosa.

Una semana ya ¿por qué ahora los días me parecen no tener fin...?

Ayer escribí una canción, digo canción porque no sé ¡porque sí!... porque no es un poema y bueno tal vez la escriba acá para que puedan leerla. Es deprimente, pero por lo menos no hay nada inventado en las palabras que usé y ahora me gustaría seguir, pero mi hermana me llama desde el comedor a comer, así que después sigo .

Ya son las diez de la noche, Oliver me llamó por teléfono y nos quedamos hablando una hora. Me reprochó el no haber ido a su casa, tras enterarme de los resultados del tratamiento y le contesté que la razón fue lo primero que me abandonó. Hablamos de una discusión que tuvo con Adrian y yo le conté sobre lo pesada (lo digo con cariño) que estaba mi hermana. De lo rápido que se había instalado el verano. De la mujer que cayó de un tercer piso con su hijo entre los brazos, el bebé se salvo porque los brazos de ella actuaron como una casaca para él, la madre murió en el acto. También hablamos de un partido que se jugó anoche.

Estoy tirada en la cama, Max me lame la mano. Lombardi golpeó la puerta.

- ¿Puedo pasar, Caro? - me preguntó como con miedo.

- ¡Sí! - contesté sentándome buscando su voz.

- Permiso... ¿Qué te pasa, Caro? - dijo sentándose en la cama y preguntó preocupado.

- No sé, me siento de mal humor - dije con sus manos entre las mías.

- ¿Crees que nada podría solucionarlo? - me dijo.

- ¿A qué te referís? - pregunté intuyendo que sabía algo.

- Creo que lo sabes bien, Caro. No quiero meterme dónde no me llaman, pero... ¡no! Deja - dijo callando.

- No... ¿qué querías decir? - insistí.

- No tuve que abrir la boca. Laurita siempre me lo dice... Bue, ¡No dejes pasar más tiempo! Laura me habló de ese tal Ignacio, me lo pinto de tal manera que me puse hasta celoso sin conocerlo... No tenes porqué ponerte colorada, Caro. Tranquila que tu hermana no sabe nada, ni se lo imagina si quiera. Vos mejor que nadie sabe que vive

pegada a la luna. Sólo me habló de él y tras observarte la última semana lo imaginé.

- Pero es mucho mayor que yo, ni siquiera sé si le atraiga, es una locura... y encima está lo de... ya sabes - dijo bajando la voz.

- Gracias por lo que me toca, yo le llevo quince años a Laurita. Tampoco sabía si le gustaba hasta que se lo pregunté y lo de “ya sabes” él también lo sabe (según Laurita).

- Sí, pero...

- Veni a tomar mate por favor - dijo forzándome a levantarme de la cama.

Fuimos a la cocina y escuchamos música mexicana, mientras que Lombardi calentaba el agua, después fuimos al comedor, a tomarlo.

Es la primera vez que oyen que tomo mate eh... Es que no suelo tomar, sólo de vez en cuando y ésta es una de esas “veces”.

Son las tres de la tarde nuevamente, estoy en la calle con Max, esperando un taxi. Cuando éste llegó, tocó la bocina y me subí. Me llevó a dónde le dije y al bajar me guió Max (no me hizo problema el hombre con llevar a Max en el auto, tal vez porque iba sola). Me llevó a un banco y nos sentamos. Noté un poco falta de aire, pero lentamente me recomponía.

Tras unos minutos sentí la mano en el hombro de alguien.

- ¿Carolina... Caro? - oí decir entre la sorpresa y el asombro.

- Me confunde con otra persona - dije sin ocurrirsemé nada más inteligente. Es típico en mí éstos arranques de idiotez. Creí que se iba a disculpar y seguir, pero...

- No, no me confundo. Me acuerdo bien de vos ¿no te acuerdas de la noche en el bar? Te llevé a mi casa y al día siguiente vino tu hermana a buscarte.

<¿Por qué si se acuerda tan bien no me llamó?>

- Quise llamarte para saber cómo seguías, pero como buen imbécil olvidé pedirte el teléfono - <Ni que me leyera la mente>

- ¿Carolina? - insistió.

- Sí, soy yo. Me acuerdo, señor...? - dije amablemente.

- Ignacio, deja lo de señor para los que lo son... también me puedes decir Nacho y dejando éste tema de lado ¿Cómo se llama tu amigo? - dijo riendo.

- ¿Quién? - dije sorprendida y al sentir a Max sacudiendo la cola, volví en mí.

- Éste cachorro. Éste no estaba contigo aquella noche - dijo desde abajo.

- Se llama Max, quise ir sola a ver los resultados de un tratamiento, por eso no estaba conmigo.

- Ah... y ¿Cuánto tiene? - preguntó .

- ¿Yo? - pregunté confundida.
- No, el perro quise decir - contestó riendo.
- Ah... cuatro años - contesté nerviosa.
- Aha ¿y vos? - me preguntó de repente.
- Veintiuno - contesté.
- ¿Quieres caminar un poco? - dijo agarrándome la mano.
- Bueno - dije aceptando.
- ¿Qué te trajo por ésta zona? - preguntó agarrándome del brazo.
- Salí a caminar y en un momento me cansé y me senté... y... y ahí me encontraste - respondí rápidamente, tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero creo que le erré.
- Está bien, tarde o temprano me lo dirás - dijo entre risas ocultas.
- Ah... a propósito te traje la camisa que me prestaste - después de decirlo me di cuenta de que pisé el palito, como una idiota.
- ¡Anda...! ¿Tenías pensado caminar catorce kilómetros sólo para traerme la camisa? Mirá que no tenía tanto valor -la camisa-... ¿pero por qué no te tomaste un taxi y a propósito por qué no dijiste que venías a devolvérmela cuando te lo pregunté?

Yo no sabía que contestar y sonreí nerviosa, pensando en por qué me habré dejado convencer por Lombardi en cometer ésta estupidez, que para lo único que sirvió es para ridiculizarme y volver a sentirme mal anímicamente.

- Es que... yo... no sabía que - y en ese instante me besó. Yo no sabía separar realidad de fantasía. Pensé que había vuelto a sumergirme en uno de esos sueños que tuve tras conocerlo. Perdonen esta parte que viene ahora... (y “punto aparte” sólo ahora lo reconozco), pero una romántica perdida no puede callarse; fue la primera vez que sentí al mundo temblar, sus labios fueron los primeros que me besaron y serán los últimos. Finalmente supe que no estaba soñando cuando me dijo...

- Caro... - bueno eso y lo que ocurrió después lo conservo para mí. Sólo les adelanto que fue uno de esos días difíciles de olvidar.

Tres horas después desperté en una cama ajena, no les puedo ni describir como terminamos en su departamento.

Yo estaba recostada boca arriba. La sábana me cubría hasta la cadera y sentía el dedo de Ignacio dibujando círculos sobre mi vientre. Ni un sonido se oía en la habitación solamente el de respiraciones cansadas.

- Caro... ¿estás bien? - dijo besándome el cuello.
- Sí - le respondí sin poder hablar - ¡Nacho! Tengo que confesarte algo... - dije bajito.
- ¿Qué cosa? - preguntó.

- ¡Pará!... no vine para devolverte la camisa. Ni tampoco salí a caminar. Vine por esto y...

- ¿Tenías todo esto calculado? No puedo creer que sólo querías mi cuerpo, me siento tan barato... - dijo aumentando el drama en su voz y riéndose -... yo te tengo que confesar algo en serio - mientras lo decía logró despertar mi curiosidad - Ésta última semana iba cada día al parque... - dijo con voz seria.

- Aha - respondí sin saber a lo que se refería.

- Sigue 'perá, no me cortes! Como te decía iba al parque a seguirle los pasos a una mujer - < ¿Para qué me cuenta esto?> - ... iba con un perro dorado, un “retrovirado” como el tuyo. La miraba de lejos porque “entre nosotros” me faltaba el valor para encararla porque era muy joven comparada conmigo, pero no había día en que no la viera. Me volvió loco desde la conocí y ...

- ¿Te gusta esa mujer, verdad? - pregunté con una tristeza incapaz de controlar.

- No sólo eso... - agarré la sábana y me tapé sentándome -... ¡Caro! ¿es que no sentís lo mismo? - preguntó tocando mi espalda.

De repente sentí, como que todo el mundo se reía de mí. Salté a la defensiva como siempre, me sentía estúpida por bajar la guardia. Busqué a tientas mi buzo, sintiendo las lágrimas caer y su brazo me sujetó.

- Che Caro ¿qué pasa... dije algo mal? - preguntó dulcemente.

- ¡Dame mi ropa por favor. No sé donde está y quiero irme! - dije sin permitir que salga el llanto.

- Pero ¿por qué... por qué quieres irte? ¡Hablame, Caro, no llores! Perdóname si dije algo que te lastimó... Caro por favor - dijo suplicando junto a mí.

- ¡Mi ropa y un taxi por favor! - dije secándome las lágrimas.

- Está bien, ¡tranquila!... ¡Acá está tu ropa, ahora te llamo un taxi! - dijo alejándose.

Mientras me vestía llamé a Max, que se acercó en seguida, conduciéndome hasta mi mochila, sentí los pasos de Ignacio.

- Permiso... en cinco minutos está en la puerta el taxi que me pediste ¿no me vas a decir por qué gané tu indiferencia? No sé si estoy arreglando o empeorando el hecho por el cual te quieres ir, pero siento si dije algo que no querías oír. Creí que viniste porque pensabas igual, perdóname, Caro - dijo.

No le contesté y me mantuve en silencio. El taxi esperaba abajo, salí con Max a mi lado. Nos subimos al auto y nos fuimos.

Eran las seis y media, cuando llegué a casa. No tenía plata encima y toqué el timbre para que alguien bajara y lo pagara. Bajo Lombardi y le pagó, me agarró del brazo y entramos al edificio.

Me senté en el sofá, él prendió la radio y fue a hacer café.

- Bue... en dos minutitos estará listo - dos minutos después - ¡Listo!... ¿azúcar?

- Si, por favor - dije rascándome la garganta.
- Bueno ¡listo... toma! Ahora decime ¿por qué tan triste?... Caro, contame...
- Estoy bien, me duele un poco la cabeza solamente - contesté sin querer decirle la verdad.
- ¿En serio? - insistió con ternura.
- Sí, termino el café y me voy a recostar.

A la media hora estaba acostada en mi cama, las cortinas cerradas (ni que hiciera falta) y Max acostado junto a mí.

A la noche me despertaron, tocando la puerta.

- ¿Puedo, reina? - preguntó Oliver.
- Sí... ¿cómo estás? - pregunté bostezando.
- Bien, pero vos me tenes abandonado ¿en qué andas che?
- Nada - no sé cómo lo logra, porque empecé a llorar.
- Sé bien que algo te pasa, reina, así que ¡desembucha! - dijo mientras me abrazaba.

Le empecé a contar toda la historia, sin olvidarme de nada y después él me dio su versión de los hechos. Lo cual me dejó más que mal parada. Aún queriendo mi estúpida postura puse algunas excusas y todo... ¿para qué?... para que el balde de agua fría de Oliver fuera de diez grados bajo cero y recién entonces mis lágrimas fueron dirigidas a mi estupidez.

Oliver me abrazó para tranquilizarme, pero yo seguía sumergida en el recuerdo.

- ¿Y... estás mejor, reina? - preguntó inclinándose hacia mí.
- Oli... ¡tu reloj se murió! - dije de repente.
- ¿Cómo lo sabías? - preguntó sorprendido.
- Porque el segundero no funciona más y recuerdo que te funcionaba...
- Ah... claro, ¡qué tarado! Aguantame un cacho... ¡listo!
- ¿Qué hiciste? - pregunté ignorándolo por completo.
- Puse un disco... Che... reina ¿qué te parece si te invito a comer? - dijo haciendo que me levantara. Me tomo de la cintura y me hizo bailar con él.
- No sé... - contesté dudosa.
- Dale che, no voy a estar rogando ¡te venís y se acabó! - dijo decidido.

El restaurante tenía olor a madera, las sillas eran muy cómodas, perdonen que no les pueda contar más...

- Veni por acá, reina. En la entrada hay un recibidor con un pingüino, que te lleva a una mesa (cómo el que nos trajo a nosotros). Las mesas son rectangulares color madera oscuro. Las sillas a juego. El salón es amplio y tiene varias ventanas grandes. Hay unas diez mesas en ésta sala y hay como diez salas, en cada mesa hay una vela con un ramito de flores. Los manteles son...

- ¡Bordo! - dije tocando el que cubría nuestra mesa.

- ¡Correcto! La luz del restaurante es templada, cálida, es un color amarillento y tus ojos se ven hermosos con ésta luz.

- Gracias, los tuyos también - contesté riendo.

La pase bárbaro esa noche, después de comer realmente me llevó a bailar y volvimos como a las dos de la mañana. Laura y Lombardi ya dormían (confiaban ciegamente en Oliver, lo que no puedo decir de mí misma. O sea que aun les deje el miedo, de cuando me fui sola y no volví a aparecer y bue...).

A las diez de la mañana me despertó Laura; sentada en mi cama.

- ¿A dónde fuiste con Oliver anoche, negrita?

- Oliver te dejó una nota avisándote - respondí creyendo tener que defenderme.

- Está bien, no te rezongo sólo te preguntaba para hablar de algo - dijo.

- ¿A las diez de la mañana? - dije tras tantear mi reloj.

- Sí, no importa... ¡seguí durmiendo! - dijo levantándose.

- ¡Lau... veni! Fuimos a comer y después a bailar - le conté.

- Ah... ¿y piensan salir ésta noche? - preguntó volviéndose a sentar.

- No tengo ni idea, Lau - contesté.

- ¿Realmente te sentís bien, negrita... sino me lo dirías, verdad?

- Todo está bien, Lau.

- Bueno, entonces... ¡Gastón, veni un segundo!

- ¿Qué pasa?... quería volver a la cama. Hoy es mi día libre - protestó.

- No mariconees, decime ¿vos la ves bien, Gastón? - dijo mi hermana.

- ¡Sí!... buenos días, Caro - dijo dormido.

- Hola Lombardi, ésta hincha pelotas no nos deja dormir, viste - dije bromeando.

- Sí... a ver haceme un lugarcito, Max - dijo él acostándose también en mi cama.

Mi cama ya era una torta, Laura a los pies, Lombardi junto a Max y Max pegado a mí. Nos quedamos charlando así.

A la media hora se levantó mi hermana, yo la acompañé con Max, Lombardi se había quedado dormido y lo dejamos seguir viaje. Yo me fui con Max al parque.

Hacía un calor insoportable y pasé por el bar de Pietro a refrescarme con agua

mineral y después un heladito. Caminamos media hora y ya me estaba por dar la vuelta, para volver cuando oigo la voz de Oliver.

- ¿Tan rápido vuelves?

- ¿Cómo? - pregunté sonriendo.

- Siempre te quedas dos horas y hoy sólo media hora - respondió.

- ¿Y vos cómo sabes cuánto llevo acá?

- A las dos llame a tu casa y me dijeron que habías salido y supuse que estabas acá y mira... recién son las tres menos veinte y te estabas yendo ¿te puede el calor?

- Está pesadísimo - respondí secándome la frente.

- Sí, pero... ¡acompañame un rato por favor! - suplicó y acepté - ¿Y... ya hablaste con tu "Nacho"? - dijo tomándose el pelo.

- ¿Y vos solucionaste el quilombo con Adrian? - respondí preguntando.

- ¡Sí! - me cagó con esa respuesta -... ¿me podes responder ahora vos?

Tal vez me contestó afirmativamente sólo con esa intención, pero ya me cagó, me tenía encerrada y tuve que decir la verdad, que no me había atrevido a llamarlo y eso que habían pasado dos semanas ya de la última vez que lo "vi".

Oliver me insistió tanto, diciéndome que no fuera cagona y que no dejara pasar más tiempo.

¡Hola! ¿Qué creen?

Estoy frente a la puerta del edificio de Ignacio. ¡Sí! las palabras de Oliver lograron su cometido. Ni siquiera sé qué decir, quizás Oliver tenga razón y yo sola me inventé la película, pero ¿cómo salgo ahora de la situación? Bue... cualquier cosa voy a...

- ¿Quiere pasar, señorita? - dijo una voz.

- Eh... sí, gracias - entré y seguí los pasos de la última vez en que estuve ahí, hasta encontrarme frente a su puerta, no me decidía a golpear, pero tras cinco minutos Max empezó a ladrar arruinando mi propósito de huida. Sentí que la puerta se abrió, pero no era el perfume que usaba Ignacio el que olía.

- ¿Puedo ayudarle en algo, señorita? - dijo la voz de una mujer.

No sabía qué decir y volví a sentirme tan estúpida como la otra vez. Mis sospechas se hicieron realidad y me di la vuelta sin responder, en eso sentí a Ignacio.

- ¿Caro... qué haces acá?

- Nada, ya me iba... vos seguí no más con tu conquista de hoy.

- ¡Pará!... ¿de qué hablas? No me llamas en dos semanas y apareces acá diciéndome algo de una conquista y ya te vas... Si lo decís por Maite... ¡pará, Caro! Maite es mi hermana ¿por eso te ibas... Porque creías que ella era otra cosa?

Bueno para que sepan mi respuesta, a todo eso que me cayó más frío que el balde que me tiro Oliver, les cuento... sentía que la cara se me partía en mil pedazos y se iba cayendo, pero traté de disimular simulando un mareo. Bue... sé que no fue juego limpio y un cliché muy grande, pero ¿qué iba a hacer?... ¿Vos hubieras reconocido la metida de pata que me mandé de una? No digas que no sabes bien a lo que me refiero y si realmente lo haces mejor para mí.

Vuelvo al mareo... él me ayudó a entrar y agarró a Max.

- Nacho, tengo que irme, pero ¿quieres que te ayude en algo? - preguntó la mujer.

- No, no, puedo sola, Maite. Decile a papá eso nomás ¿ta?... cuídate - dijo despidiéndola.

Sentí un vaso entre las manos y bebí haciendo de cuenta que me recuperaba (con todo lo que tengo, como para no parecer creíble).

- ¿Estás mejor? - preguntó acariciándome la cabeza.

- Sí, gracias. Ignacio... por lo de recién... - traté de explicar.

- Está todo bien, Caro ¿me responderías una cosa?

- Quizás - intenté ser cauta y no apresurada como siempre lo soy.

- ¿Fue por algo parecido a lo de hoy, lo que te mantuvo dos semanas alejada de mí?

- Yo estoy muy mal de la cabeza, soy una imbécil, Ignacio. Tomalo como un ejemplo para conocerme, confundo demasiadas veces lo que dice la gente con la película que me armo en la cabeza... Es una muestra gratis... ¡Sí, algo parecido! - contesté finalmente bajando la cabeza.

Con su mano me levantó el mentón y me besó.

- En la semana me ingresaron a un hospital, porque el bobo se me debilitó...

- ¿Cómo? - dije de repente con lágrimas en los ojos - pero... ¿Cuándo? - pregunté alterada.

- ¡Tranquila! El Jueves por la tarde, pero ya estoy bien - dijo calmado.

- ¿En serio? - pregunté tanteando en el aire para tocar su cara.

- En serio, Caro - dijo agarrándome las manos y posándolas sobre él - te quería avisar, pero la última vez que nos vimos, no estaba muy pendiente de pedirte el número de teléfono.

- ¡Toma! - dije sacando una tarjeta de la mochila.

- Gracias... ¿quieres que ingrese otra vez y te llamo? - dijo riendo.

- ¡No! Sólo quiero que me perdones - dije.

- ¿Cómo no hacerlo? Si no hago otra cosa que pensar en vos, Caro.

- Entonces, la mujer con el Golden Retriever...

- ¡Retrovirado! - recalcó él.

- Retro... ¿soy yo? - pregunté en un hilito de voz.
- ¡Sí! ¿fue en ese momento en que te hiciste la película, no? - asentí con la cabeza.

El resto es muy íntimo, al menos a mí no me gusta hablar de cuantos besos hubo. Cuantos codos en medio ¡ta! Sigo escribiendo después... cuando pueda.

Bueno sigo... Ignacio duerme, su respiración es suave y constante. Max me está haciendo compañía, estamos en el balcón.

- ¿Qué haces en el balcón, Caro? - oí preguntar desde atrás de mí.
- Hola, no sé... Salí con Max a chupar aire - contesté.
- ¡Vení!, te vestis y los llevo a comer ¿sí? - dijo agarrándome de la cintura.
- Bueno... - dije dejando que él me guiara.

Nos arreglamos y salimos en busca de un local. Cenamos y paseamos un poco por su barrio. Después me llevó a casa en su camioneta. Al llegar lo invité a subir.

- Caro... si no quieres que suba ... - dijo él de repente frenándose en medio del camino.
- No, quiero que vengas por favor - dije sujetándolo del brazo.
- ¿Segura? - insistió.
- Sí - subimos. Al llegar a la puerta saqué las llaves y abrí.
- Hola, Lau... ¿Estás en casa, Laura? - grité al entrar.
- Sí, sí, negrita... en la cocina - gritó ella.
- Traje a alguien para que conozcas... ¡pasa, Ignacio! - dije buscándolo.
- Acá estoy - dijo agarrándome la mano, pero su mano estaba sudorosa.
- Tranquilo, Nacho - dije con dulzura (que creída yo, bueno creo que lo dije así).
- Hola, muchachos... - dijo Laura de repente.
- Hola, señora - contestó Ignacio.
- Nacho, ella es mi hermana "Laura" - dije presentándosela.
- Hola, es un gusto - respondió él.
- Y para mí otro ¿dónde se conocieron? - preguntó de repente.
- ¿Me estás jodiendo? - dije yo.
- Ah... ¡qué tonta! Cierto usted es el hombre que me llamó por teléfono, para buscar a Carolina ¿puedo ayudarle en algo, señor? - preguntó.
- Dígame Ignacio por favor -respondió.
- ¡Laura! Vine con él para que lo conocieras como... mi pareja - contesté a su interrogatorio.
- ¿Qué? - dijo en un grito. Era la reacción que me esperaba de ella.
- Ignacio es mi novio... ¿si no? - le pregunté tirando delicadamente de su brazo para decírselo al oído. Soltó un "si" entre la respiración.
- Bueno... ¡siéntese entonces!... ¿tenes hermanos? - dijo una vez estábamos los tres

sentados.

- Una, señora. Se llama Maite, es más chica que yo -respondió.

- Aha ¿y qué haces de tu vida? - Odio cuando va con esa onda de capitalista buscona, pero la respuesta de Ignacio fue rápida.

- Arreglo televisores, computadoras y todo tipo de artefactos, mientras que no estoy en la clínica - respondió tranquilo.

- ¿Por qué en una clínica? - preguntó intrigada.

- Ah... no le contaste - me dijo al oído - Tengo problemas en el corazón y por eso tengo que estar tranquilo por él, a la mínima alteración puede jugar loco...

- Ay... no sé qué decir... ¿Cómo estás ahora? - preguntó cambiando el tono.

- Bien, bien - contestó relajado.

- ¿Quieren que les traiga algo para tomar? - preguntó Laura amablemente.

- Bueno por favor - dijo él y yo me sume al pedido.

Al volver nos alcanzó las bebidas y el resto de la charla fue agradable.

Golpearon la puerta y yo fui a atender; eran Oliver y Adrian que venían para salir conmigo, pero los hice pasar diciéndoles que estaba con Ignacio y Laura. Entraron en seguida y el círculo de la charla se amplió hasta entrada la noche. Hora en la que llegó Lombardi.

Le pregunté a Ignacio si quería pasar la noche en casa, diciendo que la vuelta era larga y con un par de besos (a solas) lo convencí.

Despedí a Oliver (que al oído me dijo: "Pasala bien, reina") y a Adrian. Saludé a Laura y a Lombardi y me llevé a Ignacio al cuarto.

A la mañana siguiente me despertó Max, golpeándome desesperadamente con la cola y era a consecuencia de los mimos que le daba Nacho.

- Buen día, linda - dijo apoyándose en la cama.

- Buenas... - dije bostezando - ¿cómo dormiste?

- Bárbaro - respondió sonriendo.

- ¿Y no te despertó Max? - pregunté acariciándolo.

- No, fue un amor toda la noche, al igual que la dueña... - dijo besándome.

- ¿Vamos a desayunar, Nacho? - pregunté tras liberarme de sus besos.

- Bueno, si tiene que ser - dijo bromeando.

Cuatro

Max ladraba y me desperté, cuando me disponía a levantarme, sentí un cuerpo aprisionarme, impidiéndomelo.

- ¿A dónde crees que vas? - dijo Nacho.

Hace tres semanas que vive en casa, al principio la idea era irme a vivir con él, pero la palabras de Laura pudieron más. Alegando que no quería estar lejos de mí (por la situación en la que me encuentro), lo cual me sigue pareciendo raro. ¿Qué pasa si Sarita (la amiga de la infancia y actual inseparable de ella) muriera mañana por un accidente de auto... la metería a vivir en casa también?... ¡No! Se hubiera perdido la oportunidad de compartir sus últimos momentos y yo como tengo un certificado de muerte en la mano, no me dejan ni a sol ni a sombra. Ni siquiera me puedo calentar con ella, porque sé que sufre más que yo. Si mi vida dependiera de ella ni siquiera me dejaría salir a la calle; por el frío, las bacterias, los posibles contagios de virus, etc. Así de exagerada es, pero ¿qué le voy a hacer?... La quiero y bue...

- A darle de comer a Max - contesté besándole la nariz.

- Nada de eso, ¡vos te quedas acá, linda y yo voy a dársela! - dijo levantándose - ¿El arroz con carne que hice ayer, no... o ya se lo comió?

- No, no se lo terminó aún... Nacho ¿no se lo...

- ¿Calentaría? ¡Sí, linda! - dijo besándome.

Al ver que se tardaba me levanté y fui al baño. Me lavé los dientes, la cara y me peiné. Salí del baño, camino a la cocina, pero unos brazos me abrazaron (valga la redundancia) sorpresivamente, eran los de Laura.

- Buenos días, negrita ¿Cómo dormiste? - preguntó.

- Bien ¿y vos, Lau? - pregunté caminando lentamente, porque la tenía prendida a la espalda.

Me respondió que le dolía un poco la espalda, pero que ya estaba bien. Yo le dije que iba a la cocina con Ignacio.

- Ah entonces vuelvo con Gastón, negrita. ¡Besol! - y se fue.

Yo me quedé pensando en que Lombardi le dijo algo, porque si no ¿por qué huiría así? Igualmente aproveché y me callé. Fui hasta la cocina, siguiendo la voz de Nacho y lo encontré de pie, junto a la heladera y como la situación se presentó sola, lo rodee con mis brazos desde atrás y pegué mi rostro a su espalda. Me agarró los brazos y bailamos un rato con la música de la radio.

- ¿Te gusta el mate, linda? - me preguntó.

- Sí - respondí sin dudar.

- Bueno, ya está listo ¿amargo o dulce? - dijo con su cabeza apoyada en mi hombro.

- ¿Vos como lo tomas, Nacho? - pregunté.

- ¡Amargo che! - respondió dándolo por sentado.

- ¡Qué casualidad! - dije sonriendo.

Laura nos sigue trayendo el desayuno a la cama. Como si fuera un bebé aun. Hoy logré disuadirla o qué sé yo... porque se despidió misteriosamente, como les conté hace ratito. Y lo tomamos sentados a la mesa, por eso recién ahora se presenta el mate, sino Ignacio se lo lleva siempre al trabajo. Lo tomamos en compañía de unos bizcochitos. Max me ladraba reclamando uno y le di un pedacito.

Los días pasaron tranquilo. Oliver venía con Adrian y comíamos todos juntos. Casi todas las noches. A veces invitaban unos y a veces otros. Jugábamos a las cartas y entonces era Ignacio mis ojos (y no se imaginen ninguna cursilada). Aunque Oliver y Adrian ganaban casi siempre. Últimamente me va mal en el juego, no sé si la cazan...

Esos dos (Oliver y Adrian) deben andar con problemas jeje... ¡No...! Soy mala perdedora no más, ¡ni ahí! Se adoran. Sólo lo decía por joder.

Detalle que me olvide de comentarles... hoy cumpla veintidós años para ser exactos.

Estábamos comiendo helado en la rambla, porque logré disuadir a Nacho de ir a un restaurante. Todo estaba tranquilo y era hermoso para mí. Oía el ruido del mar y sentía al viento jugar con mi pelo. Un par de gaviotas chillaban a orillas del mar.

Hace cuatro semanas ya, que no tengo ataques... Bastó recordarlo para arruinarlo todo. Nacho trató de tranquilizarme, pero no lo lograba y yo cada vez estaba peor. Tanto es así que tuvo que llamar a una ambulancia y como siempre lo soñé, terminé mi cumpleaños en el cuarto de un hospital.

Estando internada me dieron un tranquilizante y la píldora logró su cometido. Me mantuvieron en el hospital, por las dudas nada más, porque me rehusé a quedarme mucho tiempo. Me quería ir cuando ya pude volver a respirar, pero me lo impidieron ¡Pará! ¿cómo fue que dijeron...? "La mantendremos aquí solamente por observación y después podremos decidir"

Yo no es por nada, no, pero acá quien decide soy yo ¡carajo! Es mi vida y yo elijo dónde morir... bueno... evidentemente no en mi caso.

- Caro ¡háblame, linda...! - me dijo junto al oído Nacho -... Tenía que traerte, amor, no lograba tranquilizarte y me asuste...

- Te olvidaste de lo que hablamos... Estábamos de acuerdo en no morir en un hospital... ¿no? - insistí apretando una sábana.

- Pero no te vas a morir, Caro - dijo tratando de agarrarme la mano.

- Eso no lo podes saber, Ignacio - dije dándome la vuelta.

Una hora después me encontraba rodeada de Oliver, Adrian, Laura y Lombardi. Todos trataban de hacerme reír, pero no lo lograron. Laura se quedó un segundo no más, porque le hicieron quilombo en el hospital por haber entrado con Max y ni siquiera pude verlo.

Me estuvieron hablando y me contaron que Laura se volvió con Max.

- ¡Júrenme, que alguno de ustedes lo va a cuidar más de lo que yo lo hice! - dije con los ojos llenos de lágrimas.

Todos respondieron a la vez que lo harían y recién ahí volví a respirar.

- Tu hermana me mando decirte, que en dos días estarás de vuelta en casa, Caro - dijo Lombardi apretándome con ternura el brazo.

- Nosotros nos tenemos que ir, pero volvemos en la noche, reina - dijo Oliver besándome la frente.

- Sí, Caro, a la noche estamos acá - agregó Adrian.

- ¿Dónde está Nacho? - preguntó Oliver.

- Está afuera fumando... - contestó Lombardi -... y tiene una cara el pobre... - dijo más bajito lo del final, pero lo pude oír.

- ¿Discutieron, reina? - preguntó Oliver junto a mi oído. Yo no dije nada.

Se despidieron y me dejaron sola.

Ya eran las diez de la noche. Oliver y Adrian estuvieron junto a mí, hasta hace un rato.

Quisieron traerme el hogar acá y a pesar de haberse esmerado, la coraza que me había creado no lo dejó traspasar. Era como que una máscara de tristeza, me estaba poseyendo y no lograba deshacerme de ella.

De repente sentí unos gritos extraños, agudice el oído y sentí...

- ¡Sí no deja pasar a éste perro le despierto al hospital entero!

Me incliné en la cama curiosa y de repente oí unos ladridos, que no confundiría ni estando sorda. Bajé de la cama y cuando sentí que se me vino encima, me caí arrodillada frente a él. No dejaba de llorar y Max me lamía las lágrimas. Entre chillidos y ladridos me festejaba, no le gustaba verme así.

- Hola, linda - dijo Ignacio.

- Na... Nacho perdóname - dije sentada en el piso y de repente, siento que se agacha junto a mí, abrazándome.

- Sh sh... tranquila... ¡Sí, Max, es mamá! - dijo mirando a otra dirección.

Volví a la cama, porque Nacho me lo suplicó y al recostarme llamé a Max a mi lado y se

subió obedientemente. Nacho agarró una silla y se quedó junto a mí, toda la noche. Me empezó a hablar y le pedí que siguiera hablando, hasta que me dormí.

Fueron tres días en total, los que pasé en el hospital. Seguían diciéndome que por observación bla bla bla...

A Max me lo traían todas las tardes, pero el resto del tiempo se quedaba en casa de César (con quién se entendía bárbaro), quien juró cuidarlo hasta que saliera del hospital.

Me dolía un poco el pecho y Nacho en seguida me llevó afuera a tomar un poco de aire, donde me volví a sentir bien.

- Nacho... hasta nuestra historia que es corta termina mal - dije suspirando.

- Che, pesimista ¿quién te dijo que se termina? Nada va a terminar - dijo agarrándome la cabeza y besándome la cara. Sentí que no quería oírme más hablar así y callé -... Hoy de mañana mientras dormías, salí camino a tu casa a sacar un rato a Max a pasear y frenamos en el bar de Pietro... Pedí lo que vos siempre pedías un café y agua mineral ¿qué te parece?

- Que Max va a estar en buenas manos y es mucho más de lo que puedo pedir.

- ¿Puedo hacer algo por vos, mi amor? - preguntó con un llanto suave, besándome la mano.

- Llámame así es suficiente - dije tocando con mis dedos sus ojos, para secarle las lágrimas y después lo apreté junto a mí -... fuiste y sos más de lo que hubiera soñado y el hecho de que hubieras compartido conmigo éste último tiempo... no quiero pertenecer a la clase de gente que se arrepiente por no haber dicho algo, bueno... Ya pertenezco a esa gente, pero la cosa es que no quiero morirme sin decirte que te amo y que me llevaré éste amor a dónde vaya.

¡No se rían que era una conversación íntima! Si la leyeron fue de metiches, tengan un poco de respeto ahora que me estoy muriendo ¡carajo! ¿Para qué alargarla?

Eran las cinco de la mañana y me pusieron un aparato para respirar mejor, porque mis pulmones no cumplían del todo con su trabajo. Nacho no me soltaba la mano. No podía hablarle.

Terminé durmiéndome y al abrir los ojos oí...

- Buenos días, soy Maite... la hermana de Nacho - dijo con voz dulce.

Yo apreté la sábana y una lágrima se me resbaló por la mejilla.

- ¡Tranquila! Me dijeron que no podrías hablar, por eso apretame una vez la mano para sí y dos para no... ¿Sí? - me dijo. Le apreté una vez la mano -... ¡Eso es! Recién ayer

volví del interior con mis amigas y al llegar a casa, me encontré con un mensaje de Nacho, diciéndome que estabas acá y me vine en seguida, Caro ¿Cómo te sentís? ¡Perdón!... ¿estás bien? - le apreté una vez la mano y le hice una señal con la otra mano, con el pulgar hacia arriba -... Bien, no creas que no me doy cuenta de tu sarcasmo... No sabes cómo está Nacho. Siempre firme ante todo, después de un millón de visitas al cirujano, lo único que consiguió derribarlo fue verte mal a vos - mis lágrimas eran incontrollables -... Noo chiquita, no lo digo para que te pongas mal, Caro. Lo que quiero que sepas, es que nunca amo a nadie como te quiere a vos... No habla de otra cosa que no seas vos y el “Retrovirado” como él le dice... - le apreté una vez la mano -... Gracias por hacerlo reír, Caro - le estiré los brazos.

- ¿Qué pasa acá con tanto lloriqueo... estás molestando a mi mujer, Maite? - era la voz de Nacho que nos encontró abrazadas.

- Nada que ver... estábamos hablando, Nacho - dijo la hermana .

- Aha ¿y sobre qué? - preguntó riendo.

- Cosas de mujer, hermanito. Cuídala que me tengo que ir a estudiar. Chau, Caro - dijo yéndose del cuarto.

De repente mi mano la sostenía Nacho. Le hice señas para que se acercara, me saqué el aparato con el oxígeno y con una voz que hace tiempo no usaba y apenas y con mucho dolor logré pronunciar, le dije...

- ¡Be - same! - y me besó. Después volvió a ponérmelo acariciándome el pelo.

Eran las doce de la noche, un grupo de enfermeros entró corriendo a la habitación. Sentí vagamente a Ignacio hablar, pero no entendía sus palabras. Me entubaron con todo el ornamento. Se ve que alguien vio que anoche me lo saque un segundo y aprovecharon para sacarme esa mínima libertad. Era como un caño enorme que se perdía en mi garganta.

Pero hablemos de cosas más lindas, no les describí a Nacho; Es alto de 1.78 (para mí es alto che) tiene el pelo castaño, hasta los hombros (como rebajado). Su nariz es recta (como hecha con regla). Los ojos medianos (ni muy chicos ni muy grandes). La boca es grande de labios finitos. Espalda ancha y unos michelines divinos. Calza cuarenta y cuatro (creo) tiene pies grandes.

- ¿En qué pensas, mi amor? - preguntó pasándome la mano por la frente.

- H... - sacudí la cabeza y finalmente la apoyé dándome por vencida.

- ¡Tranquila, mi amor! fui un tarado al hacerte esa pregunta, no te alteres... Mira... hoy a la mañana fui a la casa de César a buscar a Max y pasee un rato con él. Es un divino

ese perro, mi amor, ahora te entiendo. No interpretas mal mis palabras, pero ése perro tiene un noséqué... ¡No me mires raro! pero siento como que estuviera junto a ti cuando me mira. Sé que suena irrisorio, no me lo tenes ni que decir, pero no sé... - sacudí la cabeza y le apreté una vez la mano -... ¿me quieres decir que sentís algo parecido? - le apreté una vez la mano -... ¿Un apretón quiere decir Sí? - y le volví a apretar la mano -... bueno y dos para “no” ¿listo?... Me acaba de llamar Laura y me dijo que está en camino.

Hace una semana ya, que estoy acá y como buen hospital, me hicieron depender de una máquina. No respiro y sigo viva. No hablo aun teniendo bien las cuerdas vocales. Sólo puedo ver la nada que vi toda mi vida y llorar, pero no quiero hacerlo frente a nadie.

- Hola, hola, negrita - entró mi hermana con un gritito de alegría.
- Hola, Laura ¿todo bien en el trabajo? - preguntó Ignacio.
- Sí, pero muy cansada ¿cómo sigue ella? - preguntó, cambiando de tema..
- Ya la ves... ¡Me habla, Laura! - respondió él alegre.
- ¿Cómo? Si no puede... - dijo mi hermana confusa.
- Sí, nos entendemos con las manos. Me aprieta una vez la mano para decir que sí y dos para decir que no.
- Ah... ¿me oís, negrita? - le respondí con un apretón - ¡Ay negrita, te quiero ¿quieres algo?! - le apreté dos veces la mano.
- Laura... ¿vos sabes que significa Max para Caro? - preguntó Nacho.
- Ella siempre dijo que era como una parte de ella, pero son cosas que se dicen ¿no, Caro? - le apreté dos veces la mano y sentí la mano de Nacho tocándome la cara y besándome la mejilla
- Sabía lo de Max, mi amor - me dijo susurrando al oído.

Entendí sus palabras con el sentido que yo siempre le había dado. Max era parte de mí, era el ser en el que descargué todos mis sentimientos y él me respondió de la misma manera. Max es mi mejor amigo, a quien nunca le mentí, con quien siempre fui sincera y por eso lo sentía mío.

- Bueno, negrita. Ya tengo que volver a irme, pero antes quiero decirles a Nacho y a vos que van a ser tíos - dijo ella muy contenta y a mí sólo me dio por levantar el pulgar.
- ¡Felicitaciones che hablo por los dos, Laura! - dijo Nacho, yo le estiré la mano a Laura para sostenerle la suya.

Pasaron tres horas, en las que pude dormir un poco y al despertar llamé a Nacho, pero no me respondió. Tosí...

Ahora lo veía todo claro.

Nacho corrió junto a mí (es tal cual lo imaginé) y me agarró la mano llorando. Un enfermero lo sacaba de la habitación y otros tres se quedaron junto a mi cuerpo. Suena feo desde ésta perspectiva, pero así es la realidad. Ahora quizás le digan que no sufrí, pero ¿cómo lo pueden saberlo, si no estuvieron en ese momento en mi piel?

Mi última semana de vida, la pase postrada en una cama. Sin poder moverme, ni hablar, ni sentir, viví encerrada en un lugar, en el que preferí haber muerto antes de ingresar. No quiero ni imaginarme la reacción de los demás al enterarse. Muchas veces eso se convirtió en un problema para mí... Siempre estaba pensando en qué dirá la gente de a mi alrededor, los que quiero y aprecio.

Tengo una única oportunidad de ver con mis ojos éste mundo y escogí la mañana siguiente a mi fallecimiento.

Estaba mirando desde un árbol de la plaza (a la que iba todos los días), a Max con Nacho sentados en una de las mesas del bar de Pietro. Ambos estaban llorando.

Fin.

Cuándo se secó el río

Octubre 2006

Las luces de la calle entraban tenues a la habitación. El viento del Otoño hacía bailar a las cortinas. El silencio invadía la casa vacía y a lo lejos se oía un perro aullando. Un hombre y una mujer yacían callados en la cama. Se acostaron sin decirse nada, ni una mirada o tacto alguno para dar seguridad.

- ¿Viejo... seguís despierto? - preguntó la mujer dándose la vuelta.

- Sí ¿por qué? - contestó girándose.

- Hace años que no hablamos... - dijo levantando la cabeza de la almohada.

- Pero si hablamos todos los días, viejita - dijo el hombre mirándola.

- Mira a otra parte si quieres, pero sólo intercambiamos comentarios de radio, eso no es hablar.

- Puede que tengas razón... - dijo cerrando los ojos.

- Sé que la tengo. Decime cuando fue la última vez que ansiabas verme... ¡viste! - dijo tras el silencio que reinó unos segundos en la habitación.

- No, viejita, lo hago todos los días - dijo tras su "viste".

- Déjanos hablar una vez sin mentiras, gordo. Reflexionemos sobre la situación - dijo la mujer.

- ¿Es mi culpa, viejita? - preguntó.

- Creo que si hay culpables somos los dos - dijo apoyándose contra el respaldo de la cama.

- ¿Y ahora qué? - preguntó preocupado el hombre.

- No lo sé, me crié rodeada de cuentos acerca de que lo mejor es un matrimonio estable y miranos ahora... de tan estables que somos nos estamos pudriendo.

- Pero yo te quiero, viejita - dijo el anciano angustiado.

- No es cuestión de querer nada más. Yo también te quiero a vos y eso es todo lo que tenemos.

- ¿Qué me intentas decir? - preguntó sin atreverse.

- Que yo antes por éste amor sentía vida y estaba dispuesta a arriesgarlo todo por el y sé que vos antes sentías lo mismo. Antes bastaba una simple mirada para llenarnos de alegría y ahora esa fuente se agotó, gordo - dijo finalmente.

- ¿Qué nos pasó, viejita? - preguntó el hombre con los ojos llenos de lágrimas.

- Los años por encima, gordo... la lluvia que nos apagó... - dijo más bajito.

- Estoy dispuesto a todo, pero no me dejes, viejita - suplico el hombre.

- Sólo quiero comunicarte lo que siento, y siento que sólo lo decís por miedo a la soledad.

La costumbre nos hizo ser esclavos de nosotros mismos y no seguimos juntos por el amor de antes, lo que nos une es la rutina. ¡Callame si estoy diciendo disparates! Lo que quiero decir, es que me está matando ésta soledad acompañada - dijo la mujer.

- No sé qué decir - respondió.

- No hace falta que digas nada, sé que pensas lo mismo. No sabes la millones de veces que quise retroceder el tiempo con mi mente, para vernos como antes... porque antes éramos uno ¿te acordás? Y ahora nos quebramos, gordo - dijo mirando el techo.

- Pero... - replicó él.

- Nadie tiene la culpa, gordo, ya te lo dije. Éstos cuarenta años contigo no los cambio por nada. Fueron años colmados de felicidad, pero también tristeza... ¿Te acordas de cuando llegó la nena y el nene? Después siguieron sus enlaces adolescentes; creí volverme loca... los chicos pasando por ese huracán y vos trabajando en la empresa... yo acá en casa cuidando de ellos, de vos, de mí y de la casa. Y cuando los chicos se fueron de casa, primero creí que de alguna manera disminuirían las preocupaciones, pero no fue así... (habían más personas de repente, por las que preocuparse) Una tristeza que no conocía me llenó y después de eso, la nena dio a luz una bebita preciosa y mis preocupaciones volvieron a incrementarse. A las semanas, fue el nene el que se convirtió en padre; dos mellizos rubios (esos salieron a la madre). No sabes lo que era para mí, verlos llegar a casa y después ver que se volvían a ir... No, ya sé que es algo natural. Que se vayan dejándolo a uno para formar su propia vida... La vida sólo dejó que el tiempo pasara. Como bien lo sabes, las pesadillas nunca abandonaron mis sueños. Sencillamente no puedo olvidar aquel infierno. Pase lo que pase jamás volveré a ser la que fui antes de la dictadura. Lo que dije antes de "quebrarnos", a lo mejor sólo me concierne a mí... Éstos años a tu lado, gordo, fueron una bendición después de tanta tortura sufrida y fueron ellos los que me quebraron. Gracias a ellos siento este miedo constante, que nunca me dejó la mente en paz... Todo tiene consecuencias... No, gordo, me parte el alma verte llorar. No te cuento esto para herirte. Sólo quiero

desahogarme un poco... - dijo mientras le acariciaba la mejilla y le daba un beso en la nariz.

- Dame otra oportunidad, viejita por favor - dijo él sollozando.

- No tengo que dártela, porque la primera que te di jamás se cerró, gordo. Fuiste más de lo que podía esperar, un verdadero cielo y te agradezco enormemente el hecho de que me quieras tanto... - decía ella con los ojos llenos de ternura.

- No es algo que tengas que agradecer, viejita - decía el hombre besándole la mano.

- Lo sé, pero quiero que lo sepas. En ningún momento disminuyo el amor que te tengo, pero se me hace imposible, ¡no!... siempre se me hizo imposible hacerte cargar con éste dolor, que llevo dentro de mi alma, gordo - dijo con los ojos rojos sin permitirle caer a la lágrima.

- Pero fue mi elección, vos no me obligaste a nada ni me lo pediste, viejita.

- Lo sé - dijo ella sintiendo una enorme calidez por sus palabras.

- ¿Entonces si me quieres y sabes que no me importa “cargar” (yo diría “llevar”) tu dolor qué quieres decir... Me quieres dejar, es eso? - preguntó finalmente.

- No, nunca dije tal cosa. Sólo te hablo como siempre me dije que lo haría y nunca lo hice ¿entendés? Tenía que ser sincera para que me pudieras ver cómo soy después de tantos años - dijo inclinándose.

- Sí, entiendo, yo también confieso que callé mucho tiempo, pero entonces ¿qué? - insistió pasándole una mano por la espalda.

- ¿Estarías dispuesto a seguir bancándome a pesar de lo que te dije?

- Claro, si no es el amor de antes el que nos une, viejita, es un respeto enorme, admiración, cariño, agradecimiento y alegría compartida la que nos une hoy y eso para mí es mucho... y no te banco che, ya que hablamos de frente, yo te quiero y siento si no pude demostrártelo, pero viejita, yo... déjame terminar por favor... yo me muero si no te tengo ¿entendes vos ahora?

Ella asentía con lágrimas en las mejillas. Él la estrechó en sus brazos y la cabellera blanca de la mujer se hundía en su pecho. Por un segundo fueron los de antes.

Fin.

Se termina

Otro año termina, otro dolor se arrima
Nuevamente hay algo en el aire que me asesina
Camino ciega ante la verdad de tus mentiras
Conociendo tus intenciones voy a la deriva
Trato desesperadamente de desatarme de ésta vida
Pero esto no es Hollywood y así es cómo termina

Mis pies se sienten más pesados
Mi corazón late más suave
Las lágrimas que derramo se tiñen de rojo
Y éste tonto intento de sobrevivir...
Se termina

Ya no quiero intentarlo más
Ya no puedo hacerlo más
Si éste es el fin... que venga de una vez
Las fuerzas que tuve un día...
Murieron con cada paso que di en la vida
Sólo déjame cerrar los ojos y descansar

Porque mis pies se sienten más pesados
Mi corazón late más suave
Las lágrimas que derramo se tiñen de rojo
Y éste tonto intento de sobrevivir...
Se termina

Acostumbrada a extrañar

El tiempo pasó tan rápido y lento
Que "siempre" parece ser "nunca"
Y "una esperancita", un "sueño lejano"

*Despertar con...
... una lágrima en el ojo
... una espina en el corazón
Y una piedra en la garganta...
... es normal ...
Creo que estoy acostumbrada a extrañar*

Extrañarte es parte de mi
Extrañarte es lo que hago
Extrañarte es como...
... respirar para mi

*Despertar con...
... una lágrima en el ojo
... una espina en el corazón
Y una piedra en la garganta...
... es normal ...
Creo que estoy acostumbrada a extrañar*

Canción para un amigo

Cada vez que veo una flor pienso en ti
Cada vez que veo un árbol pienso en ti
Cada vez que veo la luna pienso en ti

*No dejes que las espinas de la rosa te rocen la piel
No dejes que las palabras hirientes te lleguen al alma
No dejes que nadie tenga el poder de hacerte sufrir*

Cada vez que me acuerdo de lo que decías me da por
sonreír

Cada vez que me da por la nostalgia pienso en ti y se me
olvida

Cada vez que pienso en ti me invade una sensación de
compañía

*No dejes que las espinas de la rosa te rocen la piel
No dejes que las palabras hirientes te lleguen al alma
No dejes que nadie tenga el poder de hacerte sufrir*

Gracias por cuidar de mis palabras
Gracias por guiar mis locuras
Gracias por estar ahí, aunque estés lejos

Miel

Miel que me recorres por dentro
Miel que me haces hablar
Miel que me endulzas el encuentro
Miel que me haces brillar

*Abro los ojos y te veo junto a mí
Cierro los ojos y yo vivo en ti*

Miel que me das la vida
Miel que a veces te vas
Miel que a veces te vas para volver
Miel que actuás sabiendo el porqué

*Abro los ojos y te veo junto a mí
Cierro los ojos y yo vivo en ti*

*Abro los ojos y te veo junto a mí
Cierro los ojos y yo vivo en ti*

Miel que me recorres por dentro
Miel que me haces hablar
Miel que me endulzas el encuentro
Miel que me haces brillar

*Abro los ojos y te veo junto a mí
Cierro los ojos y yo vivo en ti*

Llegar a aprender

Una nueva etapa está por comenzar
Y en medio de la actual neblina
Me da por enumerar lo aprendido

*Doy gracias por saber que vivir es amar
Y que rencor, dolor, pero sólo viviéndolo
Podemos llegar a aprender lo necesario*

A veces el miedo trata de apoderarse de mí
Pero me calmo y veo que no hay un porqué
Y en seguida ése miedo se desvanece

Desgraciadamente si no nos caemos al suelo
No aprendemos a dar pasos sin caer nuevamente
Desgraciadamente si no nos sacude la verdad
No llegaríamos jamás a verlo claramente

Estribillo

Cada paso es necesario, en la escalera de la vida
No hay escalones en vano, todos tienen su porqué
Aunque jamás lleguemos a darnos cuenta

Primer verso

Gracias por apreciar la lluvia y el viento
Gracias por apreciar el sol y el calor
Gracias por apreciar cada minuto

¿Quién sos?

Te siento dentro de mí
Y no me gusta lo que me haces sentir
Te veo en frente de mí
Y sólo quiero huir

*No quiero que digas "¿por qué yo?"
No quiero que digas "no fui yo"
No quiero que digas "por supuesto yo"
Cuando claramente no lo sos*

Me encantaría hacerte dormir
Cuando estás creciendo por dentro
Me encantaría dibujarte una línea
Y saber que estaré bien

*No quiero que digas "¿por qué yo?"
No quiero que digas "no fui yo"
No quiero que digas "por supuesto yo"
Cuando claramente no lo sos*

Tu sed está en todas partes
Pero no estoy acá para complacerte
Tu fuerza de atraer atención es enorme
Pero te mostraré que no existe, justo como vos

El misterio

Sentada en un banco del parque
Veo pasar gente diferente
Hay formales, casuales y pobres

*Todos se ven tan diferentes
Pero todos comparten los mismos dolores
Todos tratan de encontrar la razón del por qué
Todos tratan de encontrar el significado de todo*

Pero no son capaces de ver que la verdad está acá
No son capaces de sentir la vieja ley dorada
La llave de todas las preguntas está junto a nosotros
Pero no la encontrarás buscando en lugares lejanos

Todos se ven tan diferentes
Pero todos comparten los mismos dolores
Todos tratan de encontrar la razón del por qué
Todos tratan de encontrar el significado de todo*

La verdad y el significado son lo mismo
La simpleza y el pertenecer son lo mismo
Tenemos todo lo que necesitamos para ser felices
Somos todo lo que tenemos y necesitamos para brillar
Asique deja de tratar de entender el misterio
Y convertite en él

Como vivo mi vida

Sé que el sol está brillando
Sé que el viento está soplando
Sé que estoy respirando
Y no quiero pasarme la vida buscando

*Porque vivo mi vida como lo hago ahora
Y amo mi vida como es ahora
Porque siento mi vida más liviana ahora*

No creas que siempre fui así
No creas que no podés cambiar
No creas lo que ves, pero empezá a sentirlo

Estribillo

Cuando pestañeo quiero verte frente a mí
Cuando me muevo quiero que me dejes hacerlo
Y ser siempre así de sinceros el uno con el otro
Porque la vida puede ser sencilla, si la dejas

*Porque vivo mi vida como lo hago ahora
Y amo mi vida como es ahora
Porque siento mi vida más liviana ahora*

Sé que el sol está durmiendo
Sé que la luna se está elevando
Y sé quien sos

Lo que la ardillita pensaba

Estoy sola sobre un árbol
Limpiando mi cara y después como una nuez
Pero no puedo explicarme
Porque a la gente le gusta tanto complicarse la vida

*Los miro desde mi árbol y los veo llorar
Agonizar por tonterías
Pelean sin encontrar una solución
Viven sin vivir
La vida debería alimentar el corazón y no la herida
Y el trabajo no debería exprimir sus vidas*

Alguien me tiró con una miga para hacerme bajar
Pero este lugar está lleno de frustrados y amargados
Y no quiero contagiarme

Él insiste en convencerme, sacando un caramelo
Captura mi mirada y me acerco a su mano
Pero entonces veo su otra mano levantada en el aire para
atraparme
Y huyo...

Estribillo

La vieja guitarra de Miguel

Miguel era un joven con una sonrisa hermosa
Cada día iba a la playa con su guitarra y un block
Ahí se quedaba horas y escribía hermosas melodías
Siempre me gustó seguirlo y no dejar que me vea
Y acostarme en la arena...

*Sólo oírlo tocar su vieja guitarra
Me hacía reír sin razones
Me encantaba la manera en que cantaba
Era el único momento que recuerdo
Que realmente me gustaba...
Verlo tocar su guitarra
Era ver como alguien se liberaba
Y de alguna manera sentía que yo también lo hacía
Acostada sobre la arena*

Pero aquel muchacho nunca más cantó

Las cuerdas de su guitarra ya no cantaron más
No tenía más tiempo para conectarse con su alma
Y supongo que fue exactamente eso lo que le pasó
Dejó de soñar el día en que dejó de tocar la guitarra

Aun recuerdo cuando me acostaba en la arena...
Aun recuerdo su voz cantando sobre las olas del océano
El hermoso sonido de sus seis cuerdas bailando

Estoy segura que hoy el sonido de su música
Son lágrimas cayendo...

Pobre Miguel dejó de soñar
Dejó lo que amaba a un lado, por una realidad que no es
real

Y ahora no encuentra el camino de vuelta a su casa

Estribillo

Ahora me siento en la playa sin canto en el viento
sin el sonido de sus cuerdas acariciando una melodía
Me siento triste y confundida
¡Miguel! ¿Por qué dejaste de soñar?
¿Por qué dejaste que te hicieran olvidar tu amor?

Tierrita linda

Tierrita linda te pido perdón
Perdoname por el aire que te hacemos respirar
Perdoname por el agua que te envenenamos
Perdoname por los chicos que te asesinamos
Perdoname por creernos lo que no somos

Tierrita linda siempre admiré tu belleza
Belleza que hace bailar al sol de felicidad
Belleza que hace a la lluvia pintar un arcoíris
Belleza que renace en cada esquina de tu ser

Tierrita linda te agradezco
Te agradezco por tener ganas de despertar
Te agradezco por nunca darte por vencida
Te agradezco por tener tan noble el corazón

Tierrita linda siempre admiré tu belleza
Belleza que hace bailar al sol de felicidad
Belleza que hace a la lluvia pintar un arcoíris
Belleza que renace en cada esquina de tu ser

Invierno de terciopelo

Invierno de terciopelo
Dulce y suave por un lado
Áspero y frío por el otro

Invierno que acompañas
El estado de ánimo y el estado congelado

Invierno que brillas con luz propia
Invierno que hipnotizas
Invierno que alimentas

En ésta completa ausencia de calor
Te dedico éstas estrofas con amor

Amar

Amar no encierra un cuerpo humano

Amar no es la otra cara del verbo odiar

Amar es algo más que dar la vida por...

Amar es respirar, mirar, oír, entender, sentir

Callar, gritar, bailar, cantar, soñar, brillar

Llorar, tocar, vibrar, besar, abrazar, despertar

Amar es amar sin excepción a la regla

Sin excepción a la regla

Queriendo agarrar el sol

¿Qué es lo que te hace querer encontrar un nido eterno?
¿Por qué tenés la obsesión de aferrarte a la belleza?

*El amor para que perdure hay que dejarlo volar
Yo comparto mi vida contigo en un momento
Pero no pidas que ese momento se convierta en mi vida*

No quiero ver la nube de tristeza que cubre tu mirada
Pero no puedo evitarlo, traté de hablarte con tacto
Pero como siempre me lo dijo el vacío...
Siempre fui, soy y seré un poco cruda

El día que te desvestí para que la luna te besara
Besos de miel se deslizaron por tu piel
Te quiero que atan lazos invisibles
Ver tus ojos inocentes hace que me hierva la sangre
desvergonzadamente
Tus manos veinteañeras rozaban mi espalda
Un susurro inaudito sopló entre las sábanas

*El amor para que perdure hay que dejarlo volar
Yo comparto mi vida contigo en un momento
Pero no pidas que ese momento se convierta en mi vida*

¿Para qué querer agarrar el sol?
Si nos está acariciando todos los días...
Antes yo también quería agarrarlo
Pero me quemé y aprendí que no se debe retener...
A la belleza por más que así lo quieras

*El amor para que perdure hay que dejarlo volar
Yo comparto mi vida contigo en un momento
Pero no pidas que ese momento se convierta en mi vida*

Puedo intentarlo

Quiero dibujar una flor y dártela
Quiero cantar una serenata y dedicártela
Quiero juntar mi amor y regalártelo

*No puedo bajarte las estrellas
Ni darte la luna o el sol
Pero puedo hacerte sentir estar a su lado*

Puedo escribirte una carta confesándote esto
Puedo buscar la manera de dar mil vueltas
Para evitar decírtelo de una
Pero también puedo contártelo cómo lo hago ahora

Quiero mostrarte lo simple y pleno de mi realidad
Quiero que te reflejes en mis ojos
Quiero decirte la verdad
Contemplando junto a ti un rojo atardecer

Estribillo

Quiero ser quien te vea despertar
Quiero ser quien te vea celebrar
Quiero que éste deseo se vuelva realidad

*No puedo bajarte las estrellas
Ni darte la luna o el sol
Pero puedo hacerte sentir estar a su lado*

Nadando, llorando y buscando

Sentada bajo el cielo buscando alguna estrella
Misión imposible; la luz se convirtió en una barrera

Queriendo encontrar algo de tranquilidad
Sueño frustrado; el ruido contaminó al aire

Con la intención de mandar a todos a la mierda
Segundos de reflexión; no queda otra que bancársela

La ilusión perdida y llena de polvo llora su olvido
Hambre de sed; daría todo por cambiarlo

Amanecer cubierto de dudas y cirrosis
Desesperación estancada; borracheras inútiles

Día a día me pierdo en el laberinto de los recuerdos
Noches de olvido; te acarician la piel

*Reemplazando horas de vida con horas de trabajo
Nadando en un mar helado y ajeno
Llorando amargamente por culpa del tedio
Buscando locamente el botón de APAGAR*

Otra vez sola en casa rodeada de tristeza
Lágrimas de sangre; van cayendo a un mar insaciable

No escuchando otra cosa que no fueran mentiras
Sumergida en la hipocresía; sin intención alguna

Las horas se hacen más cortas y se están desbordando
Cero de tiempo libre; no ves otra cosa que la rutina

*Reemplazando horas de vida con horas de trabajo
Nadando en un mar helado y ajeno
Llorando amargamente por culpa del tedio
Buscando locamente el botón de APAGAR*

Con cada paso la vida se nos va
Arrepentimiento irrevocable; extraño la luz de tus ojos

Al final de una triste canción de amor sonó un bandoneón
Farolito apagado; agarrando al aire entre los brazos
Me dije "mañana es otro día"

Autoengaño inocente; sueños atrapados en un imposible

Besos inexistentes

Me acuesto sobre una cama fría
Me duelen los besos que te dí sin tocarte la piel
Me queman los labios al no sentir tu boca en la mía
Me mata éste amor que nunca llega

Estar hambrienta de amor ciega a la mente
Tras cada roce se inventa ilusiones para la esperanza
Y la caída a la realidad siempre logra asesinar un pedazo
más de mi corazón

Sólo quiero recostarme en tus brazos
Para sentir por un segundo no estar completamente sola
Verme reflejada en tus ojos más allá de lo que digan
Y no tener que abrirlos para ver que era todo mentira

Estar hambrienta de amor ciega a la mente
Tras cada roce se inventa ilusiones para la esperanza
Y la caída a la realidad siempre logra asesinar un pedazo
más de mi corazón

"Estoy acá para sostener tu mano
Y jamás verte sola"

Otra vez

*La nostalgia volvió otra vez a mí
Creí que me había sobrepuesto, pero no fue así
Me atropelló con todas sus fuerzas*

Estoy acostada en el piso, viendo el techo
Mi corazón es débil y está cansado
La tentación sólo me quiere hacer caer
De a poco me doy cuenta de que no hay nada para resistir
Debería dejarme deslizar hasta tocar el fondo
Y ahí tal vez encuentre ésa anhelada tranquilidad

*Extraño los árboles que me vieron crecer
Extraño el mar que me invitaba con una sonrisa
Extraño el aire que me dejaba respirar*

Cariño! miro dentro de otro mar
Y las lágrimas vienen y van, rápidas y fáciles
Recuerdo la belleza de tus vistas
Cuando renazca quiero hacerlo en vos
Para ser una parte más fuerte de vos

*La nostalgia volvió otra vez a mí
Creí que me había sobrepuesto, pero no fue así
Me atropelló con todas sus fuerzas*

En sus sueños...

Se pasó la vida fingiendo ser quien no era
Soltando sonrisas aquí y allá para ahuyentar
Las miradas despectivas y preguntas inoportunas

*En sus sueños volaba en libertad por el mar
Lejos de la realidad y de todo el mal
Llena de felicidad que brotaba en la piel
Apartada de la hipocresía y de la hiel
Pero cuando quiso revelar su rostro
Ya era muy tarde para verdades
Cayó como una paloma herida de muerte
Ignorando qué o quién la hirió
Dejándola sin posibilidad de disfrutar del presente*

Sus ojos estaban llenos de ilusiones reprimidas
Su alma ennegrecida con un boleto sólo de ida
Ahora su espíritu vuela hacia otro día
Con esfuerzo intento ocultar algo que no podía
Y demasiado tarde abrió los ojos cuando ya se iba

Quiso desafiar a la vida, pero ella ganó
Con engaños creyó poder escapar de la realidad
Y se encontró con que todo se desvaneció
La gente de confianza demostró no serlo
Y la muerte le guiñó un ojo con cierto recelo

La sirena vestida de marinero

Ella es la sirena que nació atrapada en un marinero
Escondiendo su alma durante mucho tiempo
Ojos de ciervo siendo prisioneros de un zorro
Un fuego desatado en el centro de su alma
Enormes límites alrededor de su cuerpo

*La noche es testigo de la liberación de su alma
La luna ve en ella a la ninfa del mar
Aprendió a odiar el hecho que le impide ser quien es
Por cual todo el mundo la señala haciéndola llorar*

Ella sabía porque nadie la quería...
Porque quería ser por fuera como se sentía por dentro

Si no era su culpa ser una sirena vestida de marinero
Siempre sintió tener que disfrazarse para salir a la calle
La angustia la envolvía día a día

Pero un día la sirena se liberó de las cadenas
Y ahora está aprendiendo a disfrutar de ésta vida
El fuego interior tomó el mando y nadie fue capaz de
apagarlo

Hoy la sirena está vestida con la belleza de la luz
Y nunca más será la sirena vestida de marinero

**Repite 1ª frase* (x3)*

Baila caminando en la calle
Y sintiendo por primera vez
El claro y brillante sol en la cara
No sintiéndose más rara por el cuerpo que posee

Sonrisa para el corazón

Cantando desde este tablado
Te dedico mi más sentido saludo
Sé que hay días de mucha frustración
Y necesitas un poco de amor

*Te regalo ésta canción llena de amor
Ponele una sonrisa al día gris
Borra la tristeza con la mano en el corazón
Porque no hay mal que dure cien años*

Hoy te vine a cantar
A decirte que te deshagas del dolor
Y subas acá para cantar conmigo
Sólo hace falta una sonrisa para el corazón

*Te regalo ésta canción, llena de amor
Ponele una sonrisa al día gris
Borra la tristeza con la mano en el corazón
Porque no hay mal que dure cien años*

Sos él que se levanta a la mañana
Para ir a trabajar
Y cuando volvés te metes en la soledad
No tenes ni un perro que te ladre
Y te recostas derramando un lagrimón
Por eso y para que sepas que no estas sólo...

Palabras sencillas

Amigo mío
Amigo de mi corazón
Amigo del alma
Amigo mío

*Por favor entendé mis palabras
Porque sólo las digo
Por lo mucho que te quiero*

Perdona mi reacción
Perdona mi compasión
Perdona mi comprensión
Perdona mi incomprensión

*Por favor entendé mis palabras
Porque sólo las digo
Por lo mucho que te quiero*

Toma mi amor
Toma mis palabras
Toma mis manos
Toma las rosas blancas

*Por favor entendé mis palabras
Porque sólo las digo
Por lo mucho que te quiero*

Acepta mis contradicciones
Acepta mi pensamiento distinto
Aceptame como soy
Acepta lo que ves en mi

*Por favor entendé mis palabras
Porque sólo las digo
Por lo mucho que te quiero*

No te dejaré mal
No te dejaré llorando
No te dejaré sólo
No te dejaré, mi amor
Te quiero tanto tanto tanto

Verdad: es una palabra muy trillada, pero no muy bien interpretada

Descubrí la verdad mirando dentro de la oscuridad
Oyendo el silbido del viento
Mientras que las olas acariciaban la orilla de la playa

La verdad de la que hablo no es un secreto
Tampoco es una verdad oculta en un libro
Es una verdad oculta en nuestra mente
Y que sólo está dormida y un poco apaleada
Pero todos la tenemos justo en frente

Es clara y limpia
No altera, no lastima
Te abre el alma
Y deja entrar toda la luz del sol

*Verme reflejada en tus ojos
Es cómo ver el atardecer en ésta... tu casa
Verme, sentirme y saberme parte
Es lo mismo que renacer*

No te debo nada y todo
Lo mismo que vos a mí
Me lo diste todo y lo seguís haciendo
Te sentí toda mi vida dentro
Pero recién ahora puedo dar palabras a mis pensamientos

*Verme reflejada en tus ojos
Es cómo ver el atardecer en ésta... tu casa
Verme, sentirme y saberme parte
Es lo mismo que renacer*

La felicidad se encuentra en la tranquilidad
A la cual siempre me sentí atraída
Verte libre del dolor es lo que deseo

Estribillo

Inhalo éste aire de mar y exhalo felicidad
Encontrándote viva dentro de mí
Y sabiendo que vos sos la verdad

Cuentos

- 2 El viaje de Nadia
- 7 Ángel ensuciado
- 17 Trilogía: NUNCA tuve que bajar la cabeza
- 19 Experiencias que te dejan con la boca abierta (de cita en cita)
- 22 Horrores de la burocracia
- 23 Cuando la traición mata
- 47 La firma de un ídolo (y la desilusión de un niño)
- 50 El camino más fácil a través de la vida
- 67 Historia de un tachero
- 84 Gabriela y Alicia
- 89 Conociénome a mi misma
- 142 Antología de Carolina
- 193 Cuando se secó el río

Otras cosas

| | |
|--|-----|
| Se termina | 196 |
| Acostumbrada a extrañarte | 197 |
| Canción para un amigo | 198 |
| Miel | 199 |
| Llegar a aprender | 200 |
| ¿Quién sos? | 201 |
| El misterioso | 202 |
| Como vivo mi vida | 203 |
| Lo que la ardilla pensaba | 204 |
| La vieja guitarra de Miguel | 205 |
| Tierra linda | 207 |
| Invierno de terciopelo | 208 |
| Amar | 209 |
| Queriendo agarrar el sol | 210 |
| Puedo intentarlo | 212 |
| Nadando, llorando y buscando | 213 |
| Besos inexistentes | 215 |
| Otra vez | 216 |
| En sus sueños | 217 |
| La sirena vestida de marino | 218 |
| Sonrisa para el corazón | 220 |
| Palabras sencillas | 221 |
| Verdad; es una palabra muy trillada, pero no muy bien interpretada | 223 |

